

The background of the cover is a traditional East Asian ink wash painting. It depicts a landscape with powerful, swirling winds or currents that dominate the upper and middle portions of the frame. In the lower right corner, a small figure of a person stands on a rocky outcrop, looking out towards the swirling expanse. The overall style is expressive and atmospheric, with a focus on the movement of the elements.

Jung-hee Oh

EL ESPÍRITU
DEL VIENTO
y otros relatos

EL COLEGIO DE MÉXICO

EL ESPÍRITU DEL VIENTO

y otros relatos

Jung-hee Oh

Traducido por
Hyesun Ko de Carranza
y *Francisco Carranza Romero*



EL COLEGIO DE MÉXICO

895.73

J95e

Jung-hee, Oh

El espíritu del viento: y otros relatos / Jung-hee Oh. Traducido por
Hyesun Ko de Carranza y Francisco Carranza Romero.- México:

El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África, 1997.

220 p. : 21 cm.

ISBN 968-12-0722-X

El Colegio de México agradece a la Fundación Daesan el apoyo brindado para la publicación de esta obra

Portada de Mónica Diez-Martínez

Versión digitalizada de la obra:

Paisaje con figuras de Cho Söck-jin

(1853-1920)

Dinastía Chöson.

Siglo XIX. Aguada sobre papel.

Primera edición en español, 1997

D.R. © El Colegio de México

Camino al Ajusco 20

Pedregal de Santa Teresa

10740 México, D.F.

ISBN 968-12-0722-X

Impreso en México / *Printed in Mexico*

ÍNDICE

El espíritu del viento	11
El espejo de bronce	97
La lluvia nocturna	121
El jardín de la niñez	141
La calle de los chinos	189

VIENTO, HOMBRE Y ESPÍRITU

El presente libro contiene una compilación de cinco relatos. “El espíritu del viento”, “El espejo de bronce”, “La lluvia nocturna”, “El jardín de la infancia” y “La calle de los chinos”, con argumentos diferentes pero unidos por la presencia del viento que dirige los cambios en la naturaleza, en los personajes y hasta en el mundo sobrenatural.

Ya en el mito de Tangun, el legendario fundador del pueblo coreano, aparece el viento como uno de los tres elementos (viento, nube y lluvia) que el dios Hwanin otorgó a su nieto hombre-oso Tangun para que pudiera regir mejor el destino de los pobladores de la tierra coreana.

El espíritu del viento (*Paramüi nok*)

El mismo título ya refiere el protagonismo del viento en la vida de la señora Unsu, que cada vez que oye la voz del viento pierde la razón, ve detrás o dentro de esa fuerza abandonando a su esposo y a su hijo. No importan la hora ni el clima. Ese llamado tiene más poder que ella misma, “es el llamado de los espíritus que se añoran”. Y esa rara atracción la sentía desde la niñez, “tenía ganas de andar detrás de él”, reconoce ella misma.

La primera salida de Unsu, a escasos seis meses del matrimonio, es cuando comienza a soplar el viento invernal. Es el inicio del conflicto familiar. Después habrá muchas, aunque se mencionan solamente algunas.

Con la entrada de la primavera, el viento celoso de las flores la llama, y ella abandona la casa. Durante el verano caliente y húmedo,

continúa con sus salidas. En otoño sale por última vez: ella es ya un simple objeto que el viento mece a su antojo. Ha sido absorbida por el espíritu diabólico del viento.

Tanto poder tiene el viento sobre Unsu que la vuelve incapaz de vivir según su propia voluntad. Esa fuerza la empuja a indagar en su terrible pasado que solamente atisbaba como vagas imágenes. Al final entra en el núcleo del torbellino de donde ya no podrá salir porque casi todo en ella ya es viento.

El espejo de bronce (*Tong kyong*)

El viento mueve la cabellera de la niña traviesa, solitaria e infeliz. Y en las noches “el viento se columpia como si fuera el corazón de un tonto enamorado”.

La lluvia nocturna (*Pam pi*)

El viento, que sopla del poniente al oriente, arrastra el fino polvo amarillo del desierto de Gobi (China); cubre la naturaleza con un manto amarillo y enferma a las personas, que terminan vomitando sustancias de ese mismo color.

Las personas que entran y salen de la farmacia de Mincha, las que se van y las que llegan a la terminal de autobuses y a la estación del tren; las que transitan por la calle frente a la farmacia y las que llegan a vivir al barrio para partir después de breve tiempo; todas ellas, son semejantes al viento que no echa raíz en ningún lugar. “Todos salen, todos llegan, todo sucede rápidamente y todo se olvida también rápidamente”, dice la farmacéutica Mincha.

El jardín de la niñez
(*Yunyonüi tüi*)

El viento marca el cambio de las estaciones y tumba los frutos maduros del árbol *caqui*.

En el rito de matrimonio de dos solteros muertos, el viento eleva el humo amarillo hacia el cielo, es el viento-espíritu que se aleja definitivamente de la tierra después de haberse cumplido el destino del hombre y la mujer nacidos para la unión matrimonial. No solamente el rito une a los espíritus; el viento une el humo de los vestidos y objetos incinerados de los novios.

La calle de los chinos
(*Chunggugin kori*)

El viento amarillo de primavera, como en “La lluvia nocturna”, cambia el ambiente y el carácter de los pobladores de un pobre barrio de puerto.

Desde Tangun hasta ahora, el viento ha sido un elemento esencial en la vida de la península de Corea. El viento sopla la nube y ésta se convierte en lluvia. Con su pincel invisible ha escrito y está escribiendo la historia de esta tierra.

El viento inspira a los artistas; los arrulla con sus suaves, cálidas y frías manos y los transporta al mundo de la imaginación. Se filtra en los escenarios, personajes y actos de todos los relatos de este volumen.

Y, posiblemente, sea el viento quien nos haya movido también a redactar este preámbulo.

DATOS DE LA AUTORA

Jung-hee Oh nació en 1947 en Seúl. Sus padres, procedentes de Corea del Norte, llegaron a Seúl poco antes del nacimiento de la novelista. Por la guerra coreana la familia se vio obligada a huir más al sur cuando ella tenía cuatro años. Su adolescencia estuvo marcada por la inadaptación y la literatura fue una vía de escape. Estudió en el Departamento de Creación Literaria de la Universidad Chung-ang, cuna de muchos literatos.

En 1968 hizo su debut con el cuento *La mujer de la juguetería* en el diario *Chungang*. Ganó el Premio de Literatura Yisang (1979), y el Premio Dong-in (1982). Citamos algunas de sus obras más representativas según el orden cronológico: “La Calle de los chinos” (1979), “Juego al atardecer” (1979), “El jardín de la infancia” (1980), “Balada de adiós” (1981, traducida al español en *Cuentos coreanos*, FCE, 1991. Aquí conviene aclarar que su nombre en alfabeto latino aparece como Chong-ji O, siguiendo la pronunciación española), “Espejo de bronce” (1982), “El espíritu del viento” (1982), “El lago Paaro” (1987), y “El viejo pozo” (1994).

FRANCISCO CARRANZA ROMERO

TRADUCTORES:

Hyesun Ko de Carranza (profesora de la Universidad Dankook, Seúl)
Francisco Carranza Romero (profesor de la Universidad Hankuk de Estudios Extranjeros, Seúl)

Obras coreanas traducidas al castellano: *Cuentos coreanos*, FCE, México, 1991. *La cárcel del corazón y otros relatos coreanos* (Pontificia Universidad Católica del Perú (PUC, Lima, 1994). *La casona de los patios* (PUC, Lima, 1995). *El pescador no tala* (PUC, Lima, 1996). *El tiempo transparente* (PUC, Lima, 1996).

EL ESPÍRITU DEL VIENTO

I

Hacía rato que el agua del grifo y los platos de la cena, que lavaba, habían enmudecido; pero ella no salía de la cocina ni entraba a la habitación. Yo estaba echado de lado con la almohada bajo la axila. Tenía los ojos clavados en el noticiero de la televisión, y los oídos atentos a los pasos ligeros que resonaban en el piso de madera y al ruido de los cajones del mueble de la cocina, que sonaban al abrirse y cerrarse, de vez en cuando. Parecía que buscara algo. Esos ruidos me confirmaban su existencia en el mismo espacio.

“Mi esposa volvió a casa.” Eso no me causaba ninguna sensación nueva o especial, sentimiento de tranquilidad, seguridad ni crisis. Cinco días antes, ella había vuelto de su última salida de la casa, costumbre bien conocida.

Durante esa semana de ausencia, mi suegra, que sustituía a mi esposa en los quehaceres de la casa, andaba sigilosa de vergüenza, como si prefiriera esconderse en algún hueco. El día del regreso, aunque ya era de noche, prefirió volver apresuradamente a su casa: “Yo ya no puedo más, haz como quieras, no me importa si la matas o la corres”. Esa vez, verdaderamente debí hacer algo aunque mi suegra no lo hubiera dicho: “¿Para qué volviste? ¿Acaso ésta es tu casa?”, debí decirle. Echarla y cerrar la puerta con cerrojo antes de que el niño despertara y abrazara a su madre. Pero al verla de pie en la oscuridad con la cabeza gacha, tocándose los botones del abrigo viejo, y al recordar sus pasos al otro lado del muro de la casa, pasos que no se atrevían a avanzar hacia el interior por miedo e indecisión, huyeron todas las fuerzas de mis piernas.

Cuando quedó embarazada, con mi hijo Sung-il en el vientre, pareció que mejoraba; pero no. En lo que iba del año, era ésta su tercera salida. Ya no necesitaba preguntarle dónde había estado. Porque su respuesta sería la misma de siempre: “anduve por este y aquel lugar”.

¿Se acordaría siquiera de los lugares de sus andanzas? Habría sido mucho más fácil decidirme si ella hubiera tenido por motivo algo fatal; por ejemplo, que se entregara al juego de las cartas o a la diversión del cabaret. O también si se hubiera abandonado a esos pasajes que hacían algunos hombres y mujeres, locos, que subían al ómnibus, se emparejaban durante el viaje y fornicaban. Pero ella no hacía ni eso ni lo otro: sencillamente andaba de aquí para allá.

—Oye, ¿qué tal si la sacas de viaje una o dos veces al año antes de que ella salga? —me aconsejó mi cuñado—, pero mis sentimientos estaban ya endurecidos.

Recuerdo un poema: “Ochenta por ciento de su espíritu, viento”. Mi padre era un errante en su juventud, y acabó su vida en una de esas andanzas. Mi madre, nos crió y educó sin quejas. No podía yo ser igual a mi madre.

A ver, pregunta a la gente en la calle: “Qué hombre, qué esposo puede aguantar a una mujer que a cada rato sale a deambular sin causa ni razón?”.

De nuevo se me subió la sangre. No podía contener la cólera. Me incorporé y me senté. Se quejó Sung-il, que estaba jugando al tren: mi pierna, que le había servido de túnel, se había movido.

—Papá, se cayó el túnel. Hazme otra vez el túnel.

—Bueno.

Miré al niño. Sus facciones delicadas y su rostro de triángulo invertido indicaban que se parecía más a mi esposa que a mí. El niño, acostumbrado a la frecuente ausencia de su madre, no se quejaba por dormir conmigo o con mi suegra. ¿Qué obsesión tendría mi mujer?

—Abre un poco la ventana— le dije a ella, que hacía poco había entrado sin hacer ruido y se había sentado frente al tocador. Con el aire frío y fresco que había traído ella del exterior, la habitación me parecía más pestilente y sofocante. Dejó de untarse la crema en las manos, abrió la cortina y la ventana.

La cortina bailó con el viento frío. Ese ruido, que no había escuchado hasta ese momento a causa de la televisión, vibraba ahora en mi oído. Cada vez que giraba, gemían cerca los cables de alto voltaje.

—¿Cómo puedes abrirla de par en par? —Alcé la voz con enfado. Sung-il nos miró asustado: sus ojos se pasearon veloces entre papá y mamá.

—No tienes por qué gritar.

Corrió la cortina hacia un lado, y cerró la ventana dejando una rendija. Luego miró afuera; estaba totalmente oscuro.

En el vidrio oscuro de la ventana se reflejaba su rostro y formaba la imagen de un cuadro sombrío. Por el pequeño espacio abierto se escuchaba nítidamente el viento de los últimos días de invierno. La televisión acababa de anunciar, en su pronóstico del tiempo, que pronto soplaría el viento primaveral y que, gracias a él las plantas florecerían. Por algo a ese viento invernal se le llama “viento celoso de las flores”.

¿Estaría mi esposa observando el viento que gime alocadamente en esta oscuridad?

—Mamá, ven, siéntate aquí—, Sung-il, todavía preocupado, la jaló de la falda. Ella le acarició la cabeza para calmarlo y se sentó a mis pies. Tomó el periódico con una mano y con la otra buscó automáticamente la cajetilla de cigarros en el piso. Luego tomó un fósforo y encendió un cigarrillo. Durante todo este lapso, sus ojos seguían clavados en el periódico, pero no lo leía. En la página doce encontró la programación de la televisión, pasó a la sección social, miró la primera página y luego pasó a la sección de avisos comerciales. El humo azul de la braza del cigarro subió y se instaló como halo blanco alrededor del foco de la habitación. En su mano izquierda la ceniza blanca del cigarro, consumido a más de la mitad, se arqueaba. Por poco se caía.

“¡Qué mala costumbre!” Con descontento la miré. Sus hombros, por estar encogida, parecían más pequeños.

Miraba detenidamente la sección de avisos: por el humo, sus ojos estaban más cerrados. Lo que ella leía no me gustaba. Era la Sección de Personas Desaparecidas. Me daba asco la redacción. “Fulano de tal, 46 años, \$300 000 de gratificación”... “Olvídate de lo que pasó. Vuelve, te reclaman los niños”... “Fulana de tal, de 30 años, suéter rojo oscuro, falda larga floreada, salió de casa. Padece de perturbación mental”, etcétera.

¡Qué idiotas! Recuerdo, claramente, que en su primera salida pensé en sacar algo parecido en el periódico. “Unsu Choe, mujer, 28 años, cabello corto, 1.58 m de estatura, delgada; se espera alguna noticia de ella. Se gratificará a quien proporcione paradero.”

Estaba desesperado y triste cuando redacté eso en un cuaderno, para publicarlo en el periódico. Eso pasó hace seis años.

Ahora estaba más flaca. Por el reflejo de la luz, sus pómulos resaltaban más que antes; por el contraste de luz y sombra, su rostro aparecía endurecido y áspero. Bajo su pelo corto, y su estilo de siempre, pasado de moda, el cuello grueso mostraba hondas arrugas. A pesar del cuello grueso, no daba sensación de buena salud. Más bien por el pelo corto, su cabeza parecía más pequeña y contrastaba en desequilibrio con el cuello. No parecía saludable y lucía muy extraña.

La propaganda de una compañía cosmética decía que las mujeres casadas debían preocuparse por maquillarse también el cuello porque el cuello se hacía más grueso y era el mejor indicador de la vejez. Si no fuera por ese aviso, ella estaría despreocupada por su cuello. Tenía ya 34 años. ¿Sería desde el año anterior? A veces, sentada frente al espejo, se arrancaba las canas y decía melancólica: “Ya tengo canas, fíjate, ya tengo...”

Se percató de mi mirada. Rápidamente apagó el cigarro. En la punta del filtro vi la honda huella de su uña que había grabado una cruz. Cuando estaba absorta en algo tenía la costumbre de marcar una cruz en la punta del filtro con su uña.

—¿Has pensado alguna vez qué hago yo en casa mientras trabajas en el banco? —Así me preguntaba ella cuando éramos recién casados—. Como nunca pensaba en los quehaceres de las mujeres, no sabía cómo contestarle. Lo máximo que pensaba era: saliendo los hombres a trabajar, ellas lavan los platos, hacen la limpieza de la casa, lavan la ropa, hojean periódicos y revistas, escuchan programas femeninos de música clásica, piensan en la cena y van al mercado.

Cuando volvía del trabajo, la casa parecía estar limpia, pero al poner un poco más de atención podía ver ceniza de cigarrillo en la sala, el baño, la bodega y la cocina. En el cenicero había colillas con marcas de cruz en el extremo.

Más que enfado, me invadían la melancolía y el desagrado. No podía aguantar esas perforaciones en su ropa, en los tapices, en el mantel..., causadas por el cigarrillo.

—¿Vino alguien hoy?

—No, ¿por qué? —me preguntaba con sorpresa. ¿Para qué le pregunté?

Cosa rara, ella no tenía visitas. Además, como era la única hija de una viuda, no tenía parientes ni amigas. No me presentó a sus amigas durante nuestro corto noviazgo, después de habernos conocido por medio de la casamentera, ni después del matrimonio. Al principio, temía que ella no estuviera orgullosa de mí. Pero más tarde supe que esa actitud suya se debía a su carácter cuidadoso, a su consideración de mi carácter pasivo con la gente desconocida, a su deseo de que nadie interviniera en el mundo formado por nosotros, y a su ansia de guardar nuestro amor sólo para los dos.

Los primeros días, no podía comprender su mundo cerrado; pero poco a poco, me acostumbré, y ese mundo llegó a gustarme.

En general, los hombres piensan que las mujeres, andando en grupo, no hacen nada productivo; matan el tiempo chismeando y creando más bien problemas. Soy un hombre común y corriente, no tengo por qué ser diferente. Además, sé muy bien que ser yo el foco de sus chismes, no me sería nada provechoso. Por tanto, en vez de que se complicara la vida con las amigas o vecinas, preferí que desarrollara más su habilidad para la pintura, para elevar con ello el nivel cultural de nuestra vida.

Se graduó en la Facultad de Artes, con especialidad en pintura occidental. Cuando me la presentaron, trabajaba de diseñadora en una casa editorial que publicaba principalmente libros infantiles. Tenía un cuerpo definido, ojos grandes, y parecía buena mujer. No tenía rasgos que llamaran la atención. Confieso que lo que más me atrajo fue su actividad.

—Señorita, si su especialidad es la pintura, ¿seguirá pintando? —Fue mi pregunta en el primer encuentro.

—El talento, si no es grande, más vale no tenerlo —rió levemente.

¿Se burlaba de sí misma? ¿Creería que tenía poco talento y que por eso había logrado sólo la mitad de lo que había deseado y trabajaba como una simple empleada?

—Pintar es un buen pasatiempo. Además como mujer... —comenté apresurado.

En mi época de colegial en una pequeña ciudad provinciana, hubo dos cosas que admiré: una, los compañeros del Club de Pintura, car-

gando sus útiles, y otra, los enfermos de tuberculosis, famosos por ser geniales. Mi experiencia con la pintura terminó con una tarea imposible en el primer año de primaria: teníamos que dibujar un tulipán en una maceta, tal como aparecía en el texto de pintura. Por eso, su especialidad me pareció fabulosa y fantástica. Pero tampoco esperaba que llegara a ser una pintora profesional. Para mí los pintores eran unos anormales, como Gauguin o Van Gogh, con vidas llenas de locura, pasión, fiebre y miseria. Si la pintura requería una personalidad tan fuerte como para descuidar el hogar y abandonarlo, prefería que no fuera una profesional. Aun así, su oficio me atraía mucho. Quizás todo ello se debía a mi complejo: segundo hijo de una viuda que tenía una tiendita en el pueblo natal desde hacía más de diez años; empleado de banco que hasta la jubilación con suerte podría ascender a director de una sección, un hombre como yo jamás podría acercarse a ese mundo del arte. Quizás necesitaba enriquecer mi vida o llenar un vacío sin tener la capacidad. En vez de colgar en la pared la réplica de una pintura era preferible colgar una pintura auténtica de ella y, cuando tuviéramos una casa grande, sería bonito verla pintar con su equipo en el jardín lleno de rosas de junio, y aspirar esos aromas de pintura. A fin de cuentas, soy un ser común y corriente que se contenta con el esnobismo. Pero, dentro de las cosas que trajo al casarse, no había ningún pincel.

¿Por qué fumaría tanto? ¿Cuál sería el motivo de que fumara tanto estando sola? Si no es por un hábito, en general la gente fuma cuando está preocupada o nerviosa. Por la mañana, al hacer la limpieza, habría limpiado el cenicero, y, desde la hora del almuerzo hasta que yo volviera, tendría unas cinco o seis horas que aprovecharía para fumar. ¿Por qué?, ¿por qué tanto?, ¿qué la habrá orillado a tener ese maldito hábito?

Cuando mis ojos se clavaban en el cenicero lleno de colillas, ella avergonzada, se apresuraba a llevarlo afuera tapándolo con la mano.

Fuera del hábito de fumar, no había nada en ella que me desagradara. La casa siempre estaba limpia y ordenada; las cosas, siempre en su lugar.

En un rincón del jardín de la casa alquilada, sembró lechuga y cebolla larga, y cuando las lechugas crecieron, se alegró mucho y sirvió las hojas verdes en la mesa.

Por las tardes, cuando yo volvía en el autobús del banco, siempre pensaba en nuestra habitación, y ella allí, como una lámpara encendida al final del campo desierto, frío y oscuro. Sentí que mi barco había anclado poniendo punto final a mi vida pobre y solitaria.

No hablaba mucho pero su cuerpo era suave y caliente. A veces me parecía algo irreal tenerlo tan dócil y obediente sobre mi pecho. Después de la cena, me echaba junto a su rodilla y acariciaba el busto suave que resaltaba en su blusa. Sin embargo, en el aire abrigado y cómodo de la habitación, como sopor primaveral que adormece, sentía que había algo inquietante o frío. Cuando me entraba ese sentimiento, trataba de pensar que era una falsa imagen del ser humano acostumbrado a una idea fija: la vida es fría y real y ajena al amor o la felicidad eternos.

Desvistió a Sung-il y le puso la ropa de dormir. Luego, tanteó con su mano y localizó la cajetilla de cigarros en el piso.

Sus ojos estaban frente a la pantalla de televisión pero no la miraba. Su mente vagaba por algún lugar lejano. Pensé que debía hablar de cualquier cosa para que sus ojos volvieran a la realidad, pero no era fácil encontrar un tema.

Me eché de lado, extendí la mano y cambié el canal. Ella tenía una mano sobre la cabeza del niño; la otra con el cigarrillo, y sus ojos seguían clavados en la televisión.

Al ver esta escena, me afloró la ira escondida en el fondo de mi corazón desde su primera salida. Ese sentimiento ya no estaba ligado al conflicto del amor ni de la compasión.

Fue después de seis meses de nuestro matrimonio. Toqué el timbre como los otros días, la llamé por su nombre: “¡Unsu! ¡Unsu!” Pero no había necesidad de llamarla, porque ella desde adentro de la casa, distinguía mis pasos entre tantos que transitaban por la calle. Al no encontrar ningún eco, jalé un poco la puerta, que se abrió porque estaba sin seguro. El silencio reinaba en la casa. ¿Habría ido al mercado? ¿Estaría dormida? Pero, eran las siete de la noche de un día de comienzos del invierno. Era muy tarde para ir al mercado y muy temprano para dormir. Además, nunca fallaba en recibirme a la hora de mi llegada a casa. Sus zapatillas de casa, con adornos de bolitas floreadas, estaban allí, a la entrada de la sala.

Sentí algo raro y no me atreví a subir a la sala. Llamé de nuevo: “¡Unsu! ¡Unsu!”, y al confirmar su ausencia, abrí todas las puertas de cuartos, cocina, baño, sótano y bodega. No estaba.

La casa estaba impecable: todo limpio, hasta el cenicero; limpio y vacío. En nuestra habitación estaba tendido el colchón para mantener el calor del piso; pero la casa estaba llena de un aire frío y solitario.

Aun sabiendo que casi nunca visitaba a los vecinos, toqué la puerta de la vecina de edad avanzada quien salió con el cucharón en la mano. Estaba sirviendo la cena.

—¿Su señora? No, no vino. No la vi en todo el día. Pero oí que lavaba la ropa en la tarde, pero... —movió la cabeza en forma negativa.

Su respuesta no me ayudaba nada; pero, para no mostrarle mi desilusión, enseguida le agradecí su atención.

Conforme avanzaba más y más la oscuridad, la casa quedaba más silenciosa, y a mí no se me ocurrió cambiarme el traje y ponerme la ropa de casa. Seguía ahí, parado, nervioso, abría los cajones del escritorio, el mueble de la cocina y la puertita del reloj de pared. Tenía la esperanza de hallar algún mensaje diciendo que había salido por algún asunto urgente. Pero nada.

El viento que había llegado al atardecer hacía bailar la ropa colgada en el cordel. Por el intenso frío, la ropa estaba tiesa y parecía una persona con brazos y piernas abiertos columpiándose en el cordel.

Cuando oscureció completamente, mi preocupación se convirtió en presentimiento y éste en certeza. Podía haber tenido algún accidente o una muerte repentina y ya estaría sepultada. A pesar de que no había ningún indicio de que alguien hubiera entrado en la casa, encendí la linterna de mano, busqué y rebusqué huellas por todos los rincones.

Ni me había dado cuenta de que la radio estaba encendida. Lo noté al encender la luz. Los únicos lugares adonde podía haber ido eran la casa de mi suegra, que vivía sola, y la casa de mi hermana, que vivía en un barrio en las afueras de Seúl en dirección opuesta a nuestro hogar. Eran cerca de las diez, ya no podía aguantar. Salí a buscar el teléfono público. Tal como había supuesto, no estaba con ninguna de ellas. —Es que... no creo que haya ido allí, pero...

Mi suegra me dio unos números de teléfono. Gasté todas las monedas que traía, pero ella no estaba en ningún lado. Tendría que esperar a que se levantara el toque de queda, luego ir a las salas de emergencia de los hospitales, a las morgues que se ocupaban de los muertos anónimos. ¡Qué difícil! Tenía que describirla objetivamente como una mujer ajena. Allí no había necesidad de recordarla y describirla como mi mujer, tan delicada y cariñosa. Durante esos seis meses ella y yo nos habíamos fusionado tanto que era imposible describirla objetivamente. Para mí ella ya no era un ser diferente y ajeno.

Pero al repetir la descripción, poco a poco pude hacerlo objetivamente como si le quitara las ropas una por una y, al pasar unos tres días, ya podía simplificar su aspecto físico: Unsu Choe, mujer, 28 años, 1.58 m de estatura, pelo corto, ligeramente delgada, pálida, y detrás de su oreja izquierda tiene un lunar del tamaño de un frijol.

Al leer lo que había escrito para la Sección de Desaparecidos pensé que faltaba algo más. Sin embargo, en ese papel no tenían importancia mi amor hacia ella, el hogar formado por los dos, el sueño que habíamos cultivado entre los muros de nuestros brazos, mi preocupación y mi temor.

En el banco no podía trabajar bien. Mi cuerpo estaba en la ventanilla pero mis ojos y oídos permanecían en el teléfono, detrás del escritorio. Cada vez que sonaba, se me enfriaba la sangre. Mi pobre imaginación siempre terminaba en “el accidente inesperado”. En el último de los casos suponía que ella, por su propia voluntad, se había ido de la casa. Y de acuerdo con esa suposición trataba de buscar algún indicio en su comportamiento de la última semana de los días anteriores a la boda o de los días de noviazgo. Pero no había nada. No había ningún indicio.

A veces teníamos diferentes opiniones sobre la ubicación de ése o aquel mueble, y me enfadaba frecuentemente porque a mí me servía el arroz o el pan frito calientes mientras ella los comía recalentados.

Cinco días antes me había despedido por la mañana con un “hasta luego” en la puerta. Luego, como si recordara repentinamente me preguntó: “¿Llegarás tarde hoy?” Esa pregunta también era la misma de otros días.

—Oye, quizás esté con otro hombre. Una mujer que no se casó hasta los 28 años podría tener alguna historia, ¿no? —eso dijo mi her-

mana con mucho tiento despues de seis días sin noticias. Dijo que “no sería algo raro”. Rechacé su insinuación de telenovela y de revista barata. Aunque fuera algo común, ni por un momento había pensado en la infidelidad de mi mujer.

—¿No estará embarazada? Cuando salen preñadas, las mujeres se ponen melancólicas o histéricas sin razón. Parecen más delicadas y nerviosas— Ése era el comentario de mi cuñado, opinión más general.

—No, no puede ser. Ella y yo no pensamos tener hijos todavía.

Mi suegra vino a casa para remplazarla en los quehaceres; pero su presencia no me daba ánimo ni consuelo. No podía dormir. Apenas dormitaba, aparecía mi esposa en sueños, abandonada entre las hierbas silvestres de la montaña. No había gente y ella aparecía desarreglada.

—¿No hay lugares que ustedes frecuentaran cuando eran novios? Por ejemplo, el del primer encuentro o el del primer beso... Las mujeres son algo románticas y los hombres no podemos comprenderlas. ¿Por qué no visitas esos lugares aunque sea en vano? —El argumento del señor Kim de la Sección de Préstamos, en cierto sentido, era razonable. Además él ya llevaba siete años de vida matrimonial. Como yo no juzgaba la desaparición de mi esposa como un problema de hogar, sino como algo accidental, no oculté el caso; por tanto, en la oficina todos lo sabían. Enterados de mi desgracia, leían todos los días con mucha atención las noticias del diario sobre el rescate de algún cadáver o de algún asesinato. En vano pasaron una semana haciendo lo mismo; luego con mucho cuidado empezaron a comentar sobre otras posibilidades: algún problema en el hogar o personal de ella. Sin embargo, “accidente inesperado” o “abandono de hogar” por su propia voluntad, para mí seguía siendo algo horrible.

Finalmente decidí ir al lugar de nuestro viaje de luna de miel. ¿Qué me quedaba?

Era una playa a tres horas de viaje en autobús *express*. Luego, tenía que cambiar al autobús local.

Después de bajar del autobús *express* preferí viajar en taxi. Bajé del taxi antes de llegar al hotel. Preferí caminar por el sendero entre los pinos. Contemplaba el techo del hotel de nuestra primera noche; hasta ese momento no tenía ni una leve esperanza de encontrarla allí.

Ya no tenía fuerzas ni ánimo después de esa semana fatal. Tenía que hacer un esfuerzo extraordinario.

Como ya no tenía esperanzas de encontrarla, casi dejó pasar el nombre de mi esposa registrado en el libro de los huéspedes del hotel.

—Unsu Choe, Unsu Choe... ¡Aquí está!

Cuando el empleado me señaló su nombre, sacudí la cabeza asustado.

Al ver su nombre inscrito con su propia escritura tan familiar a mis ojos, sentí como si algo me golpeara la cabeza. Por un momento no pude fijar la vista.

En esa hoja estaban claramente escritos su nombre y la fecha de su alojamiento, que coincidía con la de su desaparición.

—Está en la habitación 306. Pero, disculpe, ¿quién es usted? ¿Qué relación tiene con la huésped? Es que no podemos dar datos personales a cualquiera.

—Ella es mi esposa. —Le contesté sin ganas y lacónicamente. Sentí vergüenza porque mi respuesta seguramente le podía despertar suspicacias.

—¿Ah sí? ¿La llamo? ¡No! claro, no se puede. Salió hace tiempo. Siempre va a la playa a pesar del frío. Parece que tiene algún problema serio.

El hombre abusaba de las interjecciones. Una luz de curiosidad brillaba en sus ojos. Claro, estaría aburrido porque, como no había huéspedes, no tenía trabajo. Arrojé el cigarrillo al piso, lo apagué con fuertes pisotones y le di la espalda al hombre. Aunque no fuera una curiosidad ingrata, cualquier mirada o favor no me cuadraban en ese momento. Un esposo traicionado por su mujer, o un esposo tonto que andaba buscando a la mujer que se fue después de una pelea. El empleado, posiblemente, habría sido testigo de cualquiera de esos casos en un lugar como éste.

Me entregó la llave. —¿Desea ir a su habitación? De verdad, nos preocupamos por la señora. Es joven, llegó sola y ha pasado aquí más días de lo que nos imaginábamos, y... El hombre quería sacar más datos.

—No, gracias. Prefiero estar aquí.

No tenía ganas de esperarla en una habitación a solas. Ni a ella ni al empleado quería darles la impresión de que venía a pescarla *in fraganti*

Al saber que ella estaba viva, la cólera y el sentimiento de traición ganaban la lucha a la alegría.

—Entonces vaya al restaurante. Allí puede tomar el té.

Las palabras del empleado resonaban a mis espaldas. Abrí la puerta del hotel y bajé las gradas que daban al arenal. Allí vi las huellas de zapatos de tacones altos que se dirigían hacia el mar donde no había gente. Parecían de un pájaro.

Las seguí. Cuando el hotel ya aparecía pequeño en la distancia, desde el otro lado del cabo, escondido por la roca, surgió una figura. Era ella en su abrigo de siempre. Caminaba lentamente.

Mi esposa, con el cuello del abrigo marrón levantado, venía caminando. Su falda se mecía con el viento sobre las piernas sin medias. Parecía una niña. Tenía ganas de abofetearla. Pero, al ver su cara roja y cuarteada por el viento helado, se me cayó la mano. Me miró pestañeando como si fuera un extraño. Después bajó la mirada y sonrió. Esa sonrisa podía volverse llanto en cualquier momento.

Giré y me dirigí hacia el punto de partida. Las huellas de sus zapatos y los míos se veían claramente, confundiéndome, como si poco antes hubiéramos salido juntos a dar un paseo.

Me siguió con pasos apresurados. A pesar de tanta cólera, la sentí muy ajena y desconocida. Eso me confundió de nuevo. ¿Era suficiente una semana para borrar la convivencia de seis meses?

Sin encontrar alguna palabra adecuada para iniciar el diálogo, me senté en el sillón de la sala del hotel y saqué la cajetilla de cigarros. Estaba vacía. La aplasté con fuerza y la arrojé.

—¿No vas por tu equipaje? ¿Todavía te queda algo por hacer? —le dije. Luego me dirigí al empleado de la oficina de la recepción que a cada rato nos echaba miradas llenas de curiosidad.

—Deme la cuenta.

—Sólo falta la de hoy.

Al notar mi mirada enojada, se apresuró a explicar:

—Es que la señora cancelaba cada día.

En ese momento mi esposa encontró algo de que hablar:

—Sí, es que siempre pensaba volver a la mañana siguiente, — balbuceó.

En sus manos heladas tenía unas conchas lavadas y descoloridas. No me gustó el pasatiempo infantil de mi esposa. Le exigí salir pronto con la maleta pero vaciló en la gradería. Esperaba que la siguiera. Pero no tenía ganas de entrar en su habitación de una semana, a pesar de que era precisamente aquélla, donde habíamos pasado nuestra primera noche. Quizás mi orgullo no me lo permitía.

—Tomemos un té. Hace frío.

Cuando bajó con un maletín de mano, la invité al restaurante. Ya había pasado la hora del almuerzo y encontraríamos todavía autobús para regresar. Además, antes de volver, ella tendría que aclararme algo, aunque fuera insignificante.

En el restaurante había unos soldados extranjeros alrededor de la estufa y de unas plantas tropicales polvorientas. Me senté al lado de la ventana de cortina azul oscura que caía pesadamente hasta el piso. El calor de la estufa no llegaba hasta el asiento porque el espaldar de la silla estaba frío.

Ella seguía muda.

Me sentí ahogado. Para escapar del ahogo abrí un poco la cortina. Se veía el arenal donde hacía poco nos habíamos encontrado. El mar invernal estaba calmado y de color azul-gris sucio.

A pesar de que no había comido casi nada hasta ese momento, no sentía hambre. Pedí un té con whisky y un trapo húmedo. Mi esposa agitó la cabeza.

Limpié minuciosamente mis manos y dedos con el trapo húmedo que pronto se ensució. Entonces ella sacó su pañuelo del maletín, lo humedeció en el agua y me lo pasó diciendo: “Límpiate también la cara”. Esperó a que terminara de limpiarme y dijo:

—Suponía que estarías preocupado. No creas que yo estaba des-preocupada.

Menos mal, ella empezó primero.

—¿Estás sola? — Le pregunté después de vacilar; pero al verla sorprendida, me di cuenta de mi error.

—¿Creías que estaba con alguien? — Su pregunta sonaba a broma.

—Es que me imaginé todo lo que pudo haber sucedido. Una semana no es poco tiempo.

—Has adelgazado mucho.

Tenía la voz apagada. La compadecí. Su rostro también estaba demacrado. El viento de arena ocultó el mar.

—¿Qué hacías acá?

En vez de gritarle, “¿Por qué saliste de casa? ¿Por qué estás aquí?”, traté de no tocar directamente el tema.

—Nada especial...

—¿Nada especial?

Estaba por sonreír, pero al verme enojado me contestó vacilando:

—Sé que no puedes perdonarme... No había pensado quedarme tanto tiempo. Pensaba estar sólo, sólo un día, no más..., es que pensaba volver en la noche...

Asiendo fuertemente la taza como si intentara ocultar el temblor de su mano, agregó:

—Aunque te parezca una simple justificación... quería volver acá siquiera una vez. Quería ver... si todo seguía igual... Sabía también que cuantos más días pasaran aquí, tanto más difícil sería volver a casa. Pero cada día... vivía olvidándome de la hora del regreso.

—¿Acaso me porté mal? ¿Tienes algún problema que yo no sepa?

—No, nada de eso.

Negó ampliamente con la cabeza. “¿Ya no me amas?” “¿Quieres poner punto final a nuestro matrimonio?” Ésas eran las preguntas que quería hacer. Pero, ¿sería por orgullo o por autodefensa instintiva ante el miedo de que su respuesta me lastimara? En fin, por algo incomprensible, no me atreví a interrogarla así.

—¿No estás enferma? — Insinué el embarazo. Otra vez negó con la cabeza.

—Simplemente quería volver acá. Quería saber si todo estaba igual que aquella vez y...

—¿Creías que no te dejaría venir si me consultabas? Como no está lejos, podíamos haber venido juntos.

Seguí insistiendo, pero ella ya no tenía más que contar. Sufría notablemente por no poder convencerme con su argumento de que simplemente quería visitar el lugar de nuevo.

—Dame un cigarrillo.

Automáticamente metí mi mano al bolsillo del saco; en ese momento recordé que había estrujado la cajetilla vacía. Llamé al mozo.

—Está bien. No lo llares. En ese momento empezó a llorar; por sus mejillas rodaban sin cesar gotas de lágrimas. Temblaba al llorar. El mozo que se acercaba se retiró.

Tomé su mano. Su pequeña mano estaba helada. El amor renacía en mí.

—Vamos. Hay que apresurarnos. En taxi podremos alcanzar el último autobús.

Desde afuera miré el hotel, un edificio mediano en donde habíamos pasado dos noches y tres días en nuestra luna de miel. Esos recuerdos vivos me aprisionaron un momento. Sus lágrimas derretieron todo mi enojo, y no niego que quise tomar su abandono de hogar como un simple gesto de romanticismo femenino, para ocultar mis profundos sentimientos de desilusión, orgullo herido, temor, y preocupaciones. Traté de pensar que “las mujeres tienen algo de infantil”.

—Volveremos en otra estación mejor que ésta —le propuse en el camino de retorno. Ella asintió con la cabeza. ¡Claro que, cuando volviéramos aquí, ya estaríamos más familiarizados y acostumbrados uno al otro y podríamos reírnos recordando esta repentina desaparición!

Esa noche, ella, como una niña que hubiera vuelto de una excursión, como niña perdonada, durmió profundamente. Yo también dormí bien, y por la mañana desperté feliz con los ruidos de la cocina y de sus pasos cuidadosos que no querían despertarme. Decidí no preguntarle más sobre su error y con un bostezo exagerado celebré el rico y profundo sueño.

Cuando volví del trabajo, en ningún lado encontré el rastro de su ausencia de una semana. Mi suegra había vuelto a su casa y la nuestra estaba caliente y limpia. Las flores marchitas del florero habían sido remplazadas por otras nuevas y frescas. Todo era igual que antes. Casi todas las noches hacíamos el amor y estaba seguro de que la comprendía mucho mejor que antes.

En verdad, conviviendo y uniendo nuestros cuerpos hay pocos momentos para examinar mutuamente nuestras mentes. ¡Cuántas caras tiene un ser humano! Después de tres o cuatro meses, otra vez abandonó la casa. Fue durante la entrada de la primavera, apenas terminando el invierno.

Temblé más de ira y vergüenza que por el golpe. Mi búsqueda fue de unas tres o cuatro llamadas. No trataba de encontrarla, más que para confirmar su abandono. Sin embargo, no descartaba la posibilidad de “un accidente”.

Esa vez volvió después de tres días. Una parte de su rostro estaba quemada por el sol. Según ella, había paseado por varios lugares y había dormido la siesta en un lugar soleado de una loma. En vez de abofetearla, mi ira se convirtió en llanto, arrojé al piso el reloj del escritorio, el radio, el florero y rompí la luna de la puerta de la sala. Era mi primer llanto de adulto.

—¿Para qué volviste? Ya no más. ¿Qué significado tiene tu regreso?

—Ya no volveré a hacerlo. Perdóname. Nunca más lo haré —me suplicó llorando.

Mi hermana, una vez más, salió con su teoría de una mujer que había perdido la honra en el pasado. Su tono era firme aunque cuidadoso. Sin embargo, no encontré nada de deshonor en ella si la deshonor era solamente el adulterio. No percibía en ella la fragancia de agua de colonia o jabón, ni preocupaciones ni deseos desesperantes de amor carnal. Sólo se le notaba el cansancio del viaje, los rocíos de algún sendero desconocido y el cutis desnitrado y destrozado por el fuerte viento.

Luego, los días siguieron como siempre: a veces me despertaba con dolor de cabeza por la resaca de la noche anterior, me cortaba al rasurarme con la gastada hoja de afeitar; entonces la regañaba por no haber preparado con tiempo la nueva hoja. Si no había nada especial, volvía a casa directo en el autobús; en las noches hojeaba el periódico y miraba recostado la televisión. Mi esposa, sentada en el piso de la habitación, apuntaba en el cuaderno de cuentas del hogar los ahorros y los gastos diarios con el bolígrafo rojo. Aparentemente no había nada diferente y eran días de paz. Sin embargo, sentía vagamente que algo invisible e intangible penetraba en nuestra vida y se multiplicaba como una amiba.

Un día noté que el papel tapiz de la habitación estaba descolorido y la parte donde apoyaba la cabeza estaba ennegrecida. Otro día, cuando ella trapeaba el cuarto agachada, dándome la espalda, vi que la costura de la parte de la axila de su blusa estaba descosida, y me percaté de que había perdido el apetito notablemente. ¿Le afectaría la

primavera? Por falta de cuidado, eran notables su cutis seco y las arrugas nuevas debajo de los ojos.

Al entrar el verano, ella hizo su tercera desaparición. “Malvada”, “malparida”, “ingrata” eran las palabras que salían de la boca de mi avergonzada suegra. Le tapé la boca con una declaración tajante: “ya no más. Esto es el final”.

—Oye, embarázala. El hijo es un lazo. Si anda descarriada, con el hijo ya no podrá huir.

“¡Qué val!” fue mi respuesta silenciosa ante el consejo de mi suegra. No quería tener un hijo como una forma de atarla a la casa. En fin, esta vez debía tomar alguna decisión.

En cada una de sus salidas, yo sufría como un animal viejo, herido y sin fuerza por mi humilde apariencia, por mi capacidad deficiente y por mi pobre condición económica. La llaga abierta por su salida, sanaba con su llegada; pero una vez cerrada salía otra vez y la abría aún más.

La llaga no cicatrizaba. Era una curación superficial y aparente. Como el agua que rezuma y moja toda la tierra y la destruye. Esa llaga penetraba en nuestra vida y carcomía nuestros sueños, deseos, confianzas, etcétera.

Esa vez volvió casi gateando después de diez días. Al llegar vomitó todo, hasta un sorbito de agua que tomó. Estaba embarazada. Luego dio a luz. Ocupada en cuidar al niño, estaba más cansada que nunca, pero mentalmente se había tranquilizado. Sin embargo, después de que el niño cumplió un año y aprendió a dar los primeros pasos, salió de nuevo.

—¡Eres peor que un animal! —le dije fríamente cuando volvió, empujándola por la espalda hacia la calle. —Si al menos fueras un poco humilde ante la vida, te darías cuenta de que tu actitud proviene de tu soberbia y de un barato sentimentalismo.

Traté de comprender su enfermedad de melancolía. No la sometí a ningún examen médico; pero, a mi manera, traté de analizarla desde varios ángulos. Su respuesta era siempre igual.

—Es que a veces tengo unas ganas irresistibles. De repente me atacan pensamientos: “¿Cómo puedo vivir así toda la vida?”, o “¿es esto vivir?”.

¿Cómo vivir así? Una mujer con una criatura, ¿cómo puede decir eso? Una mujer de treinta años diciendo cosas que jamás diría una adolescente.

Su forma de desaparecer era cada vez más horrorosa. ¡Horrorosa! Ésa era la palabra para expresar mi sentimiento arruinado. No había otra mejor.

—Es una enfermedad. No debes tomarla como si fuera un simple hábito. Llévala a un psicólogo —me aconsejaron, pero todavía no me animaba. Era preferible pensar que tenía una obsesión desde nuestro matrimonio o aun de antes. Se levantó silenciosamente y se alejó. Oí que abría el mueble de nuestra alcoba y tendía la cama en el piso. Ya no se oían los pasos de los transeúntes en la calle. La noche avanzaba. Sung-il, echado en el suelo, acariciaba una esquina de la cobija; tenía los ojos soñolientos.

—¿Qué haces? ¿No acuestas al niño? —molesto alcé la voz. No me respondió. No había luz en nuestra alcoba, donde debía estar ella. La luz venía de la cocina. En cuanto entró en ella, debió abrir el grifo del agua porque sonaba fuerte el chorro.

Estaba parada delante del fregadero dando la espalda afuera. Pensé que había abierto el grifo al máximo como forma de protestar en mi contra. No podía interpretar su actitud de otra forma.

—¿Qué estás haciendo ahora? —le pregunté colérico y eché un vistazo a la cocina. Fuera de las gotas esparcidas por el suelo todo estaba en orden. Cuando el agua llenó la tarja en lugar de cerrar la llave, quitó el tapón para que fluyera. Tocaba la parte honda de la tarja sin sentido. Su hombro angosto y alzado indicaba su rechazo total a todo.

—¿Qué haces? —le pregunté suavizando la voz aunque me era difícil.

—Ya voy. —Tenía la voz gangosa. Estaba llorando.

Cerré la puerta violentamente y volví a la habitación. Encendí un cigarrillo. Me fumé el segundo pero ella no venía.

El niño se había quedado dormido de costado. Lo tapé con la cobija y observé su rostro deformado por la mala posición. Pensé por un momento en el destino de mi hijo.

El odio y la ira se convertían poco a poco en sentimientos de tristeza y melancolía.

¿Cómo vivir así toda la vida? Si no es ésta, ¿con qué vida soñaría ella? Es cierto que no gano mucho, pero sí lo suficiente para vivir, los amo a ella y a mi hijo y le doy importancia al hogar. Soy un hombre común y corriente, no soy un hombre cruel. Cumpló mis obligaciones como cualquier otro de más de treinta años. El panorama de nuestra vida está más o menos diseñado.

En realidad no tengo un sentimiento especial hacia la vida. Nacer no depende de la voluntad de uno, y morir es un fenómeno natural. El ser humano no vive sólo para lograr algo; tampoco hay nada tan importante como para dedicarse a ello de lleno. Además, nuestra época no nos pide juzgar la revolución y el amor como los supremos valores de la vida. Vivo como muchos otros y algún día finalizaré mi existencia en este mundo.

Entró y alzó al niño.

—Lo acostaré en nuestra alcoba. —Ahora tenía la voz tranquila. No alzó los ojos, ocultaba las huellas de sus lágrimas.

—Tendí la cama allá. ¿Vas a dormir aquí?

—Duerme primero.

Desenchufó el televisor que desde hacía horas estaba sin imagen y salió.

Estuve atento a sus pasos. Abrió y cerró la puerta de la alcoba y luego, el silencio.

De repente pensé que su huella habría desaparecido completamente como el humo o la sombra. A veces en las noches sentía algo frío en ella. Eso significaba que traía el viento frío de afuera. “¿Adónde fuiste?” “Al baño”. Me acordé de ese tipo de diálogos olvidados por haber conversado medio dormido.

Cuando estaba sentado en la mesita frente a ella, veía en sus ojos grandes la imagen de una mujer que jamás fue joven. Y esos ojos veían vagamente carros y gente extraña de una calle desconocida. En estos días ella no dormía bien. Sus terribles pesadillas me despertaban dos o tres veces en una sola noche. Y cuando no deliraba, respiraba con dificultad.

Aparté los ojos de la pantalla oscura del televisor y me levanté.

La luz de nuestra alcoba estaba encendida y Sung-il dormía solo. El baño y la cocina estaban oscuros. Encendí las luces pero ella no estaba por ningún lado. Abrí la puerta de la sala, fui a la bodega y

luego al sótano. No estaba en ningún lugar. Mis llamadas no encontraban respuesta.

La puerta de la casa seguía con cerrojo. Di una vuelta por el patio de atrás y subí por la escalera que llevaba a la azotea. El frío penetraba todo mi cuerpo. Temblé y castañetearon mis dientes por el viento seco y helado que se ponía más agresivo a medida que avanzaba la noche.

Ella estaba parada en la azotea como un alma errante en medio del viento que giraba en el cielo con ganas de hacerla trizas. A pesar de la oscuridad, su figura era muy nítida, parecía un objeto cuyo contenido se evaporara entre luces penetrantes. Pronto esa figura se desvanecería, su forma se perdería como escamas que caen. “¡Unsu!” Su nombre no alcanzó a salir al aire. Quedó en mi garganta.

—¡Unsu! ¿Qué haces allí? Sopla fuerte el viento y... —murmuré y extendí la mano hacia ella, que de un momento a otro hubiera podido caer y esparcirse con el viento. Pero no pude dar ni un paso. Como en una escena de teatro mi mano seguía extendida pesadamente.

Temí. Tuve temor de mí mismo. Temí la posibilidad de abandonarla. No, mejor dicho, temí que mi conciencia ya no fuera afectada por su ausencia. Temí también que mi inconsciencia se sintiera aliviada al ver al niño, acostumbrado a aceptar su ausencia como algo muy natural.

II

A las nueve llegaba abajo, a la parada, el microbús del Jardín de niños Jiewon de los Misioneros Cristianos. Ella tenía que apurar a Sung-il a lavarse y vestirse ya que él se movía lentamente. Después de que el niño se lavó, se vistió y comió, lo cogió de la mano y bajaron corriendo por la calle empinada. En el trayecto, Unsu tenía que detenerse varias veces para respirar hondamente porque el viento casi la ahogaba.

El microbús salía del local del jardín y hasta llegar a la parada pasaba por tres o cuatro lugares más recogiendo a otros niños. La mitad de los asientos estaba ocupada y los niños miraban afuera por las ventanillas.

Antes de subirlo al microbús, Unsu lo abrazó fuertemente sin saber por qué.

—Hasta luego, mami.

El niño, sentado, mirándola por la ventanilla, alzó la mano. Al cerrarse la puerta, el pequeño, antes sonriente, gritó lloriqueando: “Hasta luego, mamá”.

Durante casi un mes se había repetido esa despedida mañanera, y siempre que se cerraba la puerta, lloraba y gritaba. Esa despedida sonaba como un último adiós y hacía sufrir a Unsu.

Cuando el microbús desapareció completamente entre los otros vehículos, ella se dirigió a casa.

Sung-il asistía desde hacía un mes al Jardín de niños Jiewon de los Misioneros Cristianos. “A él todavía le toca esperar un año para matricularse en el jardín; ¿será conveniente acostumbrarlo a la vida colectiva desde tan tierno?” Unsu opinaba así; pero Sechung tenía otro criterio.

—Ya cumplió cuatro años. Los suficientes para comenzar a recibir educación.

En esa actitud tajante, Unsu vio reproches muy claros: ¿Te portaste como una madre? ¿Cómo puedo encargarlo a una mujer que a cada rato abandona el hogar? Unsu no pudo sostener su parecer. Los argumentos de recibir educación, adiestrarlo para la sociabilidad, etc., ocupaban sólo una parte de sus objetivos. Lo supiera él o no, Unsu no podía borrar su impresión de que ése era el inicio de la separación del hijo y la madre. En las mañanas, sin ganas, Sung-il se ponía el gorro y colgaba el maletín de la escuela en su espalda y salía de casa para tomar el microbús. Por decisión de Sechung el pequeño asistía al jardín de niños.

La casa, después de despedir al esposo y al niño, quedaba en desorden; medias, ropas y juguetes yacían dispersos en las habitaciones. Los juguetes, por cualquier descuido, se encajaban en las plantas de los pies de Unsu. Aunque había cerrado bien la puerta de la sala, el viento sonaba en sus oídos. El viento terroso entraba con fuerza por la ventana.

La primavera siempre era así. Unsu movía la cabeza como si recordara algo olvidado hacía tiempo. La primavera llegaba siempre así: el viento moviendo las ramas secas de los árboles como miles de manos en el aire, haciendo bailar los cordones eléctricos y levantando la tierra del suelo; y la lluvia sorpresiva cayendo, con ganas de domar ese viento y mojando el cabello de la gente.

El sol que entraba por la puerta de vidrio de la sala, que daba al sur, hacía bailar al polvo del interior de la casa. ¿De dónde llegaría tanto, fragmentos de pensamientos vanos, a pesar de que todos los días sacudía, barría y trapeaba?

La sangre, que había traspasado la venda del dedo anular de la mano izquierda, se secaba dejando un color rojo oscuro. Se había herido en la mañana al picar la cebolla. Con un leve alarido ¡ay!, se había cortado el dedo; Sechung la miró mientras se dirigía al baño con el periódico en la mano.

—¿Algún problema?

—No, nada grave. Me corté el dedo.

—Ten cuidado.

La herida era honda. A pesar de que había apretado el dedo con fuerza, le caían gotas de sangre al delantal. Dándose prisa, aplicó el medicamento coagulador, anudó con alguna liga el dedo, cerca de la

herida; entonces, la parte por donde ya no fluía la sangre se tornó de color morado oscuro.

Sechung frunció la frente sin palabras. No parecía preocupado por la herida, sino descontento por el descuido de su mujer. ¿Por qué andas distraída? Su mirada decía eso muy claramente. Ante esa mirada, Unsu enrojeció de vergüenza como si su esposo la hubiera descubierto en el momento justo de herirse voluntariamente.

Bueno, ahora a trabajar, —se dijo para convencerse a sí misma, ya que su corazón quería viajar con el viento que pasaba sacudiendo las ventanas. Estaba recogiendo la ropa regada por el suelo cuando sonó el teléfono:

—¿Estás en casa? —Era su madre.

—Sí, mamá. ¿Cómo estás?

—Bien, y ¿ustedes también están bien?

Continuó con más preguntas: “¿Tu esposo ya salió a trabajar?” “¿No necesitas preparar *kochuchang*?”* “¿Todavía hay *tuenchang*?”**

Tres días antes había estado allí, pero esas preguntas innecesarias y nada urgentes significaban que traía algún asunto importante, de esos que no se pueden decir fácilmente. Su intuición era correcta. Después de un rato, su madre soltó con mucho cuidado:

—¿Ayer no hubo problemas?

—¿Ayer? No, nada. —Recordó qué había hecho el día anterior. Nada especial. Negó con la cabeza. Mientras Sung-il estaba en la escuela, ella había ido al mercado. Fuera de eso, nada especial.

—¿Por qué no me llamaste si no podían venir?

—¿Qué? No te entiendo.

—Fue hace unos dos o tres días; no, fue justamente al día siguiente de mi visita. Llamé a tu esposo al banco para invitarlos a cenar en casa. Dijo que sí, por eso los esperé toda la noche. ¿No te avisó tu esposo?

Seguramente era cierto. Sin embargo, su esposo no le había dicho nada sobre la invitación ni anteanoche ni ayer por la mañana, antes de irse a trabajar. Ayer, cuando le preguntó “¿Llegarás tarde?”, como siempre, le dijo que no, que no había nada especial.

* Pasta de chile con harina de trigo y sal. Condimento de la comida coreana. (N. del T.)

** Pasta de frijol fermentado. Éste y el *kochuchang* son los condimentos más usados en Corea. (N. del T.)

—A mí no me dijo nada.

—Lo habrá olvidado. Es que está muy ocupado en el trabajo.

Ella percibió el suspiro de su madre en el otro extremo de la línea telefónica.

Quería reconciliar al yerno y a la hija, por su mal hábito, convidándoles licor y comida. Era lo máximo que podía pensar y hacer para que el frágil matrimonio de su hija marchara bien.

“No creo que lo haya olvidado, mamá. No te preocupes, es inútil”. Iban a salir de su boca esas palabras, pero Unsu se las tragó.

—La comida quedó intacta. ¿Quieres que te la lleve? Como aquí no hay más bocas aparte de la mía, no creo que pueda comerla toda.

—¿Para qué trabajaste tanto?

—No cociné nada especial. Un poco de tortilla y dulce de arroz que tanto le gustan a tu esposo.

La madre sufría de artritis desde hacía algunos años. Cojeaba, y, aun así, se había ocupado en cocinar para su hija. Su imagen pasó fugaz por la mente de Unsu. Al no escuchar contestación, su mamá preguntó:

—¿Quieres que te la lleve?

—No, yo iré.

Como Sung-il había llevado un refrigerio porque su grupo iría al jardín botánico, llegaría a las tres de la tarde. Tenía suficiente tiempo para ir a la casa de su madre y volver.

Colgó el teléfono y se apresuró a hacer la limpieza de la casa. Mientras trabajaba, seguía pensando: su madre, segura de la visita de ellos, había preparado la comida; sin embargo, su esposo no le había dicho nada, y todavía más, había pasado esas horas fuera de la casa. ¿Por qué?, ¿por qué no le habría dicho nada?

Anoche, él había regresado borracho después de las once. Apenas entrando a la casa se echó en otra habitación, y se durmió. Su respiración era muy jadeante y roncaba. Unsu le había quitado la ropa y hasta lo había mirado por un momento. En esos días él la iba rechazando poco a poco desde su corazón. Estaba más frío e indiferente, pero trataba de no exteriorizarlo. Era la primera vez que lo miraba detenidamente. Le parecía como ajeno, como si ella se mirara en el espejo: el rostro cansado de un hombre en el umbral de la edad avanzada. Sintió algo sorpresivo que ni ella pudo comprender. Aunque

estaba dormido y en estado inconsciente, detrás de ese rostro que descansaba, ella veía la fatiga de la vida y la esperanza que le quedaba todavía. “El dinero apesta. No sabes cuánto apesta el dinero.” Cuando volvía del trabajo se lavaba las manos enjabonándose varias veces. Unsu jaló la cobija para taparlo hasta el hombro, y entonces vio esos pies sin calcetines. ¡Qué humildes y honestos son los pies! —se conmovió al ver esos pies grandes, sin carne y huesudos. Los abrazó. Le subió una honda tristeza agonizante desde el corazón. ¿Sería eso? ¿Ese sería el saldo de seis años de convivencia?

Cargó la cabeza del esposo con sus manos, para acomodarla sobre la almohada; entonces, Sechung, como de costumbre, abrazó el hombro de Unsu. Ella se deslizó, lo tapó de nuevo y salió. Abrió la puerta de vidrio de la sala y absorbió profundamente el aire frío. El reloj marcó las doce. Después de que Sechung entrara en la casa zigzagueante, Unsu había asegurado la puerta; pero repitió la operación. Con el aire helado de la noche las estrellas tiritaban solitarias. Para aguantar ese deseo incontrolable, espíritu diabólico, apretó la bata contra su cuerpo, ¿qué añoranza la hacía salir constantemente de la casa?, ¿qué la atraía? Abrió más los ojos y más allá de la oscuridad vio calles extrañas, caminos desconocidos, habitaciones ajenas por donde había vagado en esos viajes errantes.

—¿Habrás nacido bajo el signo de la eterna viajera? Andas como una potranca salvaje y te pierdes frecuentemente —le había dicho su madre muchas veces.

Sin embargo, Unsu no recordaba nada. Si era así, desde muy pequeña habría sentido en el subconsciente un recuerdo intacto y profundamente plantado, como una roca. ¿Habría andado en busca de ese recuerdo y habría sentido tristeza al no encontrarlo? Su madre siempre había ocultado la verdad. Ella no era su verdadera hija. Cuando Unsu estaba por terminar la primaria, su padre murió enfermo, su madre vendió todo y se mudaron de esa ciudad de puerto a Seúl. Luego vivieron aisladas de los familiares. Quería proteger y apartar a Unsu de los ojos, oídos y bocas de los parientes. Pero, un año antes de esa mudanza, Unsu ya se había enterado que aquella no era su verdadera madre, y de que no llevaban la misma sangre.

Un día, al jugar con las muñecas, peleó con su prima, que era un año mayor, y quien la visitaba frecuentemente. Unsu siempre era muy

viva, y nunca quería perder. Ese día, en la pelea, le jaló del pelo a su prima y no la soltó. Ésta, furiosa, le gritó: “Mendiga, huérfana. Mi mamá me ha contado todo. No eres mi verdadera prima hermana. No me llames hermana”. Los ojos de Unsu se agrandaron y le lanzaron terribles fuegos. La prima rompió a llorar a gritos, no tanto por el dolor sino por haber dicho algo que los mayores le habían prohibido. Unsu, la soltó, le escupió en la cara y salió de la casa. El instinto infantil es algo admirable. En ese momento no dudó sobre lo que le había dicho la prima. Con su mamá, aunque era muy cariñosa y amable, en algunos momentos (seguro que ni su propia madre se habría dado cuenta) veía algo de frialdad que no la dejaba acercarse a abrazarla, y percibía un ambiente misterioso con todo su cuerpo. Además, esas miradas inexplicables de los parientes, llenas de curiosidad y compasión, decían que todo lo dicho por la prima era cierto. En ese momento comprendió todo y pensó que ése no era su verdadero hogar ni ésa su verdadera casa.

Esa noche su madre la localizó en un barco anclado en el muelle cercano. Pero ella no sabía por qué la niña se había ido; la prima había regresado a su casa inmediatamente, asustada por haber revelado un secreto de la familia, y Unsu no le habló sobre el incidente.

Desde ese día a Unsu la obsesionaba un pensamiento: ésa no era su casa, ni la habitación, ni la comida eran suyas. Además, pensaba que la casa era un lugar donde moraba temporalmente.

¡Milagro! Ciertamente es el dicho de que los niños cambian por completo de la noche a la mañana. La madre de Unsu estaba sorprendida y contenta por el cambio drástico de una niña peleonera, en cuya cara siempre había huellas de pellizcos de uñas, a otra, callada y obediente.

Lo cierto era que Unsu, a altas horas de la noche, cubriéndose con la cobija hasta la cara, lloraba sin hacer ruido. ¿Quién soy yo? ¿Quiénes me dieron la vida y luego me abandonaron?

El esfuerzo para recordar era como excavar una roca incrustada firmemente en su corazón, o como buscar una parte de su niñez completamente borrada de su memoria.

Apenas recordaba una escalera de madera, muy empinada y oscura, que llevaba al segundo piso, y dos pares de zapatos negros de caucho tirados en el patio alumbrado por un sol intenso.

Por aquel entonces tendría cuatro o cinco años. Pero su recuerdo no podía avanzar más, como si lo cubriera una cortina negra. Esa imagen de escalera y zapatos aparecía nítida, repentinamente, como algo muy familiar; pero otras veces, como imagen opaca, cual si fuera parte de un inmenso témpano de hielo. Pero eso era tan frágil y vago que, cuando quería tomarlo con la mano, desaparecía. El recuerdo de los zapatos negros del patio soleado le ayudaba a recordar una casa de madera de estilo japonés, en esa ciudad del puerto donde había vivido antes de mudarse a Seúl.

El odio, el resentimiento y la añoranza que sentía cuando lloraba en la cama, poco a poco perdieron su intensidad, y se convirtieron en angustia y deseo de saber quién era. “¿Quién soy yo?”. Y finalmente, cuando sentía el soplo de un viento suave, comenzó a sentir ganas de ir tras él.

En una época de su adolescencia, Unsu suponía que ella habría sido el fruto de un amor triste y hermoso entre su padre y otra mujer. Esa suposición la hacía soñar una novela de amor imposible. Aun así, no preguntó nada a su madre actual acerca del secreto de su nacimiento hasta que decidió casarse con Sechung.

—¿Quién soy yo?, ¿quiénes son mis padres?

Fue la noche cuando Sechung visitó su casa por primera vez. Después de que él se había ido, Unsu le preguntó mirándola fijamente. Su madre estaba embriagada por el vino casero que había tomado con Sechung. Su pregunta la despertó inmediatamente de su embriaguez; y perpleja, le preguntó a su vez con voz seca:

—¿Cuándo lo supiste?, ¿quién te lo contó?

—Antes de que muriera papá. Además, cuando él falleció repentinamente, la gente cuchicheaba que una piedrita recién llegada había sacado la piedra firmemente clavada en la tierra.

Unsu sonrió. Su madre, muy desilusionada, suspiró, y por poco se derrumbaba.

—¿Para qué engañarte si me preguntas sabiéndolo todo? Pero, ¿acaso es ése un problema serio en este momento?

Sus ojos enrojecieron y su voz se secó y se hizo débil. Al servirse más vino casero, las manos le temblaron notablemente. Pero, en realidad, la que se derrumbaba era Unsu:

—¿Creías que yo no sabía nada?

Cogió la botella de licor de su mano y le sirvió.

—Estaba despreocupada al verte crecer sin conflicto. Creí que el problema había pasado. Naturalmente, siempre pensé que algún día te ibas a enterar. Tú sabes que un asunto como ése no es fácil de ocultar. Pero, como no decías nada ni mostrabas algo raro, dejé pasar el tiempo. Claro, siempre rezaba a Dios: cuando estabas en la primaria, para que terminaras sin obstáculos, y cuando estabas en la secundaria y en la universidad seguía rezando para que las terminaras. Prefería que lo supieras después de casarte, después de tener hijos; porque entonces ya no darías tanta importancia a que yo fuera o no tu verdadera madre. Bueno, como me dices que ya lo sabes, ¿para qué ocultártelo? Te confieso que siempre tuve miedo de perderte el día en que te enteraras de la verdad, y... a mi manera trataba de ser buena madre; pero, seguro que sin mala intención yo te habría resentido.

—No, nadie podría haberme tratado mejor que tú. —Su negación inmediata fue acompañada con un fuerte movimiento de cabeza.

“Entonces, ¿para qué quieres escarbar la llaga ahora? ¿No puedes vivir enterrando todo tal como has hecho hasta ahora?” Las manos temblorosas de su madre así interrogaron a Unsu. No, no puedo. Debo liberarme de ese maldito sentimiento que no me deja, que siempre me dice: “ésta no es tu casa, es un lugar pasajero. El matrimonio debe ser un nuevo enraizamiento, y no debe ser sólo un cambio del lugar de hábitar”.

—Pásame el licor. Esta noche debemos beber.

Recibió la botella que le llevó Unsu y llenó las copas.

—Tú llegaste a nuestra casa durante la guerra. Tendrías unos cuatro años. No eras la única que había perdido a sus padres. La guerra es un infierno donde todo sucede. Tu verdadero padre era un amigo de mi esposo. Nosotros, después de seis años de matrimonio no teníamos hijos. Además, aunque los hubiéramos tenido, una criatura huérfana por la guerra, y más tratándose de la hija de un amigo, ¿acaso podíamos tratarte como ajena? Mi difunto esposo pensaba igual.

La madre no le dijo quiénes habían sido sus verdaderos padres ni cómo habían muerto.

—¿A cuál casa llegué?

—¿Te acuerdas de ésa donde habíamos vivido antes de venir a Seúl, de dos pisos al estilo japonés?

No, en esa casa no había un jardín lleno de sol. Entonces, ¿de dónde venía ese recuerdo de dos pares de zapatos negros tirados en el jardín amplio y soleado?

—Es todo lo que puedo contarte. Tú sabes mejor que yo cómo viviste con nosotros. Pero... no digas nada a tu novio aunque más tarde llegue a enterarse... eso no es nada vergonzoso...

Su madre, aunque ya borracha, no le contó más.

Unsu no pudo creer que ella era una simple huérfana de la guerra. Entonces, ¿era una niña caída de alguna estrella o una emergida repentinamente de la tierra?, ¿qué más quería saber sobre su origen? Parecía que Sechung no sabía aún que Unsu era hija adoptiva. Según el acta de nacimiento ella era la hija legítima de ellos, ni ella ni su madre hablaron del asunto aun sabiendo la razón de los abandonos de la casa.

La misma noche que decidió preguntar a su madre sobre su origen, pensó contárselo también a Sechung. Creyó que podía enfrentarse a la realidad y vivir con honestidad sin temer nada. Pero no pudo. Confesarle todo era crear un prejuicio a un esposo muy bueno pero introvertido. Además, como le había dicho su madre: “No eras la única que había perdido a sus padres por la guerra”, su caso no era anormal. Era un lujo pensar en su vida como una tragedia. Era un complejo inventado sin necesidad. A fin de cuentas, el presente no puede borrar el pasado, y un hecho pasado no puede justificar ni proteger al presente. Sin embargo, ¿deambular fuera de la casa según el rumbo del viento, no sería resultado de la conciencia de orfandad de quien no sabía soportar la realidad, la vida, la fatiga y la pasión?

Limpió rápidamente la casa y empezó a arreglarse. Para ocultar la mancha debajo de sus ojos igual que una mancha en el vidrio, se polveó todo el rostro y se puso colorete en las mejillas. Abrió el armario y sacó el vestido violeta que casi nunca se ponía por llamativo. En primavera no usaba vestidos de color oscuro porque le hacían recordar el toldo de las casas de luto.

Se pintó los labios varias veces y salió de casa después de haber inspeccionado todo: el cenicero estaba limpio, los cajones estaban bien cerrados, las cosas estaban en su lugar. Al cerrar la puerta, la asustó el fuerte ruido del cerrojo, a pesar de tener la llave en su bolso.

¡Qué supersticiosa! Unsu se criticó a sí misma por su hábito de relacionar cualquier hecho común y corriente con malos presagios.

¿Acaso el sonido del cerrojo no le había parecido frío y terrible antes, como si la casa la echara por más que su salida durara de una a dos horas?

Soplaba el viento por la calle empinada igual que cuando había bajado por la mañana con su hijo. Sung-il le había dicho: “Sopla con fuerza el viento. ¿Por qué sopla, mamá?” Protegiendo con su cuerpo al hijo que no podía abrir los ojos, le contestó: “El viento es el llamado de los corazones que se añoran”.

El autobús que iba hacia la casa de su mamá tardaba. Unsu leía el letrero de los destinos de los que llegaban y salían sin cesar, cuando sintió una mirada clavada sobre ella. Era una mirada perdida, pero firme y fija como una telaraña. Unsu, acariciándose el cuello con la mano, miró atrás. Era un hombre. Estaba delante del quiosco de periódicos, con los ojos fijos en ella. Tendría veintiséis o veintisiete años. Era un joven de aspecto común: casaca casi blanca y cabello desordenado.

Unsu volteó e intentó escapar, pero el joven la seguía con su mirada. “¿Un estudiante?” “¿Un vendedor?” “¿Un desempleado?” “¿Estará desabotonado mi vestido y se descubre mi cuerpo?” “¿Estará descosida la falda?” Unsu, nerviosa por la mirada del joven, examinó su vestido en secreto. No, no había nada que pudiera llamar la atención. A lo mejor, ella era el blanco casual de un hombre aburrido. Quizás sucedía como en ese juego infantil del espejo: alguien se esconde en un lugar invisible y lanza los rayos del espejo a un niño. Éste al principio se queda perplejo, pero luego se pone nervioso y finalmente se asusta.

¿Sería una autosugestión? ¿Una hipnotización? Quizás ese joven estaría examinando a la mujer, atrapada por su mirada, que cae en una autosugestión. ¡Qué juego de mal gusto! Sin embargo, Unsu se preocupó por el maquillaje que le tapaba la cara como una máscara. Se acercó a la tienda, frente a la parada, y se fijó en los estantes de vidrio de la tienda. La superficie del vidrio parecía muy oscura y honda en contraste con la luz solar. Pronto apareció allí la imagen de una mujer maquillada en color blanco y con un vestido floreado como una actriz del teatro japonés. Los ramos de diferentes flores formaban puntos mayores en todo el cuerpo.

La tienda era una florería. Había plantas tropicales, semitropicales, rosas, claveles, lirios, y otras, cuyos nombres ella ignoraba.

Sintió el aliento caliente en su cuello. El vidrio reflejó al hombre detrás de ella. Casi la tocaba.

En vez de abandonar el lugar, Unsu abrió la puerta de vidrio, entró y compró un ramo de flores muy fragantes.

Las flores tienen muchos usos: para las ocasiones de alegría y tristeza. Por algo la gente adorna con flores las ceremonias de boda y los funerales.

Cuando salió con el ramo de flores envuelto en papel celofán, el hombre, pegado al vidrio del estante de la florería, todavía la observaba.

Esperando que por el ramo el hombre interpretara que ella tenía un lugar adonde dirigirse, y que por sus pasos firmes se percatara de que ella tenía algún compromiso, subió al autobús que acababa de llegar.

Cuando el autobús atravesó el centro de la ciudad, se le acercó la figura de la montaña envuelta en vapor por la mezcla de sol, tierra y árboles. Todavía los árboles no se habían vestido de verde, pero las azaleas ya se jactaban de sus flores rojas entre las rocas.

Libero mi mano que sujeta la vaca,
la extendiendo hacia la roca colorada.
Si no eres tan huraña conmigo
te regalaré este ramo de flores.

Sintió que viajaba eternamente hacia el pasado y el futuro y, olvidándose de todo, miraba las montañas que se le acercaban.

Las montañas, de apariencia diferente vistas desde el autobús, tenían profundas quebradas y laderas accidentadas. En las partes bajas las mujeres recogían hierbas tiernas. Al subir a la cumbre miraba, de vez en cuando, la carretera y las casas que se alejaban más y más. Para ir a la casa de su madre debía haber bajado en la entrada del mercado; pero, atraída por la montaña, había continuado el viaje hasta la última parada. A su mamá la visitaría al bajar de la montaña. Las flores, crecidas en invernadero, y ahora envueltas en papel celofán se marchitaban por el sol y el viento.

De cuando en cuando se oía el canto del pájaro cucú en las dos vertientes de la quebrada rompiendo el silencio de la montaña. Claro,

no era la hora del regreso de los niños de la escuela, ni era el momento en que los madrugadores vinieran a tomar el agua cristalina que corría entre las rocas. Cuando bajó al otro lado de la cumbre, ya no había mujeres que recogieran hierbas. Ahora se veían las tumbas abandonadas sin césped. ¿El sol las habrá afectado? La tierra de los túmulos estaba desmoronándose.

Se sentó al lado de una tumba donde había hierbas marchitas y enredaderas secas del año anterior. Eran suaves. Se quitó los zapatos y estiró los pies. ¡Qué fresco! Los pies, que sufrían en zapatos apretados, ahora descansaban al aire fresco.

Sacó un cigarrillo y lo encendió. Más allá, en el cielo, voló un avión como un pájaro de color plateado. Unsu lo observó hasta que la línea que aquél dibujaba desapareció completamente. No pensaba en nada. Sencillamente gozaba de la tranquilidad que le parecía absoluta, igual a la del inicio del universo.

En la montaña de enfrente, muy elevada y de quebradas rocosas, algo se movía. Era un grupo de hombres que bajaba. No podía adivinar por dónde habían subido. Cada uno cargaba una mochila y en una mano un bastón de alguna rama gruesa. Con el bastón se abrían paso entre los arbustos y las plantas que todavía no florecían.

Cruzaron la quebrada, e iban a pasar por detrás de la tumba donde estaba Unsu; pero allí se detuvieron.

—Señora, un cigarrillo, por favor.

Unsu los miró. Eran tres. Todos estaban en uniforme de reservistas del ejército y en el bolsillo de la camisa o en el gorro llevaban un ramo de flores de azalea.

Unsu alcanzó la cajetilla al hombre más alto.

—Gracias. Si es posible, fuego también.

El hombre bajó su mochila y se sentó.

—Oye, yo tengo fósforos. No traigas tan suelta la boca.

Otro hombre sacó la caja de fósforos de su bolsillo y se la pasó. Él, a su vez, también sacó un cigarrillo. El tercero tomó un sorbito de aguardiente de la botella que traía en su mano y rebuscó en su mochila, de donde extrajo un manojo de flores de azalea que metió en su boca, masticó y botó. En todo el camino había venido comiendo azalea. Sus labios estaban teñidos de rojo. En cada primavera Unsu había visto a gente llevando en la cabeza una canasta grande o car-

gando una mochila de flores de azalea para venderlas. Unsu apagó su cigarro. El filtro estaba manchado de rojo, del mismo color de sus labios. Botó el cigarro al suelo y lo tapó con hierbas secas para que no lo descubrieran fácilmente.

—¿Vive usted aquí? —El hombre alto que observaba todos los movimientos de Unsu le preguntó acercándose un poco.

—No. Vine a pasear un poco y...

—Parece que usted no vino acá a ofrecer el licor al difunto de aquí que está sin descendientes... Además hace descansar sus pies al aire libre, eso me hace suponer que tiene algún problema. Sufre de soledad o tristeza que no puede contar así nada más, ¿no?

El hombre más bajo y delgado, mirando los pies desnudos de Unsu, se rió sin hacer mucho ruido. Ante la mirada de un hombre extraño, se puso rápidamente los zapatos. Los hombres sacaron más cigarrillos y fumaron. ¿Tendrían treinta o cuarenta años? No pudo adivinarles la edad porque tenían el rostro quemado, las manos callosas acostumbradas a trabajos fuertes, y los uniformes de reservistas que usaban los obreros.

—¿Venden azalea? —les preguntó Unsu en un tono muy natural ocultando el temor que la aprisionaba cada vez más.

—En primavera vendemos flores y en verano, serpientes. Vendemos lo que sea.

Se miraron y rieron. Se pasaron la botella y tomaron de sorbo en sorbo. Quedó sólo la tercera parte del licor. Al pasar cada trago producían ruidos fuertes desde la faringe. El silencio tranquilo y agradable de un momento antes, ahora la intranquilizó. Ya no se oía ni el canto de los pájaros. El silencio total de mediodía, convertido ahora en miedo, la cercaba más y más. Tomó el ramo de flores y el bolso y se levantó.

—Oiga, el día está bonito. Quédese a conversar un rato. No tiene prisa, ¿verdad? Parece que usted está aburrida como nosotros, y para el aburrimiento conversar es un buen remedio. El tiempo nos aburre, ¿no?

—Es hora de irme. Había subido acá porque las flores estaban bonitas —contestó riendo Unsu. Su garganta se reseca más.

—No sólo son bonitas las flores, sino también los amores. Gracias por el cigarrillo. Oiga, no tenemos nada que ofrecerle fuera de esto. ¿Quiere un sorbito?

El hombre, que seguía de pie hasta ese momento y tomaba licor mirando a otro lugar, de repente llevó la botella hasta la nariz de Unsu. Ella retrocedió y abrió grandes los ojos.

—¡Qué hombres malvados! Después de que les ayuda a cruzar el río le roban todavía su bulto. Esto hay que devolverlo a su dueña. No pienses primero en tragártelo.

El alto arrebató la cajetilla de cigarrillos al otro que estaba por meterla en su bolsillo y se la devolvió a Unsu. Su mano mojada y tosca agarró la mano de Unsu con el pretexto de alcanzarle la cajetilla y no la soltó.

—No, gracias. Fúmenselo. Está bien.

—¡Caramba! Esta señora es generosa. Yo ya me lo imaginaba.

El alto, riendo, metió la cajetilla en su propio bolsillo.

¿Por dónde habría venido? Unsu, tropezándose con los árboles, subió de nuevo a la cumbre. A su espalda oía vagamente el cuchicheo y la risa maligna de los hombres.

Desde la cumbre pudo ver el barrio del paradero final del autobús allá abajo. Ya no había mujeres recolectoras de hierbas en la ladera de la montaña. El silencio de mediodía en la montaña, sin una sombra, había detenido la hora. Unsu sintió un miedo instintivo.

De pronto oyó pasos. Asustada miró hacia atrás. Eran ellos. Ya no tenían mochilas, estaban unos tres o cuatro pasos atrás. El hombre bajo sostenía la botella. Unsu trató de sonreír. Más bien, pensó que debía sonreír.

—Es que no me acuerdo por dónde subí. No encuentro la bajada.

Su voz, por estar nerviosa, sonó muy alta y aguda también para su oído. Ellos no sonrieron. ¿Adónde se habrían ido las mujeres que recogían verduras silvestres?

Unsu, como reacción instintiva ante la mirada penetrante de los hombres, dio unos pasos hacia atrás y miró por todos lados en busca de las mujeres desaparecidas. Si grito, ¿hasta dónde llegará mi voz? Ellos, guardando una corta distancia, se plantaron delante de ella en forma de semicírculo. Estaban borrachos, pero mantenían la serenidad como los cazadores profesionales que arrinconan a su presa. Unos tres o cuatro niños, cantando, pasaban por la otra ladera.

—¿Qué desean? Debo irme.

Retrocediendo más, apenas pudo soltar esas palabras haciéndose fuerte. Pero cayó al suelo por tropezar con un árbol cortado.

Aun rodando en el suelo se cubrió las rodillas con la falda. No, no debo rodar de esta forma. Gritó en su interior. Pero les había mostrado hasta la parte que no debía haberles mostrado. Sintió humillación en lugar de vergüenza. ¿Ella no estaba ya desnuda ante el hombre frente al quiosco de periódicos aunque se había tapado con el ramo de flores, y ahora ante los hombres que comían azalea?

Se le acercaron más y más y la arrinconaron al fondo de la quebrada profunda de donde habían venido. Unsu estaba rodeada en forma de triángulo, como una botella de boca angosta. Ese lugar, oculto por las montañas, era un buen escondite, difícil de ser visto. El hombre de la botella le empujó los hombros y la echó encima de las hierbas secas.

—¿Qué hace? ¿Qué desea? —gritó Unsu. Por miedo y cólera sus ojos se agrandaron.

—¿Qué hago yo?, eso, vas a saberlo pronto. —Le habló en voz baja pasando la botella al hombre alto que estaba atrás.

Apenas esa mano tosca tocó la blusa, hizo saltar los botones. Unsu, en un intento de zafarse, movió las piernas. El hombre le quitó los zapatos y los botó como si le estorbaran. Luego con una mano le tapó la boca y con sus rodillas le aplastó las piernas. ¿Decían que el temor desaparecía si uno se enfrentaba? Ante los ojos de Unsu se acercaron los gruesos labios húmedos y pintados. Unsu le chicoteó el rostro con el ramo de flores que hasta ese momento tenía en la mano. El hombre que levantaba la falda, apurada y toscamente, parecía reírse abriendo apenas los labios.

¿Pestilencia de licor? ¿Olor a flores destrozadas? Esos olores difíciles de identificar, mezclados con el del cigarrillo de la mano, no la dejaban respirar.

—Tranquila. Nadie más hay aquí. Aunque te asesinara, nadie lo sabría. Si quieres volver sana, tranquila, ¿eh?

—Simplemente queremos probarte. A fin de cuentas, ya estás usada —dijo el hombre alto que parecía estar de vigilancia en la entrada de la quebrada. Luego vació toda la botella, la aventó a la quebrada y lanzó una carcajada. Otro, orinaba dándoles la espalda. Se oían pasos muy cerca. No se veía nada pero se escuchaban conversaciones alegres.

—¡Mocosos! ¿Cómo pueden andar por aquí? Hay serpientes. Los pueden morder. —El alto que vigilaba con las manos atrás los asustó.

Los pasos y las conversaciones se alejaron.

El sol era intenso. Las azaleas entre las rocas llegaron a sus ojos.

El hombre manoseó toscamente todo el cuerpo rígido de Unsu. Ella sintió sobre sí un cuerpo ajeno, rudo y persistente. Volteó la cara, asfixiada por el olor ajeno.

La falda subió más arriba de su cintura; mientras, la parte baja, completamente desnuda, soportaba el cuerpo pesado del hombre. ¿Por qué ni siquiera puedo desmayarme? ¿Por qué tengo que grabarme todo el olor, todo el ruido y todo el paisaje con los ojos y oídos abiertos? Su cuerpo, como si tuviera un bloque de hierro pesado, caía hacia el abismo. ¿Cuál sería el final al fondo de ese abismo? Haciendo un esfuerzo por no ver el fondo, cerró los ojos. Aun así, el sol resplandecía y las azaleas de la quebrada eran brillantemente rojas. Pasó por su mente la imagen de un sapo moribundo con alfileres clavados en todo el cuerpo que todavía podía patear sobre la mesa del laboratorio. Exacto. Ella era ese sapo bajo el sol pleno. Pero, ¡qué raro! ¿Por qué en ese instante recordaba un par de zapatos de caucho tirados bajo el sol ígneo? ¿Por qué ese primer recuerdo brillaba como un pedazo de porcelana rota en el fondo del mar de los recuerdos?

Cuando el hombre se apartó de Unsu, entonces el alto se le acercó. La hebilla metálica de su correa, medio abierta, sonaba en cada movimiento. Luego vino el tercero.

—¡Qué escena! ¡Loca! Si no estás decidida a perder la vida, no andes sola por estos lugares.

Unsu escuchó algo similar a un silbido cuando bajaron del monte. Se fueron y ya no escuchó nada; pero ella seguía ahí acurrucada en el mismo lugar. ¿Qué le había pasado? Si no fuera por la blusa rota y sin botones, y por la ropa interior mojada y pegajosa, habría pensado que todo lo ocurrido era una escena de película o de sueño. No recordaba ningún rostro, solamente imágenes: ramos de azalea en el sombrero y en el bolsillo de la camisa, los labios húmedos y rojos teñidos por la flor.

Crecía la sombra de la montaña y se intensificaba más. ¿Qué horas serían? Ya habría pasado la hora de regreso de Sung-il. No tenía su reloj de pulsera. ¿En qué momento se lo habrían arrancado? El viento estremeció el bosque de árboles todavía sin hojas. ¿Una mujer de treinta y cuatro años, desnuda en pleno sol y violada por varios hom-

bres, podría llorar? Las chicas violadas sí tienen derecho de llorar porque son niñas. Unsu, sin ningún sentimiento particular, veía el avance del rostro negro de la noche. La oscuridad empezaba a cubrir los valles profundos como si fuera neblina.

Terminó de subir la calle empinada, pero le parecía interminable el camino que llevaba a su casa.

La tarde primaveral termina muy pronto y cuando apenas se retira, la noche ocupa su lugar. En cada esquina de la calle las luces estaban encendidas y la oscuridad que las rodeaba parecía suave y profunda.

Unsu se detuvo varias veces, y se apoyó contra la pared para regular su respiración.

—Mamá de Sung-il, ¿verdad? ¿De dónde viene tan tarde?

Alguien apareció delante de ella y le preguntó como si le pidiera cuentas. Era la vecina de al lado. Parecía dirigirse a comprar petróleo. Portaba en la mano un envase de plástico.

—Es que... —Se apartó de la luz, y arregló su blusa sin botones tratando de cubrirse la parte delantera.

—Entre pronto. —Dijo la vecina pero no se retiró. Con ganas de decirle algo más, la miró detenidamente. Se notaba su anhelo de descubrir algo en Unsu.

—Al salir, debía haberme avisado siquiera. ¿Qué horas serían cuando...? Sí, justo, era después de la hora del almuerzo cuando oí que Sung-il la llamaba y tocaba la puerta. Creí que usted estaba tomando la siesta y me despreocupé. El niño la habrá llamado durante unos diez minutos, tocaba fuerte la puerta. Pero, nada. No hubo ninguna respuesta. Entonces, salí. Le dije que a lo mejor usted habría ido al mercado, que entrara a mi casa porque desde mi casa se oía todo. Lo traté de convencer, pero el niño prefirió esperarla afuera. Como no podía seguir discutiendo más, le dije que si quería, entrara a mi casa en cualquier momento. Así pues, entré a mi casa sin asegurar la puerta. Usted sabe que la terquedad de un niño es igual a la de un toro, ¿no? A la hora de preparar la cena salí para ir a la tienda, entonces vi que su hijo, sentado en el suelo con la cabeza contra la pared, dormitaba. ¡Pobrecito! Me dio tanta pena... Le dije: “Tu mamá debe haber salido por algo muy urgente. Seguro que volverá antes de la hora de la cena. Vamos a mi casa”. Pero, fíjese, el niño negó con su cabeza.

Un mocoso que sin lágrimas esperaba a su madre. En vez de admiración sentí algo de escalofrío. Las vecinas del barrio salieron y lo persuadieron. “¿Qué tal mi casa? Te doy algo rico, y mirarás la tele con mis hijos. Pronto llegará tu mamá e irá a buscarte a mi casa.” ¿Qué cosa no le diríamos? Pero nada. No nos hizo caso. Parecía que estaba decidido a esperarla allí velando toda la noche. Por suerte, hace poco llegó el papá de Sung-il. Subió a la bodega de mi casa, de allí pasó al muro y bajó a su patio. Así pudo abrir la puerta. Alzó al niño en sus brazos y lo llevó adentro. Menos mal que llegó su esposo, si no...

Las palabras resonaban en los oídos de Unsu. Se hizo a un lado.

La mirada de la mujer seguía clavada en ella.

La casa estaba oscura. Sólo había luz en la alcoba matrimonial. No se oía la televisión. Se paró de puntillas, apoyó los brazos en el muro y durante un buen rato miró la luz de la alcoba al otro lado del pequeño patio. Le parecía que extendiendo el brazo podía alcanzar la luz. Oyó la voz de Sung-il y la de Sechung que le respondía bajo.

Presionó el timbre con la mano vacilante. El sonido agudo e intermitente que venía del interior de la casa la asustó. Apartó la mano apresuradamente.

Se abrió la ventana de la habitación y apareció el rostro de Sechung.

—¿Quién es?

—Soy yo, Unsu.

La ventana fue cerrada violentamente. Luego se cerró la cortina. La luz de la pieza se opacó por la cortina, alejando más a Unsu.

—¿Quién vino?, ¿quién es, papá? —se oyó la voz de Sung-il.

—Nadie. Era el timbre del vecino. Duérmete pronto.

A propósito alzó el tono. Su voz llegó hasta el otro lado del muro donde estaba Unsu. Con toda su fuerza y rezando, Unsu tocó el timbre varias veces.

Vio una sombra humana en la ventana de la casa vecina, que pronto desapareció. La ventana de su cuarto seguía cerrada. Ahora se oía la televisión. La habría encendido a propósito. Su sonido llenaba toda la calle vacía. Seguramente quería que su hijo no notara la llegada de su madre.

¿Dónde habría estado Sung-il, acurrucado en la tierra esperando toda la tarde a la madre que no llegaba? Unsu se sentó apoyándose en la columna de la puerta. Sentía desmoronarse.

Fuera del sonido de la televisión no se oía ninguna otra cosa dentro de la casa.

La vecina volvió a pasos ligeros. Su mano seguía ocupada con el envase plástico de petróleo. No vio a Unsu acurrucada bajo la sombra de la puerta. Los pasos de los que pasaban por la calle no se detenían. Pronto ya no se oirían esos pasos, y en la calle reinarían la oscuridad y el silencio misterioso de la noche.

¡Frío! Unsu tembló de frío. Los escasos vellos del rostro y las piernas se le erizaron. A pesar de la desesperación infinita, el sentido biológico de “lo frío” estaba vivo. ¡Qué raro!

Se levantó y tocó el timbre dos veces, ligeramente. ¿En qué momento? El volumen de la televisión había bajado.

Después de mucho rato la ventana se abrió apenas. Sechung se dirigió a la puerta sin hablar. “Ábreme la puerta.” Eso no alcanzó a salir de su boca en forma de palabras.

Se cerró la ventana. Desde adentro se oía movimiento: Se abrió la puerta de la habitación y luego desde la sala, se escuchó el arrastrar de pantunflas y pasos que se dirigían al patio. Luego, el silencio. Unsu aspiró el aire.

—¿Todavía... allí? Vete. Hablaremos mañana. —Hablaban en voz baja. Parecía que contenía su cólera.

—Irme, ¿adónde? Unsu clamó así en su interior.

—Si veo tu cara ahora...— pausa; luego siguió: —podría matarte.

—Ábreme la puerta. Te explicaré todo adentro.

—¿Todavía tienes algo de que hablar? —La ironía cubría la ira contenida. —Sung-il está dormido. No alces la voz. Es de noche. Vete. Dentro de unos días habremos reflexionado. Además, si la gente te ve así, ¡qué vergüenza! Es feo. Ya llamé a mi mamá. Vendrá en el tren de la madrugada. No te preocupes por Sung-il.

Pronto se cerró la puerta de la sala y se apagó la luz de la habitación.

III

Al amanecer, como de costumbre, extendí la mano hacia la cabecera donde debía estar el periódico e iba a decir: “Dame el agua”, cuando recordé mi nueva situación. Retiré la mano y recorrí el cuarto con la mirada.

Sung-il estaba dormido, de lado. Estaba destapado. Las vagas luces del alba llenaron el cuarto. Jalé la frazada que mi hijo había empujado, y lo tapé. Me levanté y fui a la cocina. Tomé un vaso de agua fría.

¿Qué soñé anoche? En la mesa había platos, pocillos destapados y regados, y en la mesita de la sala estaban media botella de licor, una copa y el cenicero lleno de colillas.

Hasta altas horas de la noche mi mujer estuvo llorando en la puerta cuidándose de no hacer ruido, como un gato llorón que rasga con sus uñas. Yo, atento a todos sus movimientos, tomé licor en la sala oscura.

Abrí la cortina de la sala. Se clareó más el interior de la casa. Pronto amanecería. Entré en la habitación. Sung-il, medio despierto por los ruidos de las puertas, dio vueltas en la cama y habló con voz gangosa, “Mamá, pipí”.

Tal como hacía ella cada madrugada, lo levanté y puse su brazo alrededor de mi cuello. Luego le acerqué el bacín. Orinó. Después me echó una mirada vaga y triste, luego lo llevé a la habitación. Todavía no estaba bien despierto. Tenía rostro fruncido y afligido. Pero al notar que no estaba su madre, se acostó de nuevo. Vaciló un momento hasta que, por fin, preguntó por ella. Iba a decirle tajantemente: “No está tu madre”; pero le respondí:

—Está cocinando. Y, arrullándolo, agregué:

—Pronto llegará la abuela del pueblo. Ella te gusta, ¿no?

Sin mayores explicaciones le había pedido por teléfono que viniera pronto y ella me contestó inmediatamente sin preguntar por qué: “Mañana iré en el primer tren”. Seguro que a las nueve ya estará aquí. En el reloj de pared sonó la hora: eran las seis y media. Abrí con fuerza la puerta de la sala y bajé al patio. Fui a recoger el periódico de la mañana acomodado en la rendija entre la puerta y el muro.

Lo saqué y me quedé parado en la puerta. La abrí sin hacer mucho ruido. No estaba ella. De vez en cuando pasaban los muchachos del colegio cuyas clases comenzaban temprano. ¡Qué raro! Aunque había decidido jamás aceptarla, su ausencia me causaba una sensación de soledad mezclada con sentimientos de traición y añoranza. Ayer por la tarde, al regresar a casa, y encontrar a mi hijo dormido en la puerta, mi cólera, casi igual al deseo de matarla, estaba a punto de explotar. Pero ahora ya estaba calmado. Entonces, ¿deseaba encontrarla dormida en la puerta con el rostro bañado en lágrimas? Quizás yo mismo preparaba alguna justificación pensando que ella no había estado afuera unos días como otras veces, sino que algo le había sucedido y eso le había hecho volver tarde.

No, no debo ceder tan fácilmente. No debo creer que todo se resuelve con súplicas, bofetadas y muebles rotos. Moví la cabeza en forma negativa, tomé la escoba y salí. Empecé a barrer la calle minuciosamente como tratando de borrar su imagen de pasos vacilantes y hombros caídos.

Por esperar a mi madre salí de casa una hora después que de costumbre. No pude concentrarme durante toda la mañana. Cada momento me decía que desde hacía tiempo estaba preparado para este momento. Sin embargo, cada vez que sonaba el teléfono, cada vez que llamaba alguien, me sobresaltaba.

En los breves momentos de descanso entre una y otra firma de las libretas de ahorro, iba al baño y me lavaba las manos.

El mensajero, al vaciar el cenicero del escritorio, dijo que era la tercera vez, y la empleada, al verme tomar té de cebada a cada rato, me dijo: “Oiga, señor Chi, usted anoche habrá tomado mucho licor”. Sin embargo, no respondí a ningún comentario. No tenía ganas de contestarles. Mis colegas, bien encorbatados, sentados apuestamente en sus sillas, sin preocuparse de sus casas o de sus propios problemas, se dedicaban de lleno a su trabajo. Quería agarrarlos del cuello,

de sus caras blancas, morenas, amarillas, grandes, largas, y preguntarles a gritos, qué harían ellos en mi caso. Entonces, ellos, mirándome con compasión, me dirían que la aceptara si no me había traicionado; porque, al fin y al cabo, era la madre del niño y, en este caso, debería pensar en él ante todo. O dirían que si podía corregirla aunque fuera a golpes, que la aceptara; si no, que me olvidara de ella.

¿Estaría ella en casa de su madre cubriéndose con la cobija hasta la cara? O si no, ¿estaría parada en alguna calle transitada mirando a la gente sin pensar en algo particular? O a lo mejor, ya estaría en casa. La mano constantemente se dirigía al teléfono; pero en vez de tomarlo, cogía el vaso de agua o el cigarrillo.

Esta mañana, apenas entró mi madre a casa, me preguntó apresuradamente: “¿Qué pasó? ¿Algún problema?” Pero no necesitó mi respuesta porque le bastó una mirada para comprender todo: la cocina en desorden y Sung-il triste, con ropa de dormir a una hora tan avanzada, en un rincón de la sala. “Bien, no te preocupes, hijito. Aquí está tu abuela. Tienes hambre, ¿verdad? Pobrecito, mi hijito.” Se arremangó el brazo, corrió a la cocina y empezó a preparar el desayuno.

Nunca le había dicho nada, ni le había pedido su ayuda cuando Unsu abandonaba el hogar; pero, por mi hermana, toda la familia estaba enterada del problema desde hacía años.

No estaba claro qué era lo que yo deseaba realmente: verla o evitarla. Pero al pasar más el tiempo, iba quedando claro que yo era un hombre sin valentía; porque, aunque repitiera: “esta vez, de verdad, no”, me sentía culpable por haberla botado en plena noche a pesar de que ella estaba llorando afuera, acurrucada en la puerta.

Se acercaba más la hora del fin de la jornada, y hasta ese momento ella no había llamado. Mi mirada, inconscientemente, se clavaba en la puerta, y de pronto divisé la figura de mi suegra. Estaba ahí vacilante afuera, detrás de la ventana oscura del banco. Su presencia me sorprendió, mi mano tembló y sentí que algo pesado caía en mi corazón. Entró y se sentó en la banca de los clientes, esperando que yo la descubriera. Pero fingí no verla y charlé con un colega sobre cualquier cosa, hasta que terminé de fumar un cigarrillo entero. Mi suegra perdió la paciencia. Se levantó y se acercó a mi mesa. Me levanté de la silla sorprendido, como si acabara de descubrirla.

Cerca de la hora de la salida del trabajo, siempre había mucha gente en el banco. No sabía adónde invitarla y dudé un momento: ¿al café del piso bajo del edificio o aquí? Decidí no salir. Le ofrecí una silla y me senté a su lado. Aunque tenía la boca impregnada del sabor de cigarrillo, saqué otro y lo encendí.

—Estás muy ocupado... —tocando el asa de su bolso, mi suegra habló tímidamente.

Estaba avergonzada.

—A esta hora siempre estamos ocupados.

—Otra vez la madre de Sung-il cometió el mismo error...

—¿Está en su casa? —Como no podía seguir callado, le pregunté fingiendo indiferencia. Mi pregunta le dio el pretexto para soltar el discurso preparado en el trayecto y que habría monologado desde su casa hasta aquí y afuera del banco, antes de atreverse a entrar.

—No. Tú sabes que en esos casos ella nunca viene a mi casa. Ayer me dijo que iba a venir, la esperé hasta la noche con unos platitos. Creí que tenía algún problema. Pero anoche soñé tan feo que por la mañana llamé a tu casa y me contestó tu madre. Me dijo que ella había ido porque Unsu se había marchado. Al oír eso, perdí las fuerzas. ¿Qué hacer? Estoy fuera de mí. Me hubieras llamado, en vez de llamarla a ella, que está muy ocupada. Si sí, habría ido a tu casa inmediatamente.

Estaba preocupada y al mismo tiempo ofendida porque yo le había avisado a mi madre.

—Ya no tengo por qué seguir ocultándolo.

—Es que yo tengo la culpa. ¿Qué palabras puedo decir? Y esta loca, ¿por dónde estará?

—¿Qué sé yo? Son seis años de vida matrimonial. Aguanté hasta ahora. ¿Quiere que vaya a la comisaría a denunciar y presentar la solicitud de búsqueda, o al periódico para sacar un aviso o pegar papeles de búsqueda en las calles?

Alcé mi voz sin querer. Los que hacían transacciones bancarias y los que estaban esperando su turno en las bancas hojeando revistas me miraban de soslayo.

—Esta vez le llamaré la atención con mayor severidad y le pediré que ya no vuelva a hacer lo mismo. En fin, es la madre de tu hijo Sung-il.

Mi suegra tomó mi mano y suplicaba en voz baja.

¡Dios mío! Siempre igual. Siempre la misma cosa. Ya no. Ya no quiero saber nada de eso. Estoy harto. ¿Mamá de Sung-il? “¿Una madre se porta así?”

Bajé la voz. Todo es inútil. Retiré mi mano de su mano caliente y áspera con el pretexto de mirar la hora en el reloj de pulsera. Las manchas negras de la vejez habían empezado a aparecer en sus manos.

—Bueno, parece que estás muy ocupado. Ve a trabajar. Iré a tu casa ahora mismo. Tu madre, como está ocupada, seguramente necesitará volver a su pueblo lo más pronto posible, aunque sea mañana. Estaré en tu casa cuidando a Sung-il hasta que vuelva ella. Se levantó.

—No, gracias. No tiene por qué hacerlo. Mi mamá encargó el mandado a mi hermano y hasta que nos restablezcamos estará con nosotros —le contesté fríamente, mirándola de frente. Su rostro viejo se tornó rojo oscuro.

—Entonces, cuando la veas, dile que vaya a verme.

Se levantó, pero no se marchó inmediatamente. Con el único deseo de alterar mi decisión, se apresuró a decirme que me esperaría hasta que terminara de trabajar. Pero le dije que estaba muy atareado por ser el último día del mes y que trabajaría hasta la noche, y la despaché. En ese momento todas las ideas confusas que me habían sofocado durante el día se hicieron más claras. Pude ver el final del hilo del ovillo que estaba en pleno desorden. Era notable la actitud de preocupación y desesperación de mi suegra. Quizás mi reacción contra su actitud me haría reflexionar con calma.

Hasta este momento jamás me había creído un hombre frío. Solamente era fiel a mi convicción de que el hogar, mi hogar construido por mi propia mano, debía estar abrigado como nido de pájaros, firme y seguro como cáscara de nuez. A lo mejor esta convicción era un muro, fortalecido y endurecido por el desengaño y el capricho de la gente y del mundo, a los que me había enfrentado para sobrevivir hasta este momento.

Estrujé la cajetilla vacía de cigarrillos y abrí el cajón del escritorio. Todo estaba en su lugar: bolígrafos, tarjetas, calculadora, sobres y, en el fondo, unas libretas de ahorro del banco. Saqué la libreta de ahorro de vivienda que estábamos pagando mensualmente desde hacía cin-

co años. Para recibir los cinco millones tenía que pagar seis cuotas más. Al iniciar este ahorro habíamos planeado vender la casa actual en el otoño, y con ese dinero y el préstamo del banco comprar una mejor. Observé las seis líneas vacías sin sello y pensé en mis deberes hacia mi mujer, aspectos morales y legales, y sus límites.

Cinco años antes, cuando le propuse hacer el ahorro de vivienda sacrificándonos un poco más, mi mujer se alegró como una niña. “No vayamos a comprar una casa ya construida por ajenos o una casa donde hayan vivido otros. Más bien debemos construirla con nuestras propias manos. A nuestro estilo, ¿sí? Estoy de acuerdo con los que piensan que la casa donde se vive es la réplica de la manera de ser de los moradores. Las casas construidas estos días no me gustan. Son como los apartamentos que ofrecen comodidades; pero no me gustan, porque son como las palmas de mi mano, demasiado conocidas. Construiremos muchas habitaciones. Parecerá un hormiguero, pero debe haber un escondite que nadie pueda descubrir y que sirva de refugio cuando uno esté enojado o cuando algo no le cuadre bien. Para nuestros hijos debemos preparar esos lugarcitos. No habrá necesidad de construirla grande. Pero el jardín debe ser amplio. Allí colocaremos una mesa redonda; cuando haga buen tiempo comeremos allí, tomaremos té o leeremos libros. Los árboles deben brindarnos sus frutos. Así los niños estarán más felices. Dirás que mi gusto es de una niña, pero los muros deben ser de madera y pintados de blanco. El techo, de color verde. Me impresionó mucho *Green Gables* que leí cuando era colegiala. Se trata de una huérfana, pobre y fea, como el ratoncito de la iglesia, que llegó a un rancho de techo verde y ahí creció como una mujer feliz y hermosa. Al leerlo, pensé que saber sentirse feliz es una gran virtud. Yo misma quiero construir mi casa para vivir allí mucho tiempo. Quiero tener muchos hijos. Mi cuerpo es pequeño pero fértil. Mis hijos jugarán en el jardín y, con un poco de tristeza, los observaré como una vieja sentada en la silla de paja.”

Saqué el formulario para rescindir el contrato y lo llené.

Sea lo que sea, ella es mi esposa y yo tengo la responsabilidad y aunque ésta sea algo espiritual, en la vida real, lo material es lo que soluciona las cosas.

Ella decía: “No sé por qué me pongo tan triste cuando veo a los niños. Dicen que la niñez es cuando no se conoce la vida y, por eso, es la época más feliz. Pero veo en su ingenuidad una honda tristeza. Frecuentemente pienso en nuestros hijos. Pero, qué raro, fíjate que siempre me los imagino de cinco o seis años. No puedo imaginármelos de mayor edad. Pero los niños crecen, ¿verdad?” “Quizás porque no tienes hermanos. En mi caso, me imagino niños mayores que se ponen mis calcetines”. En ese tiempo ella estaba embarazada de Sung-il y su vientre estaba muy abultado.

Ya porque la tinta manchara, o porque el sello no estuviera bien claro, eché a perder hasta el tercer formulario. Saqué el cuarto y lo llené sin error.

La señorita Mun de la Sección de Ahorro Mensual ya estaba preparándose para salir. Su bolso estaba encima de la mesa y se maquillaba. Por un momento pensé que todavía tenía tiempo para reconsiderar mi decisión, pero puse el formulario en su mesa antes de arrepentirme.

—Señorita Mun, arregle este asunto mañana por la mañana.

Afuera ya estaba oscuro y bajo la sombra de la noche, las luces nacían poco a poco. Pronto irrumpiría la noche plena, entonces habría más luces relucientes.

Dejé de esperar el autobús del banco y me dirigí hacia la Municipalidad. Vacilé un momento al pensar en los rostros de Sung-il y de mi madre, confundida, en casa de su hijo, adonde llegaba apenas tres o cuatro veces al año, atenta a todos sus pasos en la calle, con ansiedad. Sin embargo, no quería ir directo a casa. El sentimiento de vacuedad, infelicidad y cólera me inducían a desfogarme de alguna forma.

Las calles del centro, a la hora de la salida del trabajo, se llenan de transeúntes que caminan a empujones, chocándose los hombros y pisándose los pies; olas que fluyen por las calles. Caminé sin dirección. Al sentirme infeliz, parecía que me liberaba de algo. Todas las mujeres, vistas desde atrás, se parecían a la mía. ¿De verdad deseo separarme de ella? ¿Puedo separarme de ella sin condenar a mi hijo al abandono en una senda oscura? Me preguntaba sin cesar, caminando a empujones por las calles.

Ella no sabía orientarse en la noche. Había vivido en Seúl casi veinte años; sin embargo, los únicos caminos que conocía bien eran los que iban de su casa a la escuela y a la oficina donde trabajó después de graduarse. Antes de casarnos, en las noches caminábamos por muchas calles, y ella tenía miedo de perderse en ellas. Al ver cómo me orientaba y cómo las conocía todas, me miraba con admiración.

En mi caso, conocía todas las calles como la palma de mi mano debido a la vida dura de mi época estudiantil, dando clases particulares sin un momento de descanso y buscando una habitación más barata. Para eso, no lo niego, me había servido mucho el consejo de un paisano mayor que yo. Él me dijo que para vivir económicamente en Seúl se necesitaba conocer muchas calles.

A medida que avanzaba la noche aumentaba la multitud. La ciudad era una enorme cinta movediza que trasladaba gran cantidad de personas y vehículos. ¿De dónde vendría tanta gente? ¿No seríamos como esos niños de un cuento antiguo que, atraídos por el sonido de una flauta mágica, se fueron para siempre? ¿No seríamos conducidos por una mano fuerte hacia una puerta desconocida?

Empujado por la muchedumbre pasé enfrente del Departamento Midopa y luego llegué a la calle Chungmuro. A cada rato me detenía para mirar a la gente que llenaba las calles. No me parecía algo real todo lo que veía.

Como ese día no había almorzado casi nada, ahora el estómago vacío me ardía. Eran las ocho de la noche, hora, aunque no fuera por el hambre, en que un hombre de mi edad, melancólico y desgraciado, no erraba por las calles con la mente en blanco. Para los que todavía no volvían a casa era la hora en que daban ganas de tomar licor.

Llegué a la callejuela de los bares alejada de la calle central.

La cantina estaba llena de vida por el humo que salía de la carne asada y la conversación bulliciosa de la gente embriagada que ocupaba casi todos los asientos. Me senté en un lugar vacío y tomé media botella de aguardiente y un plato de pulpo guisado. Como mi estómago estaba vacío, pronto se me subió el licor. “Oye, la vida es así. Todo igual. Ante los fuertes la gente gatea; ante los débiles son prepotentes. No eres el único que sufre las injusticias. Toma más licor. Acábatelo y olvídate de todo. ¿No dice la canción que si no te

gusta estar abajo, subas tú también?” “Oye, pero me encabrona: ¡Qué sucia es la vida!” Gritaba uno a mi lado, en la mesa que tenía una pequeña estufa en el centro, mientras el otro se enjugaba las lágrimas.

Pagué la cuenta y salí. Eran las nueve. Para tomar un taxi que me llevara a casa tenía que cruzar la calle, pero todavía era temprano para llegar a casa y mi borrachera tampoco era completa. Sung-il ya estaría dormido y mi madre ya habría guardado mi pocillo de arroz debajo del colchón* y estaría esperando mi llegada con los oídos muy atentos. Quizás mi mujer también estaría de vuelta. O, sin atreverse a entrar estaría en la callejuela oscura dando vueltas y vueltas. No, ninguna era una razón suficiente para regresar ahora a casa. Negué ampliamente con la cabeza. Tenía un orgullo que ni yo mismo alcanzaba a comprender. Continué la caminata. El cuerpo embriagado percibía el aire primaveral como algo abrigado y suave.

A la entrada del subterráneo, una vendedora ambulante llevaba unos muñecos de peluche y juguetes. No eran de calidad. Pero le compré a Sung-il un panda grande. La hija de la vendedora, gateando, sopló una trompeta. También la compré.

La vendedora se apresuró a sacar un tanqucito de un cajón amontonado a un lado, le dio cuerda y lo puso en el suelo. El tanque hizo su exhibición: se revolcó varias veces y se paró. Lo compré también.

No recuerdo haberle comprado juguetes a mi hijo. Eso era oficio de mi mujer. La vendedora me entregó el oso envuelto en un papel y amarrado con un hilo. Aunque era algo incómodo y raro, lo cargué bajo el brazo; el tanque y la trompeta los guardé en los bolsillos del saco. Salí del subterráneo, vi el letrero de una pequeña cervecería. Entré. En el interior las mesas estaban en dos líneas y cada una separada de la otra por una mampara. El local era largo, oscuro y angosto como el vagón de un tren. Cerca del mostrador tres o cuatro jóvenes ocupaban una mesa, y algunas parejas, otras más.

Pedí dos botellas de cerveza y botana. La mesera se sentó frente a mí y me saludó con una caravana.

—Me llamo Chong. ¿Puedo sentarme?

—El asiento es para sentarse.

* Como la calefacción entra por debajo del piso, éste siempre mantiene el calor. Ésta es una de las razones por las que se acostumbra dormir sobre el piso.

—¿Viene con otros? —me preguntó al tiempo que llenaba mi vaso de cerveza.

Sus uñas estaban pintadas de gris claro. Sus dedos eran largos y su muñeca muy delgada. Seguramente le pesaba hasta la botella de cerveza, porque la pulsera que llevaba temblaba levemente.

—No, estoy solo.

—¿Está triste?

—¿Por qué? ¿Le parezco triste?

—Hay pocos que beben solos.

—Los verdaderos bebedores toman solos. Así se puede saborear bien el licor.

Llené el vaso y le ofrecí. Reí. Ella también. Su cara, oculta detrás de la gruesa capa de maquillaje, parecía una máscara que no dejaba ver su verdadero rostro.

—¿Es un regalo para su hijo? —Me preguntó mientras se sentaba junto a mí, después de apartar el oso que había dejado a mi lado. El juguete, como estaba mal envuelto, mostraba una parte de su cuerpo.

—Sí, pero lo compré mal. Ya pasó la edad de jugar con esto. Compré también la trompeta y el tanque; pero creo que apenas le gustará el tanque.

Saqué de los bolsillos la trompeta y el tanque y los puse en la mesa.

—¡Caramba! Usted es un buen padre. Pero, ¿los niños de ahora también juegan con trompetas?

La llevó a su boca y la sopló. Se asustó con el sonido agudo e inmediatamente la dejó.

—Buen padre, aunque hombre solitario. ¿No tendrá una historia sentimental?

Se acabó la cerveza. Pedí dos botellas más.

—Buen tema para una novela de amor.

—A mí me gustan los hombres solitarios. Dicen que enamorarse de un hombre solitario es saborear el verdadero amor.

—¿Le gusta la literatura?

—¿Acaso habrá una mujer a la que de joven no le haya gustado la literatura y la soledad? —rió.

—Es que hoy destruí una casa.

—¡Dios mío! ¿Es usted miembro del equipo de demolición de casas ilegales? —me preguntó asustada y agrandando los ojos. Se

me salió el humo del cigarrillo por la risa inesperada. El humo empañó su cara.

—Decían que era una casa formidable pero de mala suerte. ¿Qué quedaba? Tenía que sacar hasta las vigas. —Aumentaron las botellas en la mesa.

—Oiga, pero, ¿está usted triste por la destrucción de una casa ajena? La casa se puede construir de nuevo. Si algo no le agrada, tome hasta olvidarse y duérmase. Entonces, a la mañana siguiente, verá que el terrible ayer pertenece ya al pasado. Por algo ustedes son hombres. Allí está la dicha de ser hombres.

Llenó el vaso y rió de nuevo con ese rostro enmascarado.

Después de las once salí de la cervecería. La costumbre es un mal hábito. Junto a otros hombres que se apresuraban por regresar a casa, subí a un taxi y pensé en la costumbre. Aunque ahora ya no exista el toque de queda, éste se había enraizado tan profundamente en nuestra conciencia que la máxima hora de regreso a casa tenía que coincidir con las doce. ¿Una costumbre o un instinto de volver al lugar de uno? La gente, ¿cuántas líneas dibujarán en su vida y cuánto se esforzarán por no salirse de esos límites?

¿Hasta dónde llegará mi paciencia con mi mujer?

Me bajé del taxi, oriné en el muro de una casa ajena y miré el cielo. La luna brillaba en el firmamento.

En el camino a casa no había gente. “Caramba, está demasiado silencioso.” Murmuré y caminé trastabillando, efectos del licor, la soledad y la melancolía infinitas. Algo se me cayó de mi bolsillo. Era la trompeta. La mujer de la cervecería al despedirse me la había guardado.

Coloqué el oso debajo del brazo, y con la otra mano tomé la trompeta y soplé: Tuuu... tuuu... Había una mujer que siempre tocaba la trompeta. ¿Quién era? Tuuu...tuuuu... Ah, sí, era en una película. Tenía el pelo muy corto y parecía un poco tonta. El sendero del bosque cubierto de nieve, una mujer recostada y enferma, y en su cabecera, la trompeta y unas monedas que le había dejado el estafador, de un cuerpo enorme. Ahora me acuerdo. Era una película italiana. La pequeña mujer parecida a una nena se envolvió con la frazada, se sentó al sol, y, cantando la única canción que le había enseñado el hombre, murió. También había otra escena donde una mujer alta, con el pelo

amarrado con un pañuelo, tendiendo la ropa lavada en una pradera con viento, cantaba con voz clara y resonante. Unas escenas y el sonido de la trompeta renacieron claramente en mis ojos y oídos. ¿Qué quería mostrarnos esa película, un ángel o lo patético de la vida?

El pelo corto, los ojos grandes asustados o miedosos. ¡Oh! Gelsomina, pobre ángel. ¡Oh! Gelsomina, ¿adónde te fuiste? Inventé las letras a mi manera y tararé. Luego silbé pero no podía recordar más la melodía. Otra vez toqué la trompeta. Tuuu... tuuu...

La trompeta carecía de resonancia y de sonidos melódicos. El sonido simple y asonante, como si se rompiera una frazada gruesa, desgarraba la oscuridad.

La primera trompeta que oí fue la del músico del circo que había llegado al pueblo cuando yo era muy niño. Todo estaba silencioso y lo único que rompía ese silencio era el viento que arrullaba la oscuridad de la noche. Por medio de ese silencio la música altisonante de la trompeta era capaz de rasgar el cielo del anochecer. Hasta ahora recuerdo ese sonido con claridad.

Era triste y melancólico. Eso no venía de nuestro mundo sino de alguna estrella lejos de aquí y llegaba al pequeño corazón como preámbulo de la tristeza, la muerte y la despedida que nos visitaban sin cesar y me hundía en una honda tristeza y un miedo misterioso.

Llegué a casa pero no pude tocar el timbre inmediatamente. Tal como había hecho mi mujer anoche, miré el interior de la casa como si mirara una casa ajena. No se parecía a la mía. ¿Qué sentí ayer, y anteayer? Y antes, ¿qué había sentido? Me apoyé en la viga de la puerta y pensé: Todo estaba bien aunque nada era como hoy. Como dijo esa empleada de la taberna, o tal como hacía en mi niñez, después de un buen sueño, ¿pasaría el penoso presente lleno de sufrimientos al ayer y tendría el nuevo presente?

Toqué el timbre. A través de la puerta de vidrio veía a mi madre abrir las puertas cerradas y salir pesadamente. Luego, medio agachada, localizaría los zapatos y se acercaría a la puerta. Oigo sus pasos ahora.

—Llegas tarde.

—Sí, mamá, disculpa. ¿Ya se durmió Sung-il?

Aseguró el cerrojo de la puerta y me contestó:

—Sí, hace rato. No tomes tanto. Si tomas así todos los días, aunque seas fuerte, te enfermarás.

Entré en el cuarto y observé el rostro dormido de Sung-il. Mi madre se sentó a mi lado, me miró y me preguntó con cuidado:

—¿Ninguna noticia de la madre de Sung-il?

Automáticamente, mientras acariciaba la cabeza del niño, empezó a hablar en voz baja para no despertarlo:

—Este niño es maduro y juicioso. Siendo niño, parece que entiende algo porque no menciona a su madre. Me obedece en todo, lo cual me da pena. Ya habrá nacido así, porque sabe portarse y...

No le hice caso. Me quité las medias y la ropa. ¿Acaso mi mujer me ha contrariado? Era tranquila y silenciosa; sin embargo, ¿alguna vez me ha mostrado ese espíritu tan sólido y tan lleno de viento que tan bien ha guardado en su corazón? ¿Me lo ha insinuado con su rostro? No, nunca.

—Vuelve temprano a casa. Un niño y una vieja te esperan mirándose las caras. Ahora no está ella, al atardecer la casa parece más silenciosa y melancólica.

Algunas veces, sus quejas me hicieron volver temprano a casa. Aunque llegara temprano, muy de noche, me ponía las chancletas e iba a la tienda a la entrada del barrio, allí tomaba siquiera una botella de cerveza para poder dormir. La casa se oscurece antes de que llegue la noche y es más oscura y melancólica que la misma oscuridad; el niño bueno, pero sin alegría, esperando a su madre; la abuela, con los lentes colgados en la nariz, leyendo despacio y sin destreza los cuentos infantiles para dormir a ese niño. Oyendo su voz baja al leer podría aguantar desesperación y tristeza infinitas. En esos momentos tomaba licor esperando que su poder mágico me reviviera el odio, la ira y los sentimientos bárbaros contra mi mujer.

Cuando mi madre me preguntaba, vacilando, sobre ella, le contestaba tajantemente: “Si llega, no la dejes entrar a casa. Dile que vaya al banco.”

La ropa de mi mujer colgada en la pared desaparecía poco a poco. Sin embargo, los cosméticos seguían encima del tocador empolvándose. Mi madre, como tenía mala vista, no los veía bien. Cada mañana me secaba con la misma toalla mojada que no había sido cambiada por la otra y me ponía la camisa lavada y planchada por ella. A la

hora del desayuno, sirviéndole el pescado a Sung-il en la mesita, mi madre comentaba: “Todo está caro en la tienda. No hay nada que comprar”. Cada dos o tres días hacía una llamada de larga distancia a mi pueblo y le decía a mi hermano, a quien le había encargado la tienda: “Fíjate, no puedo volver pronto porque todavía no se soluciona el problema de aquí”. La tienda, como estaba en manos del matrimonio de mi hermano, no la necesitaba tanto. Sin embargo...

Todavía estábamos en primavera pero el clima caprichoso ya nos hacía sentir el verano. El pronóstico decía que la temperatura subiría hasta 27 o 28 grados; por lo tanto, que deberíamos cuidarnos de la gripe porque la diferencia de temperatura mínima y máxima era muy grande. Además, se temía que hubiera sequía.

Vino el señor Kim, director de una compañía que hacía sus transacciones bancarias con mi banco. Con él fui a almorzar a un restaurante cercano. Tomamos caldo de intestinos de res con arroz y otros platos de verdura; pero cuando estaba saliendo, escarbándome los dientes con el palillo, vi una figura al lado de la fuente del parque central del óvalo. Debajo de la fuente, de donde salía el agua en forma vertical, había un muro y allí estaban plantadas muchas flores. Allí, sobre el muro, había una mujer muy familiar a mi vista. Era ella. Cuando la reconocí viendo su perfil, no supe qué hacer, como si hubiera sido atacado sorpresivamente. Seguramente no se percataba de que estaba prohibido trepar el muro. La gente la miraba; pero ella, distraída, no prestaba atención. Su vestido morado claro, bajo el sol calcinante, parecía raro y fuera de lugar como su figura encima del muro.

—¿Qué le pasa? ¿Se ha olvidado de algo? —me preguntó el señor Kim al verme parado sin avanzar.

—No, nada. —Apresuré el paso como si alguien me empujara.

Volví a mi mesa y empecé a trabajar, pero su figura al lado de la fuente no me dejaba concentrarme. Entonces era cierto que mi madre la había visto ayer por la tarde. Anoche, cuando regresé, mi mamá abrió la puerta. Entré, pero ella en vez de asegurar la puerta sacó la cabeza y miró detenidamente la calle oscura. Luego murmuró como si jalara mi manga para hablar algo en secreto:

—¿No has visto a nadie?

—¿A quién? No, no he visto a nadie.

Cuando sospeché que se refería a mi mujer, desperté de la borrachera.

—La vecina me contó que a las tres o cuatro de la tarde, cuando volvía del mercado, la había visto en la calle. Tu mujer, al verla, volteó fingiendo no reconocerla, pero la vecina se le acercó y le preguntó: “Oiga, mamá de Sung-il, ¿cuánto tiempo hace que no la veo? ¿Estaba de viaje?” Entonces, le contestó balbuceando algo que no pudo entender.

Mi madre, con el pretexto de aprender a manejar la lavadora o conocer el mercado, se relacionó con la vecina, y a raíz de eso las dos mujeres se visitaban y conversaban hasta de sus intimidades. Su rostro decía que jamás podría comprender a su nuera. Siguió diciendo:

—Como me dio miedo oír esa conversación, no dejé salir a Sung-il. Otra vez, cerca de la hora de la cena y cuando estaba oscureciendo, estaba impaciente y atento a todos los movimientos de afuera. Parecía que alguien estaba allí. Abrí la puerta. En ese momento, alguien se alejó pasando rápidamente frente a la puerta. Su apariencia, aunque la vi por detrás, era la de ella. No había hecho nada malo en su contra, pero temblé... “Estos días pienso mal de tu suegra. Si su hija es problemática y culpable, ya debe hacer siquiera algo para recompensar su vergüenza, pero nada... Ya pasó más de un mes, ¿no?”

Ayer debió haber estado toda la tarde alrededor de la casa y hoy, sin duda, habrá aparecido alrededor del banco para verme.

Tenía un depósito de más de tres millones, el ahorro mensual que retiré el otro día. Lo había retirado al día siguiente de su última salida creyendo que iba a verla muy pronto, la esperé en vano más de una semana, y finalmente lo había depositado en mi cuenta corriente. No me equivocaba, ella había venido a buscarme. Eran más de las tres de la tarde cuando me llamó por teléfono.

—Soy yo, Unsu.

Su voz era áspera y aguda, diferente a su tono original. Quizás estaría tensa. Casi no reconocí su voz porque me sonaba muy ajena. No le pude responder inmediatamente. Tragué saliva.

—Ah, sí, eres tú.

—Estoy en el café del piso bajo. ¿Puedes venir a verme?

Seguro que no quería oír mi respuesta porque habló rápido en tono alto.

—Ahora estoy muy ocupado. Iré dentro de media hora.

—Te esperaré.

Colgó el teléfono. Era mentira que estaba ocupado. No tenía nada urgente para hacerla esperar media hora. Le había respondido así deseando tener tiempo para reflexionar.

Encendí un cigarrillo y empecé a arreglar los cajones que tampoco estaban en desorden. Media hora muy larga.

Me imaginaba su figura esperándome en el café; fui al baño, oriné y me lavé las manos lentamente. Saqué de mi cuenta dos millones en cuatro cheques de medio millón cada uno, los metí en un sobre blanco y, antes de salir, automáticamente me paré delante del espejo al lado de la puerta y me vi en él. Por las borracheras continuas mi rostro estaba ennegrecido, pero el cuello de la camisa que me había cambiado esta mañana estaba limpio.

Ella estaba sentada dando la espalda a la entrada del café. La iluminación oscura y el alto volumen de la música daban la sensación de que el café era bullicioso, lleno de gente a pesar de los lugares vacíos. Como la había visto suficientemente bien al lado de la fuente, no tuve dificultad para reconocerla. Su vestido morado estaba rojizo por la iluminación oscura y roja.

Vacilé un momento, luego me senté frente a ella. Se incorporó y se sentó de nuevo. En un breve instante pensé que su rostro estaba muy cambiado. Era por el maquillaje abundante. Se había cortado más el pelo, lo cual hacía resaltar toscamente el cuello y las orejas. El maquillaje le devolvía la vida y la juventud, pero yo sabía que era el esfuerzo por ocultar desesperadamente su rostro demacrado y endurecido.

—Hace tiempo, ¿no?

Puse el cigarrillo encima de la mesita y me apoyé en el respaldo de la silla.

—¿No quieres ir a otro lugar? Aquí hay mucho ruido.

—Vine en mitad del trabajo.

Rechacé su propuesta en forma indirecta pero cuando vino la empleada a preguntar qué queríamos tomar, le pedí que bajara el volumen de la música.

—¿De dónde vienes? —pregunté para romper el silencio incómodo y tenso entre ella y yo.

Suponía que ella habría dado vueltas toda la tarde alrededor del banco.

Ella, con la cabeza gacha y tocando el filo de la mesita, alzó los ojos.

—Esta mañana fui a casa. Estaba tu madre.

—Sí.

—No me dejó entrar a casa. Me dijo que viniera a verte primero al banco.

—Así se lo pedí.

Una leve sonrisa apareció alrededor de su boca. Sin embargo, por el esfuerzo de contener sus sentimientos, resaltaban azules las venas de su frente.

—Como está ella, no pasas incomodidades, ¿verdad?

—La estamos pasando más o menos bien.

Otro silencio. No tenía ganas de tomar el té, se quedó pensativa. Después de un buen rato habló:

—¿Está bien Sung-il?

—Sí.

—¿Va a la escuela sin problemas?

—Parece que ya se acostumbró.

Sacó el pañuelo y se secó el sudor de la frente. Ese sudor no era sólo por el vestido grueso; había algo más. Al guardar su pañuelo en el bolso se golpeó el codo contra la mesa, al tiempo que tiraba al piso el vaso de agua colocado en el borde. Era el agua que ella estaba tomando. No supo qué hacer. Se agachó para recogerlo.

—Déjalo. Yo lo recojo.

Al recogerlo vi sus zapatos. Dijo que había venido de casa, pero parecía que venía caminando desde lejos por calles accidentadas, porque el cuero de los tacones polvorientos estaba raspado y rayado. Pies cansados y pobres. No, no debo retroceder por la compasión. Rápido retiré mis ojos de sus zapatos. Era el instinto de defensa preparado desde hacía tiempo.

—¿Quieres?

Le alcancé la cajetilla de cigarros. Buscando alguna oportunidad de sacar el sobre blanco guardado en el bolsillo interior del saco cogí primero la cajetilla. Negó con la cabeza.

—A ti te dará lo mismo... pero, he pensado bastante. Vivir en esta situación es un martirio para ambos.

Como si desenvainara el cuchillo, saqué rápido el sobre y lo puse delante de ella.

—Y... esto, ¿qué es?

Me miró vagamente un momento sin comprender nada, luego se puso pálida. Abrió de nuevo el bolso, sacó el pañuelo y enjugándose el sudor me preguntó de nuevo:

—¿Qué es esto? ¿Qué quiere decir esto?

—Dinero. Retiré el ahorro mensual de vivienda. Sé que no tienes dinero. Necesitamos tiempo para pensar con frialdad. Hablando con franqueza, tengo miedo de herirme más. No te preocupes de Sung-il. Mi madre lo está cuidando bien. Este dinero es tuyo. Tú sabes que en la vida siempre necesitamos dinero.

Mi mujer me miró fijamente sin pestañear. Sus ojos estaban irritados. Volteé la cabeza para no mirarla y seguí:

—Como dicen, uno piensa que piensa, y al final piensa en la muerte, parezco tonto y desalmado; pensar en el dinero como la única solución. Pero, ¿qué hacer? No podemos seguir viviendo así tampoco, ¿no?

“No me mires así. Toda la culpa la tienes tú. Tú andabas dejando a un lado tus responsabilidades, tonta, no pensabas que llegaría un día como hoy. En realidad, la víctima soy yo.” Aunque tenía ganas de lanzarle todas estas palabras, me las tragué y le di otras explicaciones sin fundamento. Hasta a mí mismo me parecían graciosas. Seguramente que en ese momento sufriría por su conciencia absurda, que le hacía tanto daño.

—Entonces, este dinero es la indemnización de divorcio, ¿verdad?

La palabra “indemnización” le salió con dificultad. Esa palabra, pronunciada por ella, me estremeció de súbito. En ese momento comprendí en concreto el significado real y el peso de la misma.

—No exactamente. No pienses que es solamente por eso. Como estaremos separados, pensaremos qué es lo mejor para nosotros. Tú también necesitas tiempo de reflexión. Lástima que hayamos llegado hasta aquí; pero creo en el poder del tiempo. Pasado el tiempo llegaremos a saber qué es lo mejor para todos nosotros.

Era verdad. Todavía no tenía la valentía para cortar cruelmente el hilo que nos unía. Aunque cambiara la vida, sabía muy bien que no se podía comparar con la que había transcurrido hasta ahora. Lo más probable era que seguiría empeorando.

—Hablas como si despidieras a una empleada que trabajó contigo mucho tiempo. Parece que estabas esperando este momento.

No esperaba su sonrisa, pero sonrió tristemente. Su risa y sus palabras, inesperadas, me sorprendieron.

—Mira, creo que a mi manera he aguantado bien hasta ahora. Lástima que el límite de mi paciencia haya llegado. Para decidir esto he recordado todos los días que hemos pasado juntos. ¿Cómo llegamos hasta esta situación? ¿No habré sido yo el causante de todos estos problemas? Sin embargo, ahora estoy seguro de que para entender tu comportamiento mi capacidad y mi voluntad tienen límites.

—Lo sé. Te comprendo aunque no me lo digas todo. ¿Cuánto es esto?

Al tiempo que metía el sobre del dinero al bolso, otra vez se sonrió vagamente.

—No es mucho.

—Sal primero. Después saldré también.

—¿Adónde vas? ¿Vas a la casa de tu mamá?

—No sé todavía. Voy a pensarlo.

Movió la cabeza negativamente. ¿Estaría afiebrada o simplemente distraída? Su mirada era ausente. Me levanté y la dejé. Pagando la cuenta en el mostrador, sentí que alguna mirada me jalaba el pelo incesantemente. Di vuelta y la miré, ella seguía de espaldas a mí.

Subí al banco, pero no tenía ganas de sentarme a la mesa. Me paré al lado de la ventana. Después de cinco minutos apareció ella en la calle. Desde afuera no se podía ver el interior debido a las ventanas de color pero desde el interior se veía todo claramente.

Se detuvo en el cruce esperando que cambiara el semáforo, luego cruzó la calle frente al banco. Viéndola desde atrás cruzar la calle mezclada entre otros, pensé que no parecía diferente a otras mujeres que veía por ahí. Dentro de poco, no podré distinguirla entre la multitud que se aleja de mí dándome la espalda. Yo también seré diferente para ella.

Esa tarde, la gente llenaba la calle por donde desaparecía mi mujer, llevando cada uno una vida desconocida sobre la espalda; corrían como gotas iguales que finalmente desembocarían en el río, o circulaban como moléculas iguales, sin nombres particulares.

Siguiendo la figura de mi mujer, que cada vez se alejaba más y se volvía diminuta, casi no pude respirar ahogado por el dolor y la desesperación fatal que llenaban mi corazón. Parecía que una parte de mi cuerpo se iba. Habían desaparecido completamente los sentimientos anteriores de alivio por haber concluido, sin problemas, un asunto tan difícil y penoso, y reaparecieron los sentimientos de vacuedad al pensar en las relaciones humanas a raíz de mi frialdad hacia ella y las relaciones entre el esposo y la esposa.

¿Podré volver a verla algún día ? ¿Llegará el día en que pueda abrazar su cuerpo, honesto ante el deseo y obediente ante el forcejeo? Algunas noches, echada encima de mi brazo, ella decía: “Antes, pensaba con frecuencia que era triste que el ser humano tuviera un cuerpo. Pero ahora pienso que es una gracia porque el cuerpo es lo único honesto y puro. Es una cosa concreta que podemos tocar y recordar. Aunque desapareciera lo material, el recuerdo podría hacerlo revivir en su forma original. Claro, esto requiere una condición, cerrar los ojos”. Luego se rió en voz alta por la vergüenza de haber dicho algo vulgar y agregó: “Suena igual a una canción popular, ¿no? Es que a veces pienso que la vida es como una nube del cielo y vivir es triste”.

Los recuerdos de la vida cotidiana que habíamos pasado juntos, el matrimonio, tener un hijo, educarlo, etcétera, pasaban por mi mente y me hacían sufrir de añoranza.

Tenía ganas de correr hacia la gente, localizarla y jalarla. Ganas de agarrar su cabello, su ropa, jalarla y gritarle: “¿Adónde vas ahora? ¿Por qué no me suplicas? ¿Por qué no me pides perdón y me prometes no volver a hacerlo? Si la puerta estaba cerrada, deberías entrar destruyéndola. ¿Por qué, en vez de entrar a tu casa donde está tu propio hijo, deambulas por ahí como una mendiga?

Pero, en vez de salir corriendo llamándola “¡Unsu!, ¡Unsu!” apreté fuerte el puño, abrí más los ojos y seguí mirando la dirección por donde se había ido. Ya no la podía distinguir. Su figura, que era un puntito, había desaparecido completamente.

IV

Como si la pesadilla la empujara, Unsu despertó. Eran las campanas de la iglesia. Últimamente ya había adquirido la costumbre de despertar en la madrugada con las campanadas de la iglesia, levantarse y sentarse bajo las vagas luces del alba.

La oscuridad se transformaba en un color azulejo en la ventana. Unsu veía el cambio de color sin pensar nada en especial; pensaba en Sung-il y Sechung, que todavía estarían dormidos bajo las luces del alba. Los recordaba como una persona con la pierna amputada que sufre el dolor en esa parte que ya no existe.

Las campanas de la iglesia, todas juntas, doblaban arriba y abajo.

“¡Qué bulla! ¡Tantas iglesias! Parece que aquí abundan pecadores más que en cualquier otro lugar.” Era una broma de su madre. Pero tenía razón porque hasta altas horas de la noche salían de la iglesia los rezos de los arrepentidos; llantos y suspiros sobre la loma. Primero empezaban con la meditación, luego un murmullo bajo, y finalmente olas de llanto mezcladas con gritos y lamentos.

¿Necesitaba airear su vida porque apestaba como cuero de lobo?

Unsu abrió la ventana. Afuera estaba más claro que adentro. Allí ya no había luces pálidas del alba y subía rojo el sol.

Se quitó la pijama, recogió su cama y salió.

—¿Adónde vas? Su madre, atenta a todos sus movimientos, abriendo la puerta de su cuarto le preguntaba como ayer.

—Daré una vuelta. —Repitió la misma respuesta de ayer y abrió la puerta. Ya llevaba un mes viviendo con su madre, pero seguía inapetente, y no quería ni mover un dedo. El único movimiento que hacía por las mañanas era dar vueltas por el barrio.

Unsu caminó lentamente hacia el final de la calle. Cada vez que la recorría, sentía que era demasiado larga. Por esta razón, a cada momento miraba atrás para saber cuánto había caminado, igual que esos

montañistas que después de dar la vuelta por el camino accidentado, miran hacia atrás para ver sus huellas que todavía siguen estampadas por el camino serpenteante de la montaña.

Al caminar hacia la loma vio unas figuras humanas. No, no las vio; más bien oyó primero la resonancia de los bastones en contacto con los adoquines de la calle. Eran unos ciegos. Tres o cuatro que caminaban sin vacilación hacia una dirección fija tocando con sus bastones la calle pavimentada de adoquines. Eran tan expertos que sus bastones tocaban exactamente el centro de los adoquines. Nunca tocaban la pequeñísima abertura entre un adoquín y el otro. Sus pasos eran firmes, como sus bastones. Naturalmente, ellos no veían nada. Unsu se pegó más al muro de las casas para darles mayor espacio y les echó una mirada. Sus ojos ocultos detrás de los lentes oscuros estaban abiertos. Unsu, asustada, apresuró sus pasos pisando casi de puntillas como si huyera de algo.

Mientras ella apuraba sus pasos sigilosos, el sonido rítmico de los bastones se alejaba.

Su mamá le comentó que en la iglesia de la loma había una escuela de ciegos. Unsu todavía no la conocía. También le dijo que un buen número de ciegos eran feligreses.

Transcurría el verano. El sol salía más temprano, entonces era común encontrarlos a la hora del paseo. Ellos salían después de terminar su culto cristiano matinal. Pero Unsu todavía recordaba vivamente el mal presagio o el susto que le enfrió todo el cuerpo cuando los encontró por primera vez en la calle sombría. Ellos aparecieron ante Unsu hipnotizándola al instante.

“Las cosas importantes son invisibles. Debemos tratar de ver esas cosas invisibles”, decía el pastor del colegio secundario donde Unsu había estudiado. Por sus miradas de fanático y ademanes exagerados las estudiantes lo detestaban.

“El campo de la vida de este mundo, que uno tiene que cultivar para lograr la vida eterna, está lleno de sufrimientos.” Cada vez que se encontraba con los ciegos que andaban con biblias y libros de cánticos sagrados bajo el brazo en sus paseos mañaneros, Unsu recordaba ese sermón altisonante del pastor y juzgaba irónicamente a esos que no veían pero que vivían tratando de ver lo invisible. Pero,

¿la vida debía ser así, de todas maneras, llena de sufrimientos? ¿Lo que vemos no sería una ilusión de la verdad?

El camino terminaba en el sembradío de zanahorias. Pero ahora ya no es época de siembra. Por el borde del campo vacío y abandonado habían colocado rejas para los pepinillos y por encima de esas rejas subían sus ramas exuberantes. Ésas crecen hasta en las noches, su color verde se pone más verde y sus raíces invisibles se extienden por dentro de la tierra. Pasando ese campo había un riachuelo destapado. Siguiendo su curso aparecía la cancha de tenis. Estaba cubierta y tenía muros de cemento. No se podía ver adentro; pero sí se escuchaba el sonido elástico de la pelota al golpear la raqueta, y más intenso al rebotar en el muro. Alrededor había un baño y a esa hora la caída del agua se percibía con claridad. Por la ventana, que quedaba en la parte alta, aparecían y desaparecían rostros mojados y llenos de vida. A veces, cuando veían a Unsu, igual que los vagos de la calle, le silbaban vulgarmente. Entonces ella apresuraba el paso y cruzaba el puente colgante sobre el riachuelo.

Este riachuelo era la frontera entre la vida de este lado y la del otro; contrastadas por las costumbres y por la clase social. Detrás del invernadero estaba la vida del otro lado, la de los pobres.

Caminando entre las casas de triplay, Unsu podía ver a las niñas, despiertas en la madrugada, bajándose las braguitas para soltar la orina contenida durante toda la noche. No sólo las niñas, sino las señoritas y las señoras también se bajaban las bragas, sin escrúpulos, para orinar, pestañeando perezosamente con ojos todavía somnolientos.

Unsu se detenía a veces en esos lugares, y viendo los rastros de la orina y el pequeño sendero formado por ese líquido, pensaba: “ajá, ésta sí es una realidad concreta”.

Una anciana famélica y mal vestida, que parecía un fantasma, paseaba cargando en su espalda a un niño que lloriqueaba por el sueño incompleto. Las mujeres cocinaban arroz y verduras en una especie de hornillos de carbón o de petróleo en el patio. Unsu había vivido aquí casi diez años hasta casarse. Sin embargo, no conocía este barrio que daba al otro lado del riachuelo.

A medida que los rayos solares empezaron a iluminar el aire, el barrio de casuchas empezó a despertar. Unsu, recorriendo la zona,

recordó los lugares por donde había pasado. Todo era igual, pensó; sin embargo, tuvo miedo de que cada paso suyo pudiera llevarla a un lugar desconocido.

Siempre era así cuando salía de la casa. Cuando escuchaba el llanto triste del viento que se quejaba entre la abertura de la puerta y la pared, cuando lavaba, observando de pronto el cielo azul y frío reflejado en la ventana limpia, sentía que un viento fresco enfriaba su corazón, salía de la casa a dar un paseíto vespertino. Volveré, a más tardar, a la hora de preparar la cena, antes de que vuelva Sechung. Cuando salía, sentía que había encargado al pequeño Sung-il a su madre para ir nada más al mercado. Pero, ¡qué raro!; a cada paso que se alejaba de su casa, algo la empujaba levemente como si ella fuera el hilo de un papalote o una barra de plomo que cayera silenciosamente hacia el abismo infinito.

Su realidad, formada por el hijo, el esposo y la vida cotidiana, se convertía en una vida errante sin raíces, una vida ilusoria; y como sustitución alzaban la cabeza los recuerdos enterrados en el fondo de su corazón. Por esta razón, Unsu andaba por las calles ajenas junto a la gente desconocida con el deseo y la esperanza de encontrar algo olvidado. Igual que un niño que acaba de dar sus primeros pasos, caminaba sin saber hacia dónde.

Luego, despierta en plena noche en la habitación humilde de algún hotelucho, se daba cuenta de lo que había hecho; entonces el susto, la vergüenza y el miedo la hacían apurar su regreso, como si el hilo suelto del cometa errante por tierras lejanas volviera a amarrarse al papalote.

¿Estaría soñando un lugar y una vida diferentes a los de aquí?

¡Qué difícil era guardar un pedazo de hielo transparente y frío en el corazón o guardar un fuego tierno y opaco como la luz de la luciérnaga!

¿Eso que la jalaba del cuello en cualquier momento, eso que la obligaba a salir de la casa atraída por el sonido del viento, todo eso no habría sido el deseo desesperante de obtener en la vida real otro espacio distante de la propia realidad?

Treinta y cuatro años. ¿Podría la vida ser algo que en cualquier momento empezara de nuevo? “¿Qué vas a hacer ahora?” La mamá, ofreciendo a Unsu la habitación que ella usaba antes de casarse, le

dijo entre suspiros: “Mi hija está en mi casa.” Apenas llegó Unsu se lo comunicó inmediatamente a Sechung, y descontenta por la parca respuesta, lo visitó dos veces en el banco, pero Sechung permaneció silencioso.

—No está bien que los esposos que tienen un hijo se separen de un día para otro como si fueran ajenos. Con el tiempo se le pasará la cólera a tu esposo, mientras tanto, debes estar en casa como una mujer castigada. Tu esposo no es tan frío. Jamás lo debes juzgar mal. Ponte en su lugar. ¿Qué hombre puede aguantar a una mujer que a cada rato abandona la casa? —le dijo su mamá severamente, a pesar de que sus visitas a Sechung no tuvieran resultados.

Unsu sabía muy bien que “la separación momentánea” propuesta por Sechung era un problema que no se podía solucionar con el tiempo. Lo que se consigue con el transcurso del tiempo es olvido y resignación. Sin embargo, la gente dice fácilmente que el tiempo soluciona todo. Sechung también le había dicho eso al entregarle el sobre. ¿Ese sobre no significaría para él prolongar más...? El dinero que le había dado Sechung estaba todavía intacto en el bolso. Si no había algún cambio, tendría que alquilar alguna habitación barata, pensó indecisa.

En las noches Unsu no encendía el foco, y acostada, daba vueltas y vueltas murmurando desesperadamente. ¿Qué hacer? En la oscuridad, aunque tapaba bien sus oídos, oía el llanto débil del niño. Cuando cerraba los ojos, aparecía la imagen del niño dormido, acostado de lado, cansado de esperar en vano, creyendo: “Cerrando los ojos, vendrá mi madre; no, mañana cuando me despierte estará mi madre en mi cabecera”. En su niñez, tal como había llorado silenciosamente añorando a sus padres que le habían dado la vida y la habían abandonado, Sung-il lloraría igual que ella. La culpa la tenía ella. Durante toda la vida de su hijo ella sería la causante de su desesperación. Esos pensamientos laceraban su corazón todas las noches; entonces Unsu, mordiéndose los labios partidos y secos se decía: “Mañana, apenas amanezca, volveré. Si alguien no me deja entrar, empujaré la puerta sin temor y entraré. Luego, si alguien quiere arrancarme a Sung-il, lo cargaré en mi espalda y escaparé corriendo lejos, muy lejos. Y si no voy a casa, iré al banco para ver a Sechung. Tal como me entregó el sobre del dinero, se lo devolveré sin temor y le diré: “¿Crees que de

esta forma podemos solucionar tan fácilmente el problema? No necesito el dinero. Voy a regresar a la casa. ¿Hasta cuándo quieres que vivamos así? Yo tengo miedo de sufrir más. Pon tu mano en el corazón y piensa. Tu razón no es gran cosa. Dicen que el esposo y la esposa que han vivido juntos varios años son como esas ropas, usadas pero a la medida del cuerpo. La gente, a veces quiere cambiar la ropa usada, vieja y agrandada de tanto uso por ropa nueva. La gente dice que la armonía y la unión son las mejores virtudes y la fuente de la felicidad; sin embargo, ocultan sus deseos de estar solos aunque sea en una vida muy común y corriente. No te echo la culpa, créeme. Toda la culpa la tengo yo. Te pido perdón. No sabes ni podrás imaginarte cuánto sufrí. Eso jamás quiero recordarlo. Pero trataré de olvidarlo todo. Si lo olvido completamente, quedará como un incidente terrible y maligno que no tiene nada que ver conmigo, ¿no?”

Apenas probó dos o tres cucharadas, se apresuró a salir.

—¿Adónde vas? —le preguntó su madre. Estaba enfadada y preocupada al ver que se maquillaba.

—Voy a verlo al banco.

Unsu bajó del ómnibus frente a la Municipalidad. Miró el reloj colgado en la parte alta del edificio y corrigió su reloj de pulsera a las diez. Cruzó el subterráneo y se dirigió hacia la puerta del sur. No tenía por qué apurar sus pasos ya que no había hecho la cita con Sechung; además, caminando, podía ganar tiempo para pensar. De todas maneras, Sechung estaría en el banco todo el día. Salió a verlo, pero no había pensado cómo hablar ni sobre qué hablar. Llegó frente al banco y vaciló un momento; ir al café del subterráneo donde la vez pasada se habían visto o entrar al banco. Prefirió entrar al banco porque tenía miedo de la reacción de Sechung al contestarle por teléfono. Algunas veces, Unsu había llamado a la casa a la hora en que Sechung estaría ahí. Pero, imaginaba el sonido del timbre del teléfono tan familiar, colocado encima de la mesita al lado del televisor de la habitación, que era suya hasta hacía poco, había colgado el teléfono por miedo y tensión, como si llamara al enamorado que ya no la quería. Algunas veces colgó después de oír la voz de Sechung “hola...hola”.

Como todavía era temprano, no había mucha gente en el banco. Hacía dos años que Sechung trabajaba en esta sucursal, pero como

nunca había venido a visitarlo al banco, no sabía dónde estaba su escritorio. Se sentó en la sala de espera; cogió una revista semanal y tapándose la cara se asomaba para buscarlo. Unsu sabía muy bien que se veía insegura y encogida. Sabía también que su aspecto temeroso e inseguro la hacía más deslucida, menos atractiva, pero no había forma de cambiarlo. Después de varios intentos, pudo localizarlo. No era fácil identificarlo entre los hombres de la misma hechura: camisas de manga corta y corbatas, y todos apuestos. La secretaria le sirvió un café y lo dejó sobre su escritorio; entonces Sechung, sin levantar la cabeza, dijo “gracias”.

A Unsu le pareció ajeno Sechung. ¿Sería porque estaba en el lugar de trabajo o porque no lo veía desde hacía tiempo? Trabajaba con eficiencia, amabilidad y con un poco de frialdad, actitud adecuada a su cargo, grabado en madera y en concha de nácar en su escritorio: Sechung Kim, Subdirector. Estaba algo pálido, pero no por alguna enfermedad física o mental. Era un fenómeno común entre los que trabajaban dentro de las oficinas sin contacto con el sol. No encontró ningún rastro del hombre que había expulsado a su esposa. Era igual a otros que habían salido a trabajar, atendidos por sus esposas cariñosas, y que se habían despedido de sus hijos moviendo las manos. Trabajaba medio agachado, y cuando lo buscaban por teléfono, Sechung contestaba ora con risa alegre, ora con bromas. Unsu lo observó más o menos una hora, pero Sechung nunca la vio. Unsu se levantó. Se sintió traicionada por alguien, aunque no supiera bien por quién, y su garganta se ahogaba en llanto.

—¿Qué tal? ¿Yo? Igual, como siempre. Últimamente ando muy ocupado.

Dejando atrás la voz de Sechung, que contestaba el teléfono, Unsu salió del banco. Cogió un taxi enfrente, y cuando le preguntó el taxista a dónde, le dio la dirección de su casa. Se sentó hasta hundirse en el sillón del taxi. Sentía como si le hubieran quitado una de las cartas guardadas como último recurso en un juego. Pero, en fin, ese mismo día tenía que llegar a alguna conclusión.

“No debo vivir así”, murmuró subiéndose los cabellos que le caían en la frente con el viento que entraba por la ventanilla abierta.

Cuando el taxi salió del centro, se acordó de que su hijo estaría en la escuela. Le pidió al taxista que la llevara allí.

Cuando entró por la puerta metálica en forma de arco del Jardín de niños Jiewon, sonaba la campanilla que anunciaba el final de la hora de recreo y los niños se dirigían a los salones. En un instante quedó vacío el jardín, que había parecido un jardín de flores, por el uniforme amarillo de los niños. Sólo había dos niños: uno que jugaba cabizbajo con la arena, y otro que todavía no podía bajar del tobogán. La maestra salió. Abrazó al niño del deslizador, levantó al niño del arenal, sacudiéndole su ropa llena de arena. El niño volteó, y cuando lo vio, Unsu casi se desmaya. Era Sung-il.

—¡Sung-il! —Abrió los brazos y lo llamó; pero no le salió la voz. Su hijo no la vio y entró al edificio cogido de la mano de la maestra. Pronto se cerró la puerta, el piano y las canciones infantiles en voz alta llenaron el ambiente.

Se pegó a la ventana del edificio y miró adentro. En el salón de madera unos cincuenta o sesenta niños cantaban haciendo muecas. Todos estaban en orden. En un rincón había algunos, tristes, con el dedo en la boca. Abrió más los ojos para ver a su hijo, pero no lo pudo identificar.

—¿Vino a buscar a alguien? —Preguntó una joven que sacaba la cabeza de una oficina que estaba al fondo del edificio largo. Unsu se apartó de la ventana. —No, es que... quería ver a mi hijo. —Unsu sonrió avergonzada y se sentó en la banca. Había álamos alrededor del muro del templo; pero en el jardín brillaba el sol y no había ni una sombra. Cada vez que soplabla el viento los álamos se movían y sus hojas verdes y brillantes resplandecían más, mostrando sus espaldas.

“El viento sopla. ¿Por qué sopla, mamá?” “Es que el viento es la llamada de los corazones que se añoran.” Recordó el diálogo de aquella última mañana con su hijo. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Alzó los ojos y vio la cima del árbol por donde acababa de pasar el viento.

Sonó la campana de fin de clase. Los niños fueron a donde los estaba esperando el transporte escolar y empezaron a abordarlo. Como si contara números, Unsu contaba a cada niño. Casi al final salió Sung-il. Se le acercó y lo tomó de la mano sin palabras.

El niño, cogido de la mano, dio unos dos pasos y alzó la mirada casualmente. Al ver quién era, sus ojos se agrandaron. Luego, como si viera a una extraña, se apartó. Sus labios estaban torcidos. Pronto iba a soltar el llanto.

—Sung-il... —Con su voz ahogada pronunció bajito el nombre al encontrarse las miradas.

—Llegó mamá —dijo ella.

La mano del niño se colgó de su falda. Era tan fuerte y dura esa mano que, con un poco más de jaloneo, podía rasgar la falda. Pestañeando los ojos, la miraba nomás. No le habló.

Seguro que no podía creer lo que sus ojos veían, su madre repentinamente delante de él.

Los niños que subieron a dos microbuses sacaron las cabezas por las ventanillas y moviendo las manos cantaron: “Adiós profesoras. Adiós amigos. Hasta mañana”.

Sung-il, preocupado y vacilante, miró los microbuses, a su madre y a las profesoras que se despedían de los niños moviendo la mano.

—¿Están todos? —le preguntó el conductor a la maestra sacando la cabeza por la ventanilla. Luego encendió el motor. Los que estaban fuera de los microbuses eran Sung-il, Unsu y tres maestras. Una de ellas se le acercó a Unsu.

—¿Vino a recoger a Sung-il? ¿Es usted su madre?

Unsu observó que la amabilidad acostumbrada y la risa simpática de la mujer disfrazaban el deseo de averiguar quién era ella, y el interés en proteger al niño. Ciertamente es que, para cuidar bien a los niños, una maestra debe ser diestra para detectar contra quién tiene que protegerlos. Unsu había estado solamente dos veces en esa escuela: durante la ceremonia de ingreso y en la reunión de los padres de familia del primer mes. Era natural que la maestra no se acordara de ella.

—Soy la mamá de Sung-il. Es que como estoy en camino de regreso a casa...

—Ah, ¿sí? —La maestra hizo un gesto con la cabeza hacia los conductores y cerró las puertas. Cuando los microbuses comenzaron a moverse, los niños gritaron a las maestras: “¡Adiós, profesoras!”

—Sung-il es muy juicioso. Es uno de los menores, pero es un niño muy tranquilo. El mes pasado fui a su casa por la visita familiar de cada niño y conocí a su abuela. Me dijo que usted estaba de viaje por el pueblo. —Le habló acariciando el cabello de Sung-il.

—Ah, sí, así fue.

Unsu se sonrió a la fuerza. Sung-il estaba con la cabeza agachada. Su mano seguía en la falda de la madre y su pie seguía la línea de su sombra.

—Bueno, hasta luego, señora. —La maestra se despidió con una pequeña inclinación de cabeza y entró al edificio. Unsu cogió la mano de Sung-il y salieron del jardín.

—¿Quieres que te cargue?

El niño movió la cabeza en forma negativa mirando hacia el jardín.

—No hay problema. Es que quiero cargarte. Nadie se burlará de ti diciéndote bebé.

Después de cada tres o cuatro pasos Unsu le ofrecía su espalda porque no quería mostrarle las lágrimas que le brotaban.

Cuando se alejaron suficientemente, y apenas se veía la cruz del templo por encima de los techos de las casas, Sung-il aceptó su espalda.

—¿A dónde te fuiste? —Abrazó fuerte su cuello, pegó la cabeza en su espalda, y luego le preguntó con tono quejumbroso.

—Ahora, de verdad, has vuelto a casa, ¿sí? Mi abuela me dijo que te habías ido lejos. Más lejos que la casa de mi otra abuela. —La voz del niño resonaba en sus oídos y su aliento caliente llegaba a su nariz. Unsu casi no podía caminar, no por el peso del niño sobre su espalda. Él, llamándola “mamá, mamá”, continuamente, le exigía voltear la cabeza para que lo mirara. No podía creer que su mamá estuviera con él.

—¿No lloraste cuando no estaba mamá? ¿No tenías gripe?

—No. Es que todas las mañanas alzo pesas. Es por eso que estoy más fuerte.

—¿Pesas?

—Sí, papá me las compró. Las de papá son muy grandes y muy pesadas, pero las mías son muy pequeñas. Y, ¿sabes mamá? Ahora tengo a Poksul. Es un bonito cachorro. Como no tenemos casita para él, duerme en un cajón en la sala. Pero llora mucho en la noche. Dicen que todavía es muy cachorro. Cuando llora, la abuela lo regaña mucho. Yo me levanto sin que sepan ellos y lo llevo a mi cama. Entonces se queda tranquilo. La abuela no sabe que Poksul llora porque quiere entrar en mi cama.

Llegó a la calle principal pero Unsu siguió caminando. No sabía a dónde ir. Debía llevar a Sung-il a casa. Pero temía encararse con su suegra. No se olvidaba de la última visita, su suegra la había mantenido en la puerta con el rostro frío. Ese día, deliberadamente, le había mostrado el orgullo y la superioridad de una mujer que había dedicado toda su vida al hogar y a los hijos. Había mirado con menosprecio su ropa y su rostro y hablado con frialdad: “¿Con qué cara llegas a esta casa? Hasta un animalejo como la pulga tiene corazón. No te puedo dejar entrar aquí sin que me autorice mi hijo. No vayas a pensar mal de mí”. En realidad, verla no era nada temible comparado con el temor de entregar a su hijo Sung-il.

Hacía calor, la espalda se le había empapado de sudor. El niño dijo que quería bajarse. La espalda sin el niño quedaba vacía y fría.

—Mamá, ¿adónde vamos? —le preguntó Sung-il. Le había parecido raro porque iban en dirección opuesta a la ruta del microbús de la escuela.

—Tienes hambre, ¿verdad? ¿Quieres que te invite algo rico?

Sung-il negó con la cabeza.

—Es que en la escuela comí mi refrigerio.

—Ah, ¿sí? Entonces, ¿vamos a pasear?

—Mamá, de verdad no vas a irte más, ¿no? De nuevo le preguntó el niño, apretándole la mano y pegándose más a ella.

—Claro que no, ¿no ves que estoy aquí contigo?

Unsu lo abrazó. Sung-il, contento, inclinó la cabeza risueño sobre la falda de su madre.

Unsu tomó un taxi. Primero, iría al centro a cambiar el cheque en dinero efectivo y luego pensaría qué hacer.

Cambió uno de los cuatro cheques de medio millón en dinero efectivo y llevó a Sung-il a un restaurante chino. Cuando Unsu le preguntó, casi exigiéndole, qué quería comer, Sung-il le dijo que quería chachangmion.*

—¿Solamente chachangmion? ¿No quieres algo más?

El niño, sin comprender el deseo y la preocupación de su madre de hacerle comer algo mejor, se negó, un poco molesto ante la insis-

* Chachangmion: plato de fideos con crema de frijol y verduras.

tencia de su madre. Unsu, limpiándole la boca, observó cómo comía su niño.

—¿Llamaste a la abuela? La abuela estará esperándome. Todos los días me espera donde bajo del microbús.

—No te preocupes. Como estás conmigo, no estará preocupada.

El niño pestañeó cuando los rayos solares llegaron a su cara a través de la ventana. Eran deslumbrantes. Los vellos de su cara se irguieron. Unsu iba a correr la cortina, pero más bien se quedó observando al niño. El pelo sin brillo que le tapaba la frente y las orejas, seguro que se lo habría lavado hacía varios días, los ojos grandes andaban ligeramente perdidos; tenía las pequeñas rodillas llenas de llagas bajo el pantalón corto. Las ansias de querer dormir al niño en sus brazos en las noches, y mirarlo para siempre, le renacieron y llenaron su corazón de honda tristeza. ¿Qué ansias pueden ser más fuertes que éstas? Le parecía que sólo tenía ese deseo de no apartarlo de sus brazos y ocultarlo de las miradas de todos. Unsu estaba desesperada. Cuando dio a luz a Sung-il, ¿creía y deseaba ella que esa pequeña vida fuera su ancla eterna? Pero, ahora, este pequeño, despreocupado, comiendo fideos delante de ella, era justamente todo lo que había perdido y lo que jamás le sería permitido. La desesperación se adueñó de ella. Unsu frunció el seño, se estrujó las dos manos debajo de la mesa.

Podía imaginarse a su suegra, preocupada dando vueltas y esperando al niño que no llegaba a la hora; eso y el peso del dinero en su bolso habían aumentado su ansia.

Cuando terminó de comer, lo llevó a la estación del ferrocarril de Seúl.

—¿Subimos al tren? Nunca has subido al tren, ¿verdad?

El niño, que conocía el tren por algún dibujo de libro, se alegró muchísimo.

La sala de espera de la estación estaba, como siempre, colmada de gente, los que salían y los que llegaban, mezclados. Unsu leía los nombres de las estaciones calculando la distancia y el tiempo para hacer el viaje de ida y vuelta durante ese mismo día. De repente, los ojos de Unsu se pararon en un nombre: la ciudad M., la ciudad del puerto donde ella había crecido. Desde su partida, veinte años atrás, jamás había vuelto allí. Vagar por tantos lugares, y no ir allí, a ese lugar, a

tan sólo una hora y media de viaje: ¿habría sido acaso por algún miedo escondido en el fondo de su inconsciente? ¿Habría sido por la tristeza que se siente al volver a un lugar del pasado?

Esperó media hora para comprar el boleto. Cuando apenas subían, arrancó el tren.

—El tren va hacia atrás. —Sung-il se paró por encima del asiento y gritó de alegría. Quitándole los zapatos al niño, Unsu sintió que viajaban hacia el pasado como si vieran una película al revés.

Insu-dong, un barrio cercano, antes de llegar a la cumbre de la colina que llevaba al muelle. La calle tenía casas viejas de madera, al estilo japonés. Para Unsu este lugar existía como un objeto abstracto que significaba su niñez.

Al final del puerto siempre soplaban el viento helado, fuerte e hiriente como el filo de un cuchillo. Los niños del barrio cercano al muelle, todas las mañanas subían las graderías muy empinadas, que llevaban al parque de camino a la escuela. En total, serían centenares de gradas. Al subir, las contaban, y descansaban tres o cuatro veces. Al voltear hacia el muelle veían barcos extranjeros con banderas multicolores y la ciudad destruida y derrumbada por el bombardeo; igual que las prostitutas flojas, que recién despertaban de sus pesados sueños matinales.

En las noches, gracias a esos barcos con luces brillantes y a los turistas, el muelle tenía mucha vida, como si estuviera de fiesta.

Cuando llovía, los niños, en vez de ese camino del parque que era el más corto, preferían ir a la escuela pasando por el mercado bullicioso. Porque cuando llovía con viento, los cordones eléctricos de alto voltaje, colgados, lloraban bailando entre los postes metálicos del parque. Los niños decían que ese ruido que daba miedo y les jalaba el pelo, era el llanto del espíritu.

Sin embargo, todos esos recuerdos aparecían sombríamente pintados como un espacio solitario y aislado de su vida.

Caminando por la calle que ya no le era familiar, no había nada que le pudiera hacer recordar los rastros del pasado. Como cualquier otra ciudad satélite de Seúl, sus calles estaban sin vida y sólo se habían ampliado. Los niños, como en su época, volvían a sus casas después de terminar las clases. El taxi corrió por una dirección jamás imaginable y los dejó en Insu-dong. Unsu miró alrededor. Ese barrio

pobre y pequeño, con casas de dos pisos estilo japonés, bien enraizado en su recuerdo, no existía. Desde la cumbre hasta el muelle había una calle amplia y pavimentada, con farmacia, billar, supermercado y comisaría en ambos lados. Sin embargo, Unsu, empapada en una irrealidad total, cogida de la mano de Sung-il como si fuera una ciega con un lazarillo, recorría calles completamente desconocidas.

“Consultorio Dental, Dr. Choe”, era un tablero blanco con letras negras. El primer piso de la casa de madera de dos pisos era la clínica de su padre y ellos vivían en el segundo. Cuando ella hacía sus tareas echada de bruce en el cuarto estilo japonés, de cuando en cuando oía los ruidos de los aparatitos del primer piso y los carraspeos de su padre cuando se limpiaba la garganta. Él era de pocas palabras, lo cual no la dejaba intimar mucho.

—¿Dónde estamos? preguntaba Sung-il a cada rato. Estaba cansado y aburrido de caminar por calles poco atractivas.

—Es donde vivía tu mamá cuando tenía la edad de Sung-il.

—¿Alguna vez tuviste cinco años?

¿Sería a los cinco años cuando ella lloraba en la mitad de una escalera de madera que llevaba al segundo piso gritando “tengo miedo, tengo miedo”? Según su madre, eso sucedió poco tiempo después de haber llegado a esa casa.

La escalera que llevaba al parque todavía existía, pero ahora parecía diminuta. Desde ahí pudo adivinar el lugar donde debió de haber estado el consultorio dental del Dr. Choe. Ahora había una lavandería.

Un joven en camiseta estaba planchando la ropa. Afuera había unas chaquetas de cuero colgadas con olor a bencina. Unsu se asomó a la puerta abierta y miró adentro. En ese momento el olor de la bencina se confundió en su memoria con el olor a creso del consultorio del primer piso. No. Unsu negó con la cabeza. Ahora, ese viejo edificio del Consultorio Dental del Dr. Choe ya no existía en ningún lugar del mundo, tal como ella ya no era la niña de esos días. ¿Volver a ese pasado en busca de algo, por pequeño que fuera, desaparecido para siempre, sería un esfuerzo inútil?

Unsu se alejó lentamente de la lavandería. Luego subió la escalera de piedra que día y noche había subido y bajado en aquellos días,

y llegó al parque. El único parque de la ciudad estaba en la parte más alta.

El sol de la tarde de los primeros días de verano era largo y sofocante. La arena blanca que cubría los lugares vacíos de la cumbre del parque, hacía relucir las bancas, con el sol brillante como si fueran piezas de porcelana.

Mientras miraba esa arena blanca rebosante de sol sin pensamiento fijo, experimentó la sensación de estar en un lugar conocido y en un ambiente que le era familiar. Sentía que estaba en ese lugar vagamente presente en sus sueños, y que, cuando se despertaba, ya no lo recordaba.

¿Qué será ese ambiente que me absorbe de pronto, y ese terror frío aun bajo el sol ígneo y brillante? ¿Qué será eso que sale vagamente rompiendo la cáscara dura del olvido, como la proa de un barco náufrago hundido en el fondo del mar, y que después de mucho tiempo es descubierto por los submarinos y que expone lentamente su cuerpo oxidado y destruido?

Sin embargo, cuando estiraba la mano para atraparlo, se escabullía cambiando de formas por entre los dedos y desaparecía. Su recuerdo no podía avanzar más allá del patio soleado y de los dos pares de zapatos negros de caucho. Debíó de haber alguien frente al patio. Y yo, ¿dónde estaba?

—Mamá, el mar es inmenso. El mar no tiene fin. Parece que la tierra flota sobre él.

Sung-il la jaló del brazo y le señaló el mar que se veía allá abajo. El niño veía por primera vez el mar y una isla.

—El mundo está formado por tierra y agua. Cuando uno navega lejos en barco, puede llegar a otra tierra.

El sol brillaba; sin embargo, el mar estaba sombrío con su color azul oscuro.

El día que supo por su prima, que ella no era la hija verdadera de su madre, Unsu, sentada en el muelle del puerto, pensaba en irse a cualquier lugar mientras contemplaba los barcos anclados. A cualquier lugar menos aquí. Todavía no sabía que la tierra era redonda; por tanto, si uno navegaba y navegaba llegaría al punto de partida.

Los días pasados le parecían lejanísimos, como la isla de la ilusión de sus recuerdos.

Sung-il, que estaba tomando un refresco con popote y mirando el mar, se acurrucó sobre Unsu. Sus ojos estaban perdidos. Tenía sueño.

Desde la pradera, algunos insectos adelantando su llegada, cantaron anunciando la noche.

Había pensado volver a Seúl; sin embargo, prefirió quedarse en la ciudad M. hasta la noche. Los rostros de su suegra y Sechung pasaron por su mente. Su suegra estaría desesperada tratando de localizar a Sung-il que no había vuelto. Pero esto no es un secuestro. Tengo a mi propio hijo. No. Unsu negó con la cabeza. La suegra inmediatamente habría preguntado en la escuela, entonces la amable maestra habría dicho que su madre lo había recogido.

Aunque anduvieran durante días por todas las calles no encontrarían a ningún conocido, y eso ni lo imaginaba al principio. Sabiendo todo eso, Unsu no podía abandonar ese lugar. Sabía también que su andanza era un vano intento de atrapar al viento que pasaba por el espacio o localizar una aguja en el mar. Todo eso era un presentimiento que llegaba a su cabeza como neblina.

En realidad, la imagen de esta calle guardada en su mente era absolutamente diferente a su aspecto actual. Sin embargo, sentía algo de intimidad hacia esa calle, y esa sensación le llegaba lenta y vagamente. El presentimiento nacía de eso y era como una sombra muy débil y pálida que podía desvanecerse como un suspiro por un pequeño descuido. No, el presentimiento o la suposición eran producto de su propia ilusión y con frecuencia resultaban engañosos.

Al oscurecer, el niño se quejó y le exigió volver. Tendría miedo de su madre, aparecida después de mucho tiempo, quien lo llevó caminando por calles feas sin zoológico, sin juegos, desconocidas por ella misma, y que lo cargó y anduvo por ahí. Además; ya estaba oscuro, y ellos todavía seguían en ese lugar desconocido.

Unsu quería interrogar a todo el mundo. A esas caras familiares, en realidad desconocidas, tan naturales y comunes como las máscaras finas. Quitándoles esas máscaras, quería preguntarles: “¿Se acuerdan de una niña que vivía en el barrio del muelle? ¿Se acuerdan de una niñita? ¿Se acuerdan de un día de verano o de otoño, en fin, un día cuando caía el sol a plenitud? Dicen que fue durante la guerra, hará unos treinta años. ¿Sabe usted lo que ocurrió en el patio empalizado pintado con brea? ¿Qué sucedió allí? ¿Dónde estará esa

casa? ¿Qué es lo que me empuja por la espalda a cada momento, agarra mi cuello y lo jalonea? ¿Qué miedo o qué añoranza me está haciendo deambular según el soplo del viento? Yo he pagado mucho por eso. Perdí todo y ahora sólo me queda la cáscara. Lo que veo es el futuro como una mazmorra sin esperanza y oscura. Veo a una mujer que envejecerá, fea y pobre por el deseo y la añoranza hacia lo perdido e imposible de recuperar. ¿Qué es esto que no me deja atarme a un lugar y, aunque me ate, pronto me desata? ¿Qué ojos invisibles me están mirando y qué espíritu invisible me hace vagar? El viento incesante que hace bailar el cabello y suena en mis oídos, convierte mis rastros de vida en nada. Parezco un ser sin contenido que no puede tener ni su propia sombra. Volteo hacia atrás, pero no veo la trayectoria de mi vida. Estoy vagando sin raíces, encerrada en los círculos del viento, cuyo foco es uno solo. ¿Dónde estará escondido, exactamente, el ojo del viento?

Después de pasar una noche en un hotel cercano al muelle, al día siguiente por la tarde, muy tarde, Unsu volvió a Seúl. La plaza de la estación estaba como el día anterior, con mucha gente. Parecía que la gente de ayer permanecía en el mismo lugar. Al salir de la plaza, Unsu vaciló un momento: ¿Llevaré a Sung-il a la casa, que ya está cansadísimo por el viaje de un día entero? Pero, sin pensar más, tomó el taxi para ir a la casa de su madre.

Anoche, el niño, dormido en un lugar extraño, se había despertado unas tres o cuatro veces, entonces abría los ojos y, al ver a su madre observándolo, tranquilizado, se volvía a dormir. Pensaba bañarlo porque estaba empapado en sudor y polvo, cortarle el pelo y comprarle ropa nueva.

—Éste es el camino para ir a casa de mi abuela de Kaljyon-dong, ¿no? preguntó Sung-il mirando cómo oscurecía. Su tono y su rostro decían que no podía comprender nada.

El niño recordaba muy bien el camino a la casa de su abuela materna, a donde no podía ir cada mes.

—Sí, es que la abuela de allá también quiere verte. ¿No te parece que es bueno visitarla?

Unsu interrumpió rápidamente la pregunta que podía seguir: “¿por qué no vamos a casa?” Unsu sintió miedo de la reacción del niño, quien al ver su habitación, donde había un viejo baúl metálico, y tres

cajones amontonados donde se guardaban muchas cosas, captaría instintivamente la situación anormal. Cualquiera vería el desorden y sentiría la frialdad de la habitación vacía. Entonces, a un niño, a su propio hijo, ¿cómo le afectaría la situación inestable de su madre y cómo la juzgaría?

Cuando el taxi se detuvo, la madre salió casi corriendo. Habría estado preparando la cena, en su mano tenía el trapo de la cocina.

—¡Oye, loca! Si ibas a algún lugar, debiste haber avisado. ¿Cómo puedes crearnos tanto lío? Tu esposo está aquí. Entra rápido.

Era una sorpresa encontrar a Sechung en Kaljyon-dong. Unsu, sin darse cuenta, se detuvo delante de la puerta. La abuela recogió a Sung-il, quien, agarrado de la falda de su madre, la miraba; y, adelantándose a Unsu, dijo:

—¿Ves cómo ya llegó? ¿Qué te dije? Que pronto volvería a casa con el niño.

Con una voz estridente, poco común en ella, y por su discurso algo exagerado se notaban claramente el sufrimiento que padecía por la súbita desaparición de su hija, la vergüenza hacia su yerno y el resentimiento.

Estaba muy oscuro, pero Sechung permanecía sentado en la sala sin encender las luces. Se levantó. Por la oscuridad no pudo ver bien su rostro, pero cuando lo vio, el cuerpo de Unsu se puso rígido.

—¿Seguías aquí? Te dije que entraras a la habitación mientras preparaba la cena. Seguro que estarías cansado. Ni encendiste la luz...

La madre de Unsu, mirando de reojo a Sechung y a Unsu, como si recién encontrara algo que hacer, encendió la luz apresuradamente. La mirada fría de Sechung, con algo de desdén y algo de burla, se clavó en Unsu.

—¿Qué cosa estás haciendo? Quitándome al niño, ¿qué es lo que esperas? ¿De verdad vas a portarte de esta forma?

—¿Quitarte al niño? ¿Cómo puedes decirme eso?

Unsu, sacando su orgullo y mirándolo de frente, contestó sin temor. Esa actitud no sólo era una reacción inmediata contra el argumento de Sechung o una simple demostración de orgullo, sino también de sentirse exasperada por la burla de sí misma; estaba totalmente humillada desde que lo había visto en el banco la mañana del día anterior.

—Esto es un juego sucio y cobarde. ¿Quieres que cada uno agarre un brazo del niño y jale su parte como un juego de sogas?

—Sung-il no es sólo tu hijo o mi hijo. Sung-il es otra persona.

Ante ese ambiente caldeado entre sus padres, el niño no se separó de la falda de su madre. Tenía miedo. Unsu lo dejó en la sala y entró a su habitación. No quería mostrar a su esposo ni al niño su cuarto, solitario y triste, con un baúl metálico y unos cajones. Mostrarles ese cuarto era revelarles su mundo interior, solitario y triste, y su vida después del abandono del hogar.

Desde la cocina se notaba el movimiento apresurado de su madre preparando la cena y se percibía el olor a sopa de carne. De cuando en cuando su madre conversaba con Sechung: ¿Por qué estás de pie? No te preocupes, la casa no se derrumba. Sung-il, ve a la habitación con papá. Ya que estamos todos juntos, ahora sí la casa parece un hogar donde vive gente. ¿Cuánto tiempo habrá de pasar? Los dichos de los mayores son ciertos. En la vida de un ser humano hay muchas crisis, por lo menos doce. Todo lo pasado, tíralo al agua que corre.

La madre de Unsu sabía muy bien que Sechung había venido furioso a buscar a su hijo y que el odio ya había madurado en su corazón; sin embargo, hablaba de esto y aquello alegremente, como si recibiera al matrimonio de su hija que volvía del viaje de luna de miel. Sechung seguía de pie en la sala sin contestarle nada.

La suegra entró a la sala con la mesa puesta y llamó a Unsu: ¿Qué haces? ¿No me ayudas a poner la mesa? En ese momento, Sechung bajó al patio.

—Oye, ¿qué haces? ¿No ves la mesa puesta? Yo llamaré a tu madre. Come y luego te irás. —Suplicante, sin atreverse a tomarlo de los brazos, repitiendo las mismas palabras, le suplicó. Pero Sechung la detuvo con un “me voy” muy tajante.

—Sung-il, ponte los zapatos.

Sung-il, con ganas de llorar, y mirando a su madre parada en la entrada de la habitación, bajó sin querer al patio. Por la actitud fría de su padre, el niño se movía como un muñeco automático.

—Eres despiadado y grosero. No debes portarte así siquiera por respeto a tus mayores.

Las palabras de la suegra expresaban ofensa.

Sechung, sin responder, se agachó, y ayudó al niño a ponerse los zapatos cuyos talones estaban doblados. Unsu observó todo sin mover ni un dedo como si estuviera hipnotizada. Se le enrojecieron los ojos, pero se esforzó por mantenerlos abiertos. Quizás en un pestañeo todo eso desaparecería como un espejismo o se convertiría en ceniza ante cualquier movimiento.

Un hombre de hombros caídos y un niño de cuerpo pequeño salieron por la puerta.

Luego, una llamada débil de “mamá” y un sollozo hondo, se apartaron.

—La sopa se enfriará —dijo de pronto la mamá que miraba la puerta, más abierta y más oscura por la oscuridad. La miraba sentada en la sala sin notar el transcurso del tiempo, sin pensamiento preciso.

En el centro de la sala quedaron una mesa, cuatro cubiertos y los platos servidos. La comida caliente, preparada con prisa, que exhalaba calor cuando la había traído, ahora estaba fría y hasta de otro color. Una mariposa que había entrado atraída por la luz, daba vueltas alrededor del foco, pero ni la madre ni Unsu intentaron espantarla ni cerrar la puerta.

—Calentaré la sopa.

Unsu le alcanzó la sopa fría. Su mamá, sin mirarla le dijo:

—En la cocina hay una jarra de licor. Tráela también.

La jarra, pequeña, estaba llena de un licor del color de la flor de calabaza. Seguro que lo reservaba para Sechung quien hacía tiempo no venía.

No llegaban por ahí muchas visitas ni tenía invitados especiales; sin embargo, la madre tenía la costumbre de hacer el licor de frutas todos los años y lo guardaba bajo la tierra en la parte oscura del patio trasero. Cuando aparecía el yerno, de visita lo invitaba a beber ese licor, y se alegraba y se jactaba del sabor y la fragancia.

—Sírvete, mamá.

Cuando se sentó Unsu a la mesa, su madre le sirvió una copa.

—Es del año pasado, seguro que ya está a punto.

Llenó su copa y se la tomó de un trago. El día que vino Sechung a visitarla por primera vez también se sirvió así. ¿Fue hace seis años? Los seis años desaparecieron tras su espalda y ahora las dos, mucho más viejas que aquel día, volvían a estar en el mismo lugar.

—Toma tú también. Los que no pueden dormir bien buscan alguna medicina somnífera. Lo mismo, algunas veces necesitamos tomar. “¿Aseguraste la puerta?” “Claro, ya no vendrá nadie.”

Para la boca seca, el licor fragante era caliente y amargo. Una copa de licor ofrecía cual tónico, consuelo a un ser cansado y arruinado mental y corporalmente.

Después de tomar varias copas seguidas, los contornos de los ojos de la madre enrojecieron. Ninguna de las dos había tocado la comida.

—¿Por qué tomas tanto, mamá? Ya no más. Ahora come.

—No, tranquila. Frente a una hija alocada, ¿me dices todavía que coma? A ver, ¿a dónde fuiste? ¿Qué vas a hacer en el futuro? Sonrió amargamente frunciendo el rostro. Unsu la miró de frente.

—No sé todavía. Pero no creo que pueda vivir tal como lo he hecho hasta ahora. A propósito, ahora sí necesito saber. Dime. Fui a la ciudad M. después de más de veinte años y, naturalmente, no había nada que pudiera reconocer por el tremendo cambio. Pero sentí algo. Era como una vaga sombra, pero, que aún me sujeta del pie. ¿Qué es aquello? ¿Quién soy yo? ¿De dónde vengo? Trato de encontrar todo yo sola, pero no puedo.

—¿Eso te ha hecho sufrir tanto hasta ahora? Un pecado... Un pecado de la vida anterior.

Bajó la copa y miró a Unsu con ojos húmedos y enrojecidos.

Las dos chicas con el cabello que llegaba apenas hasta el cuello, acurrucadas en el patio, casi pegadas sus cabezas, estaban absortas observando el suelo. Cazaban hormigas. Hormigas grandes; y lamían su culo. El culo de las hormigas sabía algo dulce y ácido. El estómago, que había recibido de almuerzo un puñado de frijol asado, se quejaba constantemente con sonidos graciosos.

Mamá decía que tenían que aguantar el hambre porque había guerra. Mamá sacaba un puñado de harina de trigo o arroz de la olla de barro enterrada a escondidas bajo el piso de la cocina, y cocinaba una especie de sopa. A las niñas que la miraban cocinar siempre les decía eso.

Era una tarde del temprano otoño. El sol caía con fuerza. El barrio silencioso parecía muerto. Los que habían escapado de la guerra asegurando las puertas de sus casas, raras veces volvían. Algunas ve-

ces miraban las casas vecinas por la abertura, entre las hojas de las puertas aseguradas con dos trozos de madera claveteados. Sus jardines tenían hierbas silvestres que crecían muy alto, y encima de los techos también crecían muchas hierbas. Daban miedo esas casas, y parecían habitadas por espíritus diabólicos.

Desde el centro, todas las noches llegaban estruendos de bombas que rasgaban el cielo. La madre aseguraba la puerta y no las dejaba salir ni de día. El padre, que vivía escondido en la bodega sobre la cocina, bajaba al cuarto hasta la noche. Mamá y papá, cuchicheaban con frecuencia. Dicen que hay muchos ladrones. Entran a las casas sin dueño rompiendo las puertas y se llevan toda la comida, la ropa, en fin, todo lo que pudiera ser de valor. Tengo miedo de la gente. Parece que las personas se convierten cada vez más en animales.

Pero las niñas sólo tenían hambre. No estaban aburridas aunque no había gente ni amigas, porque desde hacía tiempo, desde que nacieron, estaban acostumbradas a jugar juntas. Las dos eran gemelas. Fuera de sus padres nadie podía distinguirlos. ¿Cómo pueden ser tan iguales? Parece que cada una anda con un espejo. Mira, si quieres verte, mírala a ella. A veces, ni los padres podían distinguirlos.

La mamá siempre las vestía con ropa de colores diferentes. Les conseguiré novios igual de buenos y las casaré a la misma hora del mismo día. Una niña se quitó un zapato negro del par que usaba; también la otra, y metió allí a las hormigas. De repente sonaron las pisadas múltiples fuera del muro. Luego la puerta se estremeció. La puerta de madera asegurada fácilmente se abrió y entraron unos tres o cuatro hombres al patio.

Una niña, asustada por la invasión repentina de hombres desconocidos bajo el silencio del mediodía, dejando sus zapatos, corrió hacia la sala llamando a su madre. La otra, presa del temor instintivo, se metió al baño del rincón del patio y aseguró la puerta. Por la brecha de la pared de madera del baño veía con claridad la parte de la vivienda en forma de "L" invertida.

Los hombres subieron a la sala con los zapatos puestos. Cada uno traía algo en la mano; la pala, el tubo de fierro y el rastrillo. Apareció la cara de mamá en la puerta del cuarto, luego se oyó el grito. La chica pensó que debía ir con su mamá. Pero un temor más grande no la dejó soltar la mano de la perilla del baño. Los hombres salieron del

cuarto y se dirigieron a la cocina, entonces la mamá con la cabeza sangrante salió gateando y agarró el pantalón de un hombre.

El hombre, sencillamente, la golpeó con el rastrillo. Después de un rato, desaparecieron con el saco de arroz y otra cosa dentro del costal. Todo parecía mentira. Hasta entonces pudo salir la niña del baño. Silencio total. El patio lleno del sol resplandeciente. Los dos pares de zapatos negros de caucho abandonados en el silencio mortal. ¿Dónde estás? ¡Sal rápido! Paralizada, pronunció el nombre de su hermana en voz baja.

La mujer comía algo como desayuno y almuerzo al mismo tiempo cuando oyó el llanto vago desde afuera. El llanto sin fuerza le llegaba al oído como eco y de cuando en cuando oía que llamaban a la puerta. Ella, al estallar la guerra, no había podido escaparse y estaba en su casa esperando a su esposo que había sido médico del ejército y que en cualquier momento podía llegar a casa.

Dudó mucho tiempo y después miró hacia afuera por una pequeña abertura de la ventana clausurada y clavada con la madera.

Afuera, una niña estaba llorando sentada en el suelo. En la calle no había ni un alma. Como en un solo día podía haber varias batallas, en cualquier momento; en pleno centro, la gente que no podía escapar, vivía oculta en sus casas sin atreverse a salir.

La mujer la hizo pasar apresuradamente a la casa y aseguró la puerta. No sabía de qué familia era la niña, ni por qué lloraba en su puerta. De vez en cuando, disminuía su llanto y repetía solamente: "Tengo hambre". Le dio de comer, le lavó la cara embarrada de tierra y lágrimas, y la peinó. Sólo entonces pudo ver la cara de la niña y se dio cuenta de que esa cara no le era desconocida. Era una de las gemelas, hijas del amigo de su esposo. Se lamentó de su mala memoria, pero era muy natural no reconocerla fácilmente.

Hacía un año que la habría visto por última vez y además las criaturas crecían día a día. Al segundo año de la Independencia Nacional, el ex compañero de estudios de su esposo los había visitado con su esposa. Dijeron que ellos habían podido llegar al sur mientras sus padres se habían quedado en el norte. Su esposa, de ojos grandes y voz fina, era educadora, y en ese momento estaba embarazada. Vivieron en su casa un mes y medio y después alquilaron una casa en el suburbio de la ciudad.

La esposa dio a luz gemelas y el esposo consiguió trabajo como maestro de secundaria. A pesar de que eran amigos, no habrían sido muy íntimos porque cada vez se visitaban menos. Al principio, dos veces al mes los visitaba la madre llevando a las gemelas; pero esa visita cada vez era menos frecuente, y últimamente ya no los visitaba. Ella estaba ofendida; sin embargo, trató de comprenderlos: así será su carácter o si no, ya se habrían acostumbrado a la vida de esta ciudad. En eso estalló la guerra.

¿Viniste con tu mamá? ¿Dónde está tu mamá? ¿Y tu papá? ¿Hubo algún problema en casa? Le preguntó varias cosas con mucho interés pero la niña negó con la cabeza sin contestarle nada. Posiblemente no recordaba. No podía comprender cómo una niña de cinco años había podido atravesar la ciudad de un extremo a otro; una ciudad destruida por los bombardeos y sin gente, recordando el camino por donde había pasado un año atrás con su madre.

¿Cuántas veces se habría caído? Tenía las rodillas llagadas y con sangre coagulada, y los pies ampollados. La mujer, untándole medicamento, le decía: “No te preocupes. Mañana irás a tu casa conmigo”. Pero, no pudo cumplir su promesa. Solamente después de que cesaron las batallas del centro y después de oír la noticia de que la tropa enemiga se había retirado definitivamente de la ciudad, pudo ir a la casa de la niña.

La niña miraba los zapatos negros abandonados y empolvados en el patio, pero no quiso entrar en la casa. El sol caía con fuerza.

Dejando afuera a la niña, entró. Encontró solamente cadáveres podridos, imposibles de identificar: una mujer frente a la cocina, un hombre bocabajo en la gradería de la bodega; en la parte alta de la cocina, una niña tirada en la sala.

—¿Quiénes lo habían hecho, qué había pasado en la casa, cómo pudiste sobrevivir tú, una niña pequeña, cómo caminaste sola hasta mi casa, lejos de allí; o es que alguien te había traído? Todas esas preguntas quedaron sin respuesta para siempre. Tú no recordabas nada en el momento ni pudiste mucho después contarme algo acerca de eso. Suponía que habrían sido los ladrones porque no era cosa poco frecuente. Estábamos en guerra y mucha gente que no había podido escapar, moría de hambre y los que lograron sobrevivir andaban con la cara pálida e hinchada por la escasa alimentación. Crián-

dote en mi casa, pensaba que era una dicha que no recordaras nada de tus padres, de tu hermana gemela, de tu casa, y de lo que había ocurrido ese día. No sólo por tenerte como mi verdadera hija, sino porque uno que presencié todo eso, ¿cómo podía llevar una vida tranquila sin sufrir?

Se recostó en la pared y cerró los ojos. Estaba cansada.

La noche avanzaba. Desde hacía horas ya no se oían los pasos de los transeúntes por la calle frente a la casa. Las mariposas, escapándose del frío y de la oscuridad, llegaron donde había luces y daban vueltas. El viento suave, que había empezado desde el anochecer, movió las plantas del jardín.

—¿Llegó alguien? No has asegurado la puerta, ¿verdad? Preguntó la mamá que estaba quieta con ojos cerrados.

Recordó haberla asegurado, pero Unsu se puso los zapatos y bajó al patio. También sintió que había alguien en la puerta. La abrió, y vio la calle oscura.

Dando vuelta a la esquina de esa calle oscura, hay otro mundo, es pleno día, lleno de sol, y desde el otro extremo de la calle familiar viene una niña caminando. ¿Desde dónde vendrá? ¿Dónde habría dejado sus zapatos? Al caminar a pasitos, se le ven los pies desnudos.

Por las calles en ruinas, imposibles de ser reconocidas por las calles muertas sin ningún rastro humano, la niña camina sin ninguna expresión. Algunas veces voltea la cabeza para mirar atrás porque siente que algo la jala y oye que alguien la llama por allá, pero no puede ver nada. La niña no sabe a dónde dirigirse ni recuerda nada del lugar que dejó. Simplemente avanza paso a paso llevada por el instinto enraizado en su pequeña vida, y dirigida por el hilo de recuerdos que ha adelgazado tanto que está a punto de reventar.

El sol cae con fuerza y vuelve todo blanco, la niña suda. Sin embargo, no puede comprender por qué siente frío. Solamente sabe que si continúa caminando, aparecerá una pequeña casa de dos pisos al final de ese hilo del recuerdo. Delante de ella va volando una mariposa blanca. La mariposa salió de las hierbas silvestres que crecen en una casa vacía que está esperando a sus dueños. La niña quiere cogerla, mueve sus brazos en vano. La niña reanuda su destino de caminante.

Ven, mi pequeño espíritu, mi espíritu convertido en viento errante, duerme tu añoranza y vuelve ahora.

(1982)

EL ESPEJO DE BRONCE

Mientras su esposa vaciaba la harina en una gran vasija de madera, él salió a dar un paseo antes del almuerzo. Habría dado dos o tres pasos cuando vio a la niña de la casa vecina bajando el camino empinado en bicicleta. La niña apretaba el freno con fuerza pero bajaba velozmente por el declive del terreno. Su rostro estaba rígido, duro y enjuto por la tensión. Sus piernas estaban duras bajo los pantalones cortos y ceñidos de algodón.

La niña, despreocupada de bajar contra el aire, estaba casi parada sobre los pedales, muy grandes para ella. Él no estaba seguro de haberla visto subir la calle en sentido contrario. Más rápido que la sonrisa momentánea en su rostro, pasó la imagen de la niña; los cabellos flameantes por el viento y la frente blanca todavía no quemada por el sol.

La calle estaba vacía, debido quizás, al calor tempranero. Era la calle por la que él andaba siempre; sin embargo, le pareció rara. Mantuvo la mirada sobre la niña que pasó velozmente. Veía sus espaldas. La niña corría por la calle entre los muros grises y los techos bajos. Pronto, el paisaje absorbió el trazo blanco dibujado por las dos ruedas, como si las hierbas de la pradera se juntaran cuando el viento se abre camino por encima de ellas.

Era un mediodía raramente silencioso. A veces, por entre las puertas abiertas, se veían los patios; pero adentro, las cortinas opacas colgadas pesadamente, obstaculizaban la visibilidad desde afuera. Todavía no era la hora de la salida de la escuela.

¿Sentiría la niña el silencio mortal repentinamente? O si no, ¿se aburriría de pedalear sin cesar en una calle vacía? Tocó la bocina dos veces en la calle sin tránsito. Sonaban largos y agudos.

Seguramente la niña no habría aguantado hasta la última hora de la escuela, y se habría escapado. Él oía cada mañana desde el otro lado del muro, el llanto de la niña que no quería ir a la escuela. Pero,

finalmente, ella abría la pequeña puerta del muro que separaba ambas casas, atravesaba el patio y salía hacia la escuela. Cuando llovía, se ponía el impermeable amarillo que le llegaba hasta el tobillo, chapaleaba en los charcos de su jardín y llegaba tarde a la escuela. Cuando volvía, alquilaba la bicicleta, o jugaba en un rincón de su jardín. A su esposa le molestaban las visitas de la niña porque pisaba el césped y arrancaba las flores. Decía que cuando iba, siempre desaparecían algunas cosas pequeñas. Por eso, cuando se iba la niña, ella examinaba siempre todos los lugares por donde había estado.

La madre de la niña trabajaba en un salón de belleza en el segundo piso de un edificio de tres que daba a la carretera. En el edificio había otros comercios: farmacia, carnicería y billar. Decían que su padre se había ido a Medio Oriente cuando ella nació, y que hasta ahora seguía allí renovando su contrato.

La madre de la niña casi nunca pasaba por la puertita del muro común. Sin embargo, él la veía con frecuencia. Cuando abrían las ventanas del salón, entre los ruidos de los vehículos, desde la calle podía oír el sonido de tijeras cortando pelo. A veces, cuando ella cerraba la ventana, él veía ese rostro fruncido y molesto por el ruido de la calle. A horas avanzadas de la tarde, la veía en la calle caminando apresurada con algo en la mano para preparar la cena, con el delantal que usaba cuando cortaba el cabello, puesto todavía. En esas ocasiones olía a cabelleras y a fijador. Descansaba dos días al mes, y entonces, agachada sobre el desagüe, carraspeaba para escupir las flemas. “Fíjese, el pelo se mete hasta la garganta. Por esta razón, si es posible, cierro la boca y no hablo cuando le corto el pelo a las clientes. Ellas me critican por no ser amable. Pero, ¿qué se hace?” Alguna vez él oyó esa conversación entre ella y alguien más.

Con pasos lentos llegó al parque en la esquina de la zona residencial. La niña estaba allí de pie, reclinada en la bicicleta platicando con otros niños que jugaban como cangrejitos bajo el sol intenso.

—Oigan, ¿no han visto ustedes mi caleidoscopio? ¿Quién me lo robó?

—No sé, no sé — le contestaron los niños, en coro sorbiendo el moco.

La niña había buscado por todo el arenal hasta que empezó a oscurecer, y sabía que era inútil buscar allí otra vez. Sin embargo, lo

buscó de nuevo destruyendo sin misericordia las cavernas y las casas hechas por los niños. Después de la inútil búsqueda se subió a la bicicleta.

—El que se lo llevó, debe traerlo aquí cuando yo regrese de dar una vuelta. Si no, ya verá. Yo sé quién se lo llevó.

Bajo el sol blanco que hacía sentir más el frío, y el silencio asfixiante, él caminaba paso a paso adelantando siempre su bastón como un tentáculo. Parecía ciego. Sintió movimiento en su estómago, como reacción, el intestino y las bolsas de varios tamaños, colgados en el interior de su cuerpo, empezaron a moverse también. Las bolsas viejas y flojas, sin fuerza, recobraron algo de vida. De pronto recordaban su función.

Cuando el día se ponga más caliente, tendrá que terminar su paseo de veinte a treinta minutos antes de la comida que él mismo se había recetado para tener buen apetito.

A cada paso se sentía más asfixiado; entonces se detenía para limpiarse el sudor u observar la cortina pesadamente colgada sobre la ventana, orientada hacia la calle de alguna casa.

La ruta del paseo siempre era la misma, y él observaba todo lo que llegaba a su retina; el paisaje, la calle, tan monótona, que hasta daba miedo... Miraba sin intención de retener o registrar minuciosamente las imágenes.

En fin, cuando haga más calor, tendrá que decir adiós a su paseo. Los órganos interiores, demasiado angostos, delgados y flojos ya no podrán soportar el calor. Le tocará sentarse en la silla de mimbre y pasar el tiempo recordando todos los paisajes retenidos en sus ojos.

Caminó muy despacio, y cuando ya se acercaba a casa después de media hora, la camisa se había empapado de sudor. Buen resultado. Creía que a su edad era excesivo un ejercicio que le hiciera sudar; por eso tenía una regla: hacer un ejercicio ligero que le mojara un poco la ropa.

Tenía algunas reglas y disciplinas fijadas por él mismo; valoraba y daba importancia a los resultados obtenidos por cumplirlas. Sabía que, sin apetito, cada día debía llevarse la comida a la boca; pero, como si no supiera que un día todo esto se acabaría de repente, sentía alegría al obedecer las reglas y los ritmos que regían su vida y su cuerpo.

La esposa había preparado la masa de harina para doce porciones de fideos, pero los convidados habían cancelado la invitación. Un feligrés, enfermo desde hacía tiempo, acababa de fallecer; entonces, los comensales, convocados al rito familiar, enviaron un mensaje a la mujer: “estaban por dirigirse a su casa, pero ante la noticia de la muerte de aquel hombre, preferían ir a la sala funeraria del hospital”. La esposa le contó eso cuando él volvió del paseo. Sus manos todavía estaban ocupadas con la vasija llena de masa blanca. Él notó que la desilusión había pasado brevemente por el rostro de ella. La masa, excesiva para ellos dos, se esponjaba desbordando el límite de la vasija de boca ancha.

En la sala estaban dispersos los materiales de trabajo: la tabla espolvoreada de harina para cortar la masa sin que ésta se pegara, el palo para aplanar la masa, el plato con condimentos de varios colores para combinar con el fideo, etcétera.

Había arreglado el jardín desde la madrugada y andaba ocupada por la cocina y la sala. Él recordó que después del desayuno había sentido algo de paz por el sonido que ella producía al cortar rítmicamente sobre la madera, el olor a aceite y sus pasos apurados. ¿Sería por la nostalgia de la vida ordinaria o por el deseo del calor de la vida junto a los demás, a pesar de que ya no creía que pudiera ser influido por esas cosas?

Quizás la desilusión de la esposa por la cancelación de la visita no era tan grande como él se imaginaba. La fe no podía haber nacido en ella tan profundamente en un instante.

¿Fue el mes pasado? Al ver a aquellas dos misioneras cansadas que andaban de casa en casa tocando la puerta, la esposa sintió compasión y las invitó a que pasaran a descansar un momento. Pero ese momento se alargó hasta tres o cuatro horas de catequización.

“La muerte es un estado inconsciente. Dicen que es un estado peor que la vida de un perro. El infierno es la misma muerte; tal como se escribe, significa el encierro en la tierra, y...”

La perorata de las dos mujeres llegaba hasta su oído mientras estaba acostado en la habitación.

—Las invité para que descansaran nada más, pero... —Cuando ellas se fueron, le habló así su esposa justificándose; pero el domingo siguiente, ella fue al Templo del Reino. Y hoy iban a hacerle la primera visita familiar.

La vida dentro de la tierra, las luces encerradas que claman bajo la tierra.

¿Haría veinte años que enterró a Yongno? Yongno, de veinte años, ha estado encerrado en la tierra la misma cantidad de años que vivió.

La esposa salió para preparar el almuerzo. Durante un buen rato, él permaneció sentado en la sala mirando el mismo jardín que había mirado ella. Vio los lugares por donde había pasado y detenido su mirada. Los ojos de ella ahora eran de él. En el jardín las flores de verano se jactaban de su belleza: rosas, dalias, hortensias. Por el sol calcinante del mediodía los pétalos de las flores se habían abierto hasta mostrar su interioridad de color más oscuro; mientras las abejas y mariposas, con loco e irresistible anhelo, succionaban la miel clavando sus tentáculos hasta lo más profundo. Las flores, con el único deseo de abrirse más y más, oscurecían su color y temblaban lentamente. Él sabía muy bien que no era esta escena la que veía su esposa. Mientras observaba las plantas aguzando el oído como si quisiera escuchar el clamor encerrado debajo de la tierra, las hojas iban cayendo una por una de las tupidas plantas, dejándolas finalmente, como ramas fibrosas. Los lugares donde los retoños habían empezado a brotar orgullosos y verdes, aparecían como figuras alrededor de las que giraba sólo la muerte cruel. La bicicleta de trompetilla aguda pasó delante de la puerta irrumpiendo en el espacio. Parecía una flecha. Si pudiera, llamaría a la niña con sus manos para que volteara la cabeza, y le diría: “Niña, ven siquiera a lavarte la cara. Se ensanchan las arterias de tu cerebro si andas en bicicleta todo el día bajo un sol tan intenso”. Si pudiera, le mostraría la amabilidad de un viejo que le quedaría grabada como un recuerdo inolvidable para toda su vida, un recuerdo tan fuerte como la luz del filo del cuchillo.

La esposa puso la mesa. Como siempre, el menú era fideos y una copa de aguardiente. El fideo estaba soso a pesar de que el caldo contenía varios ingredientes: verduras, carne, huevo... Observó a su esposa, que comía con la cabeza gacha. Quizás ella no notaba lo soso de la comida. ¿Sería por su dentadura postiza? No, no debe ser porque ya la tenía desde hacía tiempo. Desde que se la pusieron, tuvo problemas para masticar la comida dura; por eso siempre comía fideos en el almuerzo. El fideo hecho por su esposa era rico y frecuente, ¿cómo entonces podía haber olvidado ponerle salsa de soya? Sin-

tió cólera y odio contra su esposa, que comía con gusto, tal como lo había sentido hacia su organismo interior, flojo para cumplir sus funciones.

—Tráeme la salsa de soya —le dijo aguantándose la cólera. Ella se levantó lentamente y se la dio.

Desde que le pusieron la dentadura postiza, estaba muy quisquilloso con la comida; es que estaba perdiendo notablemente el gusto de masticar y saborear. Sin embargo, él no quería reconocer ese cambio.

¡Dentadura postiza! Una vida acabada como empleado de bajo nivel en la Municipalidad. Su trabajo, escribir todo lo que se decidía en su sección o lo que mandaba el jefe. Le gustaba escribir; nunca usaba abreviaturas ni cometía errores ortográficos, aun sabiendo que los documentos escritos con tanto cuidado y esmero, después del visto bueno de las autoridades y después de pasar el contenido a máquina, se tiraban al basurero. Sin embargo, se alegraba y se enorgullecía de sus letras bonitas y correctas.

Los jefes, al ver sus escritos, le decían en coro: “Tienes bonita letra”.

Un día, de repente, se le hinchó la encía y ennegreció; se veían las raíces de los dientes y tenía dolor; entonces supo que necesitaba sacarse toda la dentadura y cambiarla por una postiza. En ese momento sintió ira y traición, más que desilusión. Luego supo que se le habían debilitado todos los órganos interiores incluyendo el estómago. El médico le dijo: “Es un fenómeno común que afecta a todos después de la jubilación. Al dejar de pronto el trabajo de toda la vida, la mente sufre por la vacuedad y el cuerpo también pierde la tensión y el equilibrio. Es decir, es la enfermedad del retiro”.

La expresión del médico, “fenómeno común que afecta a todos”, no le sirvió de consuelo. Él era un hombre que jamás había escrito un informe aclaratorio por algún error; sin embargo, cuando le llegó la hora, igual que a otros que habían pasado el tiempo nada más sentados en sus sillas, él también tuvo esa suerte. Él, que había trabajado decenios sin quejarse en la oficina oscura y sin ventilación de un edificio viejo, aguantando todo, no podía acostumbrarse a la dentadura postiza. No podía vivir ocultando su rechazo a ese material frío y raro que ajustaba y aplastaba su blanda encía.

Después del almuerzo cogió una tela suave y la pasta dental con las que limpió el adorno de plata del mango del bastón. Mientras su mano repetía el movimiento simple como si sólo acariciara, y observaba que el adorno plateado recobraba su color original, poco a poco iba desapareciendo la ira contra su dentadura postiza y contra su mujer que le había servido el fideo sin sabor.

Dejó el bastón limpio al lado del mueble de zapatos, subió a la sala y volteó hacia el jardín.

¿Habría dormitado? No recordaba haber oído el sonido de la puerta; pero en una esquina del jardín un joven obrero estaba abriendo con un fierro la tapa de concreto que cubría el medidor de agua. Su esposa, agachada, dándole la espalda, observaba los movimientos de la mano del joven. El silencio del intenso mediodía caía pesadamente sobre aquellas canas y aquella espalda flaca y arqueada.

—¡Caramba! Mire estos grillos, señora. Apenas terminado el invierno debería de haber hecho una limpieza total. Por eso viven aquí estos animales, —dijo el joven, apartando rápido la cabeza hacia atrás para escaparse de los grillos que saltaron asustados por la luz repentina y el aire del exterior.

El joven se refería a las cáscaras y pajas de arroz con que habían tapado el medidor para protegerlo del frío invernal del año anterior. El anciano también había visto esos animales dentro de la pared de concreto, en la parte húmeda y sombría, que habían brotado después de reventar los huevos en donde habían pasado el invierno, entre la cáscara y la paja de arroz.

La esposa asintió con la cabeza dando la razón al joven. Su cabeza estaba poblada de canas. Sólo cuando empezaron a salirle a él las canas, se fijó en el cabello de su mujer que estaba arreglando el césped que apenas cubría la tierra roja del túmulo de la tumba. Sus cabellos ya estaban blancos.

“El cabello se me blanqueó a raíz de la muerte de mi hijo que crecía como un bambú verde.”

Ella conversaba a veces con las vendedoras ambulantes que llegaban a casa. Y frente a un marido cuidadoso de su peinado y de colorearse el cabello, decía como excusa: “Es por mi linaje que me vuelvo canosa a temprana edad. Pero a ti, el cabello teñido de negro se te ve mejor. Pareces joven”.

Desde que le salieron canas no olvidaba teñirse el pelo. Desde que usaba los dientes postizos, por la blancura de su dentadura y su cabellera negra y bien arreglada, se veía más joven. Algunas veces veía a Yongno, de cuarenta años, en su imagen reflejada en el espejo. Entonces se detenía a observar su propio rostro.

Cuando el joven obrero iba a salir, su esposa, que estaba mirando el medidor, distraídamente le habló:

—Hace calor. Refréscate aquí un rato.

—Gracias, deme un vaso de agua fría.

El joven sacó el pañuelo y se limpió el sudor de la frente y del cuello. Cuando el joven se sentó apenas en el filo de la entrada de la sala de madera, la esposa entró a la cocina y volvió con el agua mezclada con harina de cereales. Habría temido que el joven se hubiera marchado pronto porque salió de la cocina a pasos apresurados, moviendo la harina en el agua para disolverla pronto. No le agradó esa actitud. Se quejó en su interior: “No, mujer, es un muchacho común y corriente, al que podríamos encontrar en cualquier lugar. Es un simple joven que anda registrando el gasto del agua”. El joven vació el vaso de una sola vez.

Notó que su mujer miraba nostálgica y desesperadamente esos músculos del cuello grueso, ese pecho enrojecido que aparecía bajo la camisa abierta descuidadamente.

—Gracias, señora. Estaba muy fresca. El joven se limpió los contornos de la boca con la mano y se lamió los labios. “¡Qué manera de beber! Es un chico cualquiera. A las personas se les conoce por su manera de comer”. Balbuceó de nuevo en su interior.

Se habría acordado de algo en ese momento, porque el joven atravesó de nuevo el patio, fue adonde estaba la tapa de concreto del medidor de agua que seguía abierto, y la puso en su sitio. Los que venían a ver el medidor casi siempre se iban sin devolver la tapa a su lugar. Parecían descontentos de su trabajo porque sin ganas ni cuidado abrían la tapa con algún fierro, leían la cifra del medidor y se iban de inmediato. Entonces, la esposa la tapaba con esfuerzo y dificultad.

—Oiga, joven, ¿me podría hacer un favor? La esposa llamó al joven que estaba por salir. Y sin esperar la respuesta fue a la bodega y volvió, cargando con las dos manos el cajón de herramientas.

El joven, con un aire descortés, la miraba a ella y luego al pesado cajón de herramientas que había traído casi doblándose la cintura. Su rostro decía: “¡Qué vieja tan mañosa! Ahora quiere cobrarme el precio del agua de cereales”. Pero ella, como si no notara nada, le habló despacio:

—Es que el cordón está tan alto, que me es difícil tender la ropa. Por favor, bájemelo. Es que como aquí vivimos solamente dos viejos, no hay quién pueda hacerlo.

—Si lo bajo, la ropa llegará al suelo. Así los niños lo usarán para jugar a la reata.

Sin ninguna voluntad y con los brazos cruzados, el joven echó una mirada al cajón.

—Oiga, además veo que todos los clavos están oxidados. No es difícil hacer lo que me pide; pero si lo bajo, ya no le servirá de colgador.

El joven rebuscó en el cajón y sacó algunos clavos menos oxidados y el martillo. Era natural que todos los clavos estuvieran oxidados. Todas las herramientas de ese cajón: martillo, alicate, serrucho, cerrojo y otras, las había conseguido él; sin embargo, ahora le parecían raras por no haberlas usado tanto tiempo.

—¿Ya almorzó?

—Preguntó la esposa al muchacho que estaba claveteando.

—Por supuesto.

Por los clavos retenidos en su boca las palabras no le salían nítidas. Clavó dos en un segundo y bajó el colgador por lo menos una cuarta, tal como ella le había pedido. El cordón ahora, atravesaba el patio. A él le pareció demasiado bajo. Quizás esta tarde o mañana, la esposa se quejaría porque le llegaba al cuello y entonces trataría de recogerlo de nuevo.

—¿Cómo le retribuyo por tanto favor? Si no está apurado, coma algo aquí. Pronto le serviré fideo —dijo la esposa echando un vistazo al recipiente de la masa de harina de trigo en el rincón de la sala.

No le había echado levadura, quizás por el calor, pero la masa se había ensanchado demasiado.

—Es que debo visitar varias casas.

—¡Dios mío! Si camina a pie todo el día, seguro que le dolerán mucho los pies, ¿no?

—No espero nada pero si siquiera amarraran sus perros... —Se le subiría la ira porque contestó eso de mala gana, y escupió al suelo. —Muchas veces nos rompen los pantalones, y hasta nos muerden los talones.

La mujer lo acompañó hasta la puerta con pasos vacilantes. Quizás querría asegurarla.

La casa estaba en silencio de nuevo. Por las sombras más alargadas de los árboles del patio se podía adivinar el transcurso del tiempo y el movimiento del sol. No se oía el ruido del cerrojo ni el arrastrar de los zapatos. En cambio, se oía la bicicleta que corría a menor velocidad. Sus llantas repetían el sonido monótono de la rotación: taltaltaltal...

¿Estaría ella recostada en la viga lateral de la puerta, mirando distraídamente la calle por donde la niña, que ya se había olvidado completamente del caleidoscopio, estaría caminando, empujando la bicicleta con el rostro aburrido de tanto calor?

Entró a la habitación. Luego jaló la silla hacia el escritorio y se sentó allí. Como el escritorio estaba al lado de la ventana, podía ver y oír mejor todo lo que acontecía en la calle; se sentía más cómodo en la silla por la costumbre de tantos años. Con frecuencia se sentaba allí para acariciar con la mano la mancha de tinta, las huellas de cuchillo y alguna raspadura del escritorio.

Era de su hijo Yongno. Se lo había comprado cuando era estudiante de secundaria. Él casi nunca escribía o leía en el escritorio; pero sus cajones le servían bien, y ésa era la única razón de tenerlo todavía en un rincón de la habitación, a pesar de que ocupaba mucho espacio.

Tomó un papel plateado de la cajetilla de cigarrillos, lo dobló en forma de flor y escupió allí. Abrió los cajones que contenían recibos del gasto de agua y de luz, y los lentes para lectura. Sacó de uno de ellos el cortauñas y se cortó las uñas de las manos.

Oyó los pasos cuidadosos de la esposa por la sala. No pensaba que fuera un secreto abrir y cerrar los cajones y cortarse las uñas; sin embargo, cuando los pasos sonaban cerca, asustado, dejó de cortar. La esposa decía que la vejez la había vuelto diabólica, y que, sentada en un rincón de la casa, podía ver y oír todo lo que pasaba. Como él estaba seguro de que ella todavía no sabía que abría y cerraba los

cajones, se cortaba las uñas y se sacudía la caspa; se cuidaba más y prestaba más atención a los pasos de afuera como si un simple movimiento de la mano fuera una gran intriga.

Después de confirmar que los pasos se alejaban de la sala, sacó de lo profundo de un cajón, un caleidoscopio. Era un caleidoscopio de cartón. Había enrollado el cartón en forma de cilindro y lo había pintado de varios colores.

Se llevó el aparatito a los ojos y le dio vuelta. Los pedazos de papeles de color, según el ángulo de la superficie del espejo, hacían varias figuras como flores.

Las flores de papel del mundo del caleidoscopio no eran espectaculares ni asombrosas. Era un simple movimiento de agrupación y división de las flores de uno o dos pétalos. Decían que los antepasados, dando vueltas al caleidoscopio, adivinaban los principios y reglas del cosmos por medio de las diferentes figuras.

Fue anteayer, en su paseo rutinario después del almuerzo, cuando él notó que una luz lo seguía. Fue en el momento que salió de su casa y llegó a la calle principal. Sacudiendo la luz que se paseaba por sus hombros, piernas y pecho, miró de reojo todo su alrededor. La luz blanca andaba bailando como un fantasma entre la calle y la gente, volvió a su rostro y permaneció allí mucho rato. Sintió, de pronto, temor de que su rostro se achicara. No pudo abrir los ojos por el poder de la luz. Gritó: “¿Quién es? ¿Quién está jugando con el espejo?” Una voz clara y estridente le contestó inmediatamente: “¡Buenas tardes, abuelo!” La niña estaba sentada en la escalinata que conduce al salón de belleza. En su mano había un pedazo de espejo con ángulos filosos. Ten cuidado, te puedes lastimar. La niña le contestó: “Dicen que en la vidriería lo pueden cortar redondo. Es que mañana en la escuela vamos a hacer un caleidoscopio. Dicen que el caleidoscopio es una caja mágica donde se ve todo”. Luego, la niña cruzó la calle y corrió.

—¿Que se ve todo? —preguntó él a la niña que ya le había dado la espalda. Pero en realidad no tenía mucha curiosidad. Era una pregunta sin sentido.

El día anterior por la tarde, en la banca del parque, había encontrado el caleidoscopio junto al bolso de la niña. Sabía muy bien que la niña no aguantaba el deseo de montar en bicicleta. Tenía la costum-

bre de pasar antes por la tienda de alquiler de bicicletas en el camino de la escuela a su casa, abandonando su bolso en el parque. ¿Qué habría visto la niña en esta caja mágica? Quería ser ella y tener sus ojos para ver todo lo que había reflejado ahí. Cogió el caleidoscopio, se lo guardó en el bolsillo y durante toda la tarde observó a la niña que removía el arenal buscando su caja mágica. “Abuelo, alguien me robó el caleidoscopio. La maestra me dijo que podía presentarlo en la exhibición.” Lloraba, y buscaba nuevamente debajo de la banca donde había dejado el bolso y la caja mágica, a pesar de que ya había mirado muchas veces.

Se ve todo, balbuceó remedando a la niña y rápidamente dio vuelta al caleidoscopio. Cuanto más rápido daba vuelta al aparato, tanto más se diversificaban las figuras, los fragmentos de papeles de color se juntaban y dispersaban rápidamente. Parecían microbios que se juntaran y dispersaran velozmente. Tal vez se debiera a los colores claros y vivos del papel.

Se le caían los párpados y sentía pesadez en el cuerpo. Era por la copita de licor para la digestión. La tomaba aun sabiendo que no lo dejaría dormir bien la siesta, y lo haría pasear por el jardín vacío en plena noche. Ahora tenía mucho sueño y, aun empeñando toda su fuerza de voluntad, no podía resistir la tentación de la siesta.

Guardó el caleidoscopio en el cajón y salió de la habitación para ir al baño. La esposa, sentada en el borde del sillón, hacía algo con la masa de harina. Tomaba una porción, hacía una bolita y confeccionaba con ella alguna figura.

—¿Qué haces?

—Estoy jugando.

Rió avergonzada y deshizo en ese momento la figura. Colocadas en un rincón, había ya varias figuras toscas: seres humanos, perros, caballos... Eran del tamaño de un dedo.

Entró al baño y aseguró la puerta para quitarse la dentadura postiza. El médico le había aconsejado que, para acostumbrarse a la dentadura, no se la quitara y se olvidara de que la tenía. Sin embargo, para dormir tranquilo necesitaba quitársela, dejarla en un frasco con agua limpia y colocarlo al alcance de su mano. En esos momentos de lucidez, antes de entrar en el sueño, no podía liberarse del sentimiento de que únicamente la dentadura postiza reposaba pesadamente.

Además, tenía miedo de que esa dentadura, única entidad despierta, hablara de pronto, cualquier cosa, temía, que en el lugar donde desapareciera su cuerpo, quedara solamente un objeto material frío y duro, sarcástico. Hasta cuando hablaba, tenía la sensación de que no era él quien lo hacía sino la dentadura postiza, que articulaba moviéndose a su antojo. Entonces, dejaba de hablar.

Al quitarse la dentadura postiza, apareció la encía ennegrecida y sin vida en el espejo. La encía blanda estaba magullada, inflamada y arrugada por el fuerte peso de la dentadura postiza. Sin esa dentadura la boca era un simple hueco sin sentido, maloliente y vacío. Miró la puerta de nuevo. Estaba cerrada. Tomó la dentadura y empezó a lavarla con el cepillo. Sintió un poco de vergüenza y cierto placer amargo y sombrío, como cuando se acariciaba su sexo marchito tratando de obtener cierta consolación aun sabiendo que todo era vano y efímero. La lavó minuciosamente con el cepillo y la pasta dental. Sacó los restos del fideo y del polvo de ají. La dentadura quedó brillante y rejuvenecida. La encía de la dentadura postiza parecía saludable con el color rosado claro, como un verdadero pedazo de su carne. Jadeante, vio cómo reía la dentadura con la espuma de la pasta. En el espejo apareció la imagen de un joven de cabello negro que contrastaba con la boca sin dentadura, el labio superior disminuido y la cara hundida.

Volvió a la habitación, colocó en la cabecera el vaso de agua que contenía la dentadura postiza, y se acostó reclinando la cabeza sobre la almohada de madera. El trayecto hacia el sueño siempre le parecía una caminata por un corredor oscuro, largo y sin fin. ¿No se habría convertido ya en un alma errante por la senda del otro mundo?

Por la puerta semiabierta veía a su esposa. Entre el sueño y la vigilia, miraba sus manos hacer bolitas con los pedazos de masa y luego con ellas la cabeza de un animal con orejas y cuernos, agregando las cuatro patas y la cola. Era un animal raro y nunca visto. Lo paraba junto a otros ya terminados en un lugar soleado de la sala, y luego murmuraba algo en voz baja: "El abuelo sufrió por la pesadilla hasta el día de su muerte. Decía que la cabeza le dolía como si se le partiera. Ni él mismo sabía si le dolía la cabeza por la pesadilla o tenía pesadillas por el dolor de cabeza. Llamaron al hechicero y celebraron un rito; le pidieron a aquel mago ciego que hiciera sus invocaciones,

pero nada le quitó el terrible dolor de cabeza”. Varias veces había oído hablar a su esposa sobre su abuelo, que había sido un famoso carpintero. “Cuando se despertaba en la madrugada o en la noche por las pesadillas, se revolcaba como un loco por toda la casa con el dolor de cabeza. La abuela decía que era la consecuencia de haber construido casas donde había tumbas.” Él veía a un anciano dando alaridos con la espalda doblada, la cabeza amarrada con una cinta blanca, en un rincón del corredor oscuro. “Entonces, la abuela esculpía figuras raras de animales con la chaveta. Parecían elefantes u osos, en fin, animales muy raros. Dicen que se llamaban *mec*, animales legendarios que comen malos sueños.” Hablaba mientras las manos seguían fabricando figuras raras con la masa. “Mi abuelo las dejaba en la cabecera, junto a la escupidera. A la mañana siguiente, estaba llena de saliva flemosa, y eso parecía una pesadilla de *mec*, que había vomitado todo lo que había comido durante la noche. Mi abuelo decía en su testamento que lo enterraran con esos animales en su ataúd. Seguro que tenía miedo de sufrir las pesadillas más allá de la muerte. ¿Los muertos también sueñan? Para una niña eso era un enigma; pero ahora entiendo por qué mi abuelo había pedido eso. ¿No dicen que a los antiguos los enterraban con todas las cosas que usaba en vida e inclusive con cerámicas representando a sus sirvos?” El abuelo de la esposa está durmiendo tranquilamente al final del corredor del tiempo, largo y remoto. Con su infalible *mec* en la cabecera. Quizás las lentas palabras de su esposa, pronunciadas en voz baja, lo hipnotizaban; y ahora él, conducido por la mano de ella, camina sin cesar por el interior del tiempo que aparece vagamente en algunos momentos. Parece una película opaca y mal iluminada. Algunas partes tienen luz propia; otras, son tan oscuras que no se ve nada. Él no se desespera por recordar lo olvidado. Recordar lo que se quiere recordar es un pobre privilegio de los viejos. Pero, ¿qué lugar es éste? Parece la sala de un museo conocido. Una sala que exhibía solamente figuras humanas hechas de tierra o espejos de cobre hallados en las tumbas. Al ver el espejo de cobre que había vivido mil años bajo la tierra, y ahora sin ningún rastro de óxido, él se sintió muerto hacía muchísimo tiempo. Saliendo de allí, al caminar por el corredor largo y oscuro, se justificó: “experimenté ese sentimiento raro y pa-

sajero porque en esa sala no había ningún espectador en ese momento, y como la alfombra era gruesa, no podía oír mis propias pisadas”.

Cuando sepultó a Yongno, pensó que lo que acababa de sepultar no era el cadáver que se pudriría con el calor de la primavera, sino un pedazo de espejo.

—Abuela, ¿qué hace usted? Apareció una pequeña sombra en el jardín de su casa, y alguien habló con voz forzada. Era la niña de la casa vecina; se había cambiado el vestido. Se había puesto uno de algodón blanco con brocado. Él luchaba desesperado por salir del insomnio y miraba a la niña con dificultad.

¿Se habría aburrido de andar en bicicleta? Ella traía una muñeca en una mano y en la otra, una canasta de plástico que contenía juguetes para jugar sokupchangnan.*

—¿Volviste del Jardín?

Le preguntó con frialdad su esposa, sin dejar sus labores de fabricante de animales raros. La anciana siempre la miraba con sospecha. La interrogaba por todo.

—No, hoy no hay clases. Es sábado.

—Tu vestido es lindo.

—Me lo compró mi mamá.

De nuevo articuló las palabras con la voz engolada. Él la miró. Trató de pensar que era una niña bonita. Pero, como siempre, fracasó. Los ojos, reflejados por los rayos solares, estaban más claros y su cara afilada era igual al filo de un hacha. Realmente se la podía considerar bonita. Su figura, vista desde atrás, cuando se dirigía a su casa con la canasta de juguetes de sokupchangnan, y en el columpio de su jardín, parecía solitaria. El columpio, aunque ella no lo usara, hacía un vaivén solitario.

Al otro lado del muro, la veía con frecuencia chapotear dentro de la batea grande de agua. En su jardín soleado, jugaba desnuda con el agua de la batea. Escondido tras el muro rodeado por los rosales, él la observaba lleno de pasión: escasa cabellera de color amarillo cayéndole por el cuello como el pelo de la mazorca tierna de maíz, las risitas repentinas, el abdomen abultado y el pequeño sexo rosado.

* Sokupchangnan: juego infantil, simulacro de la vida familiar con un conjunto de juguetes.

—Abuela, ¿qué hace usted? —le preguntó la niña, contorsionando todo el cuerpo. Los flecos de su vestido se movían según el ritmo de su movimiento corporal, en ademán típico de una niña negada, rechazada y no amada. Lo habría adquirido instintivamente.

Dio vuelta en el mismo lugar. El vestido se abrió como una flor. Luego se sentó.

—Abuelita, son muy raros.

Se acercó a la anciana dando unos pasos más. Sus frentes casi chocaban.

—Se llama *mec*. Animal que come pesadillas.

—¿También sueña usted pesadillas? Yo siempre las sueño.

La niña cortó una flor que estaba a su lado y la molió con sus dedos.

—¿Por qué cortas la flor? La esposa la regañó, pero la niña, como si no la hubiera oído, proseguía con su tono gracioso.

—Vuelo como un pájaro, y cuando pienso qué me pasará si me caigo porque no soy realmente un pájaro, inmediatamente me precipito. ¡Qué horror!

—Esos sueños sirven para que crezcas. Si no orinas antes de acostarte, también sueñas feo.

La niña cortó otra flor más grande y la pisó.

—¡No lo hagas! —le gritó la esposa. La niña con mirada maligna, la miró fijamente.

—¿Cuántas veces debo decirte? Una niña buena no arranca las flores.

Para contener su enojo la esposa le hablaba en voz baja y silabeaba enfáticamente. Mientras tanto, la niña seguía arrancando más flores.

—Eres una niña desobediente. Muy mala. ¿Quieres que te castigue?

La amagó con la mano, y le dirigió una mirada terrible. Pero, como la niña se le acercó con el rostro temeroso, como si le pidiera que la abrazara, dejó caer la mano.

—Algunas veces, como la cobija se ensancha y me tapa totalmente, no puedo respirar. Aunque lllore y grite, mi mamá no me oye.

La niña le hablaba con voz temblorosa como si suplicara.

—Eso no es sueño, sino la pesadilla que te ahoga. Lévatelo, y, cuando duermas, déjalo en tu cabecera sin olvidarte. Entonces, no te pasará nada de eso.

—Gracias, abuelita.

La niña recibió el animal *mec* con mucho cuidado. Lo tomó con las palmas de ambas manos como si fuera la reliquia de algún templo, o como si llevara una planta que se podía morir si se desnudaban sus raíces.

—Niña, tu ropa se ha ensuciado —dijo la mujer a la niña que caminaba cuidadosamente como si cruzara un puente muy angosto. En su mano tenía un *mec*, la muñeca y la canasta de juguetes. La niña, al oírla, miró su vestido y, al ver la mancha de tierra en la parte posterior, se puso a llorar.

—Mi mamá me pega cuando ensucio el vestido nuevo. Me prohibió ponérmelo hasta el día de mi fiesta de cumpleaños.

—Ven, te lo voy a limpiar. Mira, por eso no debes sentarte en cualquier lugar.

El llanto de la niña era una prueba viva y segura de miedo. La esposa, asustada, la llamaba con ademanes, pero la niña no se le acercó. Tiró el animal al suelo, y empezó a arrancar flores con miedo y rencor.

—¡Malvada, te rompo la mano!

La esposa se levantó y siguió a la niña que se escapó llorando. Cuando el llanto pasó por la puerquita del muro que separaba a ambas casas, la esposa, todavía furiosa, resollando, se sentó en la sala, sacó de nuevo el pedazo de masa e hizo una bolita. Sus manos se movían con torpeza.

Parecía que oía el sonido del gozne de la puerta de la casa que se abría y se movía. Quizás habría llegado alguien. No, quizás fuera el columpio. Pensó que la niña estaría columpiándose en su jardín. Sin embargo, parecía que su esposa no hubiera oído nada. Eso no era raro, porque lo que él oía no lo oía ella o lo que veía ella no lo veía él. A veces, en plena noche, él oía sonar el columpio. Entonces, la esposa no le contestaba con buen humor y se volteaba dándole la espalda. “¿Acaso una niña se columpia en la noche? ¿Acaso está tan triste?” Pero él, jalado por la cola de sus sueños infinitos, salía al jardín, y pegado al muro observaba el vaivén del columpio vacío. El viento lo columpiaba como si fuera el corazón de un tonto enamorado.

La esposa seguía trabajando con sus animales sin cansarse. ¿Cuál sería la pesadilla que intranquiliza el sueño de una mujer vieja? En la vejez, la gente no duerme mucho pero sueña demasiado.

El sol avanzó mucho su ruta. Las sombras de los árboles ya eran largas.

Iba cayendo de nuevo en el mundo de los sueños mirando el cabello blanco de su esposa, las flores rojas más allá de ese cabello blanco, y los árboles que ardían en verde, cuando llegó a su oído el canto de la voz aguda y penetrante de la niña. “Cucu, cucu, llegó la primavera. Cucu, cucu, caen las flores de cerezo...”

—Esa malvada, debo darle una buena lección.

La esposa seguía enfadada con la niña. El sueño llegaba pesadamente sobre sus párpados, y por encima de esos párpados el canto de la niña golpeaba con fuerza.

“Esta chica arranca todas las flores que están a su alcance y...” Murmuró la esposa como si le pidiera su consentimiento, y luego lo llamó:

—¿Estás dormido?

Apenas pudo abrir los pesados párpados. La miró.

—Para dormir bien en la noche, debes hacer ejercicios durante el día. En vez de tomar una copita de licor a la hora del almuerzo, sal otra vez a dar una vuelta después de comer.

Quizás ella tuviera razón. El estómago relajado ya no se movía por efecto de la copita de aguardiente que tomaba a la hora del almuerzo. La esposa no esperó respuesta y continuó. Su voz no era animada ni comprensible. Quizás no tuviera un tema para charlar; todo era para no oír la canción interminable que le llegaba al oído.

—Es muy raro. Estos días pienso mucho en los muertos. Como si estuvieran vivos todavía, recuerdo con toda claridad todas sus historias. Sin embargo, no recuerdo nada del tiempo que hemos vivido juntos. Me parece un sueño vago, no podemos recordar aunque lo intentemos. ¿Recuerdas cuando tenías cincuenta o cuarenta años? Yo no puedo recordar tu aspecto de aquellos años. Pienso que hemos vivido demasiado tiempo. Ahora me cuesta mucho trabajo cuidar el jardín. Dejo de arreglarlo un día, y entonces, crece la maleza. Estos días cada vez son peores.

La canción en notas agudas no la dejó seguir. Pero pronto reanudó su monólogo en voz más alta.

—Mi hijo me decía que dejara crecer todo. ¿Para qué diferenciar las flores de la maleza? Decía que era más bonito verlas crecer juntas.

Un rictus de sonrisa se dibujó en el rostro de él.

—¿Cómo eras en tus cincuenta? ¿En tus cuarenta? ¿En tus treinta? Yo no me acuerdo nada. A ver, dime.

La esposa le preguntaba insistente y con desesperación como si quisiera hipnotizarlo; pero, temiendo que pronto le respondiera continuaba. La voz de la esposa y el canto de la niña al otro lado del muro, parecían una competencia de instrumentos musicales desafinados.

—Cuando él tenía veinte años, era apuesto. Era nuestro orgullo. Fue el año en que ingresó a la universidad. Me acuerdo tan claro como si hubiera sido ayer. Siempre se quejaba de que sentía escozor en los pies.

Él ya no quería oír más a su esposa. Yongno siempre se quejaba del escozor en el pie. De niño se había enfermado en esa huida de la guerra, cuando lo llevaba cargando encima del bulto sobre su espalda. Jamás se pudo curar de esa enfermedad y hasta en las noches frías de invierno dormía metiendo los pies dentro de un costal de frijol, frío.

—¿Te acuerdas? Él tendría unos cinco años cuando fuimos a ver el ballet en el Teatro Municipal. Ese día, el niño perdió mi fino chal de seda que ni las japonesas tenían entonces. Es que después de la actuación, para ir al baño, se lo puse en los hombros. Pero él, no se dio cuenta dónde ni cómo se cayó. En algunas cuestiones era un poco tonto. Todos decían que el color violeta me iba muy bien. Tú sabes que es un color difícil de encontrar. Ese chal era en verdad tan precioso, que nunca pude tener otro igual.

¿Hasta cuándo iba a hablar de ese chal que se le había perdido? La conversación y el movimiento de sus manos cobraron velocidad. El recipiente de masa ya estaba vacío y el rincón de la sala estaba repleto de animalitos.

—Tenía apenas veinte años. ¿Qué podía saber a esa edad? Reventando los barrotes de su cara, pensaba que podía cambiar el mundo. Él se murió, pero nosotros seguimos vivos.

Un día de primavera, Yongno salió corriendo como una mariposa de papel. Su cabello estaba erizado, como si comprendiera su cólera. Ese cabello no había crecido todavía.

Los viejos no reflexionan porque tienen una vida que no requiere de reflexión.

El canto fuerte y agudo que hería los oídos, subía de volumen: “Cucu, cucu, llegó la primavera. Cucu, cucu, caen las flores de cerezos...”

—Es una niña muy mala.

La esposa, de repente, empezó a llorar.

—Todos los niños son iguales.

Era difícil hablar con la boca sin los dientes postizos, pero se esforzó por articular sílaba por sílaba.

—No, los niños muertos son especiales.

La esposa lloraba tapándose el rostro con las manos.

—Abuela, ¿qué hace?

La niña estaba delante de la esposa. Ya no tenía rastros de llanto.

—¡Vete, fuera!

Con ademanes violentos de las manos, echó a la niña.

—Abuela, ¿qué pasa? ¿Por qué llora?

—Jamás vuelvas a mi casa.

—Abuela, esto es un espejo para hacer el caleidoscopio. Mi mamá me lo dio. El que hice en la escuela me lo robaron.

La niña, como si no hubiera oído nada, plantada en el mismo lugar, abrió una cajita de cosmético, le mostró el espejo redondo. Ella, le contestó con acritud:

—No mientas. Esto es nuevo. No creo que te lo haya dado tu madre. Ella está en el salón de belleza. Si tocas sus cosméticos sin su permiso, te dará una paliza.

La niña dirigió una mirada terrible a la vieja y corrió hacia el jardín lleno de sol. Luego movió el espejo para todos lados, para enfocarla. La esposa, tapándose el rostro de la luz deslumbrante, agitaba la mano.

—¡Vete!

Pero, la niña seguía sonriente, jugando con el espejo.

—Aparta ese espejo, malcriada. Le contaré a tu madre.

—¡Cuéntele, cuéntele! Haga lo que quiera.

La niña, con el espejo en la mano y rebotando como pelota, iba de un lado a otro, deslumbrándola. La esposa, llena de miedo, subió a la sala. La luz reflejada por el espejo pasó rápido sobre los animales blancos que se endurecían y se pegó a la cara de la esposa. Se veía nítido el rostro, lleno de arrugas, cual si fuera un papel plateado apachurrado.

—¡Oye, oye, apártate. No hagas eso! Suplicó llorando la esposa; pero la niña, feliz de provocarle miedo a la esposa, soltó una carcajada como un pequeño diablo y siguió deslumbrándola. La esposa, escapando de la luz, entraba poco a poco a la habitación adonde él reposaba.

La luz iluminaba sin cesar el pequeño rostro lloroso de la esposa, los ojos de él y su boca chata. Quizás era un reflejo de la luz del espejo enterrado en lo profundo de la tierra. La niña no soltará el espejo hasta encontrar otro juego más interesante. Quizás hasta que desaparezcan completamente los rayos solares, hasta que llegue la noche, cuando regrese su madre cansada. Pero, ¿habrá otro juego más interesante que éste que arrincon a una vieja en un terror absoluto?

El jardín está ya bajo la sombra y la flor empezó a cerrarse por la oscuridad que llega desde el suelo. Sin embargo, ¡cuán largo y hondo será el transcurso invisible del tiempo, para que ese aliento de la flor abierta llegue al fondo del silencio y la profundidad!

Él pensó que debía decir algo agradable a su esposa ahogada en llanto. Lo que necesitaba su esposa eran algunas palabras amables. Abrió la boca con vergüenza y miedo infantiles; pero la esposa no entendió las palabras incomprensibles que salían de su boca. Como si oyera el testamento, acercó el oído a su boca y le repreguntó angustiada. “¿Qué? ¿Qué dijiste? ¿Me preguntas quién llegó?”

Con el cabello negro como la noche, él estaba tendido con la boca medio abierta y los labios caídos guardando un silencio absoluto.

La luz del espejo transitó rápidamente por el techo, la pared, y finalmente se detuvo en el vaso de vidrio. En medio del silencio reinante, y la relativa oscuridad del ambiente, brillaron los dientes postizos en el agua. Se hacían presentes, como si quisieran decir algo.

(1982)

LA LLUVIA NOCTURNA

Mincha, sentada en la silla detrás del mostrador, observaba la calle al atardecer. Aunque la tarde primaveral era corta, todavía no oscurecía; sin embargo, todo estaba oscuro por la lluvia. En otras palabras, había algo claro en la noche blanca. Los edificios bajos, como la terminal de autobuses urbanos, la gasolinera, el hotel al otro lado de la calle, yacían bajo la oscuridad. El ruido gris absorbía y borraba a intervalos el sonido del contacto de las llantas de los carros sobre la calle asfaltada y mojada por la lluvia.

Cuando el semáforo frente a la terminal cambió a “pase”, un hombre, que cruzaba la calle confundido entre otros transeúntes, se dirigió al teléfono público que estaba frente a la puerta de la farmacia. Vestía una chaqueta blanca. Luego, un soldado que había cruzado la calle un paso más atrás que él, abrió la puerta de la farmacia y entró. Su gorro militar de visera corta le tapaba hasta las cejas, y apenas entrando, casi arrojó su maletín al piso. Éste parecía pesado.

—Tengo gripe. Deme una buena medicina. Muy fuerte. Hace cuatro días que estoy con esta gripe.

—¿Cuáles son sus síntomas?

—Es como cualquier gripe. Tengo tos, me duelen los brazos y los pies y, lo peor de todo, tengo un insoportable dolor de cabeza. Esta gripe es terrible.

Mientras hablaba tosía constantemente.

—Es que estamos en la época del cambio de estación. A ver, espere un momento.

Mincha entró al dispensario separado de la farmacia con un *triploy*. Sacó antibióticos, desinflamantes, antihistamínicos y digestivos, y empezó a molerlos. De repente, Mincha alzó los ojos; vio al hombre de chaqueta blanca a través del vidrio, y sintió su clamor sin sonido casi colgado del teléfono público. Parecía un pez de oro dentro de un acuario. Entonces recordó haberlo visto algunas veces frente al telé-

fono público. Sobre la cabina había un aviso: “Se cambian monedas en la farmacia”, y por esa indicación amable, el joven había entrado. Vestía de saco blanco y pantalones negros bien planchados. Su vestimenta era muy elegante, pero su cabello era corto; y por ese singular contraste se le grabó su imagen en la mente.

Antes de salir del dispensario, Mincha, como de costumbre, revisó la perilla del gabinete. Estaba bien cerrado, sin ninguna abertura.

De la terminal llegaba la señal grave y larga que avisaba de la salida del autobús. El soldado que, de espalda a la puerta, se echaba una porción de medicina a la boca, tomó su maletín, apresurado.

—Es el autobús para Seúl.

Mincha miró el reloj de pared y liberó amablemente al soldado de la preocupación. El autobús para la zona de la frontera, al que seguro iba a subir, salía en 20 minutos.

—¿De regreso a su campamento? —le preguntó Mincha con una sonrisa algo forzada. El hombre que hablaba por teléfono, estaba en el cruce mirando el semáforo que acababa de cambiar a rojo.

—Me toca el cambio de campamento. A medianoche llegaré al nuevo. Esta madrugada salí de Pusan y hasta ahora no he descansado.

El hombre de chaqueta blanca cruzaba la calle. El semáforo estaba en verde.

—¿Qué? ¿Qué dice? —preguntó asustada Mincha, que había perdido el hilo de la conversación.

—Viajar todo el día es sufrir un cansancio terrible y un aburrimiento sin remedio. Además, el ejército es un lugar donde no pasa nada interesante aparte de contar las comidas que a uno le faltan.

—Debe ser.

Mincha no se imaginaba un viaje de un día entero, pero le siguió la corriente moviendo ampliamente la cabeza. El soldado parecía estar contento de haber conseguido despertar el interés de Mincha. Recobrando el ánimo, agregó con seriedad:

—Pero, ¿qué hacer? El ejército es un tren y uno ya está en él. Aunque uno no mueva ni un dedo, el tren corre y corre. Saltar de un tren en marcha es suicidarse. Aun sabiendo eso muy bien, hay amigos que cometen errores. Y en estos días, más.

Posiblemente había viajado tomando licor en el tren y en el autobús, porque cuando hablaba olía a licor. Sus ojos estaban enrojecidos, aunque su cara era blanca.

Miró el reloj de pared y su reloj de pulsera y, después de confirmar que todavía había tiempo suficiente, se sentó en la larga banca cubierta de vinil para los visitantes. Dijo que se había cansado de viajar todo el día, pero sus botas militares estaban limpias y relucientes. ¿Qué la conmovió? ¿Por qué se dejó convencer tan fácilmente de las quejas de ese soldado, que había repetido como si las escupiera? Mincha, sin necesidad, caminaba, abría la puerta de vidrio de la caja de medicamentos, simulaba colocar en orden las cosas que estaban ya en su lugar y limpiaba con el dedo el polvo del teléfono. En medio del silencio, el ruido de la calle llegaba más nítido.

El soldado, después de una tos prolongada, escupió la flema al piso, la pisoteó con su bota y dijo:

—En fin, la primavera llega pronto.

—Así es. Para algunos la primavera es una estación difícil de aguantar.

De nuevo, Mincha le contestó con sonrisa forzada, cansada e indiferente. Él se estrujaba las manos y empezó a tronarse los dedos. A cada rato se escuchaba *trac, trac*. Empezó con el índice y terminó con el meñique, uno por uno, y después todos casi al mismo tiempo. Algunas veces alzaba la mirada para ver a Mincha. Entonces, ella veía la cabeza oscura de pelo muy corto, con las orejas bajo la gorra. Eso le causó algo de tristeza y se compadeció de él hasta estar dispuesta a soportar sin enojo cualquier descortesía.

Para Mincha no era nada extraño ver a un muchacho como él. En un solo día muchos autobuses llegaban y salían de la terminal trayendo y llevando soldados al campamento. Esos jóvenes, que pasaban tanto tiempo en el campamento militar, sin excepción eran presos de su edad y desesperación juvenil. Sus deseos, impaciencia y locuras incontrolables, podían convertirse de un momento a otro en una pasión ciega: parecían seres fuera de la realidad porque todos estaban siempre borrachos.

El soldado se levantó colgando su maletín en el hombro. La oscuridad bajaba por la calle una octava más cada vez, la lluvia seguía cayendo y las luces multicolores de los avisos luminosos brotaban en varios lugares como en un estado de embriaguez. El soldado se mar-

charía acompañado de su corazón mozo y distraído por el licor hasta su destino, pasando ese rudo camino montañoso bajo la lluvia fría. La embriaguez y la lluvia nocturna no sólo aliviarían al soldado, sino también a Mincha. Cerrando temprano la farmacia habría tiempo de ir al cine, o si no, podría dar un paseo por las calles nocturnas y lluviosas. El hombre que había cruzado la calle, estaba en las escaleras sin techo que llevaban al edificio de la terminal. Con la esperanza de ver la última función, Mincha se fijó en la parte baja del periódico que traía la cartelera del cine. Desde hacía siete años que había abierto la farmacia no recordaba haberla cerrado antes de la hora.

Mientras ella estaba sentada detrás del mostrador mirando hacia afuera o preparando los remedios para el largo viaje, al otro lado de la puerta de vidrio cambiaban las estaciones como cuadros de diferentes paisajes, y la luna y el sol salían intercalándose. Más que todo, preparaba los remedios contra el mareo, mezclando cafeína, excipiente y dipenhidramina hidroclicó; y el remedio contra la indigestión, mezclando diastásico y harina de genciana. Los dos domingos de descanso mensuales, según el acuerdo de la Asociación de Farmacéuticos, tampoco eran especiales. Dedicaba ese tiempo para lavar la ropa, limpiar la casa, tomar la siesta, y por el atardecer, salía a pasear al lago ubicado en la entrada de la pequeña ciudad, un paseo cargado del cansancio mental y corporal. Si el lago no estaba congelado, la gente paseaba en botes. Cuando hacía viento, las hojas de los álamos del bosque de la orilla del lago bailaban enseñando sus dos rostros: blanco y verde.

Mincha se sentó en la silla masajeándose las sienes. No habría más clientes hasta que llegara otro autobús. La situación de que ya terminara el día, le produjo cansancio y cierto alivio inexplicable. Mincha abrió la pequeña refrigeradora, sacó un refresco y lo bebió con una vitamina. El paso del líquido frío y dulce por la garganta le propinó cierta satisfacción. Ahora, recobrada la fuerza, miraba con más atención a la gente casi pegada a la puerta de vidrio de la sala de espera de la terminal. Casi sintió una rara alegría al imaginarse inerte, bajo la fría luz, como una muñeca dentro de una caja de cristal. Aunque entraran con tanta frecuencia a su farmacia a comprar medicinas, ¿qué podían saber de ella, que no les recordaría, excepto que era una

farmacéutica oscilando entre los treinta y los cuarenta años, de rostro sombrío dentro de una bata blanca?

La pequeña puerta entre la farmacia y la casa se abrió y salió Chumyong. Su rostro estaba algo hinchado. Era lógico; había pasado todo el día leyendo el periódico, durmiendo y despertándose sin recoger la cama.

—¿Sigue lloviendo?

Chumyong, bostezando sin ganas, miró afuera. El hombre de saco blanco todavía seguía en la escalera. Parecía que no apartaba la mirada desde ese lado. No había otro lugar mejor que ése para observar el interior de la farmacia. Mincha pensó que en una noche como ésta un traje tan elegante como el de un príncipe, parecía más bien triste y solitario.

—Llueve sin parar. Contestó sin apartar los ojos de ese hombre.

—¡Qué lluvia tan odiosa!

Bostezó y estiró ampliamente los brazos. Abrió tanto la boca que se le vio hasta la campanilla.

—Pero, gracias a la lluvia pudiste descansar un día.

A pesar de que ya era primavera, llovía largamente. Chumyong era profesor de geografía en el colegio, y el domingo iba a ir a la montaña con sus estudiantes para hacer limpieza, como parte de la campaña de protección a la naturaleza. El periódico local había criticado a la gente que, apenas se había descongelado la nevada de las montañas, inmediatamente había comenzado a ensuciarlas.

Chumyong bostezó otra vez y se limpió las lágrimas que le salían de tanto bostezo. Siempre se quejaba de lo poco que dormía. Cuando ella cerraba la puerta de la farmacia y entraba a su casa, lo encontraba dormido con la televisión encendida. ¿Desde qué hora dormía? No se podía saber.

—Has retirado muy temprano la estufa. Hace frío.

Abotonándose el suéter flojo, Chumyong se encogió de hombros.

—Es que acabas de salir de la habitación. Yo sí puedo aguantar.

Chumyong sacó el agua oxigenada del estante y la virtió sobre el algodón. Luego, con éste bien empapado, empezó a limpiar ambas caras de sus dientes. Arqueando la espalda, los observaba en un pequeño espejo y los limpiaba minuciosamente. El aspecto ridículo de un hombre de mediana edad con calvicie avanzada, causaba risa a

Mincha. Él estaba segurísimo de que la nicotina pegada en los dientes podía desaparecer con el poder decolorante del agua oxigenada, porque para él los dientes eran como la porcelana blanca.

—¿Qué hace Sukyong? —preguntó él abriendo y cerrando la caja del dinero sin necesidad. El sentimiento de culpa de que lo estaba observando desde atrás sin que él lo supiera, lo había llevado a hacer ese movimiento.

—Parece que está haciendo la tarea, —contestó ella después de enjuagarse la boca y hacer gárgaras con el agua.

—¿Por qué hoy no cierras la puerta más temprano ya que está lloviendo? ¿No estás cansada?

Su mano abrió la bata blanca, llegó hasta el pecho y lo apretó con fuerza. Era tan fuerte la presión que casi la hizo gritar.

—¡Ya voy!

Mincha lo esquivó y se dirigió a la puertita que daba a la casa. Él se sentó en la silla y cogió el periódico. Su rostro, sin expresión especial, parecía decir que no había pasado nada o que simplemente lo había hecho por hacer.

Mincha preparó un vaso de leche fría y entró a la habitación. Sukyong, que dormitaba delante de la mesa, se despertó asustada, se sentó y dirigió a Mincha una mirada llena de sueño y sin propósito.

—¿Terminaste la tarea?

Mincha tomó el cuaderno que Sukyong escondía apresuradamente. En el cuaderno había muchas caras de niñas. Unas con dos trenzas, otras con pelo corto, y otras con pelo rizado. Todas eran de ojos redondos y azules como de un mundo de ensueño y tenían en la cabeza una cinta con un adorno en forma de mariposa como si fueran a volar. La niña, metida todo el día en la habitación oscura donde no llegaba el sol porque el edificio de la Casa de Empeño ocultaba la ventana, cortaba muñecas de papel con las tijeras. La habitación estaba apenas iluminada. Los ojos de la niña, al encontrarse con los de Mincha, mostraron por un instante, enemistad y extrañeza, que pronto se tornaron en miedo.

—¿Qué es esto? El cuaderno lleno de dibujos inútiles...

Mincha le golpeó la cabeza con el cuaderno. Sabía muy bien que ese tipo de castigo corporal no la haría reflexionar. Sabía que ella le infundiría un temor animal y humillación. Sin embargo, repitió los

golpes: dos, tres. La niña se agarró la cabeza con las manos y se puso a llorar.

—Pronto terminarás y dormirás.

Después de otra amenaza, salió Mincha. La semilla del descontento y la enemistad en el corazón de la niña, alimentados por la violencia y la terquedad, crecían secretamente. Sabiendo todo, Mincha alzaba con frecuencia la mano, por cualquier cosa, y después se sentía miserable, y ese sentimiento la ponía melancólica.

La niña, desconcentrada y sin interés en los estudios, no terminó la tarea y dormía acurrucada en la mesa, como de costumbre. Por la boca medio abierta se derramaba su saliva, y esa saliva manchaba a las niñas felices del cuaderno, que no tenían que preocuparse por la tarea ni recibir golpes. Era terrible imaginar el mundo de una niña de once años que vivía la realidad con la vaga imaginación de que allá en algún lugar lejano existía una tierra feliz y de ensueño.

—Todo se marchitó.

Rociando agua a la cajita de vidrio encima del mostrador donde había una planta, Chumyong le habló en tono de regaño:

—Parece que no le va bien la temperatura de aquí adentro.

Mincha se acordó de que la vez pasada se había muerto la camelia blanca que tanto cuidaba Chumyong. En aquella ocasión ella había echado la culpa al gas de la estufa de petróleo.

—No es difícil echarle agua de vez en cuando, pero... tú la miras todo el día y no te das cuenta de que está marchita...

Los dientes lavados con agua oxigenada un momento antes, aparecían blancos mientras hablaba. En vez de darle la sensación de algo limpio, a ella le parecía que brillaban sólidamente como un simple mineral.

Como decía él, Mincha veía todas las mañanas esa planta que vivía en la oscuridad. Dentro del recipiente de vidrio crecían las frágiles y suaves ramas verdes, con gotitas de agua en el interior, prueba de la desesperada respiración de las pequeñas hojas verduscas durante toda la noche. En realidad, esa plantita no requería un cuidado especial o mucho trabajo.

—Es que lo olvidé, —le contestó indiferentemente, y volteó la cabeza.

Llovía más fuerte. Parecía que hacía viento porque la puerta se abrió y se cerró un par de veces.

—Aquí todo se muere. Es que como todo está impregnado de olor a desinfectante... tendré que llevarla adentro.

Mincha giró el cuerpo y lo miró fijamente.

—No, todavía hace frío. Es que esta planta es muy sensible a la temperatura. Se apresuró a dar cualquier justificación y esquivó la mirada.

Mincha llenó con agua fría el vaso que había usado Chumyong. Aunque no había quedado agua oxigenada, lo enjuagó varias veces y arrojó el agua al piso. Luego sirvió más agua fría y limpia, y la bebió lentamente, sorbo a sorbo, esperando que el agua aclarara su mente y la salvara del aburrimiento que sentía desde que le pegó a la niña. No, quizás sentía ese aburrimiento desde hacía tanto tiempo antes que ya no podía recordarlo; cuanto más transcurría el tiempo, tanto más se ahondaba y profundizaba, y quizás estaría gozando como una especie de anhelo invisible. Sin ninguna esperanza miró el espejo. Allí, apareció una mujer despreocupada de su aspecto personal y de su vestimenta. Mirándola, bebió el último sorbo haciendo una mueca, como si pasara un trago de licor ardiente.

Chumyong tiró el resto del agua del lavabo y cerró la puerta de la cajita de vidrio.

Una colegiala con un hombro caído por el peso de la mochila escolar entró a la farmacia. No vestía uniforme. Los colegiales que llegaban a esa hora, generalmente, buscaban medicina para el dolor de cabeza o algún estimulante. Luego se dirigían a la sala de estudios de la callejuela, detrás de la farmacia, para estudiar trasnochando. Cerca de la hora del toque de queda los chicos y las chicas salían a comprar fideo instantáneo o leche, pasando por la calle donde había hoteluchos y tabernas. Muy temprano, cuando abría la farmacia, esos estudiantes salían caminando con los rostros pálidos, por esa calle mugrienta y húmeda, junto a los hombres que habían pasado la noche en los prostíbulos.

Esta vez, la que llenó el vacío que acababa de dejar la estudiante, era una chica de trenzas. No tendría paraguas, porque llevaba el cabello y los hombros empapados.

—¿Qué deseas? —le preguntó Mincha. La mirada vacilante e inestable se dirigía a cada rato a Chumyong.

—Cierra pronto. No dormiré hasta que entres. La puerta de afuera la cerraré yo.

Chumyong hizo el simulacro de poner su mano en la cintura de Mincha y entró.

—Es que... es que... no me baja la menstruación. Ya pasaron muchos días y hasta ahora nada...

La chica, que casi no se atrevía a abrir la boca, le habló con muchas pausas. Mincha se acordó de ella. Hacía diez días o una semana esta chica pecosa había comprado medicinas contra la irregularidad de la menstruación.

—Bueno, te daré la medicina que facilita la menstruación.

—La tomé la vez pasada, pero no dio resultado, —la miró suplicante y con lágrimas en los ojos, pero Mincha la miró con frialdad.

—Algo más fuerte, por favor.

Sus manos, más endurecidas y de nudos más gruesos que las propias de su edad, se prendieron tensas de la esquina del mostrador. Estaba desesperada. Mincha reparó indiferente, en ese rostro demacrado y sin brillo por las preocupaciones.

—No, no puedo. Si no te hizo efecto esa medicina de la vez pasada, debes ir al hospital. Si es una simple irregularidad de la menstruación, tal como me dices, toma esa misma medicina en dosis mayor. Con una simple medicina contra la irregularidad de la menstruación no puedes eliminar esa cosa que tienes en tu vientre. Debes ir al hospital.

Mincha, silenciosamente, dijo eso a aquellos ojos abiertos que mostraban miedo y vaciedad.

La chica, desilusionada, abrió la puerta y salió. No pareció percibir el semáforo en rojo porque cruzó la calle contra la señal. Los vehículos le pitaron, pero la niña, como si no oyera nada, caminó lentamente. Quizás Mincha podía haberla salvado de ese abismo sin problemas. Podía lanzarse al ferrocarril cuando el tren estuviera en marcha o arrojarle al río; pero, ¿qué tengo yo que ver con su problema? Las jóvenes de hoy no se suicidan por esas cosas. Mincha negaba con la cabeza, como si quisiera ahuyentar esa imagen de su mente, pero sus ojos la siguieron hasta que desapareció de su vista.

Parecía que acababa de llegar un autobús. La multitud llenó la sala de espera y luego salió. Algunos abrieron sus paraguas; otros corrie-

ron hacia los taxis que estaban esperando con la luz roja de “libre”. Por el gentío que casi había tapado la puerta, no veía al hombre de chaqueta blanca. Pero, después de un rato, apareció su figura: solo en la sala de espera casi vacía.

Metió monedas a la máquina de té, y tomando el té caliente, miraba hacia donde estaba Mincha. Ella cogió el trapeador de mango largo y limpió la mancha de agua en el piso. El trapo empapado con agua y cloro en cantidad excesiva, impregnaba la farmacia de olor a desinfectante.

Mientras Mincha preparaba remedios o los metía en sobres, los clientes sacudían la ceniza de sus cigarrillos o escupían o estampaban la mancha de sus zapatos enlodados en el piso recién trapeado. Mincha tenía que trapear varias veces en un solo día. Sin embargo, esa limpieza de trapo con agua y cloro tenía mucha relación con su deseo de limpiarse de cierta podredumbre que olía algunas veces en su propia vida. A pesar de eso, Mincha, en general, aceptaba sus quehaceres rutinarios sin mayor sufrimiento: vender a los pasajeros de la terminal medicamentos contra mareo, gripe, indigestión, o pomada para el cutis, o para dormir en la noche y despertar en la mañana...

Mincha dejó el trapeador en su sitio y escribió en la puerta de vidrio empañada de vapor: *primavera, flor, mariposa, primavera, flor, mariposa...* Ella sabía que ya no tenía nada que esperar, y sabía que ya no estaba en la edad de ese niño protagonista de un cuento infantil. El niño, esperando con ilusión la primavera, escribía letras en la fría ventana llena de escarcha invernal, letras que con la mano se podían borrar. Sin embargo, con algo de añoranza que llenaba su corazón, Mincha escribía, y luego borraba con el aliento, de nuevo escribía y de nuevo borraba. Primavera, flor, mariposa. El recuerdo de ese niño que esperaba los días venideros con emoción, que un día de tantos pasados entró y se grabó en el fondo de su memoria, y quedó congelado desde ese momento; ahora, después de tantos años, se descongelaba y estaba fluyendo como agua cristalina. En fin, pronto será primavera. Cierito. Como dijo ese soldado, pronto será primavera. Pero allí la primavera no significaba ramas de flores amarillas de *kenari**

* Kenari: “Campanilla de oro”, planta cuya pequeña flor es amarilla y florece en el inicio de la primavera.

en el *chigue** de un anciano. Ahí, la primavera era el viento amarillo procedente de las arenas del continente.** Por el viento amarillo las montañas que rodeaban la ciudad se veían más lejanas y a veces ese viento formaba torbellinos violentos. Los pasajeros del autobús, al llegar a la terminal, vomitaban sin fin, rendidos por ese ambiente primaveral. Por esta razón, en primavera, los alrededores de la terminal se llenaban de vómitos.

El hombre, después de tomar el té, estrujó el vaso de papel, lo botó al basurero y bajó la escalera. Y esta vez, el semáforo lo favoreció: cruzó la calle sin necesidad de esperar. Sabiendo que él venía a utilizar el teléfono público, Mincha se retiró de la puerta un poco tensa.

Acercaba la boca al receptor del teléfono y después hablaba y hablaba. Agitaba la mano con desesperación: "Por favor, escúcheme. Debo verla. No me importa hasta cuándo, yo esperaré". Los gritos desesperados del hombre, al otro lado de la puerta de vidrio, parecían llegar al oído de Mincha con toda claridad.

Parecía que la llamada no iba a terminar pronto. Cuando terminaba, sacaba apresuradamente las monedas de su bolsillo y marcaba el número de nuevo. ¿Querría irse a un lugar lejanísimo con la mujer? El último autobús ya había salido. Cuando se marcharan los que venían a recibir a los pasajeros del último autobús, la sala de espera quedaría vacía y sin luz.

Era un día de muy poca clientela. Mincha miró el reloj de pared y decidió cerrar la puerta: no tenía por qué esperar hasta las altas horas cuando las chicas del bar salían a comprar remedios para sus clientes, ocultando la enagua interior con el suéter, y en chancletas. Para terminar su jornada diaria tenía que abrir la caja del teléfono público para sacar las monedas y esparcir por la calle sin transeúntes todas las palabras encerradas allí, palabras de secreto, compromiso, amor, saludos... sacar la cuenta del día, abrir el gabinete para examinar el pequeño cajón de sustancias venenosas y, por último, cerrar la puerta. Sin embargo, Mincha siguió sentada escribiendo en el recetario algunas palabras sin sentido: *llueve, llovió, lloverá*. La llamada era larga. La

* Chigue: equipo para cargar madera.

** Viento primaveral que sopla de oeste a este llevando la arena fina y amarilla del desierto de Gobi (China). Este polvo fino cubre la Península Coreana y es nocivo para los ojos.

mano que se movía persuasiva, cayó derrotada y, ya sin palabras, el hombre quedó ahí parado, como una estatua, con el receptor en la mano.

Cuando Mincha abrió la caja del teléfono y sacaba las monedas, encontraba papelitos con números telefónicos; al lado, también había papeles olvidados con números de teléfono, escritos por gente de mala memoria o de carácter muy vehemente. Cuando los veía, Mincha sentía irresistibles ganas de marcar esos números. Algunas veces, de verdad lo hizo, y colgó el teléfono, asustada por el sonido profundo que parecía llegar desde el otro rincón del mundo.

El hombre, después de estar parado frente a la cabina del teléfono miró hacia adentro y entró.

—¿Puede... prestarme... su teléfono, por favor?

Hablaba con inseguridad. Entonces lo pudo observar de cerca. Apenas lo vio, Mincha se asustó como si unas gotas de agua fría cayeran sobre su cuello. Ese susto era sorpresivo. Aunque él hubiera tenido un arma, ella no se habría asustado tanto como en ese momento.

—Ah, bueno, sí.

Mincha, ocultando el susto desde el fondo de su corazón, le acercó el teléfono con toda naturalidad. Él secó con la mano las gotas de lluvia de su cara y marcó el número telefónico. El sonido de “ocupado” llegó hasta el oído de Mincha. Colgó el teléfono y suspiró. El cabello corto y mojado por la lluvia estaba alborotado y el rostro negrusco morado por el frío. El saco blanco estaba empapado.

—Parece que está ocupado el teléfono. Tome asiento y, dentro de un rato, llame de nuevo.

El hombre se sentó en la larga banca obedeciendo el consejo de Mincha.

—¿Está dañado el teléfono público? A veces se traga las monedas. Quizás se debe a los usuarios. Es que algunos no lo tratan con cuidado. Parece mentira, pero este aparatito es muy sensible.

—Parece que... dejó descolgado... el teléfono, —contestó vacilante. Por el esfuerzo que hizo por sonreír, torció el rostro.

—¿Llueve mucho? Su ropa está mojada.

Él no le contestó. Ella lo observó detenidamente. Si no fuera por el cabello corto, su aspecto sería común y corriente, el de un joven de

su edad, que se podía encontrar en cualquier lugar. Su rostro anguloso parecía bueno y sensible. Sus manos grandes y morenas descansaban sobre la pierna, lo cual parecía un poco raro.

—¡Deme veneno para ratas! —exigió, irritado un hombre gordo y en ropa de dormir.

—No tengo veneno para ratas.

—Oiga, no es para suicidarme. Por la lluvia, todas las ratas han invadido mi casa y están en plena fiesta. No nos dejan dormir.

Mincha repitió de nuevo “no tengo veneno para ratas”, al hombre enfadado que había venido directamente de su cama.

Era mentira. Lo tenía en el gabinete. Sin embargo, Mincha se lo negaba a esa gente que venía a comprar veneno, que en su mayoría se quejaba de ratas. No era tanto por el esfuerzo de registrar la dirección, el nombre del comprador, el número del registro de ciudadanía y el sello; sino por temor. En el gabinete había una cajita de sustancias venenosas: veneno para las ratas, cianuro, ácido arsénico, morfina, etc. Todas estaban bien ordenadas y separadas. La llave estaba en un lugar seguro. Sabía que jamás debía echar una de esas sustancias en los remedios que preparaba para la gente; sin embargo, cada vez que preparaba un remedio, sufría por el temor de que una mano misteriosa abriera esa cajita, sacara una pequeña cantidad y la echara al remedio. Por esta razón, varias veces al día, cuando no había nadie en la farmacia, abría el gabinete y sacaba la cajita para constatar que todo el contenido estaba en su lugar. Luego, comprobaba el lugar donde dejaba la llave para ver si alguna mano la había tocado o no. Pero, ¿quién podía tocarla? Mincha se rió de sí misma. Claro, ¿quién? Ella no dejaba entrar al dispensario ni a su esposo ni a su hija.

—¿Está esperando a alguien?

El último autobús había llegado. La gente salía de la sala de espera. Mincha observaba a la gente y el hombre también hacía lo mismo. Ante la pregunta de Mincha, el hombre volvió la cabeza hacia ella y se levantó de la banca.

—Puede quedarse otro rato. Trabajo hasta la hora del toque de queda.

Ya no había autobús para esperar. Sin embargo, Mincha le habló amablemente. El hombre se sentó casi desmoronándose, doblando las rodillas sin fuerza. Parecía un muñeco de trapo. Su rostro decía

que se había olvidado del motivo de su presencia en ese lugar: pedir el teléfono.

Del taller mecánico de la terminal salían ruidos estruendosos de golpes de herramientas contra el metal. Estaban revisando los autobuses que habrían de salir en la madrugada. Él se asustó por esos ruidos, pero para ocultar su miedo se frotaba las manos y echaba miradas a la farmacia.

—Tiene una planta dentro de la jarra de vidrio.

No podía aguantar el silencio. El hombre se sentía obligado a decir algo. Sus ojos estaban dirigidos a la planta dentro del recipiente de vidrio.

—Bueno, yo no la cuido. Es que siempre se me olvida darle agua. Mi esposo es el que la cuida. A mí no me gusta. La planta, como está dentro de un recipiente pequeño, apenas tiene el color verdusco y respira con dificultad. ¿No le parece así?

Llegaba el último tren. Eran cerca de las once de la noche. El hombre se asustó y temblaron sus hombros por el ruido que estremecía hasta la puerta de vidrio de la farmacia.

—Es el tren que llega. La estación está cerca. ¿No sabía que detrás de la terminal está el ferrocarril? Yo lo oigo a cada hora. Y cada vez que lo oigo, pienso en algún terremoto o maremoto. Si de verdad nos toca un terremoto o un maremoto, esta ciudad se hundirá bajo la tierra. Entonces sólo quedarán leyendas sobre esta ciudad perdida. Y si después de muchos años construyeran aquí otra ciudad encima, tal como construimos las casas sobre las tumbas, y si algún día un joven que creyera en leyendas excavara nuestra ciudad, ¿qué se imaginará él al vernos fosilizados?

Mincha soltó una carcajada, que a ella también le sonó muy espontánea e inesperada. Después de la risa llegó el silencio acompañado de la irresistible vacuidad.

—¿Conoce ... a Kumi,... mi Kumi?

La pregunta vacilante salió de su boca con mucho esfuerzo como si tuviera una espina en la garganta. Era una pregunta formulada después de una larga reflexión y después de haber estado guardada en el fondo de su corazón desde hacía mucho tiempo.

—¿Es una que vive cerca de aquí?

—Quizás, quizás ... podría ser.

—Kumi, Kumi...

Mincha repitió el nombre, pero negó con la cabeza.

—No, no la conozco. Es que la gente no permanece por mucho tiempo aquí. Todo el día veo irse a tanta gente.

Con la cabeza agachada, el hombre raspaba el piso de cemento con los zapatos. Cada raspadura sonaba ¡tsiic! ¡tsiic! Ese sonido agudo disgustó a Mincha, que frunció el seño.

—Ella era la empleada de la única cafetería del pueblo. Era muy bonita. Algunas veces, sentado en un rincón de la cafetería, pasaba todo el día mirándola.

Una alegría irresistible apareció levemente en su rostro.

—¿Ella también se interesó por usted?

—Ella era buena con todos. Pero a mí me decía: “No vengas. Olvídate de mí y estudia mucho para que tengas éxito”. Es que tenía el plan de presentarme al examen para ser un alto funcionario público.

—Eso quiere decir que no lo quería, —le comentó Mincha amablemente. El amor puro y pueril de un joven del pueblo la hizo sonreír.

—A mí me tocó estar en la fuerza de avanzada. Cuando estaba en la trinchera, siempre la recordaba y me parecía que ella estaba de verdad a mi lado.

—He oído que los marineros que pasan la mayoría de sus días en alta mar duermen con muñecas de plástico del tamaño de una mujer.

—Ésa es una cosa sucia. Yo no toqué ni un dedo de Kumi. Por lo menos, hasta que se propagó ese rumor de que entre ella y su hermanastro había algo.

El hombre gritó agudamente, nuevo lamento y nueva ira.

—¿Y ella continúa por aquí?

Mincha quiso escarbar más. Sintió que el calor y la añoranza incomprensibles del hombre atizaban el fuego casi apagado y guardado en el fondo de su corazón. Pero el hombre no oía otras voces.

—Kumi, desde muy niña, era muy amable y simpática con todos. Nunca pude imaginarme que una chica como ella se hubiera envilecido tanto. Un día, delante de mí, se comprometió con un hombre para la noche. En ese instante la mano de ese hombre estaba metida debajo de la falda de ella.

—Kumi ya está muerta, —le dijo Mincha tajantemente. En su interior, reconoció su imprudencia de haber provocado esa historia, guardada durante siete años. Pero un ímpetu irresistible la hacía hablar.

—Ella debió de haber muerto hace tiempo. Sería mejor que estuviera muerta, porque viva, apenas la localizo, desaparece inmediatamente.

Mincha estaba impaciente, esa historia era aburrida y además ella debía contar su versión. Se rascó la pierna hasta sangrarse, jugaba constantemente con el bolígrafo, se levantaba y se peinaba con la mano el cabello suelto.

—¿Usted también cree que yo soy la culpable de la muerte? —preguntó tartamudeando. Y se quedó esperando la respuesta: “No, usted no es la culpable de su muerte”.

—¿Usted cree que a propósito no busqué a Kumi? ¿Cree que después de haber violado a la hermanastra la habría abandonado? —Era una protesta enfática.

—Fue un pequeño incidente. En ese pequeño pueblo un rumorcito se propagaba muy rápido. Una tarde la gente llegó a la farmacia. Venía cargando a la muchacha muerta. Tres días antes ella había comprado el medicamento. ¿Usted también cree que ella murió después de tomar la medicina que yo le había preparado?

—Es que ella tenía miedo de los chismes. Después de ese suceso, Kumi decía siempre que se mataría. Pero, en vez de suicidarse, consiguió el trabajo en la cafetería y se fue de la casa. Como era bonita, no tuvo dificultades para conseguir trabajo.

—La gente no cambió de opinión aun sabiendo ya que el organismo de la chica era muy singular y, además, en ese momento ella estaba embarazada. Creían que yo echaba arsénico u otro veneno al medicamento que preparaba. Hasta circulaba el rumor de que mi mano tenía algo de veneno y que todo lo que tocaba, moría.

Mincha rió. Aunque su risa pareciera diabólica, no dejó de reír. Él estaba temblando notablemente; sus ojos grandes miraban al vacío. Mincha continuó mirándolo cruelmente:

—Tuvimos que salir de ese pueblo. ¿Se imagina mi temor?, todo el mundo me miraba acusadoramente, aunque no cargaran piedras en sus manos. Después de ese incidente oía mi propia voz como si fuera el eco vivo de otra persona. Aquí vivo tranquila, nadie me conoce.

Todos salen, todos llegan, todo sucede rápidamente y todo se olvida también rápidamente.

¿Sería verdad? Alrededor de una terminal siempre hay problemas. Aunque viviera en la oscuridad protegida por la puerta de vidrio, como la planta que crecía en la oscuridad húmeda, Mincha no podía ser insensible a los problemas de afuera. Vivía pegada a la puerta de vidrio como si buscara algo, miraba a la gente, pálida como el papel, bajo el sol, que caminaba en silencio. Y cuando estaba sola, lloraba algunas veces. No era raro verla salir del dispensario con los ojos enrojecidos e hinchados.

—Un paisano me dio el número telefónico de Kumi. Me dijo que la había visto y que estaba enferma. Ese paisano es mi amigo. Hemos crecido juntos. Ayer, para ver a Kumi, pedí permiso y salí del campamento. Además, conseguí esta ropa nueva. —Mirando su ropa, se sonrió. Su sonrisa era forzada.

—Y, ¿pudo ver a Kumi?

—Ayer por la tarde, al bajar del autobús en esta terminal, estaba convencido de que Kumi estaría aquí. Pero no la pude ver. Todo el día la llamé, pero me dijeron que no la conocían, que se había marchado, que ya había muerto. A todos pregunté por Kumi. Nadie la conocía. Al final, plantado aquí, desde donde Kumi podía partir, empecé a marcar cualquier número que pasaba por mi mente. Estoy seguro de que Kumi está en este pueblo; por tanto, ella me contestará desde el otro lado de uno de esos números, —dijo el hombre. Sus ojos, por el cansancio mortal y la desilusión, ya no tenían vida.

—Kumi ya no existe. Ella murió hace siete años.

—Ayer por la tarde debí de haber vuelto al campamento. Pero no puedo regresar sin localizarla.

Desde el lejanísimo cielo, los truenos de primavera soltaron su llanto. Iba a continuar la lluvia. Los martillazos, más ruidosos y frecuentes que antes, ya no lo asustaron. El hombre, con ojos medio cerrados y apoyado en el espaldar de la banca, parecía muerto. El gris de la cara resaltaba sus líneas. Entonces Mincha comprendió por qué se había asustado tanto cuando ese hombre había entrado a la farmacia y por qué lo había sentido tan familiar entre la multitud. Su rostro le parecía familiar: rostro abandonado a la desesperación, rostro sin conciencia ni esperanza. En realidad él no había entrado a pedir pres-

tado el teléfono. Andaba errante, en busca de una consolación imposible. Era la hora de cerrar la puerta. Las luces de la terminal ya se habían apagado.

Mincha se levantó de la silla y se acercó al hombre. Puso su mano sobre el hombro mojado de lluvia y le habló en tono muy suave y amable.

—Está usted temblando. Tome un vaso de agua caliente para tranquilizarse y calentarse. No. Es mejor que duerma. No hay otra medicina mejor que el sueño, cuando se sufre de tristeza y angustia insoportables.

El hombre casi no la oía. Mincha dejó al silencioso hombre y entró al dispensario. Los infelices tienen derecho de ser consolados, murmuraba mientras le temblaban las manos. Aún sabiendo que ni Chumyong ni Sukyong saldrían, aguzó los oídos hacia el lado de la vivienda. Para ocultar el ruido de la llave, y el ruido al abrir y cerrar la caja, habló en voz alta.

—Esto le hará dormir tranquilo, y libre de angustias y pensamientos. Si desea, puede encontrar a su pobre Kumi en ese sueño feliz.

Mincha sacó de la cajita un pequeño frasco, lo destapó inmediatamente y extrajo dos píldoras de color verde. Las miró un momento sobre la palma de su mano. Sabía muy bien que estas píldoras verdes podían llevarlo esta noche al viaje largo, lejano y fantástico, imposible de dormir por tanta angustia.

Cuando Mincha salió del dispensario, el hombre ya había desaparecido. Fuera de la banca de vinil hundida por su peso, y la tierra de sus zapatos, no había nada que pudiera indicar su existencia. La puerta de vidrio todavía se movía por el violento abrir y cerrar.

Mincha recargó la frente a la puerta fría de vidrio y miró afuera. La opaca luz acrílica de la gasolinera, reflejó un momento el saco blanco del hombre, que corría atravesando la oscuridad. Pronto desapareció ese saco blanco.

(1981)

EL JARDÍN DE LA NIÑEZ

– **W**hat are you doing? ¿Qué está haciendo usted? I'm reading a book. Estoy leyendo un libro. What's your friend doing? ¿Qué está haciendo su amigo?

El sol crepuscular, tiñiendo de rojos la frente y el cuello de mi hermano mayor, llegaba hasta el fondo del cuarto. A esa hora, según mi recuerdo, siempre era así: el techo de lámina ardía como si se derritiera, los rayos crepusculares llegaban hasta el fondo de la habitación, mi mamá empezaba a maquillarse, y mi hermano, sentado como una estatua frente a la caja forrada con papel floreado, leía en voz alta el libro escolar de inglés. Yo, sentada al lado de mi madre, manoseaba los frascos de cosméticos, miraba por la ventana el puente sobre el arroyo, la calle ancha, y los cirros y cúmulos que se teñían cada vez más de rojo, y observaba el ambiente tenso, invisible, entre mi madre y mi hermano.

–Can you tell me what he is doing?

Por la tos, su voz tenía un tono más agudo.

Mi madre, que se peinaba con cierto desgano, porque quizás su cabello rizado estaría enredado, dejó de peinarse, acercó más su cabeza al espejo. Se arrancó una cana.

En el espejo reclinado contra la pared apareció el cuerpo rígido de mi hermano mayor que daba la espalda al espejo. Mamá, que miraba la cana entre sus dedos, hizo muecas de molestia por el rayo solar. Se apartó del rayo, cambió de lugar el espejo y continuó con su maquillaje. Esta vez, el espejo se llenó de mugrientos colchones amontonados sobre un cajón de madera. Mi hermano mayor ya no aparecía en el espejo. En vez de su imagen se oía el desgarramiento del papel; por su manera brusca de hojear, el papel viejo y humedecido chillaba rompiéndose. La espalda del hermano, rígida por la tensión, se movió con brusquedad.

Mamá, sin prestar atención a la pequeña protesta, aunque para él era una cosa de vida o muerte, seguía con su quehacer: se echó polvo en la cara, pintó líneas delgadas y curvas sobre sus cejas. Mis ojos bailaron entre mi mamá y mi hermano. Pero la curiosidad llevó mis ojos al espejo y allí admiré la cara de mi mamá que, con cada retoque, florecía más y más como una flor de campanilla.

El espejo grande que reflejaba todo el cuerpo, lo había adquirido al casarse. Era el único objeto valioso e impecable de la habitación. En medio de nosotros, que invisiblemente y sin darnos cuenta nos gastábamos cada día más, el espejo, parado en un extremo del cuarto, se ponía cada día más nuevo y brillante. No sólo porque mi mamá lo limpiaba diariamente, sino, quizás, por la incompatibilidad de su existencia entre nosotros, nos parecía mucho más grande de lo que era.

Nuestro pequeño cuarto siempre estaba en su superficie. En la mitad del juego de sokuochangnan, pestañeando perezosamente al despertarnos, en plena pelea, o mientras comíamos apresurados, cuando alzábamos los ojos, encontrábamos en el espejo parado en una esquina, reflejadas hasta nuestras espaldas, que nosotros mismos no podíamos ver. Entonces, por la vergüenza y el recelo de encararnos con nuestras imágenes, nos apartábamos para no vernos directamente, sino de lado, como si miráramos un rostro ajeno.

El espejo, según el ángulo de inclinación, reflejaba nuestras figuras caprichosamente: más pequeñas, más grandes, más largas o más cortas. El espejo era pesado; sin embargo, cuando no estaba mi madre, mi hermana y yo cambiábamos la posición del espejo y cantábamos delante de él abriendo más la boca. Cuando no podíamos salir a jugar por la lluvia, hacíamos teatro delante del espejo, el tema era siempre el mismo.

—Mira ésa, como es una zonza, que sea la enferma.

Según la indicación de mi segundo hermano, me tendía en el piso como un trapo. Entonces, él era el médico y mi hermana, el ángel. La enferma tenía que gemir en voz baja, tener los ojos cerrados todo el tiempo, recibir la inyección y la medicina, morir y luego ascender al cielo. El ángel, envuelto con la falda de la abuela, daba vueltas alrededor de mi cabeza, y cuando mi cabeza se aflojaba hacia un lado, como señal de muerte, me abrazaba y me alzaba. Y en ese momento, siempre se enfadaba.

—Como eres muy gorda, no puedes volar.

Sabía que tenía que andar por el cuarto aleteando detrás del ángel, y así terminaba nuestro teatro. Sin embargo, quedaba echada sin mover ni un dedo como si de verdad estuviera muerta. Entonces mi hermana me sacudía y con fingida voz de susto decía dramáticamente:

—¿Se murió la niña de ojos amarillos? A ver, abre los ojos. ¿De verdad te moriste? El médico abrirá mis ojos y me echaba el aliento.

—Oye, tonta, levántate. Ya terminó el teatro, —me regañaba.

Pero a mí me parecía más interesante estar echada fingiendo la muerte que andar volando detrás del ángel. Porque si seguía tendida, el médico seguiría inyectándome y el ángel, volando hasta que le dolieran los pies. Así, el teatro, gracias a mi pequeña trampa, duraría más tiempo.

Mi mamá se pintó de nuevo los labios haciéndolos resaltar y retocó su cara con el polvador.

Mi hermano mayor alzó la voz y leyó: “What are you doing? I’m reading a book”.

Dos personas que pasaban por el pequeño campo de cultivo alrededor de nuestra casa, se asomaron a la ventana y alargaron la cabeza para ver adentro.

—¡Qué estudiante tan diligente! —Habla como un gringo.

Mi hermano, con voz de falsete y fuerte, que recién estaba cambiando a voz grave masculina, enrollaba más su lengua.

Estaba preparando el examen de eficiencia para el ingreso al High School (los tres últimos años de los seis de bachillerato), y leía el libro de inglés, sentado al lado de la ventana hasta el anochecer. A veces, repetía desde la primera lección sin ver el libro porque se las había aprendido de memoria. El pequeño cuarto siempre estaba resonando por la voz de mi hermano mayor que leía. La lectura era una tonadilla monótona y larga que se repetía sin fin. Hasta cuando no estaba, su lectura se repetía aburridamente. “What are you doing? What’s your friend doing?”

El libro que leía mi hermano mayor era el de segundo año de Middle School (el segundo año de secundaria) que había guardado bien, entre otras cosas, durante la huida de la guerra. Sus estudios escolares habían terminado en el segundo año.

Cuando fue creado el High School en el pueblo, mi madre dijo: “Aunque a toda la familia nos toque dormir en la calle, te mandaré a la escuela”.

Sin embargo, mi hermano mayor seguía leyendo el mismo libro tres años después de la promesa. El libro había envejecido; la carátula tenía briznas de papel y las hojas estaban hinchadas por la humedad. Mi hermano mayor le hizo una nueva pasta con papel grueso.

La gente comentaba que mi hermano, algún día, llegaría a ser alguien.

—Puedes jugar con esto.

Mi mamá me pasó el frasco vacío de crema, se dibujó rápido un lunar al lado de los labios, se levantó y se miró al espejo. Arregló su vestido.

—Ya vuelvo.

Metió el pañuelo dentro de la manga de su blusa coreana y salió caminando ligera, como si anduviera con flores en las manos.

Apenas salió ella, mi hermano mayor cerró el libro violentamente y bostezó abriendo al máximo la boca. Luego se quitó la camiseta.

Sus fuertes hombros estaban ensanchándose hacia ambos lados; sin embargo, el cuello delgado y delicado, y la pequeña cabeza, rompían la armonía. Pero aun así, su complexión sólida ya era la de un joven.

Como cargaba algo, abrió las extremidades y de nuevo torció la cintura. Luego, cerrando los puños con fuerza, dobló los brazos.

Por el olor a cosmético, todavía impregnado en el cuarto, sus músculos endurecidos se elevaban trémulos. Los vellos de su cutis se erizaron como briznas de algodón. De nuevo extendió los brazos y de una sola patada abrió la puerta, cerrada firmemente. En sus axilas se veía el bosque ennegrecido.

Por la puerta abierta apareció la abuela en el patio, que venteaba el fogón con un aparatito. Estaba por preparar la cena. Con una mano manipulaba el aparatito. Soplabla y soplabla acercando la cara a la boca del fogón. Seguro que el fogón no se encendía bien. Cada vez que soplabla, volaba la ceniza blanca por encima. Los rayos solares neutralizaban el color rojo del fuego.

—Niña de ojos amarillos, a ver, tráeme una cucharada de la masa de frijol y unos ajíes, —gritó la abuela entre el sudor y las lágrimas. El humo la hacía llorar y el sol la hacía sudar.

Encima de la hoja de calabaza que cubría la boca de la vasija de barro, que contenía la masa de frijol, había larvas. Tal como hacía mi abuela, separé la hoja de calabaza, y saqué una cucharada de masa. Corté una nueva hoja de calabaza que crecía al lado y tapé la masa de nuevo.

Cada mañana, cuando abríamos la tapa de la vasija de la masa de frijol, veíamos gusanos.

—¡Qué gusanos, chuc, chuc, chuc! —se lamentaba la abuela. Ella sacaba la hoja, la aventaba afuera del muro y con otra nueva la tapaba. Este oficio duraba hasta que caía la escarcha.

Con la cuchara de frijol en la mano, eché una mirada a la cocina y a la habitación contigua de la parte interior de la casa, al otro lado del patio, donde había varias flores: bálsamos, portulacas...

La habitación estaba silenciosa como siempre. El negro candado redondo y gordo seguía en su sitio. El patio separaba nuestro cuarto de ése, que siempre veíamos desde nuestra pieza. Pero cuando pasábamos frente a esa habitación, teníamos una costumbre: bajábamos la mirada hacia el suelo, caminábamos rápido sin hacer ruido; pero después de pasar, volteábamos la cabeza para mirarla.

Bajo la sombra silenciosa del atardecer, la abuela, con la cara enrojecida, seguía soplando el fogón, y en el árbol de caqui brotaban pequeños frutos y flores marchitas.

Estaba recogiendo en mi falda los ajíes maduros, los más duros y brillantes de color verde oscuro, cuando vi a mi hermana, que miraba la calle desde el campo de cultivo, agacharse de repente. Tenía sobre su espalda a mi hermano menor. Su movimiento brusco lo habría hecho morderse la lengua, porque el pequeño lloraba sin consola-ción. El campo de cultivo, cercado por zarzamoras, a un lado de la calle, estaba en un nivel más bajo; por tanto, mi hermana no necesitaba esconderse agachándose. Sin embargo, cuando la bicicleta pasaba por el puente rebotando rayos solares de color blanco, siempre se ponía en cuclillas.

Como siempre, el maestro de su salón del quinto año no la vio y pasó de frente haciendo sonar el timbre ¡tírin, tírin, tírin...! Detrás de

su asiento llevaba colgada la lonchera. Apenas se alejó la bicicleta, mi hermana se levantó, se sacudió las manos llenas de tierra y dio una nalgada a mi hermanito.

“La mamá de Suncha abandonó la casa para seguir a su amante. Como Suncha cocina, lava la ropa y cuida a sus hermanos, falta a la escuela. Cuando el maestro toma, pega a sus hijos y llora diciendo: ‘Pobrecitos de ustedes, todos nos suicidaremos’”. La cara de mi hermana con manchas blancas, se puso roja como si estuviera enfadada. Suncha, de la misma edad que mi hermana, era la hija de su maestro. Todo el mundo sabía que su madre, después de hacerse el permanente en el salón de belleza del centro del pueblo, se había marchado a la ciudad abandonando a sus cinco hijos.

Cuando en las noches pasaba la bicicleta cerca de la ventana de nuestra habitación, mi hermana, aún medio dormida, suspiraba y decía en tono lastimero: “Pobre maestro. Llorará y le pegará a Suncha”.

Los ajíes de mi falda olían a picante. Estornudé hasta lagrimear.

La oscuridad llegaba poco a poco arrastrando su sombra por la tierra; pero en el puente sobre el arroyo todavía había sol. En mis ojos lacrimosos se reflejaban vagamente las figuras humanas que cruzaban la calle. Podía distinguir a hombres y mujeres; a mayores y niños. Los mayores cargaban bultos en sus espaldas. Eran los que escapaban de la guerra. Durante el invierno y la primavera pasados, los huidos de la guerra llegaron aquí en caravanas cargando a sus hijos enfermos sobre sus espaldas. Sus sombras proyectadas en el arroyo estaban cansadas. Hoy, alguna casa acomodaría una bodega para ellos. Nosotros también, como ellos, llegamos aquí muy humildemente el año pasado.

Después de la cena todos nos sentamos en la entrada de la habitación, nuestra salita, porque llegó el peluquero ambulante.

Primero, el hermano mayor se puso una toalla alrededor del cuello y se sentó delante del peluquero. Cuando la maquinilla avanzaba con su sonido ¡tsecac, tsecac!, aparecía un camino blanco en su cabeza. En un dos por tres le quedó la cabeza pelada. Acariciando su cabeza sin pelo, reía avergonzado el hermano mayor.

Siempre que venía el peluquero, mi hermana lograba escapar, y su pelo crecido le caía por el cuello. Pero esta vez no pudo, protestó débilmente a la abuela, quería tener pelo largo. Pero, bastó una terri-

ble mirada de la abuela. Con la cabeza agachada se sentó. Cuando su cabellera con liendres blancas comenzó a caer al suelo, se puso a llorar. Ella quería tener siempre la cabellera tapándole la espalda.

La abuela abrazaba a mi hermano menor que por el calor tenía granitos rojos en la nuca y en el cuello. Cuando le cortaban el pelo, lloraba por el dolor. Su llanto parecía el sonido de una flauta. Por el llanto, su carita se llenó de arrugas como las de los viejos.

Cuando me senté con la toalla en el cuello, la abuela echó una mirada terrible a mi hermana.

—Nunca más tocarás su pelo con el palillo de fierro.

Mi hermana, cuando no veía mi abuela, quemaba mi pelo con el palillo de fierro caliente. Quería hacerme el permanente.

Cuando las tijeras pasaban por encima de mis ojos, parpadeaba involuntariamente.

En el maletín del peluquero había de todo: peine grande, peine pequeño, tijeras, navaja plegable para afeitar, cepillo, jabón, maquinilla de cortar el pelo, etcétera. La mano dura del peluquero cogía el peine grande; en otro momento, el peine pequeño y luego la navaja. Su mano y su cabeza olían fuerte a aceite para el cabello. Lo olfaté profundamente. Ese olor asqueroso me era muy familiar. Otras veces también lo había percibido, no me era extraño. ¿Dónde lo habría olido? ¿Cuándo? Hice esfuerzos por recordarlo. Pero no podía. Ese olor estaba bien escondido en algún rincón del pasado.

El peluquero, después de cortarme el cabello con las tijeras, me sacudió el pelo con el cepillo y sopló. Preparó la espuma de jabón, lo recogió con la brocha. Después pasó la brocha por mi nuca y mi frente, donde me afeitó, y finalmente me echó un talco aromático. Por esa razón, después de que se iba el peluquero, la gente del pueblo andaba con los mismos olores: los niños con el olor al talco fragante que les había echado sobre la piel rasurada, casi azul, en la nuca; y los hombres mayores andaban, con el cabello pegajoso por el aceite, y con un aroma fuerte.

La abuela nos exigió ir al arroyo para lavarnos el pelo. Y es que si no nos lavábamos el pelo después de que nos pasaban la máquina antihigiénica por la cabeza, nos contagiábamos de tiña.

Mechones de mi cabello, delgado y amarillento, estaban dispersos bajo mis pies, y se movían con el viento. En ese momento recordé ese olor a aceite: era el olor del cabello de mi padre.

El viento trajo otro olor; el de estiércol. Empezaba el verano.

A principios de agosto las hojas verdirrojas de los árboles de caqui se hicieron más gruesas, y los incontables frutos colgados, ocultos entre las hojas, se agrandaron. Su color era más claro que el de aquéllas.

El jardín se veía más oscuro por la sombra tupida y, aunque hacía tiempo que había pasado la época de lluvias, las lombrices andaban en el suelo, todavía mojado, y las orugas por la pared de adobe.

El baño estaba en una esquina del jardín donde crecían los árboles de caqui. Mi hermana y mi abuela orinaban en cucullas en el desagüe; pero yo, desde que comenzaron a caer las flores de caqui, siempre iba a orinar pasando frente a la habitación de Pune y luego por la sombra de los árboles de caqui.

—Esta chica de ojos amarillos..., ¿quién pudiera imaginarse que es una bandida?

La abuela rió al adivinar mi secreto objetivo.

Atravesé el jardín, llegué a la sombra de los árboles de caqui y eché una mirada sigilosa al cuarto de Pune. Luego miré al interior. ¿Estaría la señora tomando la siesta? Reinaba el silencio.

Rápidamente recogí un caqui caído entre las hierbas silvestres. Todavía no estaba maduro. Era grande. No cabía en una mano.

Por unos tres o cuatro árboles de caqui en el jardín, esta casa era conocida como la “casa de caqui”. Cuando llegamos a esta casa, mi madre nos reunió y, señalando los árboles cuyas hojas empezaban a caer, nos dijo con severidad:

—No miren las cosas ajenas ni las señalen con sus dedos. No se imaginan ustedes cuánto se desconfía de otros. Ahora ustedes están a prueba. Piensan que todos los forasteros que escapamos de la guerra somos ladrones o mendigos. Por tener varios hijos fue difícil conseguir una habitación de alquiler, y encima de eso, si llegan a tener mala fama sus manos, no podremos alquilar ni siquiera un establo.

Los frutos de caqui, por su cantidad y peso, casi doblaban las ramas y aunque el verano no nos traía viento, los caquis caían al suelo por su propio peso. El sonido de su caída llegaba hasta nuestra habitación, que estaba al otro lado del jardín.

De camino al baño, cuando nuestros pies chocaban con los caquis caídos, sin darnos cuenta echábamos una mirada a la pieza donde vivía la familia del dueño. Entonces, casi siempre, nuestros ojos se encontraban con los de su esposa que nos observaba a través de una ventanilla de vidrio colocada en la puerta. En ese momento fingíamos un susto, como si hubiéramos pisado caca, y temblábamos. Luego saltábamos para no pisar o pisábamos fuerte.

—Son muchos pero juiciosos.

Cuando la esposa del dueño comentó eso con satisfacción, al término del periodo de prueba que ella misma había fijado, mi madre le contestó con cortesía acompañada de una sonrisa desdeñosa:

—A los niños hay que educarlos con mano dura. ¿No dicen que la costumbre adquirida a los tres años dura hasta los ochenta?

Después de siete u ocho viajes en busca de mi padre, mi madre empezó a trabajar en un restaurante del pueblo. Desde ese momento mi hermano mayor se encargó de la disciplina.

—Si tocan los caquis caídos, les cortaré las manos, —dijo mi hermano, con los dientes apretados.

Cuando mordí el caqui inmaduro, el sabor agrio llenó mi boca. Por la sombra tupida donde yo estaba, el cuarto de Pune parecía estar en el aire, lleno de sol y, de vez en cuando, parecía hincharse y moverse a vaivén.

En la juntura de las dos puertas estaba colgado pesadamente el candado. Por el peso de éste, la puerta estaba inclinada y parecía que se caería de un momento a otro.

Aunque la masticara fuerte, la dura pulpa de caqui, pasaba con dificultad por mi garganta. El sabor agridulce me incitó más. Recogí otro caqui.

¿De verdad estaría en ese cuarto la hermosa Pune, cuya hermosura hasta los diablos envidiaban? ¿Estaría desnuda y con la cabeza pelada, tal como contaba la gente?

La gente hablaba mucho sobre el escándalo de Pune: cómo su padre, un carpintero tuerto, viejo y callado, fue a la terminal de autobuses del pueblo, volvió arrastrando a su hija descarriada en pleno día, le cortó el pelo en un santiamén, la encerró en la habitación y puso un candado grande y pesado, como si estuviera preparado para un caso como éste. También contaban que cuando Pune intentó huir

abriendo la ventana, él la desnudó y clausuró la ventana con clavos grandes. La esposa, asustada, no se dio cuenta de que la ropa de Pune, arrancada violentamente por su padre, había quedado colgada durante tres días sobre el árbol de granada frente a la ventana. Ese escándalo llamó más la atención de la gente por lo poco común de las actitudes del padre y la hija: en un caso como éste, si un padre arrastraba a la hija como a un perrito, la hija debía decir: “Papá, perdóname”. Pero Pune no dijo ni una palabra; tampoco su padre dijo nada, ciego de ira. Todo sucedió en medio de un silencio absoluto. La gente especulaba sobre el asunto, y murmuraba. El carpintero tuerto, siempre callado y triste, quería más a Pune que a las otras hijas, y la razón por la que había vagado semanas y meses por otros pueblos, dejando a un lado su oficio, era localizar a su hija que según los rumores convivía con uno u otro hombre.

La puerta de ese cuarto, desde ese día, jamás se abrió. O, por lo menos, nadie la había visto abierta.

Después de muchos días la gente comentaba:

—Seguro que Pune está embarazada.

—Ahora su barriga estará abultada.

—Con razón, sentí que no estaba sola.

—Seguramente sus padres quieren que dé a luz en secreto. Y si es varón, lo mandarán a alguna familia sin hijos, y la querrán casar como a una virgen.

Pasaron los días. Y la gente comentaba más:

—No, no es por su mala conducta; tiene alguna enfermedad terrible. Tienen miedo de que la gente sepa, por eso se callan. Imagínate si se llega a saber que es leprosa. No podrían vivir aquí.

—No, no puede ser. ¿No estará loca?

Luego la gente se olvidó de Pune. En el momento que se cerró la puerta del cuarto y cuando el candado fue asegurado, Pune entró a otro mundo totalmente diferente. ¿No estaría asegurado el candado, mucho antes de que Pune llegara a casa arrastrada por su padre, y ella, convertida en un ser etéreo y transparente como el aire, entraría al cuarto atravesando por los poros del papel?

Yo no recordaba desde cuándo estaba Pune encerrada allí: antes o después de nuestra llegada.

Me parecía haber visto el candado asegurado el día que nos mudamos; pero recordando más, me parece haber visto a su padre caminar por el puente arrastrando a Pune de los cabellos, y a ella caminando con el cuello torcido.

¿Habría participado Pune en aquellas dos reuniones familiares del año pasado, cuando todas las hijas del carpintero tuerto llegaron e hicieron tanta bulla? Fueron dos ocasiones, el cumpleaños del carpintero y el día de fiesta nacional. Decían que todas ellas trabajaban en ciudades grandes y ganaban bien; gracias a ellas el carpintero vivía con las herramientas colgadas en la pared como objetos decorativos.

—Apenas en su vejez, le llega la suerte.

La gente se burlaba de él a sus espaldas.

Cuando llegaban ellas, la casa olía a fritura y carne todo el día. ¿Cuál de ellas habría sido Pune? ¿Habría sido esa jorobada que, mientras hacía la fritura en el fogón instalado en el patio, me dedicó una terrible mirada apenas me asomé? ¿Habría sido la mujer que me dio el caqui inmaduro después de quitarle el sabor amargo en agua salada? ¿Habría sido aquella que, cuando fui a pedir la sal poniéndome el che* sobre mi cabeza, por haberme orinado la noche anterior, en vez de echarme sal, me dijo lisuras y me echó un sermón de “antes de dormir debes orinar primero”?

A la siguiente mañana se ponían cualquier falda de su madre, rota y vieja, que les quedaba floja, se envolvían el pelo en la toalla, se acercaban a la fuente, y se lavaban los dientes y la cara cambiando el agua varias veces. Luego salían de la casa con la cara blanqueada por el polvo y apresuradas.

La señora se ponía cualquier ropa y el carpintero roncaba borracho con la cabeza apoyada en la almohada de madera; dormía dos o tres días.

Como decía la gente, ¿tendría Pune alguna enfermedad terrible? o ¿estaría encerrada, loca, con las extremidades atadas y un bozal en la boca?

El cuarto de Pune estaba delante de mis ojos, sin embargo, me parecía lejano e irreal. Para confirmar su existencia, en vez de acer-

* Che: cernidor de bambú para separar las piedrecillas de los granos.

carme al cuarto, me asomé al interior de la casa. En la pared, bajo el techo de la segunda habitación, colgaba el morral de herramientas.

Aunque no llovía, el morral de hilo de cáñamo, estaba ahí guareciéndose.

Después de traer a Pune a casa, el carpintero se ausentó durante dos semanas. Mientras tanto, su morral seguía ahí colgado. Decían que él iba a las montañas a recoger hierbas medicinales. Y sería cierto, porque en la entrada de un cuarto donde llegaba buen sol, siempre estaban secándose las raíces de hierbas y árboles, impregnando la casa con sus aromas peculiares de medicina secreta y agria. La señora, en secreto, herbía el medicamento. El sudor la bañaba.

Después de la lluvia o al regresar de las montañas, el carpintero bajaba su morral, sacaba todas las herramientas, como el cepillo, la azuela, el cincel y el serrucho; los aceitaba, los guardaba de nuevo en el morral y se dormía. Por los sonoros ronquidos que se escuchaban desde el patio, nos enterábamos de su llegada, entonces para no despertarlo del rico sueño, andábamos de puntillas. Casi nunca lo vi salir a trabajar. Aun así, la gente lo llamaba “el carpintero tuerto”.

Sin darme cuenta mordí la semilla inmadura de caqui. Estaba insípida.

Me parecía que había visto a Pune una vez, o que nunca la había visto. Sin embargo, cuando pensaba que ella estaría respirando al otro lado de la puerta de papel de cáñamo, sentía un miedo incomprensible y una honda tristeza, como si se cayera una parte de mi corazón. Para huir de ese sentimiento, recogí otro caqui inmaduro y lo mordí. El sabor agridulce me llenó la boca y pasó por mi garganta. Sentí cierta tranquilidad. En ese instante, algo me conmovió y mis ojos se llenaron de lágrimas.

Cuando se ocultó el sol, y la sombra nocturna empezó a arrastrar su falda, mi hermano mayor cerró el libro y se levantó. Mirándose en el espejo, lentamente se vendó el cuello y la muñeca derecha.* El cuello quedó tieso. Al terminar, apenas volteó la cabeza, nos echó una

* Para presumir, que habían tenido reyertas con cuchillo, los jóvenes se vendaban el cuello y las muñecas. [N. del T.]

mirada amenazante y dijo: ¡No vayan a salir! ¡Quédense en casa! Luego salió. Aunque nos lo decía a todos, en realidad se dirigía a mi hermana.

Ese verano, mi hermano mayor, con la cara llena de curitas tapándole los granos reventados, salía al atardecer como si alguna fuerza invisible lo atrajera. Iba al centro.

A pesar de la amenaza, mi hermana, con la cara radiante de felicidad, andaba volando del cuarto a la cocina y de la cocina al campo de cultivo alrededor de la casa. Luego, calculando el tiempo en que el hermano mayor ya hubiera pasado por el puente sobre el arroyo, salió. Yo, cuidándome de no molestarla, la seguí.

A la entrada del pueblo había un arroyo ancho, y cruzando el puente, estaba el centro del pueblo. En la calle principal estaban la iglesia, la herrería, la taberna, el hotel, el salón de belleza, y la parada de autobús interprovincial que pasaba dos veces al día. A esa calle la llamábamos calle del Mercado porque cada cinco días se convertía en mercado.

En las noches, los muchachos de la edad de mi hermano, que salían de la secundaria nocturna y de la iglesia, se paseaban por esa calle en grupos de tres o cinco. Cuando las muchachas pasaban con su uniforme impecable, peinado elegante y la mirada fija hacia adelante, los muchachos les silbaban.

En la taberna del centro había peleas todas las noches.

—Te mato y me mato.

Una mujer salió de la taberna con la blusa semiabierta y con el cuchillo de cocina en la mano detrás del hombre que huía. La mujer, se desmayó de ira y cayó en plena calle echando espuma por la boca. El hombre siguió corriendo. Pasó por la callejuela del salón de belleza y el hotel. Al verlo, todos soltamos carcajadas y le aplaudimos.

Los días de mercado había mucho que ver. En la taberna y en el hotel toda la noche había cantos y gritos. Por esta razón, cuando caía la noche, los niños íbamos hipnotizados a la calle del Mercado cruzando el puente. No sólo los niños, sino también las muchachas en edad de casarse. Con la cintura bien amarrada y la cadera bailando se paseaban de un extremo a otro, empezaban en el salón de belleza y terminaban en la terminal. Entonces los muchachos que vendían paletas heladas, pregonaban: “¡paletas! ¡paaleetaas!” con sonrisas y risas.

—Oiga señorita, le invito una paleta.

—A ver, un poco de atención para mí.

Los técnicos del taller de la terminal y sus ayudantes enseñaban ufanos los músculos del brazo, silbaban a las chicas o golpeaban sin necesidad los carros dados de baja con los fierros. Las mujeres, murmuraban o reían, caminando lentamente. Miraban coquetas hacia atrás, donde ellos estaban. Mi hermana, temiendo que el hermano mayor la encontrara, se sentaba al lado de sus amigas buscando un lugar más oscuro adonde no llegara la luz. Ellas reían con los piropos de los muchachos o cantaban en voz alta.

—Qué importa que use el poste como palito (de comer).

—Qué importa que pesque en el baño.

Entonces, sin falta, el coro de los muchachos contestaba:

—Si tuviera un millón de wones...

Pero en contraste, esas voces eran fuertes y toscas.

De noche, la calle del Mercado siempre tenía vida y diversión. Me gustaba el calor del día que abrigaba hasta en la noche. Recogiéndome la falda, me sentaba al lado de mi hermana y absorbía el ambiente dulce, lleno de pasión y calor de la calle nocturna.

Desde donde estábamos podíamos ver claramente a mi hermano. Estaba apoyado contra el poste frente al restaurante donde trabajaba mi madre, mientras bailaban bajo el foco locamente, los mosquitos de un solo día como mariposas de papel. Tocaba la armónica cogiéndola con la mano vendada y mirando con desdén todos los movimientos de la calle. Tarareaba con la lengua para mitigar la soledad.

Dentro de poco, mi hermana andaría por esta calle como las señoritas que caminan moviendo la cadera. Aunque mi hermano mayor la vigilara, nada podría prohibirle salir de noche. Yo también haré lo mismo cuando sea grande. Pasearé por esta calle con pasos lentos, amarrándome la cintura con el cinturón ancho, aunque me reviente el ombligo.

Cuando la noche comenzaba a avanzar, mi hermana, que estaba escondida en la penumbra, se levantaba. Mirando hacia atrás a cada rato, con ganas de quedarse más tiempo, enfilaba de regreso a la casa.

Tomábamos la calle que nos conducía a nuestro barrio; más adelante cruzábamos el puente, donde ya no había presencias humanas. Oíamos el murmullo del agua que se alejaba hacia un lugar descono-

cido. En el bosque tupido de la montaña, al frente, los búhos cantaban buscando alguna rata. Cuando llegábamos a un lugar desde el cual podíamos ver la casa, era cuando mi hermana se percataba del transcurso del tiempo. Entonces respiraba jadeante por la preocupación. Temía que el hermano mayor, por ser más veloz, hubiera ya regresado. Yo sentía que su mano, que agarraba la mía, me apretaba, y su palma sudaba.

Regresando apresuradamente, nos acostábamos y fingíamos estar dormidas. Entonces, mi hermano, que llegaba un poco después, se plantaba en la puerta como una de esas cuatro divinidades guardianas de las entradas de los templos budistas, le preguntaba agrandando las fosas nasales como husmeando algo:

—¿Saliste otra vez? Di la verdad.

Mi hermana, fingiendo que no lo comprendía, le contestaba con pausas y con voz somnolienta:

—¿Yo? ... ¿Cuándo? ¿Qué me preguntas?

Su débil respuesta no era convincente.

—No andes de vaga por las noches. Yo no te lo permito.

Miraba ferozmente hacia adentro. Mi hermanito menor, que estaba dormido despertó y empezó a llorar. La abuela recostada mirando hacia la pared, se volteó, abrió su pecho y le dio la teta sin leche. Mi hermano mayor no pensaba quitarse los zapatos. Con los zapatos puestos y apoyándose con una mano en la puerta seguía mirando el interior del cuarto. Mi hermana pretendía dormir aguantando la respiración acelerada. Entonces me di cuenta de que mi hermano mayor no veía a mi hermana, sino el lugar vacío de mi madre.

Pensé que él iba a pegarle otra vez a mi hermana. Estaba callado buscando algún pretexto. Las noches en que no regresaba mi madre, mi hermano mayor le pegaba, y mi abuela, en vez de impedirlo, se salía, cargando sobre su espalda a mi hermanito, y rondaba por la orilla del arroyo.

Los golpes de mi hermano mayor eran de temer. Era un tirano. Desde que faltaba mi padre, sin que nos diéramos cuenta, ocupó el puesto de jefe provisional de la familia, y, desde que mi madre empezó a trabajar en el restaurante y a hacernos sospechar su alejamiento de nuestras vidas, por sus ausencias misteriosas en las noches, él

empezó a demostrarnos que asumía el puesto de indiscutible jefe de familia, y lo demostraba a golpes.

Él estaba consciente de su responsabilidad y andaba melancólico y rígido por la tensión. Los deseos, la tristeza y la ira, reprimidos por la tensión, explotaban con violencia y crueldad inexplicables.

Por esa razón, aunque su complexión fuera grande y robusta, a veces me parecía débil, indeciso y frágil como un niño. Hasta cuando nos pegaba, se notaba que no estaba seguro de lo que hacía. Él también estaría consciente de eso porque por cualquier cosa se ponía rojo hasta el cuello. Ese aspecto tenía que ver con sus paseos nocturnos.

Yo le tenía miedo. Aunque algunas veces me miraba con ternura y compasión incomprensibles, y, echado en el suelo, a mí o a mi hermanito nos ofrecía sus pies como caballitos y luego nos levantaba; le tenía miedo. Claro, a mi hermanito le gustaba eso y cuando lo levantaba así, reía a carcajadas. Por el miedo, su cuerpo me parecía más grande, llenaba el cuarto con su cuerpo sin dejar un palmo de espacio para respirar libremente. Cuando él entraba, la puerta estrecha se vencía rechinando por su tamaño y parecía que el cuarto fuera a reventar.

Mi hermano mayor, después de mirar largo rato la habitación, cerró con fuerza la puerta y se desplazó rápidamente hacia la oscuridad. Entonces, respiró mi hermana y me dijo en voz baja:

—Hermanita, no le vayas a decir que salí.

Después de la cena, la abuela pidió a mi hermana que lavara los platos y salió cargando a mi hermanito en su espalda. El chiquito lloraba al anochecer; desde entonces la abuela lo paseaba hasta altas horas de la noche. Cuando volvía, su cabello y su ropa estaban mojados por el rocío nocturno. Por eso, mi hermanito se la pasaba resfriado y sus miembros siempre estaban calientes por la eterna fiebre.

Estaba flaco, como araña patilarga. Lloraba constantemente en voz baja y débil, excepto cuando chupaba la teta vacía de la abuela. Hasta dormido conservaba el gesto del llanto. A veces lo observaba cuando dormía: ¡Qué raro! su mandíbula estaba enrojecida y llagada por la baba.

Mi segundo hermano pescaba lifes fondeando una jarra en el arroyo o cogía ranas, con las dóciles ramas del sauce. Cuando las traía, mi

abuela las hervía, y servía el caldo a mi hermanito. Sin embargo, él seguía enfermo.

En medio del campo de cultivo o en alguna loma había montoncitos de piedras pequeñas. Decían que eran las tumbas de los bebés. Pensábamos que mi hermanito también se iba a morir pronto. Una noche lo cargarían en el *chigue* envuelto con un trapo, y lo acompañarían el triste llanto en voz baja de mi mamá y de mi abuela.

Mi segundo hermano, que había nadado todo el día después de fondear la jarra en el arroyo, quedó desparrado en el piso de la habitación. Mi hermana habría ido al pueblo porque no se percibía ningún ruido en la cocina, donde hasta hace poco lavaba los platos. El hermano mayor había salido hacía rato. El segundo hermano, dormido, al dar vuelta dio una patada al pocillo de arroz, conservado en la parte más caliente del piso. El pocillo se revolcó y se destapó. Al taparlo, cogí unos granos de arroz y me los metí rápido en la boca. Los granos blancos y blandos se deslizaron por mi garganta en un segundo. Cogí otros más y para que no lo notaran, revolví el resto.

Mi hermano rechinó los dientes, dio más vueltas y se rió. Tapé el pocillo inmediatamente, y me senté apoyada en la pared. La habitación oscura me dio miedo. Sin querer, mi mano se deslizaba hacia el pocillo de arroz. Mientras conservaba el sabor del arroz en la boca, olvidaba el miedo.

Mientras mi mano hacía viajes al pocillo, el arroz disminuía notablemente. Bajo la capa de arroz yacía la cebada negruzca que comíamos. La abuela se daría cuenta inmediatamente. Luché contra mi mano que iba al pocillo. Intenté no mirarlo. Pero pensé: cuando mi madre toma licor, generalmente no come. Bueno, ésta es la última vez. De nuevo me ganó la mano. Abrí despacio la tapa, saqué un puñado, otra vez extendí el resto para disimular, y me fui a acostar al lado de mi hermano.

Quería dormir, antes de que volviera mi madre; no, antes de que volviera mi hermano de la calle del Mercado; antes de que caminara hacia la pared pisoteando nuestros brazos y piernas, y se quedara allí conteniendo la rabia; no, antes de que arrastrara a mi hermana de los cabellos.

En el jardín caían los caquis maduros.

¿Estaría Pune durmiendo también? Cuando estaba despierta en la noche oscura, me invadían recuerdos horribles. Para olvidarlos masticaba grano por grano de arroz durante un buen rato; pero parecía mentira cómo un puñado de arroz se acababa en un santiamén. Moviendo un poco los dedos de los pies tocaba el pocillo de arroz, que perdiendo el equilibrio, rodaba.

Me levanté y fui a tientas a la cocina. Me paré de puntillas y hurgué entre los trastos. Los camotes sancochados estaban escondidos dentro de una olla en el mueble de la cocina. Mi abuela consolaba con eso a mi hermanito, que lloraba todas las noches. Si ella supiera que no había camotes, aunque fuera media noche, despertaría a mi hermana y a mi segundo hermano.

—¿Te los has comido tú; o tú?

Para hacer creer que el culpable era un ratón, dejé la tapa de la olla en el piso de la cocina y mordí un pedazo grande de camote. Olía un poco mal.

Detrás de la pared de madera de la cocina sonaron los pasos de la abuela. Tragué el pedazo apresuradamente. Me atraganté y hasta el corazón se me paralizó, pero ni siquiera tenía tiempo para tomar agua. La tapa de la olla que había dejado en el piso, rodó con mis pasos apresurados.

Al entrar a la habitación tropecé con el umbral de la puerta. Me dolió mucho el pie.

La abuela, con un hondo suspiro, encendió la luz del quinqué. Salió humo, apestó a petróleo y el cuarto se iluminó. Aunque había buena luz, la abuela no veía bien, porque a tientas me localizó, me empujó hacia la pared y, en mi lugar, acostó a mi hermanito.

Despacito metí la mano al bolsillo. El resto estaba pegado ahí. La mano se embarró de camote.

—Tienes hambre, ¿verdad? Te serviré la comida.

Ya muy de noche, llegó mi madre. La abuela, que estaba dormitando sentada, le puso la mesa. Mi corazón latía con fuerza.

—No, gracias. Como trabajo en el restaurante, a mí no me falta la comida.

Su aliento olía a licor.

—Pero come... Si no, te vas a enfermar.

¿Estaría Pune durmiendo también? Cuando estaba despierta en la noche oscura, me invadían recuerdos horribles. Para olvidarlos masticaba grano por grano de arroz durante un buen rato; pero parecía mentira cómo un puñado de arroz se acababa en un santiamén. Moviendo un poco los dedos de los pies tocaba el pocillo de arroz, que perdiendo el equilibrio, rodaba.

Me levanté y fui a tientas a la cocina. Me paré de puntillas y hurgué entre los trastos. Los camotes sancochados estaban escondidos dentro de una olla en el mueble de la cocina. Mi abuela consolaba con eso a mi hermanito, que lloraba todas las noches. Si ella supiera que no había camotes, aunque fuera media noche, despertaría a mi hermana y a mi segundo hermano.

—¿Te los has comido tú; o tú?

Para hacer creer que el culpable era un ratón, dejé la tapa de la olla en el piso de la cocina y mordí un pedazo grande de camote. Olía un poco mal.

Detrás de la pared de madera de la cocina sonaron los pasos de la abuela. Tragué el pedazo apresuradamente. Me atraganté y hasta el corazón se me paralizó, pero ni siquiera tenía tiempo para tomar agua. La tapa de la olla que había dejado en el piso, rodó con mis pasos apresurados.

Al entrar a la habitación tropecé con el umbral de la puerta. Me dolió mucho el pie.

La abuela, con un hondo suspiro, encendió la luz del quinqué. Salió humo, apestó a petróleo y el cuarto se iluminó. Aunque había buena luz, la abuela no veía bien, porque a tientas me localizó, me empujó hacia la pared y, en mi lugar, acostó a mi hermanito.

Despacito metí la mano al bolsillo. El resto estaba pegado ahí. La mano se embarró de camote.

—Tienes hambre, ¿verdad? Te serviré la comida.

Ya muy de noche, llegó mi madre. La abuela, que estaba dormitando sentada, le puso la mesa. Mi corazón latía con fuerza.

—No, gracias. Como trabajo en el restaurante, a mí no me falta la comida.

Su aliento olía a licor.

—Pero come... Si no, te vas a enfermar.

Mi mamá estaba ocupada quitándose un calcetín ajustado. Se lo sacó con dificultad y lo aventó al rincón del cuarto.

—¿Qué pasó con el arroz? —gritó asustada la abuela al abrir el pocillo. Estaba ofreciéndole la cuchara.

Tenía la vejiga hinchada de orina; pero no debía mover ni un dedo.

—¡Dios mío! Ahora se come hasta la comida de su madre... Sin duda esto lo ha hecho esta niña de ojos amarillos. Parece un ratoncito, no deja nada intacto. Los dueños de la casa se quejaron de que no pueden encontrar ni un caquí en el suelo. ¡Qué vergüenza! —lamentó la abuela.

Para exagerar su disgusto subió más la voz. Cuando hablaba así a mi madre, la abuela siempre expresaba algo de vergüenza y adulación; pero mi madre lo tomaba como algo muy natural.

—Es que la cebada se digiere muy rápido. Esa comida no da fuerza. Está en edad de comer mucho, pero... Tendrá que comer lo que sea para llenar su buche.

Las palabras de mi madre parecían expresiones de lamento o de borrachera.

—Si te oyeran otras personas, creerían que no le doy de comer. Come más que los mayores. Mira su cuerpo. Está más robusta que su hermana.

Parecía que estaba dispuesta a despertarme.

—Ya basta.

Mi madre empujó la mesa. Y sin quitarse la ropa, se acostó de lado poniendo su brazo como almohada.

—Sería un pecado pensar...; pero esta niña no parece ser mi hija, —murmuró mi madre después de un rato. Creí que estaba dormida. Su aliento ya no olía a licor.

La abuela, sentada, dándole la espalda, sin responderle, untaba su pie con aceite de sésamo. El olor a aceite, mezclado con el humo de petróleo llenaba todo el cuarto. Ella se había quemado el pie al pisar un pedazo de bomba quemante durante la guerra, y todas las noches, antes de acostarse, se untaba los pies con aceite y luego los envolvía con un papel.

Mi madre siguió hablando sin esperar respuesta:

—Es que no se ríe, ni habla... Es diferente de otros. Parece tonta, sólo piensa en la comida. Parece una eterna hambrienta. A lo mejor

es una idiota... es que teniendo ya siete años todavía se orina. Fíjese, el año entrante le toca ir a la escuela. Quizás esté enferma, porque engorda cada día más. Temo que sea hinchazón. Porque dicen que uno se hincha cuando el cuerpo se llena de agua.

—Mira, a mí me preocupa más el chiquitín que esa niña de ojos amarillos,—intervino mi abuela. El papel aceitoso hacía mucho ruido.

—Parece que no sobrevivirá. Cada día se achica más y más. Cuando lo cargo, siento que es una paja porque no pesa nada. Es varón. ¡Qué lástima!

Mi madre suspiró otra vez.

El cuarto cayó en un profundo silencio. Ni mi abuela ni mi madre rompieron el silencio. Estarían pensando en mi padre. En las noches oscuras, su imagen, que cada día se alejaba más de nosotros y se hacía más vaga, penetraba por una hendedura de la pared, llegaba y se acostaba entre nosotros.

No recordaba su rostro; lo único que podía recordar era una escena: él descendía del camión con la camisa empapada de sudor. El sudor había mojado la espalda de la camisa y más aún la parte de la axila; parecía una mancha oscura. Mi madre lloraba a gritos y agitaba las manos.

—Nos instalaremos cerca de este pueblo. Vuelve pronto.

Mi madre se levantó. En la pared se reflejó su inmensa sombra movediza. De un soplo apagó el candil. La sombra se movió por última vez y desapareció.

—Aún no llega el hijo mayor,—dijo la abuela con cuidado.

—Ya llegará.

Yo no podía dormir. Los bichos cantaban entre los arbustos. Mis oídos estaban atentos. Mi cuerpo era un objeto delgado y transparente que podía captar hasta los pasos de los ciempiés bajo la estera.

Ya muy de noche llegó mi hermano mayor. Volvió con la humedad del rocío. Murmurando groserías ininteligibles pasó por encima de nosotros y se acostó contra la pared.

Las incontables patas del ciempiés carcomían la sombra incansablemente, y nosotros, que dormíamos sin almohadas, rechinábamos los dientes violentamente.

Mi madre, dormida, suspiraba profundamente; mi abuela murmuraba algo incomprensible.

En la cocina, los ratones hambrientos andaban ocupados buscando los restos de comida en los platos vacíos.

Abrí los ojos y dije en voz baja:

—Vayan a su casa. Aquí no hay nada que comer.

Sabía muy bien por qué estaba impaciente y por qué no podía dormir. No era por el pie golpeado contra el marco. Eso ya no me dolía. Sin embargo, pegué las rodillas al pecho, me cogí el pie y fruncí la cara de dolor. Fruncía y fruncía bajo la sombra.

En medio de la rechinadera violenta de nuestros dientes, muchos olores demostraban nuestra existencia y formaban un vaho asfixiante: olor a sudor de nuestros cuerpos, olor a las células muertas que se desprendían de nuestro cuerpo, olor a pedos y olor a deseo inocente y carnal.

Sigilosamente extendí mi mano y busqué la cabecera de mi madre. Ella, aunque estuviera borracha, dormía escondiendo su billetera debajo del colchón. Saqué un billete y luego la devolví a su lugar. ¿Sería por la borrachera? Parecía que ella nunca se daba cuenta de que le faltaban billetes. Sin embargo, siempre creí que ella, aun sabiéndolo todo, se hacía la que no sabía nada. Por tanto, yo podía sacar dinero de su billetera sin problemas; aunque siempre andaba con miedo, hasta que se acababan los dulces comprados con ese billete.

Escondí el billete en el fondo del bolsillo que todavía estaba pegajoso, me acosté boca arriba y traté de dormir.

En el jardín, los caquis caían de vez en cuando. Los cantos de los bichos se oían muy cercanos.

Pune está llorando en silencio. Cayendo al abismo del mundo del sueño, —pensé un momento así, o ¿habría sido un sueño?

Aunque ya acababa el verano, el calor todavía era fuerte. Desde la mañana el sol candente quemaba el techo de lámina.

—Niña de ojos amarillos, carga al bebé.

Me cargó a mi hermanito, nos amarró con un rebozo dándole varias vueltas, y ella, a su vez, cargó sobre su cabeza la bandeja grande, llena de ropa para lavar.

Pasamos por la parte baja del arroyo en donde los niños desnudos estaban bañándose y las mujeres lavaban ropa y verduras. Caminamos hacia la parte alta del arroyo.

Nos detuvimos en la parte alta donde llegaba poca gente. La abuela remojó la ropa en el recipiente. Recosté a mi hermanito bajo la sombra de un árbol al lado del arroyo, y empecé a ahuyentar las moscas que se posaban sobre su mandíbula enrojecida y en su cabeza.

Mi hermanito, flaco como una araña patona, pestañeaba constantemente y fruncía el ceño; no soportaba los rayos solares que se filtraban entre las hojas del árbol. Durante todo el verano, con la ropa larga, le salían granitos rojos con pus; sin embargo, cuando le quitábamos la ropa interior le salían granos y ronchas por el frío sobre su piel azuleja y seca.

Aburrida de espantar moscas, rompí unas ramas de amaranto. Con ellas hice una muñeca, la puse en el agua y mojé mis pies.

La abuela, después de lavar la ropa, la tendió sobre la roca plana, que estaba blanca y caliente por el sol. Cuando mi falda se mojó por el torrente, me desnudé y entré al agua. Los pies, bajo el agua, entre las piedritas redondas, parecían bonitos, blancos y limpios.

La abuela removió el agua para extraer las hierbas y hojas caídas. Luego sacó la peineta que sostenía su cabello. Su larga cabellera de trenzas cayó sobre su espalda. Desató la cinta que amarraba la punta de la trenza. La cinta del color rojo oscuro brillaba como el negro por estar empapada con aceite para el pelo.

—Todavía sigue con la costumbre de su juventud. Es que ... ella era una gueisha— señalando su cinta roja —comentaba mi mamá con desdén. —Su nombre era “Pongchi”, era tan bonita que la gente decía: “Pongchi, Pongchi, Kotpongchi”.*

Mi abuelo materno la tomó como concubina después de construirle una mansión inmensa.

Mi abuela se bañaba con frecuencia. En pleno invierno también se lavaba en la cocina poniendo agua caliente en un recipiente grande. Cuando se bañaba dentro de ese recipiente, la cocina se llenaba de fragancia. Chapoteaba dentro del agua. Naturalmente, primero aseguraba la puerta para que nadie la viera. Cuando mi madre oía el chapoteo del agua en la cocina, comentaba:

—Es que todavía mantiene su antigua costumbre. ¡Qué ridículo! Ni siquiera tiene a quién acompañar en la cama.

* Kotpongchi, flor en capullo.

Todavía está muy clara en mis recuerdos, como un cuadro, la escena de su llegada a nuestra casa. Habrían pasado ya tres años. No tenía recuerdos claros sobre los días anteriores ni posteriores a su llegada. Sólo recuerdo que eran días inestables.

Mi padre estaba cavando la tierra en una esquina del jardín. A su lado estaban amontonados los platos de vidrio y de cerámica. Decía que después de enterrarlos, para que no se rompieran, huiríamos a algún lugar. Mi padre, agachado, enjugándose continuamente el sudor que le chorreaba por la frente, golpeaba con el pico la tierra; pero ésta, congelada por el frío, le oponía fuerte resistencia. Hasta que se rompió la punta del pico y voló.

El viento helado trajo consigo la nieve. Afuera estaba el camión, y mi madre, que estaba en el noveno mes de embarazo, caminaba como un pato y llevaba los bultos al camión uno por uno.

En ese momento, por la puerta abierta de par en par, alguien entró graciosamente. Nos impresionó su figura como un pétalo de flor traído por la blanca nieve antes de tiempo.

Llevaba puesto un gorro negro adornado con hilos de cinco colores que le cubría hasta la frente, y un abrigo de seda de color rojo oscuro; caminaba sigilosamente, como una gallina. (Cuando llegamos a la primera posada mi madre dio a luz, y la abuela se encargó de auxiliarla y cuidarla. Recién entonces llegamos a saber que esa caminata era un esfuerzo heroico, ocultando el rengueo del pie quemado por el pedazo de bomba.)

En el primer momento del encuentro, quedamos estupefactos y no sabíamos qué hacer. Sólo veíamos hacia la puerta donde ella estaba. Mi madre tampoco fue la excepción.

Nosotros, para evitar más bultos y defendernos del frío, nos pusimos ropa sobre ropa, éramos otros bultos de ropa, y eso nos dificultó la caminata. Mientras ella, aunque un poco huraña, estaba en medio de la nieve, con la cara fresca y clara. Su presencia fue tan impactante que por un momento olvidamos por qué teníamos que andar presurosos y preocupados.

Nosotros no la habíamos visto hasta que apareció en ese momento, a petición de mis padres, para huir juntos de la guerra, ni sabíamos siquiera que teníamos una abuela. Más tarde, mi madre nos contó que el abuelo, después de malgastar todo su capital, —después de que

la concubina le hiciera gastar todo, según la expresión de mi mamá— se murió, y la abuela, que no había podido dar a luz como las otras mujeres de este mundo, vivía sola.

Mi padre, al verla, se quedó un momento turulato y aventó lejos el pedazo de pico roto que hasta ese momento tenía en su mano. Luego, sin dirigirse a nadie en especial, dijo lacónicamente:

—Vámonos ya.

La abuela, un poco avergonzada, se alzó el abrigo y subió al carro. Inmediatamente, yo quedé bajo el cuidado de la abuela. Su gorro me causó tanto miedo que lloré hasta que la abuela tuvo que quitárselo y viajar toda la noche con la cabeza expuesta al viento helado de invierno. El viento frío le congeló el cabello y expuso su cuello sin pelo.

En el pequeño bulto que había traído la abuela, había un bolso rojo de seda, amarrado con hilos rojo y azul que terminaban en flecos. El bolso mostraba dos garzas frente a frente, bordadas con hilo dorado y plateado, y dentro del bolso había dos juegos de cubiertos: el de ella y el de su difunto esposo.

La abuela se lavó durante más de una hora la cabellera blanca y gruesa como hilos de cáñamo. Después se hizo la trenza con el pelo aún mojado, amarró la punta con la cinta rojo oscuro y lo recogió como un moño. Luego me tomó entre sus brazos y sumergió mi cabeza en el agua.

Cuando mi cabeza entró al agua, sentí liviandad y frescura, como si el cráneo se me abriera y se vaciara todo el interior.

Aun en verano el agua del arroyo estaba siempre fresca. El cielo, las nubes y los árboles, giraron y se invirtieron. Pataleé protestando por miedo y rechazo instintivos cuando metió mi cabeza en el agua; pero pronto me acostumbré al contacto del agua, que corría por debajo de mi cabeza.

Extendí los brazos hacia ambos lados y observé silenciosamente el paisaje invertido. El cielo, la línea no accidentada de las montañas que lo apoyaba, los árboles, y los pequeños arbustos apenas se movían. Un grupo de pequeños pececillos pasó en un instante, por encima de mis cejas. Mis cabellos dispersos flotaban como plantas acuáticas y entraban entre las rocas del arroyo.

—Esta niña, ¡Dios mío!, qué sucia.

La abuela empezó a sobar y rascar mi cabeza sin ninguna misericordia.

El sol del pleno día hervía silenciosamente y el arroyo fluía lentamente como si estuviera dormitando. Como los brazos de la abuela ya no tenían fuerza, pude meter más la cabeza en el agua. Vi que en el fondo del arroyo había piedras y allí crecía oculto y suave como el terciopelo, el musgo verde. Ese paisaje al revés, reflejado en mis ojos dentro del agua, me era muy familiar. Me parecía haberlo visto antes.

La abuela estaba sin blusa y apestaban sus axilas. Cada vez que ella rascaba mi cabeza, los abundantes vellos de su axila me tocaban y me hacían cosquillas.

Después de lavarme el pelo, la abuela se dio la vuelta y se quitó la falda. Al entrar al agua, casi se cae al pisar una piedra resbaladiza. Era peligroso.

Por primera vez vi su cuerpo desnudo. Diferente de sus manos y pies, marchitos, huesudos y llenos de manchas, su cuerpo era blanco como el marfil, y su abdomen redondo, terso y sin arrugas, que son huellas de muchos embarazos como en el caso de mi madre. El agua, después de producir burbujas en la parte negruzca entre sus piernas, venía hacia mí, y después de girar alrededor de mi cintura, se iba hacia abajo.

Al verla parada, me quedé sorprendida un momento en medio del arroyo, y recordé el impacto del primer momento de nuestro encuentro: un pétalo de flor traído por la nevada.

La abuela era hermosa. Al sentir mi mirada, se rió mostrando sus encías. Cuando ella reía a mandíbula batiente bajo el sol, de verdad parecía a un pétalo de flor. “Pongchi, Pongchi, Kotpongchi”. Parecía el cáliz de la flor que contenía semillas negras y maduras.

Su pie de color rosado claro, que se pelaba todas las noches por la quemadura del pedazo de bomba, se hundía ahora en la arena arrasada por el torrente que se acumulaba a su alrededor.

La abuela, parada en medio del arroyo, se disolvía lentamente como el colorante, y fluía hacia donde estaba yo. Su cuerpo disuelto pasaba por entre mis piernas, arrugadas y flacas, y se iba hacia abajo.

Mi hermanito empezó a llorar con voz débil. Quizás alguna hormiga estaría pasando por su cara. Su llanto, confundido con el sonido del agua, parecía tan natural como el de los bichos en el matorral, tan

natural como la arena que se acumula en el fondo del arroyo; no corrí a auxiliarlo. Lo mismo pensaría mi abuela. Una serpiente del grosor de mi brazo salió del matorral donde estaba mi hermanito, se metió al agua y nadó lentamente hacia arriba alzando la cabeza sobre la superficie. Al verla, la abuela se acordó de mi hermanito.

—El niño estará desmayado —dijo ella.

Pero su tono no mostraba ninguna preocupación o susto.

Hacía mucho tiempo que mi hermana y mi segundo hermano habían ido a la escuela; pero mi madre seguía durmiendo. Cuando el sol llegó a su cara, que todavía tenía maquillaje del día anterior, giró tapándose con el dorso de la mano. Tenía la cara hinchada por la borrachera.

Como de costumbre, mi hermano mayor, sentado de espaldas a mi madre, empezó a leer en voz alta el libro de inglés. Salí del cuarto dando vuelta alrededor del cuerpo de mi madre.

A la entrada del pueblo, en la calle que llevaba al centro, había una tienda.

Cuando, vacilante, me acercaba y observaba el interior de la tienda desde la puerta, la dueña, una señora joven, que levantada su falda sobre las piernas, espantaba las moscas o se abanicaba con el mata-moscas sin decir nada, abría la tapa de la jarra de vidrio y me daba dos caramelos. La boca de la jarra era ancha y la tapa de lata tenía la figura de una flor. A veces, con el rostro inexpresivo, cogía un puñado de pedacitos de caramelo del fondo de la jarra y me los regalaba junto con los dos caramelos. Otras veces, cuando tenía pereza, echaba una mirada desde el pequeño vidrio incrustado en la puerta de papel, bostezaba, y me decía que dejara el dinero y cogiera los caramelos. Ella sabía muy bien que la cantidad alcanzaba para comprar dos caramelos y que fuera de los dulces yo no compraba otra cosa. En esos casos, después de sacar los dos caramelos, no cerraba inmediatamente la tapa, me quedaba a la expectativa. Si ella no me miraba, rápido sacaba otro, lo guardaba en el bolsillo y salía diciéndole en voz alta: “Aquí está el dinero”. Cuando metía en mi boca un caramelo del tamaño de un ojo de vaca, se me llenaba la cavidad bucal hasta reventar. Sabía que con esos dos dulces podía aplacar el hambre hasta la hora de almuerzo. Además, sabía muy bien que, antes de consumirlos, no debía regresar a casa.

Caminé lentamente por la calle ancha. Al lado del camino vi las hojas del maizal, caídas y empolvadas; y las mazorcas mostraban los granos maduros que salían entre las barbas amarillas.

Cada paso que daba levantaba polvareda. Caminé lentamente chupando despacio el caramelo para que el sabor dulce invadiera mi boca.

Se oía el estallido de las bombas. La gente decía que los estallidos eran lejanos, más allá de las líneas de las montañas. Cada rato me detenía para sacar el caramelo de mi boca. Lo llevaba frente a mis ojos, observaba su tamaño y lo metía a mi bolsillo. Después de unos diez pasos, cuando ya no quedaba el dulzor en mi boca, lo volvía a meter y lo chupaba. Mis dedos, se quedaban pegados al caramelo pegajoso, como la pata de un pato y era muy difícil separarlos.

Al final de la calle estaba la escuela donde estudiaba mi hermana. Era un edificio de madera y de un solo piso. La puerta era un espacio entre el edificio y el cerco de naranjas silvestres. Allí, al aire libre, trabajaba el vendedor de algodón de azúcar. Su maquinita sonaba tultultul..., y cada vez que sonaba, se agrandaba el dulce de algodón y formaba una nube. En la mitad de una lata ovalada y grande, el señor echaba un puñado de polvo blanco, metía un palito delgado y hacía funcionar la máquina con su pie; entonces el algodón envolvía el palito capa tras capa. Pronto aparecía una flor blanca y resplandeciente de algodón. Nunca me cansé de ver el proceso. Los dulces aumentaron de cinco a diez, mientras yo seguía observándolos. El vendedor colocó el número once resueltamente, como si me dijera: “¿Te gusta? Si sí, anda a casa y trae dinero. Entonces lo comerás”. Desde la ventana del viejo edificio de madera, pintada de negro alquitrán, salía el canto a toda voz.

Sobre la loma, detrás de la escuela, había un orfanato cercado con rejas de fierro. Adentro había una casa de triplay parecida a un depósito, con ventanas en la parte alta de la pared, y un par de carpas militares. Había madera y ladrillos amontonados en desorden. Eran materiales de construcción. El sol quemaba pero no había sombra en el orfanato. Unas chicas, sentadas bajo la escasa sombra que daban unas tablas colocadas en forma de triángulo, se despiojaban; y los chicos de espaldas desnudas cargaban baldes de agua.

Mi segundo hermano los admiraba. Decía que esos muchachos formaban grupos de tres o cuatro, afilaban los clavos para usarlos

como cuchillos, y cuando se herían simplemente lamían la sangre, y se escapaban del orfanato. Sin embargo, otros tantos también llegaban y no se sabía de dónde. Mi hermana, cuando oía eso, temblaba de miedo. Cuando ellos decían en voz baja y apenas abriendo la boca: “Nos vemos a la salida”, todos los compañeros sudaban de miedo. Después de esa cita, en la calle menos transitada de camino a sus casas, ahí estaría, sin falta, la banda. Decía también que por una pequeñez podían meter a uno de cabeza en los silos.

La chica que lamía leche en polvo se acercó a la reja donde yo estaba.

—¿Quieres probar? ¿Quieres que te dé un poco?

Le extendí la mano; entonces la chica acercó ante mis ojos su mano con un poco de polvo y lo sopló.

—Vete, gorda.

Alguien tocó varias veces el tubo metálico colgado frente a la casa de triplay: tantantan...

—Tenemos hambre, tantantan.

—Hora de comer, tantantan.

Las chicas se levantaron rápido y entraron al edificio apresuradamente, mientras bailaban sus cabelleras.

Metí otro caramelo a mi boca, me dirigí al pueblo y entré al centro.

Como no era el día de mercado, la calle estaba silenciosa y sólo resonaba el golpe de martillo en la herrería.

Caminé lentamente hasta el final de la calle. Caminé siguiendo el curso del autobús interprovincial que se iba después de dejar algunos pasajeros. Eché una mirada al salón de belleza, la licorería y el hotel donde reinaba un silencio mortal.

Al caminar por esa calle recordaba a mi padre. ¿En qué lugar exacto lo habrían bajado los militares del camión a la fuerza? Aunque mi recuerdo no era claro, me parecía que no vivíamos lejos de ese lugar donde lo despedimos.

El herrero calentaba el hierro en el fuego de carbón de roble, y con fuertes martillazos sacaba filo a las herramientas. Cada vez que daba el martillazo, resaltaba el músculo bajo el brazo. Los campesinos que habían llegado a arreglar sus herramientas estaban tendidos frente a la herrería. Dormían con la cara expuesta al sol. Al pasar por allí, me fijé que entre ellos estaba el carpintero tuerto, dueño de la

casa donde vivíamos, acostado de lado, reclinando su cabeza sobre su morral de herramientas.

Cuando el sol avanzó más, llegué a casa. Era la hora de la salida de mi madre.

Mi hermana estaba paseando por el campo de cultivo de la casa cargando a mi hermanito, me enseñó la lengua ocultando su sonrisa. Era una señal de que había algo bueno.

—Vaga, ¿por dónde andas? —me regañó la abuela mientras lavaba el molino de piedra al lado del pozo de agua. Seguro que mi hermano, mientras leía el libro, estaría al tanto del movimiento de afuera, porque cuando mi abuela terminó de lavar, salió y lo llevó a la cocina inmediatamente.

En la cocina oscura estaba el fogón, y allí hervía la olla despidiendo vapor al aire. La cocina era un sauna asfixiante. Ya me imaginaba lo que sucedía. Yo, feliz, con la cara risueña, andaba de la cocina al patio y del patio a la cocina. La abuela me golpeó la cabeza con su puñito, y a mi madre que estaba saliendo después de maquillarse le recordó:

—No te olvides, ven a cenar a casa esta noche.

La abuela había traído otra vez una gallina perdida. El recipiente de lavar la ropa era muy grande para la cantidad de ropa. Y, de vez en cuando, en ese recipiente había una gallina grande. La abuela capturaba gallinas que andaban por el campo de cultivo de verduras, lejos del pueblo, alegando que eran gallinas sin dueño. Las gallinas llegaban a la casa con las patas dobladas y miraban asustadas su contorno. La abuela metía la cabeza de la gallina debajo del ala y la ponía en el mortero. Luego, un mazazo, y la gallina moría sin un “pío”.

Era un día tan sofocante que hasta la ropa se pegaba al cuerpo; sin embargo, la abuela, después de cerrar y poner seguro a la puerta de la cocina, desplumaba la gallina, bañada en sudor y con ojos parpadeantes.

A puerta cerrada tomamos el caldo caliente. Antes de que le ganáramos, la abuela sirvió la molleja y las patas al plato de mi hermano mayor.

Éramos diestros para desaparecer todos los rastros. En una esquina del jardín mi hermano mayor escarbó un hueco donde enterró las plumas mezcladas con ceniza para que no se las llevara el viento,

echó tierra sobre la sangre coagulada en el piso de la cocina y la barrió. No quedó ningún rastro de gallina.

La abuela guardó los huesos sin carne detrás del mueble de la cocina. Decía que el hueso de gallina hervido con ciempiés de la montaña, era una excelente medicina.

Limpiándonos los labios aceitosos con la mano, abrimos la puerta y nos sentamos en la entradita de la habitación.

Cuando nos establecimos en este pueblo, había rumores de que las gallinas desaparecían con frecuencia. Los dueños se acercaban a husmear por nuestra habitación en busca de sus gallinas perdidas. La gente murmuraba que era obra de los refugiados foráneos. Pero la abuela empezó a andar con el recipiente grande de lavar ropa sólo después de un año de nuestra estadía en el pueblo. En fin, éramos refugiados forasteros, iguales a los mendigos.

Mi hermano mayor, al principio no probó la carne de gallina. Nos dejó boquiabiertos cuando tiró su caldo en el desagüe. Pero después ya no pudo aguantar la tentación, tenía el apetito fiero de un muchacho en plena edad de crecimiento.

Para prevenir el malestar estomacal, la abuela me sirvió la sal no refinada y a mi hermanito un poco de soda. Decía que nuestro estómago no estaba acostumbrado a ese tipo de comida. La sal no refinada era más que salada, agria. Cuando pasaba por la garganta, picaba y arañaba.

A altas horas de la noche me desperté por la sed quemante, pasé gateando sobre los cuerpos dormidos y abrí la puerta.

—Quien come salado no se cansa de tomar agua, —rió mi madre, que aún no se dormía. Apestaba a licor. La abuela me amenazó:

—Si te orinas, te haré pasear por todo el pueblo con el cernidor de cereales en la cabeza.

El pozo de agua era profundo. El cielo oscuro había descendido dentro del pozo cilíndrico infinito y jalaba la soga del balde de sacar el agua. Y en un momento, cuando estaba distraída, se rompió el cielo y se deshizo en mil pedazos con un ruido sordo.

El rocío caía resplandeciente como pequeños pedazos de vidrio. Tomé agua y mojé mis pies. De nuevo bajé el balde al pozo. La soga se alargaba infinitamente. Observé el interior del pozo. Estaba lleno

de sonidos silenciosos e ininteligibles. Parecían iguales al suspiro de alguien.

Un ratón corrió rápidamente debajo de la entrada de madera, delante del cuarto de Pune. Los rayos lunares penetraban hasta el fondo de los espacios entre las maderas. Me acerqué a la entradita y miré el espacio bajo las tablas. Allí había un par de zapatos, uno boca abajo y otro boca arriba. El ratón habría estado jugando con los zapatos. Los tomé. Eran zapatos de tacón. Los tacones y la parte del empeine eran agudos y su interior tenía mucha tierra. Arrojé la tierra, los limpié con la mano y metí en ellos mis pies mojados. Mis tobillos casi se doblaron, y al perder el equilibrio, caí al suelo. Me los quité rápido, los puse encima de la piedra que estaba frente a la salita. Después miré la puerta del cuarto. El cuarto estaba oscuro y la pared de madera no me dejaba ver nada. ¡Qué raro! En ese momento no tenía miedo. Los caquis rojos y maduros caían al suelo anunciando su presencia de esa forma.

A medianoche, cuando así miraba el cuarto de Pune, lo que había pasado durante el día me parecía lejano y vago como si hubiera sido un sueño. ¿Sería por el silencio absoluto? Mi madre llegaba borracha a casa, yo me chupaba los dedos como ratón, debajo de la cobija sucia... Todo me parecía un largo sueño. ¿En realidad, no sería yo solamente esos fragmentos de recuerdos lejanos que tanto rebuscaba? Como la figura de mi padre. Mi padre era muy alto. No, a lo mejor era una imagen fundada en las palabras de la abuela. Ella, al ver el tamaño de mi hermano mayor, decía que él era idéntico a mi padre.

Después de la cena, cuando corría un viento fresco, mi padre salía a caminar cargándose en su cuello. Encima de él, yo era tan alta que me parecía estar sobre un globo, flotando en el aire, y sentía mareo por la altura:

—Pronto nacerá tu hermano, —me decía mi padre como si fuera un canto, mientras sostenía con firmeza mis piernas.

—En el vientre de mamá está el bebé.

—Agárrate fuerte de mi cabeza.

Agarraba fuerte su cabeza, tal como me mandaba. Mis manos se ensuciaban con el aceite grasoso de su cabello.

Para mí, mi padre era un conjunto de fragmentos de recuerdos: mano fuerte que agarraba mis piernas o pies, espalda abrigada, suave,

grande y empapada de sudor. Pero todos esos recuerdos, ¿no serían una invención de mi imaginación o de mis sueños?

—Cuando acabe la guerra volverá tu padre.

La abuela lo esperaba con paciencia aunque la guerra ya había terminado hacía dos años. No teníamos noticias de mi padre. A pesar de nuestra esperanza y de nuestro recuerdo grato de él, todos nosotros teníamos cierto temor de su regreso. En eso, ni mi hermano mayor era la excepción; a mi madre, que llegaba borracha todas las noches, la reprendía:

—¿Qué dirá mi padre cuando vuelva?

Quizás mi padre también habría cambiado, como nosotros, acostumbrados al sabor de gallina sin dueño, como yo cada día más audaz, sacando mayor cantidad de dinero de la billetera de mi madre, y como la abuela, que se hacía más experta en matar las gallinas sin un pío: últimamente, viéndole apenas los ojos, se desmayaban. En cada instante de ese largo tiempo de su ausencia, el humo de la extrañeza dejaba su huella. Y, temiendo que esa extrañeza fuera la causa de una nueva guerra, preferíamos recordarlo con cariño; en el fondo, deseábamos que no volviera y lo considerábamos como persona desaparecida. Y, quizás por eso, buscábamos este y otro pretexto para ocultar nuestro verdadero pensamiento, y le pedíamos perdón en nuestro silencio.

El estruendo de los cañones, que venía desde más allá de las montañas, recordaba al pueblo la guerra, y los refugiados de la guerra, que llegaban de vez en cuando, decían que más allá la guerra todavía continuaba.

Una libélula roja volaba por encima del estante de las ollas de barro. Durante la hora de la siesta dejó de llover. Estaba soleado, pero ya soplaba el viento.

Alrededor del estante de las ollas de barro había plantas de un año y las flores de otoño se jactaban de su color rojo. Se acercaba el atardecer.

En la tapa de una olla de barro había agua estancada y el cielo había bajado a su superficie. La libélula, vacilando entre posarse o no, daba vueltas.

La abuela todavía no volvía del arroyo, porque no se le veía. Tampoco se veía la dueña de la casa, que a esa hora lavaba arroz junto al pozo.

Me puse los zapatos de caucho y me senté en la entrada de la habitación. Había agua en los zapatos.

Los rayos solares, que llegaban en forma diagonal al cuarto de Pune, cambiaron el color amarillento del papel de la puerta a color azul. Por el peso del candado las delgadas maderas de la puerta parecían más oscuras que su color original, el marrón. ¿Lo que salía por los poros de las láminas de cartón sería la luz que atravesaba el cuerpo desnudo de Pune?

El sol de otoño era muy efímero. De un momento a otro, la sombra cubrió la puerta del cuarto de Pune, a pesar de que había luz todavía. Mirando cómo se oscurecía el cuarto de Pune, sentí que una honda y espontánea tristeza llenaba mi corazón.

De repente, me pareció oír el canto desde el cuarto. Parecía un lamento o un gemido en voz baja.

—Aaaaaaaa... aaaaaaaa...

En un momento, pareció que el papel azul pegado en la puerta se hinchaba y que había una sombra, la de una persona mayor, dentro del cuarto.

—Aaaaaaaa... Fue el último sonido. El sol caía liviano como el polvo del cosmético. Habría sido, quizás alguna sensación falsa de mi oído. Sin embargo, sentí que algo caliente y húmedo envolvía mi cuerpo, como la membrana de la cavidad bucal y que mi cuerpo se ablandaba como una esponja empapada de tristeza. ¿Lo habría sentido en otro momento, cuando la libélula que daba vueltas metió apenas su cola en la superficie del agua y ascendió de nuevo?

Nada había cambiado. Sólo el sol había bajado de intensidad.

El cuarto de Pune, a pesar de que aún había algo de luz, se sumergió en la oscuridad. Ahora el sol dejaba su huella solamente en la ventana occidental de nuestra habitación. La libélula movediza se mudó a la hoja de la planta de castor, del otro lado del muro.

Entré a nuestro cuarto, me quité la ropa y me paré frente al espejo. Relajé totalmente mis músculos, miré mi barriga resaltante y la bifurcación de mis piernas. Lloré sin ninguna razón.

Muy entrada la noche, brotó de pronto el llanto en la pieza donde vivía la familia del dueño.

—Dicen que murió la hija. Dicen que se suicidó mordiéndose la lengua. Cuando ella llegó con la medicina, la hija ya estaba muerta.

La abuela, que volvía de afuera, le contó a mi madre en voz baja.

—Entonces, era verdad que tenía encerrada a la hija.

Mi madre se levantó y encendió el candil.

Al día siguiente, nos despertamos por el ruido que venía del patio que daba a la puerta. El viejo carpintero estaba cepillando la madera.

—¿Para qué haces ataúd? La envolveremos con estera de paja y la sepultaremos en el mercado para que toda la gente que transite por allí la pisotee.

La mujer hablaba con voz ronca, pero el tuerco carpintero siguió cepillando en silencio. Donde había nudos cepillaba varias veces. Las herramientas como el serrucho, el martillo y el cepillo, que había traído de la herrería, parecían nuevas porque brillaban y labraban bien la madera.

Nosotros lo rodeamos pestañeando los ojos lagañosos, y observamos cómo la madera de pino resinosa y húmeda, al pelarse capa por capa, se blanqueaba más y más. La fragancia del pino fresco llegó hasta nuestras narices. El carpintero trabajaba sin levantar la cabeza; su cara era roja, como si estuviera borracho, y en sus manos, resaltaban las venas como lombrices. El aserrín que caía infinitamente, se amontonó alrededor de nuestros pies.

Al atardecer se oyó el claveteo del ataúd. Pune esperó la llegada de la noche y se fue de casa. No se levantaron carpas para atender a los visitantes, ni faroles que avisaran la muerte, ni adornos en su ataúd, ni el fideo que se sirve a la gente. Sólo el llanto de la señora, ya agotada, la acompañó mientras permanecía en casa. Toda la tarde y la noche estuvimos encerrados. Mi hermana se acercaba cada rato, al hueco de la puerta de cartón para mirar afuera. Cada vez que la veía la abuela, la agarraba del pelo y le daba golpecitos en la cabeza.

—Los niños que ven cosas feas, no tienen buena suerte.

Desapareció el candado de la habitación de Pune, pero la puerta seguía cerrada firmemente.

La muerte de Pune, convertida en contenido fragante de madera de pino, sobrevivió mucho tiempo en nuestra memoria.

—Mamá ¿sabes qué dice la gente de ti?

Mi hermano mayor se puso delante de ella, cuando mi madre iba a ponerse los zapatos blancos, recientemente lavados.

—¿Qué dice?

Mi madre tenía agarrada ligeramente la punta de la falda y, sin dirigirse a él; le preguntó sin temor.

—Dicen que eres una puta, una puta vieja.

El contorno de sus ojos se puso rojo, pero pronto se calmó.

—Que hablen lo que quieran.

Parecía que no le preocupaba el comentario de la gente.

—¿Qué dirá mi padre cuando vuelva?

—¡Quién sabe!

Mi hermano abrió violentamente la puerta y salió como una tormenta. La abuela, atenta a lo que pasaba afuera, permanecía en la cocina sin hacer ruido, asomó la cara pero se metió a la cocina de nuevo. Estaba preocupada.

—Hasta luego.

Mi madre se mordió los labios, sin necesidad limpió los zapatos blancos que no tenían ni polvo, y salió fresca como si no hubiera pasado nada.

En esos días, mi madre ya no bebía como antes, pero no volvía algunas noches. Mi hermano, bajo cualquier pretexto, golpeaba a mi hermana y le sangraba la nariz. Cuando le pegaba, mi hermana, agachada, recibía todos los golpes. Y cuando le sangraba la nariz, alzaba la cara mirando al cielo con los ojos llenos de lágrimas. La relación entre mi madre y mi hermano se hacía cada día más difícil. Era un hilo tan tenso y frágil que podía romperse fácilmente.

Se fue el verano. La Calle del Mercado, excepto los días de mercado, estaba más triste y desierta. Había pasado el verano que nos había inquietado y juntado todas las noches con rara excitación y calor desconocido.

Al finalizar el otoño, Sobun, la hermana menor de Pune, que vivía en una ciudad grande, llegó de visita. El día de su llegada Sobun abrió la ventana de nuestra habitación, y preguntó a mi hermano.

—¿Estudias inglés?

Por el cuerpo medio metido en nuestra pieza resaltaba su busto. Mi hermano se puso rojo hasta el cuello.

Sobun tenía dieciocho años. Llevaba un moño amarrado con una cinta reluciente en la cima de la cabeza y se había puesto maquillaje en la cara. Era una muchacha a la moda.

—¡Jajaja!... Tu pronunciación es coreanizada.

Mi madre nos había comentado que ella trabajaba de empleada con una familia estadounidense. El comentario de Sobun avergonzó a mi hermano. De nuevo se puso rojo.

—Mira, el señor de la familia donde trabajo se apellida Harrison. Esa familia ha enviado a varios chicos como tú a Estados Unidos. Está bien que estudies inglés. Yo le hablaré de ti. Esos señores valoran mucho a los muchachos pobres pero voluntariosos. Tratan de ayudarlos cueste lo que cueste.

Los ojos de mi hermano brillaron.

Sobun entraba a nuestra pieza como si fuera suya. Mi hermano le contestaba balbuceando con esa voz áspera, y se ponía rojo a cada rato. Pero parecía que no le desagradaba esa visita especial.

Sobun sabía arreglarse. No era comparable a las chicas del centro del pueblo que andaban moviendo la cadera en las noches. Aun en casa se ponía una falda muy apretada, medias transparentes que mostraban sus piernas, y zapatos de tacones altos. Sobun nos regaló chicles y chocolate; y a mi madre, un perfume intenso.

—¡Dios mío, qué manos tan finas...! —La abuela admiraba las manos de Sobun. Naturalmente, se tragaba la otra parte de su discurso: “trabajando de empleada”.

—Es que dice que no hay mucho trabajo. Lava la ropa con máquina y hace el aseo también con máquina, —dijo orgullosa la dueña.

—No es fácil obtener la confianza del señor Harrison desde el primer momento. Es que al principio ve a todos como ladrones. Hay que pasar el periodo de prueba. Primero, se necesita saber decir “wonderful day”, “good morning”, “I didn't rob” y “I'm not a liar”.

Ella dijo que él odiaba la mentira y el robo. Sobun permaneció casi dos semanas en casa. Durante ese lapso mi hermano obtuvo de ella toda la información sobre el señor Harrison. Por ejemplo, su carácter, su pasatiempo, su familia, su comida, etc.; sin conocerlo y sin saber si le daría o no trabajo. Supimos que ese señor Agregado Civil, blanco, un poco gordo y de edad avanzada, tomaba té en la mañana, y que le gustaba el bistec apenas cocido, cuya carne sangrara todavía.

Gracias a Sobun, mi hermano se informó de todo lo relacionado con la familia Harrison. No tenía asegurado la contratación, pero iría a trabajar allí, aseguraba Sobun, y además, todos los estadounidenses eran amables como ese señor Harrison.

Nosotros también pensamos que mi hermano iría pronto a Estados Unidos. Y no dudábamos de que volvería exitoso.

Sobun trataba a mi hermano como si fuera el suyo. Cuando mi hermano descolgaba los caquis maduros con el palo largo, Sobun los recibía en su falda, y cuando no se le complacía, ella misma se subía al árbol, y sentada en la rama haciendo descansar las piernas sobre la de abajo, cogía los caquis y se divertía tirándoselos a mi hermano.

—Chica coqueta...

La abuela no la veía con buenos ojos. En la noche, en vez de ir a la Calle del Mercado, mi hermano desaparecía con ella y regresaba muy tarde oliendo a hierbas secas. Después de dos semanas de vacaciones, Sobun partió a la casa del señor Harrison, prometiendo a mi hermano comunicarse pronto.

—I'm not a liar. I'm an honest boy.

Mi hermano repetía y repetía las nuevas expresiones, necesarias para convivir con los extranjeros. Trataba de pronunciar más suavemente.

Hubo buena cosecha de caqui. Esos tres o cuatro árboles viejos dieron abundantes y ricos frutos. Habrían juntado todas las fuerzas que les quedaban como si fuera su despedida. Por todo el jardín había caquis rojos y maduros que se pudrían. La dueña, que vivía casi fuera de sí a raíz de la muerte de Pune, nada más nos miraba cuando recogíamos los caquis y los comíamos.

Todo el otoño sufrimos por el estreñimiento y manchamos la frazada y la ropa con el color del caqui. La abuela nos regañaba mucho. Una anciana comenzó a visitar a la familia del dueño de casa. La gente decía que era una casamentera, y que la familia buscaba un yerno.

El otoño llegó a su plenitud. Hacía frío. Los zapatos que dejábamos encima de la piedra antes de entrar en la habitación endurecían como hierro durante la noche, y en la mañana, cuando abríamos la puerta bostezando todavía, podíamos ver la blanca escarcha encima del jardín y del techo de la pieza del dueño.

En la rama más alta del árbol de caqui había dos frutos. La rama pelada parecía caerle por el peso. Los árboles aparecían flacos sin sus hojas frondosas. Las urracas venían cada mañana a comer los rojos caquis madurados en la mata. Las partes que habían picoteado las urracas durante el día se habían puesto negruzcas por el sol y el viento; pero a la mañana siguiente, de nuevo eran rojas. Parecían llagas que se abrían y cerraban.

A los cien días de muerta, Pune se casó* después de recibir el papel de su “suerte de cuatro columnas”** amarrado con dos hilos de seda de color rojo y azul.

Al anoecer, colocaron una estera fina en la sala y una bandeja con pastel de arroz. La mamá de Pune, que se había puesto un vestido nuevo de seda, preparó su falda para recibir el regalo de la familia del novio: telas de seda de cinco colores: azul, rojo, amarillo, blanco y negro. El novio había sido el velador de los terrenos del cementerio del pueblo, al otro lado de la montaña, y había fallecido el verano pasado por mordedura de serpiente. Se decía que, al principio, la familia de la novia no deseaba el matrimonio porque el novio era de familia pobre.

En el patio, frente a la puerta, levantaron una carpa, y la señora, enjugándose frecuentemente las lágrimas con la cinta de su blusa, servía el licor y el fideo a los invitados. No vino ninguna hija.

—¿Acaso hay algo que festejar...?

Cuando la señora se limpió las lágrimas sin poder terminar de hablar, los invitados también negaron con la cabeza. Para ese día mataron un cerdo de tamaño mediano y los chicos llenaron la vejiga con agua, y todo el día la utilizaron como pelota en el campo de verdura ya cosechada.

Al avanzar la noche, el fuego de la fogata del patio se debilitó. Entonces prepararon la habitación de los recién casados. Tendieron a la muñeca Pune y al muñeco novio en la cama. Pune estaba vestida

* Los muertos también se casan. Según la creencia, los espíritus de los solteros vagan por el mundo. Sus familiares los casan con otros difuntos solteros. En la ceremonia de la boda los novios son representados como muñecos de paja.

** “Suerte de cuatro columnas”, según el confucianismo, cada persona, al nacer, ya tiene su suerte definida por la fecha y hora de su nacimiento, formando así cuatro columnas. Cada una está formada por dos letras, y según la combinación de éstas, arreglan el matrimonio. Hasta ahora sigue vigente esa creencia

de novia: blusa verde y falda roja. Cuando se apagó la luz del cuarto, los invitados, que todavía tomaban licor reunidos alrededor de la fogata, se callaron. Luego, como si se hubieran puesto de acuerdo, miraron hacia la puerta que tenía colgados los faroles envueltos con tela azul y roja. Sentimos algo frío sobre nuestra espalda, ¿habría sido el viento o la escarcha blanca que caía en abundancia?

Toda la noche oímos el llanto débil de la mamá de Pune. El carpintero tuerto estaba borracho desde el atardecer.

—¡Qué raro! Dicen que esta mañana, cuando entraron al cuarto, encontraron las piernas de los dos muñecos de paja entrelazadas.

—¿Cómo pudo ocurrir eso?

—Sí, pues... La señora, al ver eso, se desmayó. Dicen que, como la hija muerta era soltera, la casaron para que su espíritu viajara tranquilo al otro mundo; pero, sea lo que sea, como no les agradaba tanto el novio, la habían acostado un poco lejos del marido, y esta mañana los encontraron juntitos y con las piernas entrelazadas.

La abuela y mi madre conversaron en voz baja mientras tomaban el desayuno.

—¿Por qué las piernas de la novia se entrelazaron con las del novio? —Intervino mi hermana inocentemente.

—No es asunto de niños, —contestó la abuela a mi hermana; pero mi hermana, con el rostro de que sí entendía algo, miró a mi hermano haciéndole guiños. Mi hermano se puso rojo y se apresuró a cucharear.

El novio y la novia, después de la primera noche, fueron quemados en un rincón del valle de la montaña donde no llegaba el viento. El colchón, la frazada y el vestido de la novia también fueron quemados. Era un día claro y frío, a inicios del invierno.

La llama flameaba transparente por el sol, y los espíritus que andaban vagando solitariamente en el otro mundo, desaparecieron siguiendo el humo amarillo que subía.

—Jamás vuelvas a este mundo ni en forma de animal ni en forma humana.

La señora lloró esparciendo el licor sobre la ceniza que quedó en este mundo.

Los niños, que jamás comprenderían por qué ese humo y los espíritus se iban al cielo y desaparecían, pateaban y perseguían la vejiga de cerdo en la loma de la montaña.

Pasó el otoño y llegó el invierno, pero no había noticias de Sobun, que había prometido comunicarse con mi hermano. Quizás el señor Harrison no tenía interés en llevarse a mi hermano.

Mi madre no durmió en casa durante dos noches. En el segundo día de su ausencia, mi hermano golpeó a mi hermana y le sangró la nariz. Mi hermana, que siempre recibía sus golpes sin ninguna protesta, esta vez tomó otra actitud. Alzó la cabeza y le gritó:

—¡Esa coqueta te mintió! Sé qué has hecho tú con esa muchacha. Sé qué cosas sucias hicieron.

En el espejo, apoyado sobre la pared, aparecieron los fieles retratos de los dos. Una chica flaca que sangraba y que tenía una cara atacada por la psoriasis, y un chico de dieciséis años, de rostro agonizante por la tristeza, el odio y la vergüenza. El espejo se burlaba de su aspecto pobre y brillaba con burla. Durante un buen rato, mi hermano miró el espejo con sufrimiento y, finalmente, lo pateó. El cuarto, en un segundo, se llenó de pequeños fragmentos de espejo que brillaban cruelmente. El rostro de mi madre, que todas las tardes se maquillaba mirándose en él, se rompió en mil pedazos. Mi hermano, como si se despidiera de ese rostro destrozado en mil pedazos, los observó triste. Le pesaban sus desvalidos hombros.

Todavía se oían esporádicos cañonazos al otro lado de la montaña, pero había rumores de que pronto terminaría la guerra, y los refugiados empezaron a despedirse del pueblo uno por uno.

El invierno del pueblo era muy largo y frío por estar en un valle rodeado de montañas. Con la caída del sol llegaba la noche inmediatamente. Después de la cena, rodeábamos la estufa. Quitándonos la ropa interior, la poníamos encima de la estufa. Los piojos que habían estado escondidos entre las costuras salían lentamente. El calor los expulsaba, entonces los cogíamos y los aventábamos al fuego. En las noches el cuarto se impregnaba de olor a animal. Dejábamos la ropa en la entrada, y a la mañana siguiente, encontrábamos a los piojos muertos por el frío. Estaban rojos e hinchados.

Nosotros, que no pudimos despedirnos del pueblo como los otros refugiados, pasamos ese largo invierno encerrados en el cuarto matando piojos.

Cuando el invierno casi se despedía, nos mudamos a otro barrio. Los padres de Pune vendieron la casa y se fueron a vivir a la ciudad donde trabajaban sus hijas.

Era un día de nieve tardía. Caminé detrás de la carreta que llevaba nuestras cosas. Mis pasos estampados en la nieve se borraban inmediatamente por la nueva capa de nieve que caía. ¡Qué pena!

—Si nevaba el día de la mudanza, habrá buena suerte, llegará mucho dinero.

La abuela habló cojeando ostensiblemente porque el pie quemado se había agravado por el frío.

—¡Quién sabe! —sonrió mi madre sin ganas.

—¿Es que no sabes? Si nevaba el día de una boda, también es signo de buena suerte. Es muy natural porque el pasado queda sepultado bajo la nieve.

La abuela habló con convicción y emoción. Quería convencerla. Mi madre, sin responder, miró melancólica la Calle del Mercado. Ella parecía más vieja con la cara sin maquillaje, agotada, y azulada por el envenenamiento del plomo. Tenía ese semblante no sólo por el cansancio acumulado y la borrachera diaria.

Su mirada clavada en la Calle del Mercado pasó hacia la carretera que llegaba a la ciudad por donde habíamos llegado en un camión de carpa, y luego se perdió en las líneas lejanas de las montañas.

La nueva posada adonde nos mudamos era una casa en la que funcionaba un molino eléctrico. En el patio interior había un pozo profundo de donde se sacaba agua con una roldana. A pesar de que era más fácil sacar el agua, la abuela tenía todavía que ir al arroyo para lavar la ropa, llevando siempre ese recipiente grande en su cabeza, porque el terrible frío del invierno pasado había congelado la roldana y, como no había trabajo para el molino, el dueño tampoco se había ocupado de arreglarla. Yo tenía que cuidar a mi hermanito hasta que volvía la abuela con la mano enrojecida y helada.

Las plantas del patio adonde llegaba el sol pleno, empezaron a sacar sus cabecitas. Sin embargo, la parte trasera de nuestro cuarto, que daba al norte, seguía con hielo. Cuando el viento primaveral co-

menzó a soplar y el duro hielo a descongelarse, el dueño de la casa hizo la limpieza del molino lleno de telarañas y empolvado con la cáscara del arroz. Luego echó aceite a la roldana. Por fin pude salir de mi encierro. La abuela sacaba el agua del pozo y lavaba la ropa cargando a mi hermanito y poniéndole el gorro. Cuando usaba la roldana, sonaba “pigudoc, pigudoc, pigudoc”.

Recuperada mi libertad, empecé a vagar de nuevo. Mis pies se dirigían hacia el barrio donde habíamos vivido antes.

La parte interior donde antes vivían los padres de Pune estaba ocupada por gente extraña. Las chicas que jugaban sokupchangnan en el patio, me propinaron terribles miradas.

Estaban derrumbando la pieza donde habíamos vivido. Decían que el dios de la tierra estaba molesto y por eso iban a construir allí el baño y la bodega. Los garabatos y las manchas que hicimos en la pared y la ventana, debajo de la cual estaba el cajón de libros de mi hermano, habían desaparecido. Mi hermano ya no leía el libro de inglés.

Nuestro antiguo cuarto vacío era muy pequeño. Parecía mentira que hubiéramos vivido allí todos nosotros.

El nuevo dueño quitó la estera que cubría el piso y empezó a es-carbar. No quedaba rastro de nuestra vivienda en ningún lado. Mirando el hueco en el centro del cuarto, que se hacía más profundo por la excavación del hombre, se me salieron las lágrimas. Sentí algo de tristeza y vergüenza. La continua excavación del nuevo dueño sacaría de algún rincón del jardín las plumas mezcladas con ceniza y se mezclarían con los pedazos de espejo.

Llegó abril. La abuela me llevó a la escuela donde estudiaba mi hermana. Yo ya era estudiante. En los días del viento de arena amarilla, el vendedor de algodón de azúcar trabajaba haciendo sonar su maquinita.

Todo el pueblo sabía ya que mi madre era la amante del carnicero del centro. Un día, la esposa del carnicero la agarró de los cabellos y la hizo dar vueltas por el centro. Esa noche, cuando volvió mi madre, por primera vez la abuela le alzó la voz.

—¿Vas a escaparte abandonando a todos tus hijos? Por ti ya no podemos andar con la cabeza levantada.

Mi hermano nos juntó y dijo:

—Bueno, nos separaremos. Ustedes irán al orfanato hasta que yo vuelva con éxito. Limpiaré zapatos o venderé periódicos. O, en último caso, robaré. Iré a Estados Unidos moviendo cielo y tierra y triunfaré en la vida.

Sin embargo, la vida siguió igual. Mi madre continuó trabajando en las noches en el restaurante del centro; y mi hermano casi vivió en la Calle del Mercado toda la primavera y todo el verano.

Mi hermano, en vez de tocar solitariamente su armónica, silbaba ahora como los ayudantes de los conductores de autobuses. Yo sacaba más dinero de la billetera de mi madre.

En ese verano terminó la guerra. Las últimas dos familias de refugiados que todavía permanecían ahí, finalmente, se despidieron del pueblo.

Ya terminaba el verano pero mi padre no volvía.

Un día de calor tardío, mi madre, que se peinaba mirándose en el pequeño espejo inclinado en la ventana, se dirigió a la abuela:

—Anoche soñé algo muy raro. Cuando yo me peinaba caían unos piojos del tamaño de un grano de cebada.

El rostro de la abuela cambió inmediatamente.

—Es de mal agüero tener el pelo suelto, pero es de buena suerte ver a los piojos en sueños. En fin, llegará alguna noticia. Vuelve a casa y averigua si está vivo o muerto... La voz de la abuela carecía de fuerza.

Los párpados de mi madre temblaron un momento:

—Y, tú, chica de ojos amarillos, ¿no vas a la escuela tú? —me regañó la abuela. Es que había dejado de preparar el bolso para ir a la escuela por estar pensativa, desanimada y afectada por el ambiente triste.

Envolví mis libros en un mantel, lo amarré a mi cintura y salí corriendo. El sol estaba alto y ya había empezado a calentar la tierra.

Los alumnos ya estarían en la primera clase porque no había ningún chico en el jardín de la escuela.

—Luna, luna, ¿qué luna? Luna redonda como la bandeja.

Por la ventana abierta de mi salón oí a mis compañeros que leían el libro de lenguaje.

—Oye, gorda, ¿hoy no compras? —me preguntó el vendedor de algodón de azúcar, pero yo corrí hacia el jardín sin responderle. Sonó la campana del fin de la primera clase.

La cuarta y última clase, era arte. Dibujamos el tulipán en el macetero, que estaba en el libro de arte.

Los crayones, hechos mezclando el colorante con la cera, no pintaban bien. Se rompían en pedazos. Los compañeros pintaban con ahínco, con la cabeza agachada, y sorbiendo el moco; pero yo, sin poder concentrarme, miraba el pelo de la chica sentada adelante. Tenía las trenzas tan menudas que por poco se salían los pelos, y las gotas de sudor brillaban sobre su piel blanca bajo del cabello.

El sol alumbraba la pizarra y yo no podía ver bien lo que estaba escrito allí. Era un día muy caluroso. Metí la mano al bolsillo y acaricié el dinero. Sabía muy bien que el vendedor de algodón de azúcar se quedaba en la puerta de la escuela hasta la hora de salida; ¿pero, si no?, —pensaba preocupada.

Por la carretera, visible desde la ventana, vi a un hombre que caminaba arrastrando un pie. Aun bajo el sol caliente llevaba puesto un gorro viejo. Era alto y su cara estaba roja. ¿Sería por el calor o andaría borracho desde temprano? En un momento, sus ojos y los míos se encontraron. Él, como si buscara a alguien, caminaba lentamente mirando hacia las ventanas abiertas.

—Bueno, ya es la hora de terminar. Los que pintaron algo, tráiganlo.

Golpeó el maestro la mesa con la regla. Recién entonces volví en mí. Sorbí el moco y embadurné los crayones rojo y verde en el papel que había dejado en blanco, hasta más de la mitad.

Cuando sonó la campana del fin de clase, vino el mensajero viejo con un recado y entró al salón con cuidado. El maestro me llamó.

—El director te busca. Ve pronto.

Seguí al mensajero hasta el final del pasillo donde estaba la Oficina del Director. Estaba despidiéndose de una visita.

—¿Eres la hermana de Chongnim Kim? —me preguntó después de despedirse de la visita. Le dije que sí en voz baja.

—Ha llegado tu padre. Como él no sabía dónde estaba tu casa, vino a la escuela en busca de tu hermana. Dijo que te esperaba en la puerta de la escuela. Ve y llévalo a casa.

El sol atravesó los lentes del director y llegó a la pizarra. Luego dibujó allí una línea que temblaba dolorosamente.

—Ha llegado tu padre. Llévalo a casa.

Repetí en voz baja lo que me había dicho el director, sin prestar atención al significado. Mis ojos se clavaron en el plato que contenía unos pedazos de torta encima de la mesa. Era una atención al visitante que acababa de salir. Alrededor del plato daban vueltas las moscas.

—Señor director, la reunión... —el mensajero viejo le dijo tímidamente en la puerta. El director puso su mano en mi hombro como queriendo decir algo más, pero salió diciéndome simplemente: “Anda rápido con tu padre”.

Cuando él salió, tomé un pedazo de torta y lo metí en mi boca. Por tragarlo tan rápido casi me ahogo. Me brotaron las lágrimas. Rápido agarré otro pedazo, lo metí al bolsillo y salí de la oficina hacia el pasillo.

Desde la ventana del baño pude ver a mi hermana que corría atravesando todo el jardín de la escuela. Corría con los brazos abiertos como un ganso. Los chicos que andaban con la navaja entre sus dedos cortaron la liga que dos chicas agarraban tensamente mientras otras saltaban por encima. Las chicas, enojadas, empuñaron tierra y la echaron a los chicos con insultos estruendosos. Mi hermana, escapándose de ese grupo de chicos y chicas, corría y corría. En la puerta estaría mi padre. Por encima de la cerca de naranjos trifoliáceos aparecieron copos de algodón de azúcar como pedazos de nube.

Mientras observaba la escena del jardín, saqué el pedazo de torta y me lo comí. Apenas terminé de comerlo, sentí náuseas. No pude aguantar. Vomité todo. La torta dulce subía sin fin por mi garganta. Se me salían las lágrimas sin ninguna razón. Sentía mucha tristeza.

Tenía la cabeza entre las piernas. Vomitando miré el silo, en cuyo fondo oscuro se filtró un rayo de sol. De algún lugar y a través de las gotas lacrimosas, vi algo blanco que hervía abajo. Algo hervía a gritos bajo el rayo de sol.

(1980)

LA CALLE DE LOS CHINOS

La vía férrea que dividía la ciudad en dos, el norte y el sur, terminaba al final del puerto. El tren que cargaba carbón se detenía allí súbitamente. Parecía que la parte delantera entraría al mar y por la abrupta parada, el polvo del carbón caía al suelo.

Aunque fuéramos a casa, no nos esperaba el almuerzo porque los días de invierno terminaban pronto. Entonces, cuando se acababa la clase, después de dejar la mochila en casa, íbamos en grupo a la fábrica de harina de trigo que estaba al norte del puerto, pasando el muelle.

El patio donde daba el sol, estaba cubierto de estera y sobre la estera estaba amontonado el trigo todavía húmedo. Aprovechando los momentos en que el guardián se ausentaba, entrábamos al patio, y, pisando un rincón de la estera, cogíamos un puñado de trigo. Con el trigo en la boca reanudábamos nuestra caminata. En los primeros momentos, los granos de trigo rodaban entre los dientes. Pero luego, con la saliva caliente y dulce, sus cáscaras duras se ablandaban. Entonces se sentían gelatinosos y, cuando llegábamos a la vía férrea, se ponían más compactos.

Con la goma de trigo hacíamos globos, jugábamos con piedritas que había entre las maderas y los rieles o buscábamos los clavos que habíamos dejado ahí el día anterior, para imantarlos. Así pasábamos el tiempo, esperando el tren de carga.

Por fin llegaba el tren de carga, esperado con tanta ansia. Después de sus sacudimientos al detenerse, nos metíamos bajo las ruedas. La puerta del vagón siempre tenía huecos. Por esas aberturas metíamos las manos; primero sacudíamos el polvo de carbón y luego sacábamos los carbones redondos. Cuando los obreros ennegrecidos salían del depósito de carbón, al otro lado de la vía férrea, nosotros ya teníamos suficientes carbones y escapábamos sin problemas saltando la reja de hierro, que era baja. En general, metíamos los trozos de

carbón en pequeñas talegas; pero los mayores y más ágiles los metían en sacos de cemento.

Después entrábamos al pequeño restaurante del muelle, ocupábamos una mesa del rincón, y de acuerdo con la cantidad de botín del día, nos servían fideo o empanadas, o pan con frijol.

Los carbones se convertían a veces en camotes asados, en dulces, en fichas de juego. Sabíamos muy bien que en el restaurante del muelle los carbones equivalían a dinero en efectivo y que podíamos hacer trueque por cualquier cosa. Por esta razón, los chicos de mi barrio siempre éramos perritos negros.

Mi barrio tenía dos apodos: Barrio de la Playa y Calle de los Chinos. Por el polvo de carbón que traía el viento norteño nuestro barrio siempre estaba bajo la sombra, y el sol que nunca era claro en medio del aire negruzco, se parecía a la luna en pleno día.

La abuela siempre limpiaba el lavadero con un trapo húmedo y ceniza de madera sacada del fogón. Así, el lavadero de cobre quedaba brillante. Allí sólo lavaba las camisas de mi padre y las tendía bajo el techo adonde no llegaba el viento. Aun así tenía que lavarlas de nuevo y almidonarlas varias veces.

—¡Maldito polvo de carbón! No es lugar para vivir.

Cuando empezaba así mi abuela, yo le repetía la parte que ella siempre agregaba:

—Es que cuando lavábamos en el riachuelo Kuangsokchon* en el norte, antes de la guerra, la ropa quedaba tan blanca que al final parecía azul. ¿Existiría un veneno tan azul como esa ropa?

Después de las vacaciones de invierno, la maestra de mi salón separaba a los que vivíamos en el barrio de la Calle de los Chinos, y nos llevaba al cuarto del guardián de la escuela. Nos hacía desnudar medio cuerpo, de la cintura hacia arriba, nos ponía en cuatro patas, con manos y pies en el suelo, y luego nos echaba agua tibia. Después de revisarnos, detrás de las orejas, el cuello, las uñas y los pies, y segura de que ya no teníamos polvo de carbón, nos daba el visto bueno con golpecitos en la espalda ya fría. Nosotros, riéndonos, nos poníamos primero la ropa interior donde veíamos nuestras células muertas.

* Kuangsokchon, literalmente significa el “riachuelo de mina”.

Cuando llegó la primavera, pasé al tercer grado. Como estudiaba en el turno de la mañana, a mediodía, Chioc y yo volvíamos a casa despacio, abrazadas.

—Yo quiero ser cosmetóloga, —dijo Chioc con voz débil, al pasar frente al salón de belleza en la calle diagonal.

—Como mañana deben tomar la medicina contra las lombrices, vengan sin desayunar.

Tal como nos había mandado ayer la maestra, Chioc y yo estábamos en ayuno total. ¿Sería porque el estómago estaba vacío? ¿Sería por el efecto de la píldora vermífuga? ¿Sería por el olor que salía del alga roja* al hervirla? Todo estaba amarillo: el sol, los rostros de los transeúntes, hasta el violento aire primaveral que hacía rondar nuestras faldas y penetraba a nuestros cuerpos.

La calle, excepto las tiendas medio construidas, estaba vacía. Sólo había, como dientes podridos, escombros de edificios destruidos por las bombas.

—Dicen que ése era el cine más grande, —murmuró Chioc señalando una pared blanca que se alzaba como una pantalla o como una cortina del escenario. Pronto desaparecería, porque los obreros, en fila, estaban observándola para definir por dónde comenzarían la demolición a golpe de pico. Esa pared grande y blanca estaba destinada a caer estruendosamente.

Del otro lado de la pared ya derrumbada, estaban seleccionando los ladrillos y fierros aprovechables.

—Han demolido perfectamente. —Remedando a los mayores, Chioc, repitió varias veces la expresión “demolido perfectamente”.

La gente, igual a las hormigas, construía y construía casas en los lugares vacíos. Y en los tambos cortados por la mitad, hervían el alga roja usando los carbones redondos.

Chioc y yo nos deteníamos frecuentemente para escupir.

—Las lombrices se alocan después de saborear la medicina.

—No, están orinando. La náusea continuaba. Todo era amarillo: la espuma que salía al hervir el alga roja, el humo que salía del carbón, el hedor a cal mezclado con las algas.

* *Alsidium helminthochortus*, alga vermífuga. Se usa hervida en la construcción de casas.

—¿Por qué utilizarán el alga roja para construir la casa? Esa pestilencia me da dolor de cabeza. Parece que se me salen hasta las raíces del cabello.

A Chioc se le cayó pesadamente el brazo que estaba sobre mi hombro. Pero yo, caminando lentamente, absorbía ese olor amarillo, imagen de esta ciudad, que significaba mi primer vínculo con ella.

La primavera anterior mi familia se había mudado aquí.

—Cuando tu padre consiga trabajo... —decía mi madre mientras rociaba las hojas de tabaco tendidas en orden. Se llenaba la boca de agua y luego la escupía sobre las hojas de tabaco. Al terminar, las metía en el saco y se lo echaba a la espalda. Salía de madrugada y volvía agotada a casa después de dos o tres días.

—Aunque sea muy valiente, ya no puedo seguir con este negocio del cigarro. ¡Qué revisión tan rigurosa! Cuando tu padre consiga el trabajo...

Mi padre anduvo pidiendo ayuda a sus amigos y a sus antiguos compañeros de la escuela. Algunos estaban bien acomodados, ya por haber llegado antes al sur, ya por haber superado inmediatamente las terribles consecuencias de la guerra. Por fin consiguió trabajo como jefe de la Oficina de Distribución de Queroseno. El día que iba a llegar el camión de mudanza, desayunamos en la madrugada y sacamos a la calle los bultos: colchón, cobija y utensilios de cocina, amarrados con una soga. Ya era medio día, pero el camión no llegaba. Habíamos concluido la interminable despedida con los vecinos del barrio.

Cuando el sol estaba por ocultarse, mis dos hermanos y yo estábamos sentados en el suelo, cansados y aburridos hasta del juego. Mi madre nos levantó del suelo para invitarnos a comer en el restaurante del centro del pueblo, que se especializaba en toda clase de fideos. Nos habíamos cambiado de ropa en la mañana; pero, por el moco que nos fluía, las manos y las mangas estaban sucias. Es que como nos limpiábamos con el dorso de la mano o con la manga, la mano y la manga brillaban.

Ya estaba oscuro, pero mi madre, sentada sobre los bultos de colchón y cobija, amamantando a mi hermanito, miraba fijamente el puente por donde debía aparecer el camión.

Al fin apareció el camión después de tanta espera. Sus dos focos delanteros brillaban en la entrada del puente y el motor producía tremendo ruido. Mi madre casi gritó:

—Viene el camión.

Todos nosotros, que estábamos sentados sobre los bultos, nos levantamos como resortes. El camión paró un momento en la calle, y el ayudante del conductor sacó la cabeza por la ventana y llamó en voz alta a mi madre que había corrido hasta allí. Mi madre volvió y el camión partió de nuevo. Nos miramos perplejos. Las figuras negras que se vislumbraban a través de las redilas de madera, eran vacas. Los cuernos curvados y el rumiar, perceptibles en medio de la oscuridad, eran claros indicadores de que eran vacas.

—Van a volver después de llevar las vacas. Es que, si usamos el camión que viene con carga hasta acá, el pasaje cuesta la mitad. Mi esposo lo contrató así a propósito.

Ante aquella explicación, la abuela siseó con la cabeza varias veces, aprobando, “está bien”. Pero su rostro decía que no estaba totalmente convencida. Mi abuela nunca contradijo a mis padres.

El camión reapareció ante nosotros después de más de dos horas. Habían ido hasta el rastro, a doce kilómetros de la ciudad, y, después de bajar todas las reses, habían limpiado los excrementos del piso de la carrocería.

Subimos todos los bultos y, cuando, por último, mi madre se acomodó con el bebé entre el conductor y su ayudante en la parte delantera, partió el camión. Habrían sido casi las doce de la noche porque a lo lejos se oía el silbato del tren que iba al sur.

Saqué mi cabeza por encima de los bultos y observé que el pueblo enterrado bajo la oscuridad se alejaba más y más. El pueblo, las montañas y el bosque formaron un solo cuerpo más oscuro. Al principio, ese cuerpo era del tamaño de la palma de la mano, luego se convirtió en un punto, y ese punto venía detrás del camión siguiéndolo.

Al salir del pueblo, nos esperaba el camino montañoso. La carretera no estaba asfaltada, y, además, como el conductor manejaba con brusquedad, el camión daba saltos. Cada vez que saltaba, nosotros, que estábamos como liendres entre los bultos, saltábamos como muñecos de resorte. La abuela aguantaba los dolores de huesos apretando los dientes. A un lado de la carretera corría un río. Cuando saltaba

el camión, temiendo que se cayera al río, abrazaba con fuerza a mi hermanito de cuatro años y cerraba fuerte los ojos.

Era primavera, pero el viento de la noche nos hería como cuchillo afilado. El viento que partía el agua del río, giraba por el aire arañando nuestra piel con sus agudas uñas y se llevaba poco a poco la pestilencia del excremento de res impregnada en la carrocería.

—¿Ya habrían muerto todas las vacas? —Pregunté a mi hermana mayor, recordando de repente el rumiar sonoro y mojado en la oscuridad. Mi hermana permaneció silenciosa. Seguía con la cabeza metida entre las piernas. Seguro que estarían muertas ya. Quizás ya las habrían partido en pedazos, pelado y sacado los intestinos.

La luna llena seguía encima de nosotros. Mi hermanito de cuatro años, que generalmente no era locuaz, señalaba la luna y decía: “Carajo, ¿por qué nos sigues?”

El camión tenía que parar a cada rato porque los cinco niños necesitábamos orinar. Cuando tocábamos el pequeño espejo que separaba la parte delantera de la carrocería, el ayudante abría la ventana y, sacando la cabeza, decía: “¿qué?”, casi gritando.

—Quiere orinar.

El ayudante, al principio, hizo la seña de que orináramos en la carrocería, pero mi abuela se opuso. De mala gana, el camión se detuvo, entonces el ayudante, bajándonos uno por uno, nos dijo con brusquedad:

—Orinen todo de una vez.

Acurrucándonos en el camino, orinábamos temblando.

En las fronteras entre un pueblo y otro, y en las curvas, siempre había puestos policiales. En cada puesto nos examinaron. Cuando los policías, en uniforme de combate, lanzaban sus luces de linterna hacia la carrocería, mi madre, que decía que ya no tenía valor, sacaba la cabeza por la ventana sin necesidad y gritaba:

—Examinen lo que quieran. Verán que hay solamente unos pobres bultos y niños.

El camión, además, se detuvo tres veces más: una para cargar gasolina, y dos más, por falla mecánica. Pasando por tantos puestos policiales, ríos y ciudades dormidas, el camión llegó a la ciudad en la madrugada. Habíamos viajado toda la noche. Por el ruido del viejo motor, las calles despertaron.

Llegamos al extremo de la ciudad; una punta que penetraba al mar. Era un barrio en la playa. El ayudante del conductor nos bajó junto a los bultos. La luna, que toda la noche nos había seguido, perdió su brillo y estaba aplanada como un disco en el cielo del alba. El camión se había detenido frente a una casa vieja de madera de dos pisos. El piso bajo daba a la calle y tenía puerta de vidrio como las tiendas. Y en esa puerta empolvada había un letrero rojo: “Distribuidor de Queroseno”. Era la casa donde viviríamos desde ese momento.

Mis dientes castañearon por el aire frío que llegó violentamente. Cargué a mi hermanito sobre mi espalda. Yo era responsable de él.

La ciudad que atravesamos y que miré con curiosidad y esperanza, sacando la cabeza por encima de los bultos de la carrocera, no era el lugar que habíamos soñado cuando vivíamos en el pueblo como refugiados de guerra. Mi ciudad soñada era un mundo de pompas multicolores de jabón o de árboles de Navidad; un país lejano del que oíamos hablar.

A ambos lados de la calle angosta había casas de un solo modelo: dos pisos de madera, con una baranda pequeña. La calle parecía pobre, sucia y desordenada, pero llena de vida como el primer aleteo del gallo en la madrugada. Eso se debía a los ruidos de las bicicletas de los comerciantes que se dirigían en la madrugada al muelle para comprar pescados y mariscos, y a los pasos apresurados de los obreros de la fábrica de harina de trigo que estaba al final del puerto. Ellos subían la cuesta, cuidándose de no chocar con el camión ni con los bultos dispersos que obstruían la calle.

A pesar de que todo era diferente al pueblo que habíamos dejado la noche anterior, por un momento me sentí confundida: ¿de verdad nos habíamos mudado?, o ¿de verdad era ése un lugar extraño? Esa confusión venía del aroma impregnado en el aire, un olor muy familiar, como el sueño cuyo contenido se olvida, pero queda el ambiente. ¿Qué olor era?

Mi padre salió abriendo la puerta de vidrio de la oficina y reclamó al conductor por no haber cumplido con su palabra; y el conductor le respondió con furia señalándonos con su dedo, y a los bultos. Nosotros, por miedo y curiosidad, dirigíamos miradas tanto a papá como al conductor.

Yo, que era una chica de nueve años con la cara manchada de psoriasis, cargando al hermanito en la espalda, miraba el barrio donde radicáramos. Tenía el pelo corto y en el cuello se me notaba el rastro de la rasurada. Mi blusa amarilla tenía relleno de algodón, y ese algodón se salía por la rotura.

La bulla de la mudanza despertó al barrio, y la gente abría las ventanas o sacaban la cabeza despeinada, por las puertas que daban a la calle.

Mi casa era la última de la serie de dos pisos. En cada lado habría unas diez. A partir de mi casa empezaba la cuesta inclinada, y en la cumbre, otra serie de casas de dos pisos a ambos lados de la calle. Eran grandes y sus muros estaban pintados de azul claro o blanco.

La calle subía a la cumbre y la primera casa de la cumbre casi colindaba con la mía. Las casas de allí tenían muros altos, pero sus puertas y ventanas eran pequeñas en contraste. Las puertas eran de madera y las ventanas, a su vez, estaban protegidas por contraventanas de madera que las ocultaban eficazmente. Parecían casas vacías o depósitos.

El tamaño de la casa era enorme pero la inclinación del techo era muy aguda, y el alero, demasiado corto. Eran casas muy raras y desequilibradas. Esas casas miraban desde la cumbre con indiferencia y sin cariño hacia abajo, donde estaba nuestro barrio. Para ir al muelle, la gente tenía que subir la vertiente y pasar por esas casas; sin embargo, la cuesta parecía una isla solitaria y las casas de allí, crustáceos con bocas cerradas que se dirigían al mar. Parecían pobres, pero muy patéticas. Tal como la mayoría de los edificios viejos nos despertaba la fantasía de una historia no escrita, esas casas también nos hacían entrar en el mundo de la imaginación.

El ayudante había bajado todos los bultos hacía rato, pero el camión no se marchaba y seguía con el motor encendido. El chofer, que no había podido cobrar la cantidad que había pedido, dormía con los dos brazos en el volante. Había entrado en la guerra de la paciencia.

—¡Carajo! ¡Qué bulla desde la madrugada! ¿De nuevo empezó la guerra o qué?

La voz aguda de una mujer joven cayó sobre nuestras cabezas y sobre el ruido del motor que el chofer hacía sonar en forma de pro-

testa. Mi madre y nosotros, boquiabiertos, alzamos la cabeza. Una mujer joven estaba por entrar al cuarto desde la baranda del segundo piso de la casa frente a la nuestra. Apenas se había cubierto la parte de arriba poniéndose un saco militar sobre los hombros; exponía sus piernas desnudas. Su pelo teñido y suelto bailaba al caminar.

Mi padre agarró a mi hermano mayor que estaba jugando, y le dio unos coscorrónes en la cabeza. Él se metía debajo de las llantas del camión a cada rato. Luego, al vernos a todos juntos se rió comentando, “parecen una división militar”. Su risa no era verdadera, sino forzada.

Desaparecieron las nubes del alba y el sol empezó a poner transparentes los objetos. Aun así, las casas sobre la cuesta no despertaban. Sus puertas seguían cerradas firmemente. La oscuridad azulosa del alba, asomada por todos los lados de la ciudad, estaba todavía en el cielo, encima de la cuesta, como un mal signo, como nubarrones de lluvia.

Cuando definitivamente se fue la oscuridad, el olor, que convertido en pequeñas líneas de agua, fluía por las pequeñas aberturas de la estera colgante de la noche, empezó a revivir por toda la ciudad, como si soltara una respiración larga y contenida a la fuerza.

Entonces lo identifiqué. Gracias a ese olor, la ciudad y sus calles se me acercaron como algo familiar y real. Ya no las sentía extrañas. Para mí ese aroma significaba la felicidad, el olor del pueblo que habíamos dejado la noche anterior, y el recuerdo de la niñez.

Cuando florecían los “diente de león”, siempre sufría de mareo y náusea. Sentada en la piedra delante de la salita, escupía. La saliva era espumosa. Mi hermanito, gateando por el jardín, comía tierra. La abuela, todas las primaveras, hervía el alga roja. Yo le decía: “No, abuelita, no”; pero a fuerzas tenía que tomar un vaso de té de esa alga. Entonces sentía que el mundo se ponía amarillo y también un cansancio incomprensible. Totalmente confundida, preguntaba a la abuela si era de día o de noche. Y la abuela, me contestaba riéndose:

—Chiquita, las lombrices están pataleando.

Poco a poco entré en el confuso mundo de color amarillo como si anduviera por el camino del sueño olvidado; cuando, de pronto, llegó a mis ojos un rostro pálido y joven, al abrirse una de las ventanas de esas casas de dos pisos en la cumbre.

Mi madre estaba embarazada del séptimo hijo. Todas las mañanas, antes de ir a la escuela, iba al muelle con un plato. Para llegar allí tenía que pasar por las casas de los chinos. En el muelle compraba conchas y ostras frescas, único alimento que no rechazaba el estómago de mi madre. Por temor y curiosidad miraba de reojo las puertas cerradas y corría al mismo tiempo. Desde la cumbre, si daba veinte pasos más, terminaba la calle de los chinos abruptamente, y abajo aparecía el muelle. Al llegar a la bajada, jadeante, volvía la mirada hacia arriba. Entonces, se escuchaba la cortina de la tienda que estaba en la salida de la cuesta. Era la carnicería adonde iba una vez a la semana a comprar trescientos o ciento cincuenta gramos de carne de cerdo. Mi madre, al darme el dinero, nunca olvidaba decirme:

—Si te da poco, pregúntale: ¿me da poco por ser niña? Y dile también que no te dé grasa, sino solamente carne.

El carnicero era un chino viudo. En una mejilla tenía una verruga del tamaño de una castaña con unos pelos largos como barba. Parecía que alguna mano los jaloneaba secretamente.

—No me dará poco por ser niña, ¿verdad? Así le decía y le pagaba rápidamente. Me paraba de puntillas para poder apoyar mi mandíbula en el mostrador.

El chino, que estaba afilando el cuchillo en la correa de cuero colgada en la pared para cortar mejor la carne, nada más me miró. No me entendió. Lancé otra petición antes de que el chino cortara la parte que no deseaba mi madre:

—Mi mamá quiere que nos dé solamente carne.

Esta vez, el chino sí comprendió. Riendo malignamente, cortó un trozo de carne.

—¿Por qué solamente la carne? Te dalé el pelo y la piel también.

Junto a la carnicería había una tienda que vendía pimienta, azúcar rubia, té chino, etc. Era la única tienda china en el barrio. Nuestros vecinos iban a la carnicería para comprar la carne de cerdo; pero nunca a la tienda contigua. No nos interesaban sus cosas: bolitas de adorno para la ropa o los zapatos, colorantes, cohetes para los días festivos, etcétera.

Aun en los días soleados, la tienda estaba oscura por tener abierta solamente una parte de la puerta. La oscuridad la hacía parecer sucia.

Sin embargo, al atardecer llegaban las chinas con una canasta colgada en el brazo. Caminaban a pasos cortos por sus pies reducidos a la fuerza, mientras el moño sobre sus cabezas y los aretes de plata bailaban con cada movimiento. Ellas y la oscuridad se acercaban a la calle de los chinos desde diferentes direcciones.

Los hombres, sentados en las sillas frente a la tienda, fumaban pipas largas sin hablar. Mucho tiempo se quedaban así, aparecían y desaparecían con el humo. En general, eran viejos.

Nosotros, sentados en la vereda, un poco más alta que la calle, los señalábamos jugando con los pies.

—Están fumando opio. ¡Sucios, viciosos del opio!

El humo amarillo que salía de la pipa larga se dispersaba en el aire. Los chinos viejos, a veces, nos miraban con una sonrisa.

En ese barrio, más conocido como la Calle de los Chinos, los únicos que estábamos al tanto de los chinos éramos los niños. Los mayores eran indiferentes y cuando se referían a ellos, decían con desdén, “cochinos”. No teníamos contacto directo con ellos, y eso estimulaba nuestra imaginación y curiosidad acerca de ellos, que vivían en las casas de la cumbre.

Para nosotros, ellos eran contrabandistas, opiómanos, *coolies* que escondían el oro entre la tela y el forro de sus ropas; jinetes bandidos que merodeaban por las tierras frías, salvajes que comían el hígado del enemigo repartiéndoselo entre ellos, carniceros que hacían empanadas de carne humana, cochinos de las llanuras del norte de Manchuria donde el excremento se congelaba antes de que uno se subiera el pantalón... ¿Qué habría detrás de esa puerta cerrada, y en el interior, que no lo mostraban, aunque uno fuera su amigo de diez años? ¿Oro, opio o desconfianza?

—¿No quieres hacer la tarea en mi casa? — me invitó Chioc cuando llegamos a casa mirando la baranda del segundo piso de su casa. Estaban tendidas las cobijas, lo que significaba que no estaba Margarita. Ella usaba una cama occidental y se tapaba con esas cobijas. Mis ojos bailaron entre mi casa y la de Chioc. ¿Qué hacer? La abuela y mi madre, al mencionar la casa de Chioc, decían “casa de puta”. Dentro de la vecindad nosotros éramos los únicos que no habíamos alquilado el cuarto a las prostitutas. Ellas abrían de par en par la puerta que daba a la calle, abrazaban a los soldados estadounidenses, tendían

sus ropas interiores y cobijas multicolores en la baranda donde llegaba buen sol, y así secaban el ambiente húmedo de la noche anterior. La abuela, acostumbrada a tender la ropa interior de mujeres en una cuerda provisional dentro del cuarto, volteaba la cabeza y criticándolas exclamaba:

—Basura.

Los padres de Chioc ocupaban el primer piso; la habitación grande del segundo piso la alquilaban a Margarita que vivía con un negro. El cuarto de Chioc era una habitación larga y angosta al lado de la de Margarita. Por eso, para entrar a su cuarto tenía que pasar por la puerta del cuarto de Margarita. Cada mañana, cuando iba a llamar a Chioc, veía a Margarita echada en la cama con el pelo desordenado, y al negro que se arreglaba el bigote con una pequeña tijera plateada, medio agachado, y sentado en la pequeña banca que Margarita usaba para maquillarse frente al espejo. Margarita me hacía señas con su mano para que entrara, pero yo prefería esperar a Chioc al lado de la puerta medio abierta mirando de reojo el cuarto. Para mí, ese hombre era melancólico por su pecho grueso con mucha carne floja, sus ojos grises, su manera de hablar entre dientes, y su cara sería que nunca sonreía.

—Oye, desde mañana, llámame de la calle. Al negro no le gusta que llegues en la mañana, —me dijo Chioc una vez; pero yo seguía llamándola desde la puerta del cuarto de Margarita después de subir las viejas escaleras que sonaban al pisar.

—Margarita dijo que volvería en la noche. Podemos jugar en su cama.

Mi madre estaría acostada en el cuarto con el rostro desganado, sufriendo antojos; y mi hermano mayor se habría ido a coger algo. La abuela, apenas me viera, me cargaría sobre la espalda a mi último hermanito que ya no mamaba y nos mandaría a la calle.

En la cama dormía Jenny, la hija de Margarita. El cuarto estaba oscuro por la cortina cerrada. Chioc abrió el armario empotrado en la pared, sacó la caja de bizcochos, sacó dos, la tapó y la devolvió a su sitio. El bizcocho era dulce y olía como la pasta dental.

—¡Qué bonita! —le dije con admiración señalando una jarrita encima del tocador.

—Es de Estados Unidos.

Chioc la alzó e hizo el simulacro de aplicarse el contenido en las axilas. Otra vez abrió el armario, rebuscó y sacó dos dulces.

—¡Qué rico!

—Claro que sí. Es también de Estados Unidos, —me contestó Chioc, ostentosa de saber tantas cosas. Jenny nos miró con sus ojos grandes.

—Jenny, eres buena, ¿verdad? Mira, como primero debemos hacer la tarea, duerme un poco más.

Chioc la acarició y le cerró los párpados con su palma. Jenny cerró los ojos como una muñeca dormilona que al acostarse cierra los ojos automáticamente.

El cuarto de Margarita era un mundo de cosas intrigantes y admirables: jarritas, cosméticos, enaguas, pestañas artificiales... Chioc me dejaba tocarlas e inmediatamente las devolvía a su lugar.

—Aquí hay algo interesante.

Sacó una botella del cajón de la cabecera de la cama. La botella en forma de porro, contenía un líquido verde hasta la mitad. Chioc marcó con su uña la línea hasta donde llegaba el líquido; luego la abrió y en la tapita me sirvió el líquido.

—Toma. Es dulce y fragante.

Me lo tomé de un sorbo. Chioc de nuevo llenó la tapa con el líquido y se lo tomó también. Luego vació agua fría dentro de la botella hasta alcanzar la línea que ella había marcado con su uña. La cerró y la devolvió al cajón.

—¿Qué tal? Perfecto, ¿no? Rico, ¿verdad?

Mi boca se calentó con el sabor de la crema de menta.

—Es un secreto.

En el cuarto de Margarita había muchos secretos. Chioc abrió un cajón del mueble de ropa y sacó una cajita de terciopelo que contenía un collar de perlas de tres líneas, un prendedor de cristales multicolores, aretes... Chioc se puso un collar de bolitas gruesas de cristal y, parándose frente al espejo, dijo:

—Yo voy a ser puta. Margarita me ha prometido darme collares, zapatos, ropa, todo, todo.

Sentí que se me iba toda la fuerza, mis pies y manos parecían ajenos. Se me caían pesadamente los párpados. ¿Sería porque el cuarto estaba oscuro? De cada respiración emanaba el olor hiriente de la menta. Abrí la cortina de la puerta de vidrio que daba a la baranda.

Los amarillentos rayos solares entraron al cuarto y reflejaron el polvo del aire. El cuarto parecía un invernadero. Puse mi mejilla afiebrada sobre el asa de hierro de la puerta y miré afuera. La ventana de la casa de la cumbre estaba abierta. En ese momento vi de nuevo el rostro del joven que miraba hacia acá. De pronto, una tristeza incomprensible, y un dolor que venía de esa tristeza, empezaron a extenderse desde mi corazón hacia todo el cuerpo como una ola.

—¿Qué te pasa? ¿Sientes mareo?

Chioc, que conocía muy bien el poder y las consecuencias de ese líquido verde, se me acercó. Moví la cabeza negativamente. No me quedaba otra cosa más que negar, porque no podía comprender ni explicar el sentimiento relacionado con la ventana de esa casa y, además, en ese momento, la puerquita de madera de la ventana se cerró y desapareció el joven.

Las bolitas de cristal del collar reflejadas por el sol, brillaban con rayos de muchos colores. Poniendo una entre los labios, repitió Chioc:

—Voy a ser puta.

Cerré la cortina y me eché en la cama. ¿Quién será él? Traté de recordarlo como si recordara algún sueño vago. Fue el otoño pasado cuando lo vi en la peluquería. Por mi tamaño, me sentó colocando una tabla encima de la silla. Sentada allí, le dije al peluquero tal como me había enseñado mi madre:

—Señor, hágame el corte plano. No muy corto, porque no me va bien.

Pero, al final cuando me vi en el espejo, era demasiado corto.

—Oye, perdón, ya no hay remedio. La siguiente vez te cortaré bonito.

—Es que usted, en vez de ocuparse en cortarme bonito, conversaba y conversaba, —protesté violentamente. El peluquero, bajando la silla bruscamente, me dijo:

—Eres bocona. Muy mal educada. Al salir del vientre de tu madre, salió primero tu boca, ¿no?

—No se preocupe por mi educación. Y usted, al salir del vientre de su madre, ¿salió con las tijeras en la mano para ser peluquero?

La peluquería se llenó de carcajadas. Yo miré a la gente jactándome. Pero el peluquero y el joven sentado en un rincón con la toalla en el cuello se quedaron serios. El joven me miró fijamente por medio

del espejo. Pensé que era chino por su mirada incomprensible. Lo miré a cierta distancia en dirección diagonal, y ésa fue la primera vez que lo vi de cerca. Me quité la toalla del cuello y la tiré hacia donde estaba el espejo. Luego caminé hacia la puerta y, colocando las manos en jarras, le dije:

—Que trabaje de peluquero toda la vida.

Corrí hacia mi casa. Mi padre no se cansaba de arreglarla como si se vengara de las experiencias amargas durante la guerra: tener que vivir todos apretados en un cuarto de alquiler, velar en las noches abrazándonos bajo el puente o dentro de la carpa. En el pequeño jardín construyó una habitación, y en otro lugar una salita... Parecía una de esas chicas que hacían bolsillos secretos en su ropa o en su bolso, después de aprender costura. Por esta razón, de repente aparecía un corredor largo y angosto y otro corredor que daba con ése, y siempre había un lugar donde podía permanecer sin que nadie me localizara.

Al entrar a casa me escondí en el cuarto al lado del baño, donde guardaban ropas viejas o utensilios estropeados. Metí la cabeza dentro de una jarra vacía, pero no desapareció la ola de tristeza que parecía desmoronar todos los huesos de mi cuerpo.

Después de ese día de la peluquería, sentí varias veces la mirada de ese hombre al lado de la ventana. Generalmente, eso sucedía cuando esperaba al distribuidor del periódico vespertino, sentada en ovillo en la entrada de mi casa.

—Jenny, Jenny, levántate. Llegó mamá.

Chioc llamó a Jenny con voz suave y dulce, entonces Jenny abrió los ojos y se sentó. Chioc trajo agua en el lavabo desde el primer piso. Jenny, aunque la espuma de jabón entró a sus ojos, no lloró. La peinamos, le echamos perfume y le cambiamos la ropa que encontramos en el mueble. Jenny era la hija mestiza de Margarita con un blanco. Tenía cinco años pero no hablaba. No sabía vestirse, ni usar cuchara, y cuando le servíamos el arroz, todo se le caía. Cuando el negro estaba en la habitación, Jenny siempre estaba en el cuarto de Chioc.

—Parece un animal.

La abuela decía eso cuando veía a Jenny en la baranda o en la puerta. La miraba con curiosidad y al mismo tiempo con disgusto,

como cuando veía a los animales peludos que tanto odiaba. Su forma de mirar me daba miedo.

Una vez tuvimos una gata porque había muchos ratones. Cuando la gata parió siete crías en el cuarto del fondo, la abuela le sirvió la sopa de alga. Luego, mirándola fijamente a los ojos le repitió varias veces algo como una canción:

—Mi gatita parió ratones. Siete ratones.

Esa noche la gata mató a todas sus crías, se las comió dejando solamente las cabezas, y lloró toda la noche con la boca llena de sangre. La abuela, como si supiera todo, recogió las cabezas con el papel periódico y las tiró. Mi madre decía que como la abuela nunca había tenido hijos, era muy fría y no aguantaba nada de suciedad. Ella era la segunda esposa de mi abuelo materno. “Fíjese, al tercer mes del matrimonio de ella con mi padre, él se metió con su cuñada. Por eso, ella se salió de la casa y vino conmigo, que era su hijastra.” Así comentó mi madre en voz baja a una familiar lejana.

Jenny era la muñeca viva de Chioc. Margarita no regañaba a Chioc aunque la bañara o le cambiara la ropa cada media hora. Jenny era su bebé, su enferma o su ángel. Yo envidiaba mucho a Chioc.

—Tú también tienes hermanitos, —me dijo Chioc.

—Son hermanastros.

Chioc se sorprendió y me preguntó:

—Entonces, ¿ella no es tu verdadera madre?

Pasé saliva seca por la mentira.

—Es mi madrastra.

A Chioc se le llenaron de lágrimas los ojos.

—Con razón. Yo también sospechaba algo. Mira, te cuento un secreto: mi madre es mi madrastra.

Chioc me dijo que era un secreto, pero en el barrio no había nadie que no supiera que Chioc era la hijastra. Chioc y yo enlazamos nuestros dedos meñiques y juramos no contar a nadie el secreto.

—Entonces, ¿tu madrastra también te pega y te dice que te mueras?

—Sí, cuando no hay nadie.

Chioc bajó su pantalón y, mostrándome las manchas moradas en sus piernas, me dijo resueltamente:

—Voy a ser puta.

No sé realmente cuánto desearía ella ser de verdad hijastra y salir de la casa para vivir libremente.

Mi madre estaba esperando su séptimo hijo. En ese pobre barrio de la Calle de los Chinos ningún niño creía que un bebé era el regalo que un ángel traía de noche o que éste salía por el ombligo con una sonrisa. Todos sabíamos que salía gritando entre las piernas desnudas de la mujer.

Los soldados estadounidenses en camiseta, jugaban con cuchillos en el campo de tenis de su campamento militar. Habían dibujado el blanco en una madera. Cuando un soldado tiraba el cuchillo hacia el blanco, el cuchillo atravesaba el aire brillando como una aguja plateada, una luz, o una cana.

Cada vez que el cuchillo caía exactamente en el blanco zumbando o silbando como el viento, sus compañeros lo felicitaban y emitían un grito animalesco ¡juuuuuu! Nosotros, afuera, temblábamos y tragábamos la saliva caliente.

El soldado rubio, después de dar en el blanco, se retiraba un paso atrás para aumentar la distancia, y de nuevo lanzaba el cuchillo. Pero, en una de éstas, repentinamente, dio la vuelta, y el cuchillo, que debía volar hacia el blanco, venía hacia nosotros cortando el aire con sonido agudo. Nosotros, dando alaridos, nos tiramos al suelo bajo la reja. Entre mis piernas sentí una sustancia líquida y caliente. Después de unos momentos alcé la cara pálida y miré el lugar a donde se dirigía el dedo del soldado que reía. A unos dos pasos de nosotros estaba tendido un gato grande con el cuchillo en el corazón, y las cuatro patas al aire. Estaba boca arriba. Era negro y casi del tamaño de un perrito. Habría vivido buscando su alimento en el basurero del campamento. Al acercarnos, vimos que sus bigotes tensos temblaban. Súbitamente mi hermano mayor lo alzó y corrió. Nosotros también corrimos detrás de él. El calzón mojado me causaba dolor.

Cuando llegamos a un lugar desde donde ya no se veía el campamento, se detuvo mi hermano. Después, al reconocer lo que tenía en su mano, tembló y lo tiró al suelo. El gato negro cayó pesadamente.

—¿Por qué lo trajiste? —le preguntó un muchacho con tono de regaño. El pequeño Napoleón, ante el reto del otro, reaccionó: sacó el cuchillo delgado, agudo y filudo clavado en el gato, y lo limpió en las hierbas. Luego lo dobló y lo guardó en su bolsillo.

-Traiganme un palo.

Un niño le trajo una rama de árbol sembrado el Día del Árbol durante la primavera pasada.

Mi hermano se sacó la correa, amarró al gato por el cuello, y lo colgó en el palo. Después, cargó el palo en su hombro y caminó. Todos los demás lo seguimos en silencio.

El gato muerto era tan pesado, que la rama se arqueó y la cola y las patas se arrastraban en el camino. Cuando llegamos a la Calle de los Chinos, el día largo de verano estaba oscureciendo lentamente, y el cuerpo largo del gato apenas hacía sombra en el suelo.

Los obreros de la fábrica de harina que subían la cuesta, pasaron a nuestro lado. Sus cabellos, como si les hubiera caído escarcha, estaban blanqueados por la harina. Los cubiertos de sus loncheras vacías, hacían música a cada paso.

Caminamos pisando las sombras: la sombra del cuerpo largo y negro del gato, y nuestras sombras, interminablemente largas al atardecer, nos daban miedo. Caminamos hacia el muelle. En ese momento lo vi de nuevo. La ventana estaba abierta, él nos miraba con gesto indefinido: tristeza, furia, ironía.

Llegando al muelle, mi hermano, que escupía a cada rato, bajó la rama y desató el cinturón. Se amarró bien el pantalón que se le caía por el camino. Después, tiró el gato debajo del malecón donde había basura, botellas, y peces podridos exponiendo sus barrigas blancas al cielo.

El sol ya se ocultaba. Decidimos ir al parque. Otras veces, cuando íbamos a él, nos acostábamos en una de las interminables gradas de la entrada, mirábamos los calzones de las prostitutas que subían la gradería y soltábamos interjecciones al saber que debajo de las faldas ensanchadas por las enaguas en forma de canasta había piernas desnudas; o, sentados en el césped, cantábamos alguna canción popular, como ésa que decía:

Sin lágrimas no puedo recordar
mis años de juventud.
Al recordar mis días tristes
¡ay!, ¡ay! suena la campana
de la iglesia de Santa María.

Pero ahora, todos, en silencio, subimos las gradas una por una. Parecía una escalera que nos llevaba al cielo.

En la cumbre del parque estaba la estatua del viejo general, comandante general durante la guerra coreana. Según algunos comentarios, su acción de desembarque en este puerto era una leyenda. Desde ese lugar se veía toda la ciudad.

Como diminutos papeles de color, flameaban las banderas de los barcos de diferentes tamaños, anclados en el muelle. La grúa transportaba incansable muchas cargas. El barco que estaba a cierta distancia del muelle debía de ser extranjero. Parecía una isla, o una vieja carpa flotante.

La campana de la iglesia, detrás del parque, seguía sonando. Esa campana, desde que mi hermano tiró el gato al mar, no, desde mucho antes, nos seguía jalando el pelo. Ese sonido rítmico y monótono parecía controlar todos los deseos, todos los temperamentos y simplificarlos en un círculo. Esos tañidos contenían un misterio y un terror que no podía comprender. Experimentaba algo similar cuando, en plena noche, despertaba del sueño, y oía el trueno de verano o el ruido de las ruedas del tren que corría cansado.

—Quizás se murió una monja. —Dijo alguien. Cuando la campana de la iglesia repiqueteaba sin cesar, sabíamos que se estaba muriendo pacíficamente una monja.

El humo negro, vómito de la chimenea de la fábrica de harina al otro lado de la vía férrea, invadía el cielo de la ciudad arruinada por la guerra como polvo de bombardeo.

Era una gran suerte en la historia de la guerra, que las casas no hubieran sufrido nada por el bombardeo feroz. Ésas eran las casas de dos pisos de la Calle de los Chinos y nuestras viejas casas al estilo japonés.

En el centro de la ciudad todavía había sol; pero la Calle de los Chinos estaba oscureciendo. Quizás el viento norteño llevaría el polvo de carbón del depósito a nuestro barrio.

La Calle de los Chinos, con las enaguas y las cobijas de diferentes colores tendidas en la baranda de las ennegrecidas casas al estilo japonés, vista desde la parte más alta de la ciudad, formaba un escenario gracioso, de sombra, de sonrisa rara, y de una pesa puesta en un

platillo de la balanza que la desequilibraba. Ese escenario era también la proa del barco que empezaba a sumergirse.

En el estadio, al este de la ciudad, brilló el fuego. Todavía era muy temprano para encender una fogata. Bajo el sol todavía activo, la fogata era una simple llama o una pieza de la falda del viento. La gente rugió: “¡Fuera checos y polacos! ¡Títeres, fuera! ¡Fuera, fuera!”. Todo el verano, cuando el sol estaba por ocultarse, uno de cada familia, reclutado por la ciudad, se reunía en el estadio para dar esos gritos. La abuela, después de llegar a casa, se quejaba del dolor de cintura toda la noche.

—Entre los miembros del Comité de Vigilancia de los Países Neutrales, los polacos y los checos, recomendados por los países títeres de la Unión Soviética, cometieron traición. Ellos, sin entender bien su misión de neutralidad, se convirtieron en espías y pasaron los secretos militares de la tropa de las Naciones Unidas a los comunistas, —decía el director a los estudiantes, en la reunión de la mañana.

Sentada en el suelo, junté mis rodillas, doblé mis piernas y hundí la cabeza; entonces, el discurso sonó en mi oído como un eco lejano, como cuando soplabla la boca angosta de la botella, como el sonido procedente de los estratos internos de la tierra, como el movimiento de la superficie del agua presagiando el maremoto, como viento que levantara el techo.

Cuando volví a casa, encontré a mi madre vomitando en el desagüe. Síntoma del embarazo. En el fondo, deseaba que mi madre ya no tuviera más hijos. Por primera vez sentí compasión por las mujeres. En el vómito de ella había algo triste y patético. Si daba a luz otra vez, moriría.

La noche avanzaba pero yo no podía dormir. Mi hermana se volteó para el otro lado. Ella sufría de dolor en el pecho, que empezaba a formársele. La abuela le había dado una cinta larga y ancha, hecha con una parte de su falda, para prevenir cualquier contacto, y mi hermana se la había amarrado al pecho. Sin embargo, se quejaba de dolor por el simple contacto con la frazada liviana. No dormí en toda la noche. Oí al sereno dar vueltas por el barrio, golpeando los dos garrotes que llevaba en las manos, y conté las ruedas del tren de carga nocturno. Cuando apenas clareaba el día, fui al muelle. El gato ya no estaba. Había basura que las olas lanzaban contra el muro del muelle

y peces podridos. Pero el gato no estaba ni debajo del viejo barco, dado de baja, que flotaba sin ancla un poco lejos.

Quizás en algún puerto lejano, otros niños habrían sacado el gato con el palo, y estaría con el hueso roto a la altura de la cintura.

Llegó el otoño, pero las chinches seguían fastidiándonos. Cuando hacía sol, sacábamos la estera del piso a la baranda para secarla y al mismo tiempo, para reventar los huevos de chinche. Aunque dormíamos con ropa que tenía elástico en las cuatro puntas de las manos y los pies, las chinches penetraban a nuestro cuerpo y nos picaban dejándonos su olor a frijol crudo. La gente dormía con la luz encendida hasta las doce de la noche, cuando se cortaba el suministro, porque cuando había luz, las chinches fastidiaban menos, se escondían dentro de la paja de estera y debajo del piso de madera. Pero desde las doce de la noche nos atacaban vorazmente.

Estaba medio dormida peleándome con las chinches, rascándome las picaduras, cuando un sonido fuerte y seco, como si se rompiera la madera, me despertó. Mi hermano, ya en pantalón, bajaba como una bala por la escalera hacia el primer piso. Afuera hacían mucha bulla. Habría ocurrido algo. Con el corazón tembloroso salí a la baranda. La calle estaba oscura porque eran las horas de la madrugada. La gente hacía bulla frente a la casa de Chioc y la nuestra. Las puertas de las casas vecinas se abrieron y la gente que salía a sus barandas, preguntaba qué había pasado. “Se murió”, sonó entre tanto ruido como una revelación. La gente reunida en la calle se pasaba la voz “se murió!”, “¡se murió!”, temblando, asomaban más su cabeza hacia el centro. A mí también me castañeaba la mandíbula. Vi que la habitación de Margarita estaba abierta, y que el negro en camiseta interior, apoyadas sus manos en la baranda, miraba hacia abajo.

Después de un rato llegó un jeep militar de Estados Unidos con ruidosa sirena. La gente se apartó en un segundo. La fuerte luz de los focos alumbró el cuerpo de Margarita. Estaba tendida boca arriba. Los abundantes cabellos largos y teñidos estaban dispersos y le tapaban la cara.

—Dicen que la tiró desde la baranda.

El negro estaba borracho. Un policía militar le pasó la camisa del uniforme sobre el cuerpo semidesnudo. El negro se desabotonó la camisa y subió al vehículo riendo. El jeep arrancó y se fue.

Chioc le daba agua a Jenny, pero el líquido se le caía por un lado de la boca y ella la limpiaba con mucha paciencia. Aunque le daba mucha, Jenny seguía con hipo.

—La mandarán al orfanato, —dijo Chioc. Su voz no tenía la misma fuerza como cuando había dicho: “En la primavera Margarita se va a Estados Unidos. El negro le ha prometido casarse con ella”. En esos días Margarita estaba feliz. Margarita le lavaba los pies al negro que estaba sentado en la cama. Con su cabello largo recogido en la cabeza, se le veía el cuello fino y limpio, y estaba sin maquillaje. Cuando la observaba así, ella, mirándome con su cara de cejas depiladas, me decía:

—Entra, no tengas miedo.

—A Jenny se la llevaron al orfanato de la iglesia, —me contó Chioc después de dos días, frunciendo la frente. Sus ojos estaban rojos e irritados. Había venido la hermana de Margarita y se había llevado todo, menos a Jenny.

El segundo piso de la casa de Chioc permaneció largo tiempo sin inquilinos. Pero ya no iba a esa casa a jugar o hacer la tarea. Más bien, cada mañana llamaba a Chioc desde la calle.

Tenía el presentimiento de que algo malo iba a ocurrir, quizás moriría mi madre si daba a luz otra vez. Su vientre se abultaba cada día más bajo la falda, y en lugar de ella, fue la abuela quien enfermó gravemente. La abuela, que nos castigaba con golpecitos dolorosos y que nos regañaba con terribles groserías, se cayó. Estaba lavando agachada y en eso sucedió. Había perdido el sentido. El hermano menor, que vivía en la espalda de la abuela, había pasado ahora a la espalda de mi hermana.

Nos tocó atenderla hasta en sus necesidades; entonces, mi padre y mi madre decidieron enviarla a la casa de mi abuelo.

—Dicen que puede vivir unos veinte años. El derrame cerebral es capaz de ablandar hasta a las piedras, —murmuró mi madre a mi padre. Luego, alzando un poco la voz, agregó:

—Sea lo que sea, en la vejez, el esposo y la esposa deben estar juntos.

Y, en voz más alta, terminó:

—Hay que alquilar un taxi para llevarla.

Ahora la abuela era una bebé. Tal como Chioc atendía a Jenny, cuando no había nadie. Yo entraba en su cuarto, la peinaba, le daba agua, metía mi mano en su pañal para saber si se había orinado.

El día en que se fue la abuela, mi madre le puso ropa limpia.

—Tiene un cuerpo fino porque ella nunca se embarazó.

Mi padre volvió del pueblo donde vivían mi abuelo y su cuñada, hermana de la abuela.

—No debimos haberlo hecho porque... ¿A quién le agrada ella en esa casa? Es... un patito feo. Pero, fíjate, ¡qué fuertes serán las relaciones entre el marido y la esposa! Siendo una enferma que no se acuerda de nada, al ver a su esposo, se desabotonó la blusa; cogió la mano de su esposo y la puso en su pecho, —dijo mi padre entre suspiros y vacilaciones.

—¿No te dije yo? Hemos hecho bien llevándola allí. Toda la vida ella esperó volver con él.

Mi madre abrió con la llave el mueble que usaba la abuela. Como la abuela no nos había dejado ni siquiera tocarlo, todos teníamos mucha curiosidad. Nuestros ojos seguían todos los movimientos de la mano de mi madre. Empezó a sacar al piso una por una la ropa ordenada: la ropa interior de mi padre que la abuela se ponía achicando la parte de las piernas, el pantalón que usaba para trabajar, los vestidos de verano de seda pura. A medida que se amontonaba la ropa en el piso, aparecían algunas que se habría puesto una o dos veces, y habría guardado para algún día especial. Entonces me di cuenta de que la abuela ya no volvería y que ya no habría oportunidad para que se pusiera esos vestidos. El viento frío pasó por el fondo de mi corazón. ¿Cuándo se habría puesto esos vestidos? ¿Por qué los habría conservado tan bien? y ¿en qué oportunidad habría pensando ponérselos?

Por último, sacó el chaleco de piel de nutria y rebuscó algo en el fondo del mueble. Sacó un pequeño bulto envuelto con un pañuelo. Las manos de mi madre se movían ligeramente y nuestros ojos seguían clavados en todos sus movimientos.

Mi madre miró el contenido del bulto con una mueca de interrogación. Allí había un anillo roto de jade, una hebilla de cobre llena de óxido que estaba por deshacerse, unas monedas blancas de cobre de la época colonial japonesa, unos botones quién sabe de qué ropa, e hilos de colores.

—¡Qué anciana! El jade roto es igual a cualquier piedra, —comentó con descontento mi madre. Los envolvió de nuevo en el pañuelo, y lo tiró al fondo del mueble. Destinó la ropa interior para hacer trapos y el resto se lo llevó para su mueble. Dijo que el chaleco de nutria lo convertiría en bufanda porque era muy fina esa piel.

Al día siguiente, sin que nadie lo supiera, abrí el mueble de la abuela y saqué el bultito del pañuelo. Lo llevé al parque, di sesenta y cinco pasos, edad de la abuela, desde la estatua del general hacia el bosque, y lo sepulté bajo del quinto árbol de aliso.

A finales del invierno nos llegó la noticia de su muerte. Habían pasado dos estaciones desde que se había ido en taxi.

Mi madre, que estaba en el último mes de embarazo, lloró acariciando el mueble que ya era nuestro y que tenía nuestra ropa en desorden.

Todo el atardecer me quedé escondida entre las cosas de la bodega, y en la noche fui al parque. Todo estaba oscuro, pero, sin dar sesenta y cinco pasos, pude localizar el quinto árbol de aliso en el bosque.

El pañuelo, que había pasado dos estaciones bajo la tierra, estaba como paja podrida por la humedad, manchó mis manos. Sacudí la tierra del aro de jade medio roto, de la hebilla oxidada y de unas monedas blancas de cobre. Los puse en mi mano y los empuñé. Estaban iguales. Todos estaban iguales. Por un momento sentí calor, pero pronto el calor se volvió frío.

Enterré los objetos de mi mano bajo el árbol, me sacudí la tierra, y pisé con fuerza. Caminé hacia la estatua del general tratando de mantener la misma distancia entre los pasos. Conté sesenta cuando llegué a la estatua. ¡Qué raro! Hace dos estaciones eran sesenta y cinco pasos. Después de dos estaciones más, ¿podría llegar a cincuenta pasos? Y pasando un año, y diez años, ¿podría llegar a un solo paso?

Como todavía era invierno, ya estaba oscuro; sin necesidad de cuidarme de la gente, pude subir a la estatua del general. Encajando las uñas en la piedra rectangular, más alta que yo, logré subir. Trepé más, apoyé los pies en los binoculares, encima del abdomen de la estatua del general. Miré los lugares de la ciudad donde había luces. No había ese grito, como polvo de guerra, que salió en el verano del

año pasado. Ahora lo que reinaba era el silencio absoluto. Si seguía el dulce sonido del agua que fluía en la oscuridad, quizás podría llegar a la veta del agua subterránea que corría secretamente.

Vi el mar, oscuro y tendido. Absorbí el viento que todas las noches llegaba del mar de Indochina, y el olor del mar traído por el viento. Miré la Calle de los Chinos y vi que en el segundo piso de la casa sobre la cumbre se abría la ventana. La luz se proyectó en forma rectangular y apareció el rostro pálido que se asomó por la ventana. En el aire frío estaba escondido el palpito de la suave primavera.

Sentí un escozor irresistible, los retoños brotaban en las venas de mi sangre caliente.

—La vida... —murmuré. Pero no me salían más palabras. ¿Podría encontrar una capaz de abarcar el ayer, el hoy y el día de mañana, confusos y mezclados con colores indefinibles?

De nuevo llegó la primavera y ahora estaba en el sexto año. No sabíamos de dónde ni cómo, mi hermano trajo un perro al que cuidaba. En la casa, donde ya no estaba la abuela, había excrementos y pelos de perro.

Durante un año crecí un palmo y andaba con el maletín de tela fina y bordada de rosas que me había cedido mi hermana. Yo había empezado a usarlo desde el año anterior.

Como en otros inviernos pasados, durante las noches robamos carbón del tren de carga, y andábamos en pandilla por las calles como antes; pero a veces, metidos en la pequeña habitación, leíamos novelas de amor, prestadas de la tienda que alquilaba libros y revistas.

Como era sábado, terminamos la clase al mediodía.

—Mañana es el día de tomar la medicina contra las lombrices. Vengan sin desayunar. Las lombrices, cuando están con la barriga llena, no prueban la medicina.

La gente ya no construía casas como antes, pero el olor del alga roja que salía al hervirla, teñía de amarillo el aire como si fuera un colorante imprescindible. La calle, donde hervían hasta el color de los rayos solares, era de color amarillo; deteniéndome a cada rato, escupía y decía:

—Las lombrices están alborotadas.

Chioc estaba derritiendo el colorante para teñir el cabello en el agua de una lata. El padre de Chioc, obrero de la fábrica de harina de

trigo, se había accidentado con la banda de cuero de la máquina y había perdido una pierna. El invierno anterior los padres de Chioc se fueron a otro lugar dejándola en el salón de belleza. Al ir y volver de la escuela, cuando pasaba por ahí, veía a Chioc a través de la puerta de vidrio. Ella se bajaba el suéter, chico, para taparse la cintura desnuda y barría los pelos caídos en el piso.

Me alejé del salón de belleza. Como si volaran miles de plumas, la calle estaba llena de rayos amarillos. ¿Cuándo fue? ¿Cuándo fue? Traté de recordarlo. No, no podía. Era como un sueño de hacía tiempo, que no podía recordar fácilmente. Negué con la cabeza. Llegué frente a la casa. En ese momento miré la ventana abierta del segundo piso de la casa de la cumbre. Él sacó la mitad del cuerpo por la ventana y me llamó.

Alguna fuerza me arrastró hasta su casa. Cuando llegué, él ya no estaba en la ventana. Después de un rato salió empujando la puerta cerrada. La puerta era pesada. Tenía una sonrisa enigmática. Su nariz era pequeña y su cara, amarilla.

Me dio un bulto envuelto en papel. Después de que lo recibí, entré a su casa. Por la puerta abierta vi el pasillo oscuro y angosto que llevaba a la parte interior, y más allá había un jardín soleado. Cada vez que daba un paso, el sol se reflejaba sobre su pie desnudo.

Entré a nuestra bodega, cerré la puerta y abrí el bulto. Había paños de tres colores que los chinos comían en sus días de fiesta, y una vela del tamaño del dedo gordo, adornada con la figura de un dragón.

Los metí en la jarra vacía y rajada que no usábamos. Mi madre daba gritos por el dolor del nacimiento de una vida, pero preferí ir al segundo piso. Luego, como si estuviera jugando a las escondidas, entré a la bodega encima del cuarto. Aunque era de día, en ella no llegaba el sol, estaba oscura. Oyendo de lejos el grito de mi madre: “Mejor mátame” y la campana de la iglesia que no sabía desde cuándo sonaba, entré al mundo del sueño, que era igual al de la muerte.

Cuando desperté, mi madre había dado a luz a su octavo hijo sin problemas a pesar de tanto sufrimiento. En la bodega oscura llamé a mi madre con soledad y desesperación incomprensibles. Metí la mano dentro de la ropa, y localicé ese calor que envolvía todo mi cuerpo como una telaraña. Luego supe qué era ese calor. Era mi primera menstruación.

(1979)

El espíritu del viento y otros relatos

se terminó de imprimir en mayo de 1997 en

Grupo Edición, S.A. de C.V.

Se tiraron 1000 ejemplares más sobrantes para reposición.

Tipografía y formación a cargo de Caligraphics y/o

Eduardo de la Barrera Ugalde.

Cuidaron la edición Armando Castellanos, Víctor Kuri
y el Departamento de Publicaciones de El Colegio de México



El presente libro contiene una compilación de cinco relatos. “El espíritu del viento”, “El espejo de bronce”, “La lluvia nocturna”, “El jardín de la infancia” y “La calle de los chinos”, con argumentos diferentes pero unidos por la presencia del viento que dirige los cambios en la naturaleza, en los personajes y hasta en el mundo sobrenatural.

Ya en el mito de Tangun, el legendario fundador del pueblo coreano, aparece el viento como uno de los tres elementos (viento, nube y lluvia) que el dios Hwanin otorgó a su nieto hombre-oso Tangun para que pudiera regir mejor el destino de los pobladores de la tierra coreana.

Desde Tangun hasta ahora, el viento ha sido un elemento esencial en la vida de la península de Corea. El viento sopla la nube y ésta se convierte en lluvia. Con su pincel invisible ha escrito y está escribiendo la historia de esta tierra.

El viento inspira a los artistas; los arrulla con sus suaves, cálidas y frías manos y los transporta al mundo de la imaginación. Se filtra en los escenarios, personajes y actos de todos los relatos de este volumen.

Centro de Estudios
de Asia y África



0063



9 789681 207229

EL COLEGIO DE MÉXICO